

Alfonso Gálvez

Sermones
para un Mundo
en Ocaso

New Jersey
U.S.A. - 2016

Sermones para un Mundo en Ocaso by Alfonso Gálvez. Copyright © 2016 by Shoreless Lake Press. American edition published with permission. All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without written permission of the Society of Jesus Christ the Priest, P.O. Box 157, Stewartville, New Jersey 08886.

CATALOGING DATA

Author: Gálvez, Alfonso, 1932–

Title: Sermones para un Mundo en Ocaso

Library of Congress Control Number: 2016945516

ISBN–13: 978-0-9972194-2-5

**Published by
Shoreless Lake Press
P.O. Box 157
Stewartville, New Jersey 08886**

INTRODUCCIÓN

Fue comenzado este estudio–recopilación en Junio del año 2015, con motivo de la celebración del cincuenta y nueve aniversario de mi ordenación sacerdotal. Fecha a la que corresponde la primera de las homilías —Sermones— transcritas aquí.

El motivo que me movió a llevarlo a cabo fue el deseo de poner por escrito algunas de las homilías predicadas por mí, comenzando por la que acabo de citar pero sin pretender seguir ningún orden determinado de fechas, según el tiempo que Dios me concediera de vida.

Soy consciente de que el lenguaje escrito pierde la frescura y la espontaneidad propias del lenguaje hablado, aunque gana, sin embargo, en precisión y orden en la exposición de los temas. Inconvenientes y ventajas que, al fin y al cabo, tal vez se compensen mutuamente para quien desee aprovecharse de los frutos de un trabajo que es el resultado de un gran esfuerzo.

Tal como acabo de decir, estos *Sermones* fueron elaborados sobre la base de forma de homilías que fueron pronunciados en su día. Aunque al ponerlos por escrito, si bien mantuvieron en lo esencial su línea original de la homilía de la que procedían, pareció conveniente añadir notas y comentarios que, al aumentarlos en extensión, los alejaron del formato normal en el que se suele configurarse una homilía; pero que, como es fácil comprender, no hubieran sido oportunos en el momento en que fueron pronunciados oralmente a causa

de las limitaciones que el tiempo impone en atención a los oyentes. De ahí su actual denominación.

En cuanto a las citas bíblicas están expuestas con exactitud y según el texto oficial de la Iglesia que es la Neovulgata latina. Aunque teniendo en cuenta las mejores versiones existentes en lenguas vernáculas y la obligada consulta, en determinadas ocasiones, al texto original griego para algunos textos más difíciles o controvertidos.

Y ya sólo resta advertir que este trabajo no pretende ser un tratado teológico, y sí solamente la transcripción al lenguaje escrito de lo que fueron en su día unas homilías pronunciadas en lenguaje oral. Que ahora son expuestas aquí en forma algo más extensa y desarrollada.

Sea como fuere, ofrezco el resultado de mis esfuerzos a la mayor gloria de Dios y al mejor bien de las almas.

En Mazarrón (Murcia), en Junio del año dos mil dieciséis.

EL SACERDOCIO¹

Introducción

Queridos hijos e hijas:

En el día de hoy se cumplen cincuenta y nueve años desde mi ordenación como sacerdote. Una buena ocasión, por lo tanto, para hablar del ministerio sacerdotal.

Comencemos reconociendo que Nuestro Señor Jesucristo, al encomendar a algunos hombres elegidos por Él la misión de llevar a cabo el ministerio sacerdotal, cargó sobre sus hombros una tarea extraordinariamente pesada. El oficio de evangelizar y continuar en el mundo su misma misión —*Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros*²— es tan duro y difícil como que es capaz de superar las fuerzas de cualquier hombre. A menos que alguien se sienta dispuesto a obedecer por amor el mandato recibido y se disponga a recibir las gracias suficientes que le proporcionen las fuerzas para cumplirlo.

Que nadie espere que los simples fieles puedan llegar a comprender la magnitud de un problema que, para la vida de cualquier sacerdote, bien podría ser calificado de *tragedia*. Ni tampoco estarían obligados a hacerlo, pues ni siquiera los sacerdotes jóvenes pueden

¹Predicado el 10 de Junio de 2015.

²Jn 20:21.

llegar a hacerse cargo de la terrible carga que les aguarda. Lo cual es bueno para ellos que así sea, puesto que Dios, tan bondadoso como siempre, envuelve en la suave neblina de la ilusión de los primeros tiempos los graves dolores y sufrimientos que van a suponer para ellos compartir con Jesucristo el peso de la Cruz. Algo semejante a lo que sucede con la alegría de los primeros momentos de las nupcias, cuando nadie para mientes en las cargas y duros momentos que luego va a traer consigo el matrimonio.³

De todos modos, es la del sacerdocio una labor de *inmolación total*, aceptada por amor al mismo Jesucristo y por extensión a todos los hombres, a través del absoluto olvido de sí mismo por parte del sacerdote.

Quien esté dispuesto a emprender tan increíble Aventura no debe intentarla si no se siente impulsado por el amor. Pues no puede existir otro aliciente que sirva de motivación, aunque éste ya es más que sobrado y suficiente. Si es cierto que puede decirse que el ser humano fue hecho para amar, aún lo es más que solamente puede acceder al sacerdocio quien sienta ansias de enamorarse de Jesucristo Señor. Con la confianza puesta en la ayuda de la gracia, sin la que sería locura emprender esta tarea y absolutamente imposible llevarla a cabo.

Una de las ocasiones en las que el ser humano es más consciente de la realidad de sus limitaciones, es cuando trata de comprender los misterios más sublimes. Que precisamente por sublimes ya son difíciles de expresar; pero más aún cuando sobrepasan el límite de lo sobrenatural, que es cuando se tropieza con lo imposible. Si se trata de descripciones, queda todavía el recurso de la Poesía para acudir en

³De ahí que la falta de ilusión de los comienzos puede ser un indicio de que tampoco va a existir después el deseo de compartir la Cruz del Señor. Lo que sería una señal anticipada del fracaso total de un sacerdocio.

auxilio de la Prosa, aunque la labor no pase de un poner remiendos en una narración que a su vez tampoco es capaz de disimular los arreglos.

Por eso mismo, con el ardor y la imprudencia propia de la gente joven, me atreví en pasados tiempos a componer una estrofa referente al Sacerdocio. Es sabido que aquello de lo que no es capaz la Prosa lo intenta la Poesía. Aunque ambas tropiezan con lo indecible, y de ahí que la última no tarda en descubrir que solamente ha logrado llegar muy poco más allá del lugar donde tuvo que detenerse la otra:

*Hablarlo sin vivirlo es triste cosa,
vivirlo sin hablarlo es lo sublime;
Tú que velas mis sueños, ven y dime
cómo alcanzar esa existencia hermosa.*

Y efectivamente que es cosa triste, además de fútil, intentar hablar del Ministerio Sacerdotal sin vivirlo según el espíritu de Jesucristo. Cualquier discurso que se pronuncie en ese caso quedará reducido, en último término, a una colección de tópicos y de palabras vacías y sin sentido.

Vivir el Sacerdocio *sin hablarlo*, que es decir sin hacer alardes, de forma callada y en la humildad de una vida oculta y entregada, he ahí lo realmente sublime. Pero ocurre con las cosas sublimes que son bastante difíciles de explicar. Y más todavía cuando rayan los límites de lo que parece inalcanzable, que es entonces cuando hablar de ellas se convierte en tarea casi imposible de llevar a cabo. Si no obstante se hace, o por lo menos se intenta, no puede existir otro motivo que la confianza puesta en la gracia de Dios, además de —como sucede en este caso— la obediencia al imperativo de predicar, que es una

de las más pesadas cargas que Dios ha puesto sobre los hombros del sacerdote.

Por mi parte, cuando vuelvo atrás la mirada recordando los tiempos que precedieron a mi ordenación sacerdotal, inevitablemente vienen a mi mente dulces recuerdos de la juventud. Que hubieran sido, sin duda alguna, los más felices de mi vida de no haber sido superados por los que ahora siento en el curso de la ancianidad. Durante los seis años que duró mi internado en el Seminario llegué a pensar que nunca acabarían. Transcurrían pausadamente, uno tras otro, mientras me consumía la impaciencia y la ilusión por llegar a una meta que cada vez me parecía más lejana. Años, meses y semanas se sucedían en un desfile cada vez más lento que yo contaba con ansiedad, hasta llegar a las últimas veinticuatro horas de la víspera soñada de la ordenación.

Pero pasó el tiempo, y las cosas fueron apareciendo bajo otra perspectiva; si no diferente, sí al menos más completa. Al fin y al cabo, como cosa la más propia de la naturaleza humana, el individuo va madurando a medida que crece y se desarrolla hasta adquirir una mayor capacidad de juicio y de discernimiento. Tal como ocurrió también con Jesucristo Hombre, de quien dice el Evangelio que crecía *en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres*.⁴ Por eso seguramente un sacerdote joven suele poseer una idea del Sacerdocio que es tan correcta, adecuada y justa..., como incompleta. Muy diferente, desde luego, de la que se adquiere al llegar a una edad tan avanzada como la mía, después de haber visto transcurrir tantos años de ministerio sacerdotal. Pues cincuenta y nueve años de trabajo pastoral bien puede decirse que son bastantes años, y hasta más que suficientes para pensar en el Sacerdocio con más profundidad.

⁴Lc 2:52.

Parece normal que un sacerdote joven, recién estrenado en las tareas del ministerio, piense con ilusión en su Sacerdocio, imaginando su vida futura como una serie de actividades llevadas a cabo con entusiasmo por la salvación de las almas. Y que se vea a sí mismo como instrumento fiel a la Iglesia y rescatando del pecado a un sinnúmero de almas. Ilusiones todas ellas propias de la juventud..., que son tan correctas como incompletas.

Pues pasan los años, hasta que llega el momento en el que al fin se comprende que el Sacerdocio es una carga más pesada y difícil de lo que cualquiera podía haberse imaginado. Dura tarea que ha sido encomendada por Dios al sacerdote, como continuador que es de la misma misión de Jesucristo, pero en la que cuenta, sin embargo, para realizarla con el hecho de vivirla por Él, junto a Él y con Él. Con el transcurso del tiempo, las muchas actividades del ministerio —el culto, la predicación, el confesonario, la visita de enfermos, la catequesis y las diversas actividades pastorales y parroquiales— siguen siendo consideradas y valoradas como trabajos irremplazables que son. Aunque al mismo tiempo se va aprendiendo que lo más importante de todo, y en realidad lo único esencial, es el amor a Dios. Y si bien es verdad que esa actitud supone un cierto grado de madurez en la vida de cualquier cristiano, con más razón puede decirse tal cosa del sacerdote: un hombre al fin y al cabo *entresacado* de entre los hombres (Heb 5:1) para ser *otro Cristo*.

Y efectivamente, porque el amor a Dios es lo único y lo más importante. Cuando, según cuenta el Evangelio, Marta se queja a Jesús de que su hermana María la ha dejado sola con las tareas de la casa, el Maestro le contesta: *Marta, Marta, andas demasiado atareada, cuando en realidad una sola cosa es necesaria*, añadiendo que *María había escogido la mejor parte*.⁵

⁵Lc 10: 41-42.

Texto acerca del cual se ha venido discutiendo durante siglos con respecto a la distinción entre vida contemplativa y vida activa, en cuanto a cuál de ellas debía ser considerada preferente. Y como era de esperar, la Doctrina ha optado siempre por conceder prioridad a la vida contemplativa sobre la activa, teniendo en cuenta lo que se desprende de las palabras de Jesucristo aunque sin dejar de reconocer la importancia y necesidad de la acción apostólica.⁶ De todos modos la discusión no deja de ser baladí, en cuanto que no existe incompatibilidad alguna en la existencia cristiana entre la vida de acción y la de contemplación.

Sea de ello lo que fuere, una cosa queda bien clara según las palabras del Señor; cual es la de *que sólo una cosa es necesaria*. En referencia clara a que el amor por Jesucristo ha de ser un amor hasta la locura: al fin y al cabo, según dice San Juan en su Evangelio, habiendo amado Jesús a los suyos que estaban en el mundo *los amó hasta el fin*.⁷ Hasta que el sacerdote llega a darse cuenta por fin —a través de muchos trabajos, vicisitudes y sufrimientos soportados por amor a Dios y a las almas—, una vez que esa idea ha arraigado en su corazón en grado suficiente como para determinar su vida..., que *todo lo demás viene solo*. Es cuando descubre que la vida de oración, de intimidad, de cariño, de amistad y de *tú a tú* con Jesús, es en realidad lo único esencial.

Decía Jesucristo, refiriéndose a las preocupaciones acerca de las necesidades de cada día o del mañana (comida, vestido, etc.): *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*.⁸ Donde es de notar, ante todo, que el adverbio *primero*

⁶Una excepción son las aberraciones de la teología modernista hoy imperante en la Iglesia, que ha optado por el desprecio de la oración y especialmente de la contemplativa.

⁷Jn 13:1.

⁸Mt 6:33.

puede entenderse como lo que ocupa el primer lugar en el orden del tiempo; pero aún más propiamente como lo que es principal o esencial. Y en un segundo término, según las palabras textuales del Señor, como que todo lo demás *os será dado por añadidura*; donde no dice podréis conseguirlo o cosa semejante, sino sencillamente que *os será dado*.

Lo que viene a confirmar, sin que tal cosa suponga el abandono de las necesarias actividades, la evidente realidad de que un sacerdote enamorado del Señor y fiel a sus enseñanzas pronto recoge el fruto de sus esfuerzos. Sencillamente y sin más. Y al contrario, puesto que las actividades realizadas sin amor al Señor, o con amor insuficiente, resultan absolutamente infructuosas.

Y aquí la pregunta que un sacerdote anciano como yo suele hacerse con frecuencia: *¿Que tendría yo que haber hecho en mi vida sino amar a Jesucristo, y cada vez más y más ardientemente...?* Y como por paradoja, sucede que a medida que se avanza en la ancianidad se va comprendiendo—o al menos así parece entenderse— que la ansiedad por amar al Maestro no consigue apagar el sentimiento de que se lo ama cada vez menos. Y cuando el camino se va acortando por fin para alcanzarla, más inaccesible parece vislumbrarse la Meta en una brumosa lejanía. Y con todo, el sacerdote prosigue luchando incansablemente en su corazón por amar a Jesús, según aquello del mandamiento: *con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.*⁹ Más amor, y más deseo de amar; más fuego en el corazón, y más ansias de sentirlo abrasado; más cercano a veces al Señor, aunque al precio de sentirlo otras mucho más lejano; verse como más y más amado, pero para sufrir el dolor de no saber corresponder a tal amor. Y siempre con la idea clara de que todo lo que no haya sido amor ha sido tiempo perdido:

⁹Mt 22:37.

*En lágrimas bañado
 llora mi corazón, de amor herido,
 en penas angustiado
 del tiempo que ya es ido
 y por no haber amado se ha perdido.*

Y amar no de cualquier manera sino tal como hemos dicho antes: al igual que Jesús, que *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*.¹⁰ Hasta el punto de hacer propia la vida del Maestro y convertir en realidad en uno mismo las palabras que de sí dijo San Pablo: *Porque vivo yo, pero ya no soy yo quien vive, sino Cristo en mí*. Y hecho esto, todo habría valido la pena.

La gran desgracia del Protestantismo, que en los momentos actuales es también la de gran parte de la Iglesia e incluso la de una inmensa mayoría de los sacerdotes católicos, ha consistido en desconocer que el sacerdote es *diferente* de sus hermanos los hombres —*entresacado de entre los hombres*¹¹—. Y el hecho de haber sido apartado del resto de los hombres constituye efectivamente para la vida de un sacerdote una auténtica *tragedia*, tal como Bernanos supo describirlo en su *Diario de un Cura Rural*; pero que es al mismo tiempo gloria que lo eleva y desgracia que lo sumerge en la inmolación, a través del dolor profundo de una existencia de Cruz pero que es a la vez la promesa de un fruto abundante. Mientras que el sacerdote que, engañado por los atractivos del mundo, se empeña en aparecer como *igual* a los demás hombres (bien sea pensando en llevar a cabo un apostolado más provechoso, o bien empujado por la relajación a que lo ha conducido el abandono de la vida interior),

¹⁰Jn 13:1.

¹¹Heb 5:1.

acaba siendo *fagocitado* por el entorno y convertido en el ridículo histrión en el que él mismo se ha empeñado en transformarse.

La Santa Misa

La Misa es el acto principal de todo el culto cristiano, además de ser también el alma y el principio vital que informa y llena toda la existencia sacerdotal. Haciéndola realidad en su propia persona, mediante la incorporación a su propio ser, es como el sacerdote comunica la vida a sus hermanos los demás hombres.¹²

También aquí se produce con el transcurso del tiempo un cambio en las perspectivas. Pero puesto que estamos hablando de sacerdotes que viven el espíritu de Jesucristo, conviene hacer notar, como introducción al tema, que el amanecer de la vida sacerdotal suele caracterizarse por el cuidado en la ejecución de las ceremonias. Quienes un día recibimos la gracia de vivir estas realidades sabemos que la Misa Tradicional, a diferencia de la Misa del *Novus Ordo*, exige conocimiento de la Liturgia y cierta práctica en el ejercicio de su celebración como elementos necesarios para el adecuado uso de las ceremonias. De ahí el cuidado y la delicadeza que en los tiempos antiguos solía guardarse con respecto a los ritos litúrgicos, los cuales

¹²El Diablo sabe que no puede eliminar por completo la Misa de la vida de la Iglesia, y por eso se ha esforzado en despojarla de su carácter y de su sentido sacrificial. Lo que ha equivalido a reducirla casi a la nada. Para lo que ha utilizado su acostumbrada técnica de los engaños y aportación de falsas razones: la comodidad que proporciona la mayor brevedad, la adaptación a los nuevos tiempos y a la mentalidad de la época, la mayor facilidad y mejor participación que representa para los fieles el uso de las lenguas vernáculas, la eliminación de las rúbricas para dar paso a la libertad y espontaneidad del celebrante, etc., etc. Las desastrosas consecuencias que han venido después se han encargado de demostrar la *oportunidad* de tales mejoras.

fueron siempre considerados como el umbral introductorio al mundo de lo sagrado.

Pues nadie hasta ahora había pensado jamás que la Liturgia de la Iglesia pudiera admitir elementos incompatibles con la devoción y el esplendor del culto, tales como la prisa, el recorte y supresión de oraciones en razón de la brevedad, la vulgaridad, la improvisación y la ordinariez.

Yo fui *Maestro de Ceremonias* en mi época de seminarista, por lo que me vi obligado a iniciar en el aprendizaje de las ceremonias de la celebración a compañeros que se encontraban próximos a recibir el presbiterado. Para lo cual tuve que dedicar al estudio de la Liturgia una buena parte del escaso tiempo de que disponía en mi vida de Seminario. Sea como fuere, los jóvenes de entonces, tal como supongo que lo hacen también los de ahora, comenzábamos nuestra andadura ministerial con el exquisito cuidado de celebrar la Misa con fidelidad a las normas de la Liturgia, que es cosa que suele atraer fuertemente la atención de un nuevo e ilusionado sacerdote.

Por eso puse tanto cuidado en mis primeros años de sacerdocio en celebrar la Santa Misa con *corrección*, procurando cumplir fielmente las complejas y minuciosas normas que desde siglos habían regulado la Misa Tradicional. Trataba yo de celebrarla con todo el respeto y delicadeza de los que era capaz, y hasta si se quiere con devoción. Sin embargo, una vez más y como siempre, con el paso de los años y la mayor madurez que el tiempo proporciona, acabé comprendiendo que tal forma de celebrar el Sacrificio, aun siendo la correcta y no carente de amor a Jesucristo, *aún no respondía a las verdaderas exigencias de la Misa*. Pues aunque yo estaba convencido de que la celebraba con minuciosa fidelidad, todavía andaba mi espíritu muy lejos de haber profundizado en la riqueza de su contenido.

El cual exige celebrarla mediando de por medio un intento serio de identificarse con Jesucristo *y sobre todo con su Muerte*. Pues la Misa es realmente el *Santo Sacrificio*. Que evidentemente es Santo, pero Sacrificio al fin y al cabo. Y no meramente simbólico sino absolutamente real.

Que afecta tanto a la Víctima principal, que es Jesucristo, como al mismo sacerdote. Y así como suele decirse en la Catequesis ordinaria que los fieles asistentes participan del Sacrificio a su modo, según les permite su condición por haber recibido a través del bautismo una cierta participación en el Sacerdocio de Jesucristo —que es distinta *esencialmente* de la que le corresponde al Sacerdote—, con mayor razón es lícito afirmar que es en la Misa donde el celebrante *muere realmente* con Jesucristo. Una muerte que efectivamente no es la que podría llamarse muerte normal, o aquella que los hombres consideran como tal. Tal vez habría que llamarla muerte mística, sobrenatural o de algún otro modo pero que, de todas formas, nunca podrá describir realidades que sobrepasan el mundo de lo natural y la capacidad del entendimiento humano. Es posible que este misterio se aproxime en su contenido a lo que Jesucristo quería significar cuando hablaba de *negarse a uno mismo* o también a *perder la vida por amor de Él*; y más probablemente al conocido texto paulino de *soy yo, pero ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí*. Pero sea del modo que fuere, es cierto que el mero hecho de celebrar la Misa hace que la vida del Sacerdote ya no le pertenezca *y ya no sea suya*, por lo tanto. Y aun así, el misterio permanecerá siendo misterio e insuficientes todas las explicaciones. Pues tampoco basta con decir que el sacerdote ha renunciado a su vida por el hecho de participar en la Misa de la Muerte de Cristo, desde el momento en que una participación en la muerte supone —salvo que se esté hablando de simbolismos— una verdadera *participación en la*

Muerte de su Maestro, con todo lo que supondría *tomar parte* en la muerte de alguien. Con lo que hemos vuelto de nuevo al principio y al enunciado de un misterio que sigue siendo tal. Algo debe quedar claro, sin embargo. Y es que esa participación en la Muerte de Jesucristo, que podrá ser llamada mística o con algún otro término equivalente, ha de ser de todos modos y de alguna manera *dolorosa y tremenda* para el Sacerdote; que es lo menos que se puede decir —y quizá lo más— con respecto a una muerte real. Y así como la Muerte de Jesucristo se convirtió en Vida para todos los cristianos, igualmente sucede cuando el Sacerdote muere con su Señor a través de la Misa y se hace fuente de vida para sus fieles.

Tan terrible misterio y tan dura realidad convierte la existencia del sacerdocio ministerial en un acontecimiento *trágico*, cuya comprensión por parte del sacerdote solamente se alcanza con la madurez que proporciona el paso de los años. Que es el momento en el que el ministro de Jesucristo comienza a comprender que el drama del Sacerdocio implica la necesidad de morir con su Maestro como condición para dar fruto. Pues, como dice la Carta a los Hebreos, *sin derramamiento de sangre, no hay remisión*.¹³ Todos los otros caminos —¿*Nuevas Evangelizaciones?*— son secundarios, accidentales, coyunturales, circunstanciales, eventuales, casuales, ocasionales y todo lo que se quiera decir. Pero inútiles en realidad si falta ese requisito principal y esencial de la muerte juntamente con Cristo.

La muerte en Cristo y con Cristo —que nunca debe ser interpretada en sentido simbólico o, como alguien diría, *espiritual*— produce tan fuerte impacto en la existencia sacerdotal como para dar lugar a una *inmolación* que también ha de ser tomada en su sentido real y más profundo. De ese modo la vida del sacerdote, que ahora se ha convertido en una verdadera *muerte en Cristo* a lo largo de sus acti-

¹³Heb 9:22.

vidades del quehacer diario, adquiere el grado supremo de realidad en el momento del Sacrificio de la Misa, que es el lugar en el que la muerte mística del ministro que la celebra alcanza un punto culminante. Que por eso puede afectarle, cuando se vive en profundidad el espíritu de Jesucristo, de forma la más dolorosa (por más que tal cosa pase ordinariamente desapercibida). Pero he ahí, sin embargo, lo que constituye la gloria de cualquier existencia sacerdotal: morir por amor a la Persona amada y juntamente con ella: *Y si el grano de trigo no cae en la tierra y muere no da fruto.*¹⁴

Toda una serie de sublimes misterios acerca de los cuales, como sucede siempre con las cosas más elevadas, el mundo no se entera de nada. Y aquí otra de las realidades de la existencia cristiana que afecta particularmente al sacerdote: el amor y el aprecio por parte de Dios hacia los suyos suelen ser tan grandes como el desprecio y el odio por parte del mundo hacia ellos.

El problema radica aquí en que los cristianos tienden a atribuir a las palabras de Jesucristo un sentido puramente espiritual, simbólico, poético si se quiere, pero que no presta atención a su significado más profundo. Por eso no suelen considerarse el drástico contenido de sus palabras ni sus consecuencias con respecto a la vida real: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo. Pero si muere, da mucho fruto.*¹⁵

No existe otra forma de que la existencia del sacerdote produzca fruto abundante y permanente si no es por medio de la inmólación de su propia vida, según se deduce de las palabras de Jesucristo: *Yo os he elegido y os he puesto para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca,*¹⁶ corroboradas luego mediante la insistencia en

¹⁴Jn 12:24.

¹⁵Jn 12:24.

¹⁶Jn 15:16.

los caminos que conducen a la Cruz. Y será inútil buscar otro medio de apostolado que sirva como instrumento eficaz para la salvación de las almas.

Así se explica la inutilidad de los esfuerzos de la llamada *Nueva Evangelización*, la cual ha demostrado claramente que la moderna Pastoral de la Iglesia ha perdido el norte. Los métodos de Evangelización están clara y suficientemente explicados en el Evangelio, sin que haya necesidad de acudir a otros nuevos. Aunque los problemas comenzaron cuando el Protestantismo liberal y los métodos bultmanianos de interpretación, de una parte, y el historicismo modernista de otra, comenzaron a poner en duda la historicidad de los testimonios escriturísticos hasta llegar a negar su veracidad. El Catolicismo se dejó seducir por los *avances* de tales métodos de investigación, perdiendo paulatinamente la confianza en las conclusiones de la Comisión Bíblica Pontificia hasta que finalmente la hizo desaparecer. Otra prueba más de que la afición por las *modernidades* ha sido siempre la tentación de los acomplexados y débiles en la Fe.

El destino que aguarda al sacerdote fiel a su vocación no es otro que el de sufrir muerte de Cruz con su Maestro, a semejanza del grano de trigo según lo proclamaba la consigna del mismo Señor. Y como tratamos de realidades y no de simbolismos, es necesario decir que la muerte, sea la muerte corporal o la muerte mística del alma, hacen siempre siempre referencia a una muerte real. Por lo que la segunda habrá de ser dolorosa y angustiada no menos que la primera.

El misterio del morir a sí mismo por amor a Jesucristo, válido para cualquier cristiano, adquiere su máxima realidad para el sacerdote mediante la celebración del Santo Sacrificio. La cual lo eleva a un mundo distinto y sobrenatural, tan extraño a lo ordinariamente conocido como para que el lenguaje humano no se sienta capaz de

describirlo. Es un mundo, que alguien imaginaría como de ensueño, que se encuentra sustraído al tiempo y al espacio y situado en un nivel distinto al de todas las cosas de este mundo.

La celebración del Misterio Eucarístico, para el ministro de Jesucristo que, ayudado de la gracia, ha hecho suyas las palabras del Apóstol, *en nada me gloriaré sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*,¹⁷ lo inunda de sentimientos de gozo que otras veces pueden ser de sufrimiento, cuando no de ambos a la vez, y que escapan a toda posibilidad de descripción. Y lo que puede parecer una paradoja no es sino la simultaneidad de sentimientos en la que coinciden, a la vez o alternativamente, las angustias de la muerte con la suprema alegría de sufrirla por y junto a la Persona amada.

El fruto del Santo Sacrificio depende en gran medida de la *recta conciencia* existente en el alma del sacerdote acerca de la verdad de estos misterios hecha realidad en su propia vida. Lo cual depende a su vez, tanto de la medida de las gracias personales recibidas para el cumplimiento de su ministerio, como de su generosa *cooperación* a tales gracias. Sucede aquí algo semejante a lo que ocurre con la predicación, según lo que explicaremos después; puesto que un sacerdote que no se sienta *herido*, de un modo místico pero real, por el misterio derivado de los efectos y consecuencias de la Misa, puede estar seguro que la celebración del Sacrificio Eucarístico ha quedado reducida para él a lo que causaría una ceremonia litúrgica de cualquier otra clase.

La sublime realidad que tiene lugar en la Celebración —la angustia de la muerte, de un lado, y el gozo de morir junto a Alguien a quien se ama compartiendo su destino, de otro— suele pasar desapercibida para el común de los fieles en la medida que media entre el

¹⁷Ga 6:14.

sacerdocio común de todos los cristianos y el sacerdocio ministerial. Es ésta una de las gracias máspreciadas, exclusivas del ministerio sagrado, que quien la recibe sabe guardar en su corazón, según el dicho bíblico de que *es bueno mantener oculto el secreto del rey*.¹⁸ Pues gracias demasiado elevadas ocurrentes en la vida del sacerdote quedan reservadas para Dios, según ya lo decía el Apóstol en referencia a esta situación: *Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*.¹⁹ Y efectivamente, porque el sentimiento de saberse muerto y desconocido por el mundo es lo que corresponde a una vida *escondida* con Cristo y que viene a se, en último término, *condición esencial en la existencia de un sacerdote*.

De ahí que el sacerdote no pueda esperar reconocimientos o recompensas por parte del mundo. Ni tampoco se ha de extrañar cuando suceda lo contrario mediante la persecución, sino sentirse más bien colmado de alegría: *Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia...*²⁰ *Ved el amor que nos ha dado el Padre, hasta llamarnos hijos suyos ¡y que lo seamos realmente! Por eso el mundo no nos conoce, porque tampoco lo conoce a Él*.²¹

En realidad tendrá que sentirse *alienado* y *desterrado* por obra del mundo, y es según tales realidades como deberá delinear el programa de su vida. La cual no puede ser otra cosa que un trasunto de la de su Maestro, quien culminó su existencia en muerte de Cruz dando así la vida al mundo. Por todo lo cual, y por encima de cualquier consideración que pueda existir en su haber por parte del mundo (favorable o contraria), el sacerdote es consciente de que ha sido

¹⁸To 12:7.

¹⁹Col 3:3.

²⁰Jn 15:19.

²¹1 Jn 3:1.

constituido *para las cosas que miran a Dios*, al mismo tiempo que tampoco ignora que ha sido puesto *en favor de los hombres, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados*.²²

El Santo Sacrificio de la Misa, aunque fue instituido por Jesucristo *para todos los fieles*, una parte de lo más elevado de su contenido queda como algo peculiar y propio del celebrante, a manera de un exclusivo y delicado secreto solamente para él reservado. El cual ni el mismo sacerdote sería capaz de expresarlo o manifestarlo más allá de su propio mundo interior. Pues si el secreto del rey es conveniente guardarlo, según decía el Libro de Tobías, aún más por la especial razón de que contiene el misterio inexpressable que lleva consigo la intimidad del *tú a tú* en la amorosa relación sponsorial divino–humana:

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*²³

La Confesión

Recuerdo la primera vez que me senté en el confesonario. Aunque dicen que hay una primera vez para todo, cuando se trata de iniciarse como ministro en el sublime e insondable sacramento de la Penitencia, el nerviosismo está asegurado y justificado. A mis veinticuatro años y enteramente novato, aunque con la confianza puesta en Dios y la disposición de desempeñar bien mi oficio, soñaba con empezar

²²Heb 5:1.

²³San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

mi tarea en el mundo del Sacramento Consolador de manera fácil, escuchando quizá la confesión de alguna piadosa y anciana beata cuyos pecados no pasarían de ser niñerías o escrúpulos de monja. ¡Quién iba a pensar en aquel momento en tantos penitentes, tan duros y tan difíciles, a quienes tendría que auxiliar, muchas veces con angustia por mi parte, en mis correrías pastorales por diversos países y en lugares tan distintos!

Este sacramento de la misericordia y del perdón, que a lo largo de toda la historia del Cristianismo ha devuelto la paz del corazón a tantos cristianos a los que ha reconciliado con Dios, es el mayor portador de Alegría de todos los sacramentos después de la Eucaristía, aunque haya sido prácticamente desterrado de la Nueva Iglesia refundada con el Concilio Vaticano II. Su práctica eliminación ha sido uno de los mayores triunfos conseguidos por Satanás contra la verdadera Iglesia, el cual ha acarreado consecuencias sobre la salvación —o la condenación— de las almas cuyo alcance solamente de Dios es conocido. ¡Pero ay de los responsables de tal latrocinio! Pues parece imposible pensar en el arrepentimiento de su culpa ni aun siquiera en el momento de su muerte, después que se esforzaron en abrir las puertas del Infierno a tantos desgraciados cuyo número tal vez causaría pavor de ser conocido por los vivos.

Y volvamos a los primeros tiempos del ministerio de un sacerdote joven, cuando el novel ministro del Señor pone su cuidado en atender a los penitentes con todo el amor de su corazón. Los acoge con amabilidad, los escucha con atención e intenta procurar la integridad de la confesión mirando al bien de sus almas —cosa ésta última que se convierte a veces en tarea bastante fatigosa—, para despedirlos finalmente con una breve exhortación extraída de lo mejor de su repertorio. Todo lo cual supone un ejercicio del ministerio que no siempre es fácil, aunque los fieles no acostumbren a darse cuenta de

los problemas que supone el llevarlo a cabo. Es frecuente que los penitentes se acerquen al confesonario con cierto temor y hasta con sentimientos de vergüenza, que es cosa por otra parte explicable si se tiene en cuenta la condición de la naturaleza humana. Y es entonces cuando el ministro del Sacramento, que además de ser juez ejerce también en ese momento las funciones de padre y aun de médico, habrá de valerse de todo su amor y de toda especie de comprensión y paciencia para que las almas confiesen la totalidad de sus pecados, disponiéndose así al debido arrepentimiento.

El ejercicio de todas estas funciones anda lejos de ser tarea fácil, hasta el punto de que la particular atención prestada a los penitentes, considerado cada uno como caso particular y único, suele ser comúnmente causa de una gran tensión interior y de enorme cansancio, que puede ser profundo después de transcurridas varias horas continuadas en el confesonario. Aunque esto último, por desgracia, ya no tenga ocasión de suceder, después de haber conseguido la Pastoral de la Nueva Iglesia, inficionada de modernismo, que el clero deserte en masa del ministerio de la confesión y que los fieles, alentados a menudo por los mismos sacerdotes, hayan dejado de confesarse y someterse a la necesaria integridad de la confesión.

Pero en los felices tiempos pasados no fue así. Ni tampoco sucede ahora en los pocos y aislados núcleos desperdigados por el mundo que aún permanecen fieles al Catolicismo.

En cuanto a mí, he pasado muchos cientos de horas sentado al confesonario durante mi larga vida ministerial. A veces hasta más de veinte horas seguidas y sin apenas interrupción, sostenido por algunas tazas de café que almas buenas me llevaban al confesonario. Transcurrido ese tiempo acostumbraba recostarme en alguna cama o sofá durante un par de horas, sin que la urgencia me permitiera desprenderme de la sotana y sin que el estímulo del café dejara de

impedirme descansar. Durante el tiempo de mi permanencia en la cordillera andina, mis indios guardaban cola para confesarse durante dos o tres días a veces. Por lo que no era raro que en alguna ocasión yo quedara agotado y vencido por el sueño en el mismo confesonario durante horas —o quizá privado de sentido, que es cosa que nunca pude averiguar—, sin perjuicio de que los fieles siguieran confesándose sin interrupción y, desde luego, sin enterarse de lo que ocurría. Por mi parte jamás alimenté duda alguna acerca de la validez de aquellas confesiones.

Aun antes de que sucediera todo esto, durante los primeros años de mi ministerio, se me ocurrió lo que consideré al principio una buena idea que podría evitarme, al menos en parte, el cansancio de las largas horas transcurridas en el confesonario. Al fin y al cabo, como todo ser humano, también yo practicaba de manera inconsciente la ley del mínimo esfuerzo, en la equivocada creencia de que las cosas más preciosas y elevadas se pueden conseguir igualmente a bajo precio. Así que compuse un breve discurso estándar como admonición destinada a ser repetida a cada penitente, la cual me ahorraría el complicado problema de ir discutiendo particulares consideraciones diferentes para cada uno.

Un recurso que me pareció *inteligente* pero que sin embargo me condujo al mayor de los fracasos, puesto que no pude ponerlo en práctica ni siquiera una vez. En cada caso me daba cuenta de que tenía ante mí una *persona* distinta, fiel cristiano e hijo de Dios, que llegaba con sus particulares problemas y ansiedades, con especiales necesidades de consuelo y de paz y con su esperanza y seguridad de que las encontraría en el confesonario. ¿Cómo aplicar una receta común y despachar sin más preámbulos a aquellos fieles...? Poco corazón, y aun menos amor a Jesucristo y a aquellas almas habría que tener para hacerlo. Por lo que me vi obligado a concluir que era

necesario prescindir del ingenioso procedimiento que en un principio había creído encontrar.

Aclarado lo cual, ya podemos seguir con el tema de la madurez y del paso de los años. Puesto que llega un momento en el que el sacerdote comprende por fin la hondura y el significado del sacramento de la Penitencia. Un abismo de profundidad que supondrá para él, una vez más, otro modo de vivir intensamente los dolorosos misterios derivados de la participación en la Cruz de su Señor. Llega a tal situación cuando al fin se da cuenta de que no se trata meramente de absolver y perdonar pecados, sino de que, a semejanza de su Señor, *él mismo también ha de cargar con ellos*. Pues si Jesucristo tomó sobre Sí los pecados y las miserias de todos los hombres haciéndolos suyos, apareciendo ante su Padre —siendo el Inocente entre los inocentes— como si fuera culpable y cargado de toda la podredumbre humana para llevar así a cabo la salvación del mundo...,²⁴ y siendo la misión del sacerdote *idéntica a la de su Maestro* (Jn 20:21), quiere esto decir que la vida de las almas recibida a través del sacramento de la Penitencia exige la condición de que también el sacerdote cargue con las culpas de los demás *y el sufrimiento que tal cosa lleva consigo*. Y así es como también aquí tiene lugar lo que ya decía la Carta a los Hebreos cuando aseguraba que *sin derramamiento de sangre no hay remisión*.²⁵ De tal manera que los pecados de sus hermanos los hombres estarían destinados a producir mayor dolor en su propio corazón que en el de aquellos que los cometieron. La consecuencia no es difícil de concluir, y viene a traducirse en que la labor del sacerdote produce escaso fruto a

²⁴Cf., por ejemplo, Sal 22:2; 7-9; 7:17,b; Is 53: 5-6.

²⁵Heb 9:22.

través de este sacramento mientras que él mismo no comprenda *y viva* la realidad de los misterios que se contienen en él.

La Predicación

He aquí otra de las duras cargas que el Señor encomendó a sus ministros. Y de nuevo me veo en la necesidad de insistir en que la predicación de un sacerdote que comienza será ineficaz, o producirá muy poco fruto, mientras no llegue a convencerse de que efectivamente la tarea de predicar es una *pesada carga*. Existe un principio que vengo enseñando a los sacerdotes jóvenes desde hace ya bastantes años; y aunque es posible que no convenza a todo el mundo a mí sin embargo me parece seguro, y consiste en que *el fruto de la predicación es inversamente proporcional a la satisfacción personal que experimenta el predicador acerca de su propia oratoria. Mientras que, al contrario, es directamente proporcional al sentimiento de la propia ineptitud y de su fracaso personal, en virtud de los cuales se ve obligado a confiar en el Señor y sólo en Él.*

De todos modos, si atendemos al modo de comportarse la naturaleza humana, es comprensible y hasta lógico que el sacerdote joven comience sus tareas oratorias con ilusión.

En tiempos pasados, cuando todavía se podía hablar de oratoria sagrada en la Iglesia y de homilias que efectivamente eran tales, no era raro el sacerdote que deseaba quedar bien ante los fieles y procuraba el buen éxito de sus discursos; hasta que creía haberlo alcanzado y se llenaba de satisfacción. Incluso podía suceder que alguno alcanzara cierta fama y fuera solicitado para predicar en diversos lugares; lo que en modo alguno hubiera podido ser considerado como un mal suceso, *con tal que el interesado no se considerara satisfecho de sus triunfos y los atribuyera a las buenas cualidades de que había sido dotado*. Después de todo eran tiempos normales.

Las personas mayores pensarán con razón en la oportunidad de atribuir esas peculiaridades, afortunadas unas veces y otras no tanto, a *tiempos pasados*. Pues no tiene objeto tratar de estos menesteres en la Nueva Iglesia, en la que es imposible hablar de predicación desde que no existe en Ella ninguna cosa que se le parezca. Pues ni siquiera merece el nombre de mala predicación el conjunto de *chácharas* con las que son castigados los pocos fieles que los domingos todavía asisten a Misa, insustanciales en el mejor de los casos o llenas de dislates en la mayoría de ellos y en las que se habla de todo menos de la Palabra de Dios: *Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los escucha*, decía San Juan en su Primera Carta.²⁶

Pero volvamos a lo normal y a imaginar que vivimos todavía en las felices épocas, o aquéllas a las que un nuevo Don Quijote se hubiera referido, rememorando el famoso Discurso de las Armas y de las Letras diciendo: *¡Dichosa edad y tiempos aquellos...!* Cuando todavía existía un Pueblo cristiano que gozaba del don de la Fe y que asistía a los cultos con devoción. Y sin embargo, sea como fuere, es absolutamente normal que el sacerdote joven comience su labor de predicación con ilusión y deseos de hacer el bien a las almas..., y hasta con ánimos de quedar bien.

Pero pasan los años y de nuevo el sacerdote acaba comprendiendo lo que es y lo que significa la Predicación de la Palabra de Dios. Transmitir a las ovejas que le han sido encomendadas las palabras y las enseñanzas de Jesús es cualquier cosa..., menos una tarea fácil. Igualmente se da cuenta de que sus palabras son escuchadas unas veces mientras que otras muchas no lo son. Es cierto que Jesús decía a sus discípulos que lo mismo que algunos habían escuchado su propia doctrina, también escucharían la de ellos (Jn 15:20), aunque también se quejaba en otras ocasiones de que su Palabra no había

²⁶1 Jn 4:5.

sido oída, con evidente rechazo de la verdad: *Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?...²⁷ Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Pero ahora no tienen excusa de su pecado.²⁸* Y también del Bautista se decía que era *la voz del que clama en el desierto.²⁹*

La conclusión a deducir de todo esto es que, aun siendo importante la predicación —*¡Ay de mí, si no evangelizara,* decía San Pablo—,³⁰ no conduce a nada práctico preocuparse demasiado por sus resultados.

El sacerdote ha de disponerse a predicar la Palabra partiendo de los más profundos sentimientos de su corazón. Después de haber contrastado en la oración la tarea inmediata a realizar, mediando siempre además una vida entregada de trabajos por el bien de los fieles. Tarea nada fácil que habrá de suponer para él *sudores de sangre*, acuciado siempre por la responsabilidad y por el celo por las almas, en un trabajo elaborado, una y otra vez, mediante los esfuerzos del estudio y a través del diálogo llevado a cabo en la oración... Y siempre con el sentimiento, por otra parte imposible de disipar, de que al fin no era precisamente *eso* lo que hubiera deseado comunicar a los fieles. Por lo cual, consciente de su incapacidad para llevar a cabo una empresa que de todos modos le trasciende, se ve obligado a poner su confianza en el Señor: *Y solamente cuando ha llegado ese momento, es cuando la Predicación comienza a dar fruto.*

Decía Bernanos, en su *Diario de un Cura Rural* que es preciso que la Palabra de Dios *hiera* el corazón de los oyentes para dar fruto, pero que ha de ser el del propio sacerdote que la predica el

²⁷Jn 8:46.

²⁸Jn 15:22.

²⁹Mt 3:3.

³⁰1 Cor 9:16.

primero afectado por ella. Pues si la Palabra no lastima su corazón, es probable que tampoco impacte con demasiada fuerza en el de los oyentes.

Predicar no es *pronunciar un discurso*, como haría cualquier hombre de mundo, sino un acto de sumisión y obediencia a Dios con el fin de difundir su Palabra, pero que siempre lleva consigo la personal inmolación.

Con respecto a lo que en tiempos pasados se vino llamando *oratoria sagrada*, es preciso reconocer que con bastante frecuencia se puso más énfasis en lo de *oratoria* que en lo de *sagrada*. A diferencia de lo que sucede en la Nueva Iglesia postconciliar, en la que ya no importa mucho la primera y mucho menos la segunda.

Sin embargo, en la verdadera predicación el sacerdote transmite y entrega a los fieles su propia vida. Incluso es Dios mismo quien permite que quien realiza la tarea considere a veces que su esfuerzo ha sido inútil, aunque en realidad nunca lo habrá sido; pero formando parte de un todo que tiende a una mayor participación del ministro en la Cruz del Señor.

Cuando el sacerdote culmina su vida, y una vez llegado a la ancianidad mira hacia atrás, comprende al cabo que muchas cosas del pasado están marcadas con razones suficientes para provocar las lágrimas. ¿Por qué...? Tal vez porque la existencia puede aparecer en forma de fracaso, habida cuenta de las muchas cosas que quedaron por hacer y del tiempo que podía haberse empleado en amar a Dios más intensamente. Aunque en realidad, si bien se considera, no todo en el pasado fue malo; y hasta hubo muchas cosas buenas y en mayor abundancia que las malas. Y en cuanto a llorar..., como decía Gandalf en la épica de Tolkien, *no todas las lágrimas son malas*; pues también a menudo son fruto de la alegría y de la consideración de que Dios es bueno. Pero es que además, si la vida sacerdotal no

terminara en fracaso de nada habría servido, puesto que fracaso y no otra cosa fue la vida de Jesucristo, culminada además en una Muerte de Cruz que fue la que dio la vida al mundo.

La existencia y la culminación de la vida del sacerdote no pueden ser diferentes de la de su Maestro. Y si una vez llegado al final del camino piensa humildemente que ha hecho muy poco, puede tener por seguro que oirá de todos modos las más dulces y cariñosas palabras salidas de la boca de su Señor: *Muy bien, siervo bueno y fiel. Porque fuiste fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor.*³¹

Conclusión

La existencia sacerdotal como tragedia

Fue seguramente Bernanos, en su *Diario de un Cura Rural*, quien mejor supo describir como *trágica* la vida del sacerdote.

Y quizá sea conveniente advertir a modo de entrada que el vocablo *tragedia*, lo mismo que el de *trágico* en su acepción de adjetivo, no se toman aquí en su sentido habitual, sino en otro distinto más bien derivado, por más que hayan de ser interpretados como verdaderos. Y lo mismo cabe decir del vocablo *fracaso* cuando se aplica, como se hace a lo largo de este trabajo, a un supuesto balance llevado a cabo a la culminación de la vida sacerdotal.

Si nos atenemos al sentido corriente y habitual de las palabras, la verdadera tragedia y el auténtico fracaso habrían de aplicarse con propiedad a la existencia del mal sacerdote. Cuya explicación, en cuanto a la posibilidad del hecho y de sus causas, así como a la de su destino final, sólo de Dios puede ser conocida.

³¹Mt 25:21.

Sin embargo la obra de Bernanos acaba produciendo en el lector un cierto pesimismo; o una posible amargura al menos, difícil de disipar. Lo cual, en cuanto que se refiere a un destino y a una vocación tan elevados, carece de explicación que lo avale, *puesto que es imposible encontrar huella alguna de pesimismo en ninguna realidad de contenido sobrenatural*. De donde quizá habría que pensar que la figura del Cura de Ambricourt, pese a su merecido brillo en la Literatura universal, contiene un fallo ineludible que deberá encontrarse por alguna parte.

Aquí sería fácil comenzar a buscar posibles causas de lo dicho en la grave enfermedad del personaje y la terrible soledad en la que vivía; o en su fracaso pastoral, tal vez, con respecto a los fieles que le habían sido encomendados. Razones todas ellas de fácil refutación, desde el momento en que ninguna puede justificar los sentimientos de abatimiento y tristeza que parecen envolver al personaje. E incluso puede decirse que la soledad, la enfermedad, o el fracaso pastoral, pueden ser condiciones de obligado acompañamiento a una santa existencia sacerdotal.

Es posible, por lo tanto, que la verdadera causa del pesimismo que parece desprenderse de la obra obedezca a razones más complejas, imposibles de comprender por cualquiera que no sepa situarse en el punto de vista adecuado para juzgar el problema.

En primer lugar, algo que no suele tenerse en cuenta es que el Cura de Autricourt era sacerdote. Y como tal, es relativamente difícil que quien no lo sea sea capaz de juzgar la situación de su pretendida *tragedia*. Y Bernanos no era sacerdote, por más que nadie vaya a poner en duda su condición de verdadero cristiano. Sin embargo se da la circunstancia de que el corazón sacerdotal, por razón del carácter recibido en la ordenación, *solamente puede ser conocido en el fondo por otro sacerdote*. De donde puede suceder que un laico,

por más que posea mucha más santidad que cualquier determinado sacerdote de aquí o de allá, nunca dejará de ser laico y de permanecer inaccesible, por lo tanto, al misterioso santuario del alma sacerdotal.

En segundo lugar, y como punto aún más importante olvidado no obstante por Bernanos al describir a su personaje, es que la tragedia del sacerdote no lo es en el sentido que pueda atribuirse a cualquier otra, bien que esta última alcance un grado de mayor o menor gravedad pero que aquí sería cosa indiferente a tener en cuenta; sino que es una tragedia por completo *sui generis* y en modo alguno equiparable a otra. Por la sencilla razón de que el destino sacerdotal *es un trasunto de la tragedia del Gólgota*, que aun siendo verdadera tragedia es de un orden superior y distinto a todas las demás en cuanto que, además de otras circunstancias y peculiaridades, fue precisamente *la que dio la vida al Mundo*.

Es por eso por lo que la existencia del sacerdote no puede jamás desprender de sí misma un aire pesimista. Y tanto menos pesimista, y sí en cambio el de *triumfalista y glorioso*, cuanto más el mundo llegue a considerarla como una existencia fracasada y triste.

Ambos puntos, como no podía ser menos, escaparon a la genialidad de Bernanos; y de ahí el inconfundible cariz de pesimismo que se desprende de su personaje. Esa es la razón, cuando se considera la novela en su conjunto, de que, siendo preciso reconocer su indiscutible valor literario, sería difícil sin embargo negar que la pintura que se hace en ella del personaje, pese a su indiscutible grandeza, carece de trazos importantes que lo dejan incompleto y que lo convierten —al menos desde una cierta óptica, desde la que hubiera sido necesario contemplarlo— en irreal y meramente ficcional. A no ser que se le hubiera querido hacer aparecer como un fracasado en su vocación y existencia sacerdotales, que es cosa sin duda alguna ajena a la mente de Bernanos.

De todas formas, el aparente pesimismo de la novela queda en parte redimido en la culminación de su Epílogo. Cuando el ex sacerdote amigo, en cuyo ático de París se había refugiado el Cura de Autricourt ya casi moribundo, le comunica que no iban a llegar a tiempo los auxilios espirituales de la vecina parroquia a la que se había avisado. Y el Cura Rural, ya en los estertores de la agonía, responde con unas palabras de las que dijo Charles Moeller, con toda razón, que han venido a ser la frase más bella de toda la Literatura del siglo XX: *¡Y qué más da! Ya todo es gracia...*

Y efectivamente la existencia sacerdotal como *tragedia* pasa desapercibida para el mundo, si entendemos este vocablo en el sentido que aquí hemos explicado y que suele pasar desconocido para todo aquél que no sea sacerdote.

La enemistad de Jesucristo con el Mundo es narrada repetidamente por las Escrituras: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron...*³² *Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció...*³³ *Si el mundo os odia, sabed que a mí me odió primero...*³⁴ *En el mundo padeceréis persecución; pero tened confianza, porque yo he vencido al mundo.*³⁵ Por lo que no es extraño que también se haga patente de un modo especial en la vida del sacerdote, como continuador que es al fin y al cabo de su misión. Se trata de una vida destinada a ser desconocida e incluso despreciada por el mundo, tal como ya lo explico San Pablo de un modo bastante descriptivo:

En todo nos acreditamos como ministros de Dios: con mucha paciencia, en tribulaciones, necesidades y angustias; en azotes, pri-

³²Jn 1:11.

³³Jn 1:10.

³⁴Jn 15:18.

³⁵Jn 16:33.

*siones y tumultos; en fatigas, desvelos y ayunos; con pureza, con ciencia, con longanimidad, con bondad, en el Espíritu Santo, con caridad sincera, con la palabra de la verdad, con el poder de Dios; mediante las armas de la justicia, en la derecha y en la izquierda; en honra y deshonra, en calumnia y en buena fama; como impostores, siendo veraces; como desconocidos, siendo bien conocidos; como moribundos, y ya veis que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, pero poseyéndolo todo.*³⁶

El sacerdote vive en el mundo y entrega su vida por los hombres sus hermanos. Pero no por eso espera —no puede esperar— reconocimiento ni agradecimiento alguno por parte de ellos. Su vida está escondida en Cristo, que es la única cosa a la que aspira su corazón y que lo satisface, y él está muerto para el mundo. De donde lo que San Pablo decía a los Colosenses posee para él un sentido muy especial: *Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.*³⁷ Y hablando de sí mismo añadía el Apóstol algo que también corresponde al mismo sacerdote y en realidad a cualquier cristiano: *No me gloriaré sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo estoy crucificado para el mundo.*³⁸

El gran secreto de la vida del sacerdote, muy al contrario de lo que podría pensar el espíritu mundano e incluso él mismo, no consiste meramente en el hecho de que contemple su propia vida como *tragedia*, como efectivamente lo es. Sino en que *encuentre en eso su gloria y su alegría, sin desear nada distinto*. San Pablo ya decía, como acabamos de ver, que *se gloriaba* en el hecho de estar

³⁶2 Cor 6: 4–10.

³⁷Col 3:3.

³⁸Ga 6:14.

crucificado con Cristo y para el mundo. De donde se concluye que el sacerdote *jamás dará fruto en su ministerio, y ni siquiera hallará el secreto de la Alegría en esta vida*, mientras no considere que su gloria consiste en ser olvidado, menospreciado e incluso perseguido. También aquí podríamos decir que el fruto resultante del ministerio es inversamente proporcional al deseo de vivir su propia vida por parte del sacerdote.

En cuanto al número de ministros sagrados que, a causa del afán de protagonismo habrán arruinado su existencia *incluso tal vez para toda la eternidad*, es otro de los misterios de la Historia de la Iglesia, sólo de Dios conocido y providencialmente ignorado por parte de los que todavía militan en Ella a través del ministerio.

El punto central alrededor del cual gira toda esta historia, como fácilmente puede deducirse de lo dicho, es el *amor a Jesucristo*. El sacerdote está convencido, no ya solamente de que su misión consiste en ser continuador de la de su Señor, lo que sería poco para él aun siendo mucho, sino que precisamente porque es otro Cristo —*Alter Christus*, como siempre ha dicho la recta Doctrina—, anhela ardientemente *identificarse con su Maestro* y estar conducido por el amor hacia Él; puesto que el amor no desea otra cosa que unir el propio destino al de la Persona amada. Y si *tragedia* fue la vida de su Maestro y Señor, *tragedia* es precisamente lo que él desea como culminación de la suya propia.

El destino *trágico* del sacerdote supone la necesidad de vivir de la esperanza. Y como hemos repetido a lo largo de este escrito, las virtudes básicas de la existencia cristiana, que en realidad son patrimonio de todos los cristianos, corresponden de una manera especial y muy peculiar a la existencia sacerdotal. Si bien de tal manera que alguna de tales peculiaridades afectan a esa existencia en exclusiva; que es lo que ocurre, en cierto modo, con la esperanza.

Pues la esperanza es necesaria para la práctica de cualquier virtud, por lo que *a una virtud heroica le corresponde una esperanza heroica*, a semejanza de Abrahán que supo *esperar contra toda esperanza*.³⁹ Por otra parte la esperanza es una virtud teologal en íntima relación, por lo tanto, con el amor. Todo lo cual queda confirmado por las palabras del Apóstol San Pablo en un texto que admite una especial referencia a la existencia sacerdotal: *Pero no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada la esperanza. Una esperanza que no será defraudada*.⁴⁰

La esperanza anhela conseguir con seguridad *lo que aún no se tiene y lo que todavía no se ve*. Pues como dice el Apóstol, *una esperanza que se ve no es esperanza; pues ¿acaso uno espera lo que ve?*⁴¹ Con lo que hemos llegado al punto neurálgico que califica de *trágica* la existencia del sacerdote. Cuyo corazón, que se supone enamorado de Jesucristo, vive por eso mismo en la ansiedad de que aún no se siente enteramente identificado con Él; e igualmente como que tampoco lo ama tan ardientemente como debiera, ni como desearía hacerlo. Y lo más doloroso de todo, como sentimiento que más profundamente agobia su alma, porque *todavía no lo ve cara a cara ni lo posee plenamente*. ¿Y acaso puede existir algo que más aumente el ardor amoroso de un alma enamorada que sufrir la ausencia de la persona amada...?

Alguien pensará con razón que nos adentramos en un terreno de la mística que ya no pertenece *estricta o propiamente* al de la existencia sacerdotal. Sin embargo la Doctrina no se ha hartado de

³⁹Ro 4:18.

⁴⁰Ro 5: 3-5.

⁴¹Ro 8:24.

repetir que el sacerdote es *alter Christus* y que, por eso mismo, es su condición la de ser *santo*. Aunque el problema reside en que éstas y parecidas expresiones han degenerado hasta convertirse en tópicos a los que nadie presta atención alguna, y de ahí la tremenda realidad: porque el sacerdote que de antemano no ha orientado su existencia hacia el objetivo de alcanzar una *íntima unión y amistad amorosa con Jesucristo, ya ha renunciado para siempre a una vida abundante en frutos y gracias del Cielo, tanto para sí mismo como para los demás*. Y cualquier ministro del Señor, llamado como ha sido a una vocación de apostolado intenso —*Para que deis fruto, y vuestro fruto permanezca*⁴²— que no se haya planteado al comenzar su periplo ministerial la necesidad de la santidad, se acabará encontrando en una situación en la que se verá a sí mismo como el más desgraciado de los hombres.

Pero San Juan de la Cruz, el místico verdaderamente enamorado de Jesucristo, expresaba los sentimientos de que hablamos en sus maravillosos versos:

*En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*⁴³

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
dejándome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido.*⁴⁴

⁴²Jn 15:16.

⁴³San Juan de la Cruz, *Noche Oscura del Alma*.

⁴⁴San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

De esta forma la existencia sacerdotal, aun estando realmente llamada a culminar un destino trágico —en el sentido más real y profundo del vocablo—, jamás podrá ser considerada como trágica según el modo como el mundo entiende este vocablo. Sino como un camino que alguien recorre y que, aun estando realmente marcado por la Cruz y sofocado por los trabajos y sufrimientos, se halla señalado al mismo tiempo —por extraña e inexplicable paradoja— por los dulces y maravillosos sentimientos que en el alma del viandante solamente puede causar el amor; ahora saboreados solamente en arras, pero destinados a deflagrar en el Fuego del Amor infinito una vez que al fin se ha llegado a la Meta.

Ante el éxito y la posibilidad de una vida fácil, incluidos el reconocimiento del mundo y hasta una fructuosa cosecha de abundantes frutos de apostolado; o por el contrario, el estrepitoso fracaso de una existencia inútil ante los ojos del mundo, plagada de trabajos y sufrimientos que culminaron luego en una vida y muerte que jamás llegaron más allá de pasar indiferentes y desconocidos para el mundo, el sacerdote enamorado del Señor Jesús elegiría sin duda este segundo destino, y no por otra razón sino porque sería el mismo que el de su Maestro.

Es por eso por lo que, tal como sucedía con los actores que en el Mundo Antiguo intervenían en la Tragedia griega, también aquí es necesaria alguna especie de *coturno* para representarla. El cual consiste precisamente en el hecho, absolutamente necesario e indispensable, de la disposición a abrir el corazón al verdadero Amor. Y de ahí que el único criterio para evaluar la autenticidad de una verdadera vocación al sacerdocio sería el de *la capacidad para sentirse enamorado*.

LA GRAN CENA Y LOS INVITADOS DESCORTESES ¹

Amados hermanos en los Corazones del Señor y de la Virgen María Nuestra Madre:

En el día de hoy, domingo segundo después de Pentecostés, y según lo prescrito en la forma llamada Extraordinaria del Rito Romano de la Santa Misa, la Iglesia nos invita a considerar como lectura evangélica un fragmento de San Lucas en el que se nos cuenta la narración de los invitados a una gran cena. Los cuales, al contrario de lo que se hubiera podido esperar, comenzaron a excusar su asistencia uno tras otro con diversos pretextos.

Según dijo uno de ellos, había comprado una hacienda y tenía que ir a verla, por lo que ofrecía sus excusas. Otro argumentaba que acababa de adquirir cinco yuntas de bueyes y quería ir a probarlas, por lo que igualmente rogaba que se le perdonara la ausencia. Alguno explicaba que había contraído matrimonio, por lo que consideraba justificado el hecho de no poder asistir.

El *padre de familias*, o el anfitrión que había invitado a la gran cena del banquete de bodas, se sintió tan molesto que ordenó a su criado: *Ve enseguida a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos*. Así lo hizo el siervo y dijo entonces a su amo: *Ya lo he hecho, señor, y todavía hay lugar*. A lo que respondió su señor: *Pues ve entonces a los cercados*

¹Predicado el 7 de Junio de 2015.

y a los caminos y oblégalos a entrar, porque quiero que mi casa se llene de invitados.

La parábola o narración es bastante expresiva y, como siempre sucede con las enseñanzas del Señor, se presta a muchas y detalladas consideraciones.

Lo primero que llama la atención en el texto es el hecho de que los invitados fueron llamados a una gran cena —*cenam magnam*—. Con lo que la enseñanza evangélica parece querer subrayar el hecho transcendental de la invitación que Dios ofrece a los hombres, la cual consiste en la donación del Amor de su propio Corazón. Pero los hombres, lo mismo que hicieron los invitados a la gran cena de la parábola, suelen responder declinando el ofrecimiento e inventando las más diversas excusas para justificar su conducta.

Lo que obliga a pensar en la conveniencia de que cada cristiano se vea a sí mismo como uno de los posibles invitados renuentes, una vez comprobado que es la respuesta que la mayoría suele dar ante el ofrecimiento que Dios hace de su Amor y su Amistad.

Lo inexplicable aquí es que alguien pueda creer que los proyectos elaborados para sí mismo son más interesantes que los que Dios le ofrece. Y a este respecto cualquiera puede mirar en torno suyo, empezando por su propia persona, para comprobar que eso es lo que normalmente suele suceder. Cuando Dios le ofrece el Todo, el hombre elige la parte, y si le otorga la posibilidad de la grandeza se decide por la pequeñez. E igualmente sucede cuando le presenta la posibilidad de la Felicidad perfecta, que es cuando se hace el desentendido y considera mejor elección la de proporcionarse los minúsculos placeres que le ofrece la existencia terrena: *Dos males ha cometido mi pueblo: Me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se hicieron cisternas, cisternas agrietadas que no pueden contener el agua.*² Se niega a

²Jer 2:13.

considerar que sus pensamientos y proyectos son siempre pequeños, y hasta ridículos, comparados con los pensamientos de Dios y los bienes que había preparado para él. A pesar de que Jesucristo ya había advertido, en una de esas sus enseñanzas que parecen caer siempre en saco roto puesto que casi nadie las escucha, que *quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.*³

He aquí la gran tragedia de la Humanidad. De un lado la opción por los bienes sobrenaturales, espirituales e imperecederos, capaces de proporcionar a los hombres el verdadero sentido de su existencia y las claves para alcanzar la Perfecta Alegría; en arras en esta vida y con la promesa de su plenitud en la otra. Del otro los bienes materiales y sensibles que rodean al hombre y que continuamente lo solicitan, cuya bondad y belleza son innegables como cosas creadas por Dios y reflejos de su Bondad y Belleza; pero que son efímeros al mismo tiempo e incapaces de saciar su corazón.

Es entonces cuando entra en juego el misterio de la libertad del hombre a través de los ocultos e impredecibles sentimientos de su corazón. Con la posibilidad de que una importante consigna del Apóstol San Pablo, definitoria por otra parte de toda la existencia humana, quede olvidada y no sea tenida en cuenta: *Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Saboread las cosas de arriba, y no las de la tierra.*⁴

Un texto en el que debe prestarse atención a la fundamental razón que aduce el Apóstol para que se busquen las cosas de lo Alto. La cual consiste en que allí es *donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios*. Pues Cristo es la Vida del hombre (Col 3:4), la sola cosa capaz de colmar las ansias de su corazón, el resumen

³Mt 10:39.

⁴Col 3: 1-2.

de todas sus esperanzas y la clave de la Perfecta Alegría que tanto había buscado. De lo cual están convencidos todos los cristianos, aunque luego haya que contar con la realidad de la lucha necesaria para ponerlo en práctica..., y a la que no todos están dispuestos.

La debilidad y fragilidad de la naturaleza humana inducen al hombre a dejarse cautivar por las cosas de este mundo, más fáciles de adquirir y capaces de hacer olvidar que carecen de la grandeza de las cosas sobrenaturales. Como puede comprobarse, por ejemplo, en el amor humano por puro y elevado que sea; el cual jamás podrá compararse con el Amor divino o con el amor divino-humano, dada la inconmensurable diferencia que media entre ellos. Y aquí es donde radica la necesidad de lucha que urge al cristiano, como peregrino de la Iglesia militante que camina, a través de trabajos y sudores, por la senda que conduce a la Vida (Mt 7:14) y cuya Meta solamente logran alcanzar *los que perseveran hasta el fin* (Mt 24:13).

De este modo la vida de todo hombre que viene a este mundo se enfrenta con una disyuntiva ante la que tiene que elegir: la de las cosas de *arriba* o la de las cosas de *abajo*. Por eso decía el Libro de Job que la vida de todo hombre es milicia durante su estancia en la Tierra (Jb 7:1). Y de ahí también la promesa que hace el Espíritu, contenida repetidamente en las Siete Cartas a las Iglesias del Libro del Apocalipsis, en la que se asegura que el premio solamente será otorgado a los *vencedores*.⁵

Ya hemos visto que los invitados al banquete declinaron su asistencia alegando diversas excusas. Las cuales no son sino un reducido ejemplo de los infinitos pretextos, a cual más variado, invocados con frecuencia por el hombre para rechazar el ofrecimiento divino. Y que no son otra cosa, a su vez, que un medio más de los muchos que utiliza para engañarse a sí mismo; pues el engaño al prójimo es

⁵Ap 2:7; 2:11; 2:17, etc.

ciertamente el resultado de un estado anímico de maldad de explicación difícil, mientras que el engaño a uno mismo responde a una situación de suprema estupidez de explicación imposible.

Lo que supone para el hombre una decisión *trágica*. Pues habiendo sido creado para un destino de *felicidad eterna* lo cambia por otro de *felicidad temporal*, que a él se le antoja *definitiva* pero que en realidad está destinada a desembocar en un *eterno fracaso carente de toda posibilidad de reparación*. Y todo gracias a su capacidad de auto engaño, que es prácticamente ilimitada.

Y así quedan relegadas al olvido las palabras de Jesucristo según las cuales *quien busque su propia vida, la perderá*, pues es necesario perderla por su amor para poder hallarla (Mt 16:25). Desgraciadamente el ser humano es poco adicto a las paradojas y menos todavía a las que afectan a su propia existencia. Y el problema se complica más cuando, como sucede en este caso, anda de por medio el amor; pues no basta con estar dispuesto a perder la vida, sino a perderla precisamente *por amor*.

Pues no cabe olvidar que el hombre fue creado para amar y para ser amado. Aunque el pecado blindó el alma humana con una capa refractaria al amor, empujando al hombre a *encerrarse* en su egoísmo cuando en realidad estaba destinado a *abrirse* a los caminos que conducen a la propia entrega. Los cuales necesitan para su viabilidad contar necesariamente con *el otro*, punto clave al fin y al cabo sin el que no puede darse el diálogo amoroso, que es el elemento último y definitorio de la existencia humana.

Las palabras de Jesucristo pueden parecer duras a una naturaleza humana aquejada de la debilidad a la que ha sido sometida por el pecado. Por eso se resiste a admitirlas, a pesar de que el mismo Jesucristo dijo de ellas que son *espíritu y vida*,⁶ sin parar mientes en

⁶Jn 6:63.

que su rechazo ha dado lugar, entre otras cosas, a la llamada *cultura de la muerte*, con la aparición de aberraciones como el aborto y la eutanasia. De ahí que tales palabras resulten duras de oír, demasiado profundas para ser entendidas y difíciles de explicar. Cosa esta última que puede comprobarse por el hecho de que su predicación ha sido abandonada por la Pastoral moderna, amordazada por el miedo a herir los oídos del mundo y en clara demostración de que ha dejado de creer en ellas.

Desde el siglo XX hasta nuestros días la predicación ha pasado en España por varias fases que, simplificando la cuestión, podríamos resumir en tres etapas. La primera abarcaría hasta bien entrado el siglo XX, e ilustra un período de *oratoria sagrada* en el que se acostumbraba a poner más énfasis en lo de *oratoria* que en lo de *sagrada*. La segunda llenaría el final de la época franquista y los primeros años de la llamada transición, en la que hizo furor una *predicación política antifranquista*, sustancialmente marxista, que fue seguida de un período de años de *predicación de banalidades*. La tercera etapa comprende todo el período postconciliar, y se caracteriza por el predominio de la *predicación modernista*. La circunstancia de que en algunos lugares, aquí y allá, haya existido también una *predicación católica* de la doctrina evangélica, no deja de ser un hecho excepcional. No es extraño que sigan teniendo actualidad las palabras del Apóstol San Juan: *Ellos son del mundo, por eso hablan del mundo y el mundo los escucha.*⁷

Sin embargo se impone ante cada hombre la cruda realidad de la existencia. Porque si alguien quiere encontrar el sentido de su vida, escapar del vacío que el mundo y sus cosas causan en el alma, liberarse de las garras de un entorno en el que imperan la mentira y la falsedad, evadirse de las tinieblas que ciegan la mente y endurecen el

⁷1 Jn 4:5.

corazón, acabar con los sentimientos de angustia y abatimiento con los que el espíritu de la modernidad trata de ahogar la propia personalidad..., tendrá que recurrir entonces a las palabras de Jesucristo, como el único recurso que lo conducirá a la verdadera Vida que Él mismo dijo que había venido a traer a los hombres (Jn 10:10).

Preferir la vida que uno ha elegido, prescindiendo de la voluntad de Dios, conduce al *fracaso de la propia existencia*. Y además sin posibilidad de vuelta, puesto que a nadie le es concedida la alternativa de vivir otra vida, y sin que valga la pena considerar los absurdos y las banalidades sostenidas por filosofías extrañas como la de la *reencarnación*, en las que casi nadie cree. La verdad es que cada hombre decide su propia vida en una hoja de ruta planificada a su elección, pero en la que no cabe la posibilidad de vuelta una vez que se ha llegado a la meta. Como tampoco será admitido como argumento el de *haber cometido un error*. Y en último término, lo que aquí está en juego es, nada más y nada menos, que el problema de la *salvación o de la condenación eternas*.

Ante la posibilidad de cometer la *equivocación* de elegir el camino que conduce a la perdición eterna, es necesario que cada hombre piense en la realidad del Infierno. El cual está incluido dentro del ámbito de la eternidad en el cual *no existe el tiempo*, por lo que ni siquiera se puede hablar con respecto a él como de un tiempo inacabable. Tampoco se plantea en ese lugar la posibilidad de un *final* dado que tampoco existe la de un *comienzo*, los cuales son factores que necesariamente dependen del concepto *tiempo*. Sino que se trata de un simple *estar ahí*, en total abstracción de realidades que allí son inexistentes, como son la de *antes*, la de *después*, la de *comienzo* o la de *final*. Y al haber desaparecido toda posibilidad de esperanza, al condenado no le resta sino considerar su vida pasada como una po-

sibilidad malgastada, ahora convertida en insufrible maldición que *durará sin consideración alguna de la idea de duración*.

Por supuesto que son muchos los hombres que tratan de engañarse a sí mismos negando la existencia del Infierno.

Sin embargo la realidad muestra una actitud absolutamente indiferente, tanto a las ilusiones como a los malos augurios del hombre. El cual puede decidirse por lo que quiera haciendo uso de su libertad: soñar con un futuro mejor o temer por un mañana desgraciado; vivir de ensoñaciones a ceñirse a la realidad; afirmar lo que se le antoje o negar lo que quiera; decidirse por la verdad o pactar con la mentira... Pero el mundo de las realidades no depende de lo que el hombre piense o deje de pensar acerca de ellas, sino de *cómo son realmente las cosas y del modo en que lo son*. Fue una catástrofe para la Humanidad cuando el hombre abandonó la filosofía del ser para decidir que el pensamiento no depende de la realidad, sino que es la realidad la que depende del pensamiento. Aunque tales filosofías tropezaron siempre con algo tan palmario y evidente como el *sentido común*, que es la facultad otorgada por Dios al hombre para andar por el mundo con los ojos abiertos sin caer en barrancos ni precipitarse en el abismo. Cuando el hombre decide que su facultad de conocer *no depende de la realidad de las cosas*, sino que la realidad de las cosas *depende de su propia apreciación*, es porque se ha convertido en ciego, con las consecuencias ya conocidas y de las que hablaba Jesucristo: *¿Es que puede un ciego guiar a otro ciego? ¿Acaso no caerán ambos en un hoyo?*⁸ Y como fácilmente puede comprobarse en el acontecer de la vida diaria, la circunstancia de dar de lado al sentido común conduce irremediablemente a la locura de la mente y a convertir la estupidez en norma ordinaria de conducta.

⁸Lc 6:39.

Continúa la parábola diciendo que el padre de familias se sintió molesto por el rechazo de los invitados a su llamada. Por lo que dijo a su criado:

—*Pues sal entonces a las plazas y calles de la ciudad y trae a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos.*

La parábola, que ya es bastante significativa, pone de manifiesto que no suelen ser los ricos los que acostumbran acudir a la llamada del banquete divino. Más bien prefieren despreciar el ofrecimiento divino y elegir las cosas de este mundo, a las que consideran como las únicas *riquezas* capaces de colmar las ansias del corazón. La finca adquirida, la yunta de bueyes comprada o la boda recién celebrada, relatadas como cosas a las que los invitados se consideran obligados a atender, no son sino figuras retóricas utilizadas por la parábola para expresar las preferencias de quienes se deciden en favor del mundo y desprecian a Jesucristo. No es extraño que San Pablo se quejara con dolor de la conducta de uno de sus discípulos: *Pues Demas me abandonó por amor de este mundo.*⁹

Que sean los *pobres* los ahora llamados y los que aceptan la invitación del padre de familias, en sustitución de los que siendo *ricos* no quisieron acudir, es otra de las misteriosas paradojas que jalonan la existencia cristiana. La cual nos conduce a la enigmática afirmación del Evangelio que asegura que el Reino de los Cielos es para los pobres: *Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los Cielos.*¹⁰ Con lo que se plantea un complejo problema contenido en el Mensaje de Jesucristo: el enfrentamiento entre el *amor al mundo*, con sus pompas, sus obras y todo lo que representa, de una parte, y la *pobreza* cristiana, de otra.

⁹2 Tim 4:10.

¹⁰Lc 6:20.

Pero la virtud de la *pobreza* es la más próxima a la *caridad* y tan vinculada a ella que podría decirse que, bajo ciertos aspectos, la sigue en importancia. Pues quien ama lo entrega todo por amor, por lo que queda reducido a la situación del indigente que nada posee por haber entregado lo que tenía a la persona amada. Que es donde radica la clave de la necesidad de la pobreza para entrar en el Reino de los Cielos: *Quien no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo.*¹¹ Lo cual San Pablo especificaba aún más: *Considerad, si no, hermanos vuestra vocación; porque no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que Dios escogió la necedad del mundo para confundir a los sabios, y la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes.*¹² Y que parece quedar confirmado en el poco aprecio que Jesucristo manifiesta hacia los ricos: *En verdad os digo que es difícil que un rico entre en el Reino de los Cielos. Más fácil sería que pase un camello por el ojo de una aguja.*¹³ Y lo que afirma en otro lugar cuando dice que *no podéis servir a Dios y a las riquezas.*¹⁴

La cuestión no puede resolverse, sin embargo, de un modo simplista, aunque está muy bien solucionada por Santo Tomás en su tratado *De Perfectione Vitæ Spiritualis*,¹⁵ en el que recuerda a personajes como Zaqueo, Mateo y Bartolomé que fueron ricos y entraron no obstante en el Reino de los Cielos.

Con todo, y dando por admitido que no siempre se ha sabido presentar un concepto claro del problema a partir de las palabras y de la conducta del mismo Jesucristo, cabe preguntar: ¿Cuál es

¹¹Lc 14:33.

¹²1 Cor 1: 26–27.

¹³Mt 19: 23–24.

¹⁴Mt 6:24.

¹⁵Cf mi libro *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, New Jersey, 1995, págs. 132 y ss., donde el tema está ampliamente desarrollado.

exactamente la doctrina del Fundador del Cristianismo acerca de los conceptos, aparentemente contrapuestos, de *riqueza* y de *pobreza*?

Si se examina el texto de Mt 6:24 —*No podéis servir a Dios y a las riquezas*— pronto se advierte que no se trata *de poseer o de no poseer* riquezas, sino de *dedicarse a servir las*. Lo que muestra una preferencia de ellas frente a Dios que impediría la entrada en el Reino de los Cielos. Que es lo que de hecho sucede con la mayoría de quienes además de *poseer* riquezas se dedican a *servirlas*, y de ahí su peligro. Por otra parte, el texto de Mt 5:3, en el que se habla de los *pobres de espíritu*, aclara el de San Lucas y conduce al verdadero concepto cristiano de pobreza. Santo Tomás alude también a una observación de San Agustín respecto a las palabras de Jesucristo en las que dice que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos: según San Agustín (en *De quæst. Evang.*), los discípulos dedujeron de ellas que todos los que ansían las riquezas se encuentran dentro del número de los ricos, pues de otro modo, siendo muy pocos los ricos en comparación con la multitud de los pobres, no hubieran formulado la pregunta: *Entonces, ¿quién podrá salvarse...?* Incluso el mismo Jesucristo trataba y comía con los ricos lo mismo que lo hacía con los pobres.

El problema de fondo radica aquí en que el Maligno ha falsificado y corrompido el concepto de *pobreza*, con lo que ha creado una grave confusión en la mentalidad cristiana. Pues siendo la pobreza la virtud más próxima y más vinculada a la caridad, y siendo la caridad el punto nuclear de la vida cristiana, la manipulación del concepto de la primera ha supuesto un golpe de gracia para la Fe del Pueblo cristiano, que ha terminado por recelar de todo lo que se refiera al concepto de riqueza.

La gravedad del problema se comprende mejor cuando se considera que la pobreza es quizá la más importante de las virtudes

cardinales, en íntima conexión con la caridad. De su importancia se derivan su belleza y las preferencias que el Evangelio muestra hacia los pobres, los humildes y los pequeños según el mundo: *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños.*¹⁶ En cuanto a su dependencia con respecto a la caridad, es lo que la rodea de una especial aura de amor y de dulzura, junto a un peculiar encanto que transpira de su naturaleza y la dota de un extraordinario poder de seducción. Lejos de exigir nada, la pobreza está más bien dispuesta a entregarlo todo; ajena al espíritu de rebeldía, se goza en la mansedumbre, en la humildad, en el amor al prójimo y en fijar sus esperanzas solamente en el Dios al que ama.

La *pobreza marxista*, por el contrario, carece de todo vestigio de caridad y de amor al prójimo. La llamada *opción por los pobres* de las ideologías marxistas asumida a su vez por las doctrinas católicas inficionadas de marxismo, no es sino una corrupción y manipulación del concepto de pobreza cristiana. Animada por sentimientos de odio y de rebelión contra los demás, desea reivindicar todo de lo que dice haber sido desposeída, al mismo tiempo que está convencida de que nada debe a nadie. Se alimenta del supuesto de verse sometida a una situación de miseria económica y social por causa de las injusticias sufridas de la burguesía como principal clase opresora; *siendo indiferente que tal situación sea real o ficticia*. Y más todavía, puesto que este punto ha sido previsto por la doctrina marxista como principio fundamental que justifica la llamada *lucha de clases*, que exige que *se cree la situación de injusticia allí donde realmente no exista* como instrumento eficaz para derrocar a la *burguesía* y los principios cristianos sobre los que se fundamenta. En definitiva se trata de un concepto de pobreza, producto de las ideologías marxis-

¹⁶Lc 10:21.

tas, fundamentado en el odio contra los valores cristianos y el deseo de eliminar todo lo que se fundamenta en ellos, como pueden ser los más fundamentales derechos de la naturaleza humana que afectan a la dignidad de la persona, además de la supresión de todo vestigio que favorezca su libertad.

He ahí el concepto de *pobreza*, introducido en el Catolicismo a través principalmente de la *Teología de la Liberación*, que se ha convertido en principio básico de la Doctrina y de la Pastoral de la moderna Iglesia y cuyos Pastores más encumbrados la difunden libremente sin oposición alguna. Así se ha conseguido, a través de muchos años de predicación continuada en este sentido, crear en el conjunto de los fieles una idea de la pobreza que está animada por principios políticos de falsedad y malicia. Con lo que se les priva del sublime tesoro de grandeza y de vida eterna que podría proporcionarles la práctica de una de las principales virtudes de la existencia cristiana.

Según la parábola, los invitados alegaron diversas excusas para no acudir a la fiesta a la que habían sido convocados. Todas las cuales, y tantas otras como podrían ser imaginadas, coinciden en la circunstancia de preferir la vida que cada cual ha elegido frente a la preparada por los amorosos planes de Dios. Sin que importe la poca monta y la vulgaridad de una existencia puramente natural, carente de otros horizontes más elevados, frente a la grandeza de un destino sobrenatural que podría elevar al hombre a cimas jamás sospechadas por su mente ni por su corazón.

Por desgracia el cristiano no suele tener en cuenta palabras de Jesucristo, decisivas y determinantes tanto para su propia vida en este mundo como para su destino eterno. Cualquier hombre comienza su existencia ideando el modo con el que afrontar el futuro de su vida: lograr la mejor preparación posible para desenvolverse en

el mundo en el que ha de vivir, optar a una profesión, formar una familia y ocupar un puesto en la sociedad, etc.

Aunque suele olvidar que su existencia abarca dos etapas distintas, aunque bien conexas y dependientes la una de la otra. La primera de ellas, corta y efímera, es importante en cuanto que es la determinante de la segunda, la cual es eterna y decisiva. La segunda es su destino definitivo o estación término, a diferencia de la primera que es solamente como un apeadero de paso.

Su tragedia consiste en creer que el apeadero es su destino definitivo, con lo que su existencia queda truncada desde el comienzo. Pero no para terminar ahí, puesto que su destino sigue siendo eterno, sino solamente para dar lugar a un cambio de agujas que cambien la dirección del tren de su vida hacia otro final, que ahora no es otro que el de la condenación. Y todo a causa del error de planificar la propia existencia mirando sólo a una primera parte (corta, efímera) que en realidad no era sino preparación y determinante de la segunda (definitiva y eterna). En definitiva se trata de la tremenda equivocación de quien planifica su *entera existencia* sin tener en cuenta la sentencia de Jesucristo en la que decía que *quien busque su propia vida, la perderá*.

Unas palabras de Jesucristo que, al menos aparentemente, son de las más duras y paradójicas del Evangelio, aseguran que el único modo de ganar la propia vida consiste en *perderla por amor a Él*. De ahí que la libre disposición a perder la propia vida es uno de los misterios exclusivos de la existencia humana cuya única explicación es el amor. Si amar significa entregar, la donación de aquello que el hombre más estima, cual es su propia vida, supone entonces el mayor amor: *Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos*.¹⁷

¹⁷Jn 15:13.

Lo que no deja de plantear un importante problema. Pues lo que podría parecer un acto *heroico* adquiere, sin embargo, el carácter de *normal* cuando se considera que es algo perteneciente a la esencia de la existencia cristiana. Lo cual equivale a decir que la vida cristiana es siempre *naturalmente heroica*, aun cuando transcurra dentro de las circunstancias más ordinarias de la existencia de cualquier cristiano corriente. Y por sorprendente que parezca, tratar de entender la Fe cristiana de otro modo es apartarse de las Fuentes de la Revelación en las que está plasmada la doctrina predicada por Jesucristo.

El Modernismo representa las antípodas de esta doctrina. Niega el carácter sacrificial y propiciatorio de la Redención, la existencia del pecado y la necesidad de la penitencia para la salvación, defendiendo en cambio una ética naturalista de la comodidad que, además de ser incompatible con cualquier vestigio de esfuerzo y de lucha personal por parte del cristiano, rechaza cualquier medio que conduzca a compartir la Cruz de Jesucristo como instrumento de salvación. Fue el mismo Jesucristo quien dijo que Él era el *Camino* y el único modo de llegar al Padre (Jn 14:6), enseñando también que la senda que conduce a la Vida pasa a través de una *puerta angosta y estrecha que muy pocos encuentran*.¹⁸

Esta configuración de la existencia cristiana no es producto de una arbitrariedad divina. Ya hemos dicho que el heroísmo propio de la vida cristiana es una exigencia del amor, cuya esencia consiste en la *totalidad* y en la ausencia de toda clase de condiciones: *Amarás al Señor con “todo” tu corazón, con “toda” tu alma, con “toda” tu mente... Amaos los unos a los otros “como Yo os he amado”... Habiendo Jesús amado a los suyos que estaban en el mundo, “los amó hasta el fin”... Como el Padre me amó, “así os he amado yo a vosotros”...*

¹⁸Mt 7:14.

Ya no os llamaré siervos, “sino amigos”... El Cristianismo, frente a lo que muchos creen, no es una doctrina para tomar y dejar según gustos, sino exclusivamente para tomar: *El que no está conmigo está contra mí, y quien conmigo no recoge, desparrama,*¹⁹ lo que excluye las posturas intermedias y los estados de indecisión o de indiferencia, al mismo tiempo que establece una afirmación categórica: o con Cristo plenamente o contra Cristo plenamente, según la enseñanza expresa y explícita del mismo Señor.

Una de las notas más características de la actual Iglesia modernista es su lenguaje anfibológico, equívoco, verborreico y ampuloso, en claro contraste con las exigencias de Jesucristo acerca de un lenguaje claro y conciso: *Que vuestro modo de hablar sea “sí, sí”, “no, no”. Todo lo que exceda de esto, viene del Maligno.*²⁰ Y según decía el Apóstol Santiago, *que vuestro sí sea sí y que vuestro no sea no, para que no incurráis en sentencia condenatoria.*²¹ Pero la falsa Teología y la extraviada Pastoral de la Iglesia modernista, no solamente cuestionan las palabras de Jesucristo sino su misma existencia histórica, en clara evidencia de que la Apostasía general anunciada para los tiempos apocalípticos ha marcado su sello también en la misma Jerarquía.

Y continúa la parábola diciendo que el padre de familias se irritó ante el fracaso de la convocatoria que había cursado a sus invitados. Los cuales eran gente selecta al parecer, según el sentido de la narración, de quienes se esperaba que acudieran solícitos al gran banquete que se había preparado para ellos. La decepción del anfitrión es humanamente comprensible, puesto que se trataba del intento, seguramente ardoroso y provocado por algún sentimiento de afecto,

¹⁹Mt 12:30.

²⁰Mt 5:37.

²¹San 5:12.

de ofrecer un obsequio relevante; pero que fue rechazado por quienes estaba destinado con la agravante de alegar razones fútiles y a todas luces falsas.

Conviene tener en cuenta que el padre de familias —que en este caso es Dios, según el sentido de la parábola— había pagado un precio sumamente elevado por la gran cena preparada para los invitados: nada menos que *la sangre de su propio Hijo*. Por otro lado, las excusas de los invitados no eran en este caso un mero intento de justificarse a sí mismos, sino de engañar al anfitrión que aquí es el mismo Dios, a quien al mismo tiempo se afrenta mediante el menosprecio mostrado hacia el regalo que ofrece.

Sobradas razones para justificar la irritación del padre de familias y para que la invitación *ya no se repitiera* para los invitados que habían sido llamados. Detalle de la parábola que suele pasar inadvertido pero que viene a mostrar, una vez más, en cuanto que *no existen segundas oportunidades*, o al menos puede que ya no las haya. Lo que ya sería suficiente motivo para no exponer la propia existencia al fracaso. Que es a lo que se refería San Agustín cuando decía *temo a Jesús que pasa y que quizá no vuelva a pasar*. Si ya es peligroso jugarlo todo a una sola carta, es mucho más expuesto arriesgar un destino personal eterno a lo que puede ser una única oportunidad *en la que el fracaso no admite vuelta*. Sin embargo eso es lo que hacen cada día millones de cristianos que piensan que la vida —la única que les ha sido concedida y de la que depende toda su existencia— es un juego de niños tan intrascendente como irrelevante y frívolo.

La ira impulsó al padre de familias a dirigirse acto seguido a su criado para urgirle a que actuara con rapidez:

—*Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los tullidos, a los ciegos y a los cojos.*

La expresión *enseguida*, en boca del padre de familias, indica a la vez irritación ante la ofensa recibida y el deseo de *borrar hasta el recuerdo* de los primeros invitados. Lo que acentúa lo ya dicho acerca de lo arriesgado que puede resultar despreciar a Dios.

Esta segunda llamada, que es la que en último término viene a resultar efectiva, pone de manifiesto un hecho peculiar acerca del cual ya hemos hablado antes, pero que todavía se presta a consideraciones importantes. Algo que fluye con claridad del texto es que no son los ricos y poderosos de este mundo los que acuden al ofrecimiento divino, sino los pobres; los cuales vienen a ser, en definitiva, los *despreciados y olvidados por el mundo*. De este modo queda patente, a los ojos de quien quiera ver la realidad, que el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia se divide en dos grandes grupos que además de distintos resultan antagónicos:

De un lado están los que responden a la llamada divina —los pobres y desgraciados de este mundo—, que constituyen el primer grupo. De otro los que la desprecian —los ricos y poderosos del mundo—, los cuales integran el segundo. Para desembocar en la extraña situación de que la inmensa mayoría de los cristianos *se empeñan con ardor en formar parte del segundo grupo* como si fuera el mejor y la clave de su destino, mientras que desprecian y huyen de todo lo que pudiera conducirlos al primero. Dando así de lado al único camino que los conduciría a la Vida y a la definitiva existencia para la que fueron creados.

Todo lo cual conduce a conclusiones tan interesantes como importantes. Las diversas doctrinas y teorías sobre las clases sociales, comenzadas especialmente a partir de las obras de Carlos Marx y de Max Weber, así como su evolución y el papel que cada una ha desempeñado en momentos distintos de la Historia, mas la influencia de la teoría marxiana de la *lucha de clases* en el siglo XX, etc., han

configurado el mundo de la sociología y de la política. Sin embargo, tan extensa y abrumadora problemática sobre la que tanto se ha escrito y especulado, viene a resolverse en la realidad del destino escatológico de la Humanidad. Pero no ya solamente como punto final de la Historia, sino como juicio definitivo sobre la misma. Tal visión escatológica se atiene al juicio divino tal como lo expone el evangelio de San Mateo (Mt 25: 31–46), en el que sólo serán consideradas como consistentes, dentro de la urdimbre que forma la estructura de la Humanidad, dos clases sociales. Las mismas que abarcarán a todos los seres humanos y a los que el lenguaje escriturístico denomina como las ovejas y los cabritos, cuya significación no es otra que la de salvados y condenados.

Un enunciado que viene a coincidir, en último término, con los dos diferentes grupos de invitados que, según la parábola, reaccionaron de modo tan contrario al llamamiento divino.

De la lectura detenida de la parábola se desprende claramente que, tanto la doctrina como su aplicación a la existencia de quienes pretenden ser cristianos, se refieren especialmente a los pobres. A ellos van destinadas y son ellos quienes mejor las reciben: *Escuchad, hermanos míos queridísimos: ¿acaso no escogió Dios a los pobres según el mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?*²² Y como se desprende claramente de las palabras del Apóstol Santiago, los conceptos de pobre y de pobreza han de ser entendidos en sentido cristiano: *a los pobres según el mundo*, según afirma el apóstol, que es lo mismo que decir a los que el mundo considera pobres y desprecia como a tales. Y todo ello para hacerlos *ricos en la fe*, y no precisamente en el dinero. Donde queda patente, una vez más, que los conceptos de pobreza

²²San 2:5.

según el mundo y de pobreza según el Cristianismo son contrarios y enteramente incompatibles.

La Revelación en sus dos formas (Escritura y Tradición) repite insistentemente, por más que no se quiera entender ni admitir, que el Cristianismo es contrario a los criterios del mundo. Y aunque la Doctrina de los tiempos más recientes, principalmente a partir del Modernismo, se empeñe en apoyar lo contrario, la verdad es que no es posible conciliación alguna entre el Cristianismo y el Mundo: *¡Adúlteros! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Por tanto, el que desee ser amigo de este mundo, se hace enemigo de Dios.*²³ Y San Pablo ya decía que él sólo predicaba a Cristo crucificado, aun sabiendo que tal cosa suponía un *escándalo para los judíos y una locura para los gentiles.*²⁴ Locura y escándalo que han continuado sin embargo a lo largo de toda la Historia, hasta que en nuestros días han adquirido un extraordinario auge con la irrupción en la Iglesia de la herejía modernista. La cual no ha vacilado en destruir los cimientos de la Revelación y del Magisterio a fin de edificar una *Nueva Cristiandad* y una *Nueva Iglesia*, regidas por criterios mundanos alejados de todo vestigio de sobrenaturalidad, y a las que no ha vacilado en adherirse alegremente la Jerarquía católica casi en pleno y millones de fieles con ella.

Con lo que nos encontramos de nuevo con la parábola de la gran cena y los invitados descorteses, con su insistencia en presentar la contraposición entre Dios y el mundo al exponer las dos diferentes propuestas presentadas que obtuvieron opuestos resultados: la ofrecida a los ricos, traducida en fracaso, y la posterior convocatoria hecha a los pobres con resultado exitoso esta vez.

²³San 4:4.

²⁴1 Cor 1:23.

Quien vive la pobreza en sentido cristiano se considera a sí mismo desposeído de todo y tiene a las cosas del mundo por secundarias. Bien entendido que el concepto *secundario* no significa *carente de importancia*, sino subordinación de alguna cosa con respecto a otra considerada como principal y a la que hacen referencia las demás. En realidad nadie otorga más importancia que el cristiano a las cosas de este mundo, consideradas por él como creadas por Dios y dispuestas para su propia salvación.

El hombre mundano utiliza las cosas para su propio provecho —o al menos así lo piensa él—, con lo que no consigue sino llegar al final de su vida en una absoluta desnudez que lo acompaña al sepulcro, puesto que no puede llevarse ninguna de ellas. El cristiano, en cambio, las utiliza para ofrecerlas a Dios y en su alabanza, con lo que alcanza la culminación de su vida rodeado de la gloria que el *saber hacer* acerca de las cosas le ha proporcionado.

Todo lo cual queda confirmado cuando se observa la actual situación del mundo y de la Iglesia: ¿quiénes son los pobres y, por lo tanto, los verdaderos cristianos? Y veamos las posibles respuestas:

¿Acaso son los Cardenales, los Obispos, los religiosos o el clero secular en su inmensa mayoría? ¿Pero si casi todos ellos desertaron en su día para adherirse a la *Nueva Iglesia*...! ¿Tal vez los Gobernantes, los Políticos o quienes figuran al frente de la Sociedad y la dirigen? ¿Los Poderosos y acaparadores del dinero? ¿Los que se han apoderado de los medios de comunicación y se dedican a engañar y lavar el cerebro a las muchedumbres en favor de sus ideologías, de los intereses del dinero o de manejos políticos más o menos turbios pero siempre en provecho propio? ¿Los que se consideran a sí mismos como los artífices del mundo de la *intelectualidad* o del mundo de las *Artes*? ¿Son quizá los adoradores del Maligno, dedicados a practicar toda clase de aberraciones degradantes, mientras que se definen a sí

mismos como corifeos de la Moral social? ¿Los que desde la sombra, a través de las Sociedades Secretas, manejan y dirigen los destinos del Mundo?

¿Y quiénes son los que ostentan los puestos de responsabilidad, tanto en la sociedad civil como en la Iglesia? ¿Son quizá los mejores, los más honrados, los más inteligentes, los más fieles a los auténticos valores, los más desprendidos y preocupados por el bien de los demás...? ¿O son más bien los carentes de principios, los aduladores y *trepas*, los embusteros y calculadores? ¿Acaso no son los masones, los descreídos e inicuos, los enemigos de los valores más elevados, los estafadores y explotadores, los racistas y opresores de los débiles, quienes manejan el gobierno del Mundo y en el que jamás toman parte los cristianos?

No en vano un adagio antiguo aseguraba que para comprender el aprecio en que Dios tiene al dinero no hay más que ver las manos en que lo pone. Sin olvidar tampoco que el dinero o las riquezas suelen ir unidos a lo que se llama el Poder tal como lo entiende y ejerce el Mundo.

He aquí de nuevo, a modo de resumen, los personajes de la acción descrita por la parábola: los invitados al banquete en primer lugar, que son los más brillantes pero que no quisieron acudir y aun así son los únicos que cuentan para el Mundo. Y los llamados en segundo lugar y que aceptaron la invitación siendo los más débiles y desgraciados, pero que sin embargo son los únicos que cuentan para Dios.

Pero conviene insistir en el concepto de *pobreza*. Porque entendida en sentido cristiano —el único merecedor de ser tenido en cuenta— la pobreza es una de las virtudes más importantes y sublimes de la vida cristiana. Pero también de las más difíciles de ser entendidas y todavía más si se trata de llevarla a la práctica.

Y es precisamente por su importancia —por su gran valor como testimonio— por lo que corre el peligro de prestarse fácilmente al histrionismo, como está sucediendo en la actualidad por obra de la demagogia de la Iglesia modernista y sobre todo de la Jerarquía. Los falsos ministros y maestros de la Iglesia de la progresía son los que la utilizan como disfraz en provecho propio. Y debe reconocerse que con notable éxito.

Pero los verdaderos pobres son los débiles y despreciados del mundo. A menudo incluso perseguidos, como ocurre en la actualidad con los cristianos leales a su Fe y acosados por la Iglesia modernista.

Aunque nada tiene de extraño que el Mundo persiga a quienes viven la verdadera pobreza. Siendo una virtud de tan elevado valor testimonial, posee la cualidad de evidenciar la locura de un Mundo que persigue alocadamente lo que entiende por riquezas —Dinero y Poder—, pero que sólo puede causarle el vacío del alma. Por otra parte, puesto que la pobreza es su manifestación más visible, el *verdadero amor* es la prueba más patente de la mentira de un mundo que lo desconoce. Pues siendo el amor la suprema y auténtica realidad —Dios es la Verdad y es también Amor—, quien no lo posee permanece en la mentira: ¿Y quién soporta ser puesto en evidencia como mentiroso?

Puesto que la pobreza es una virtud vinculada a la caridad, de la cual es condición indispensable (el que ama lo entrega todo por amor y se encuentra en situación de desposesión), resulta tan difícil de practicar como imprescindible para considerarse discípulo de Jesucristo, según aquello de que *quien no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo*.²⁵ De ahí que para comprenderla sea conveniente conocer la persona y la vida de San Francisco de Asís, también llamado *el Poverello*, como uno de los personajes de

²⁵Lc 13:33.

la historia de la Iglesia que han vivido la pobreza en un grado más alto y singular.

Si la pobreza es derivación y a la vez fundamento de la caridad, y puesto que el verdadero amor significa *totalidad*, la verdadera pobreza requiere una *desposesión absoluta*. Apenas si suele entenderse que solamente el amor verdadero se identifica con el amor total y sin condiciones profesado a la persona amada. Pues solamente se ama cuando se ama de verdad, aunque es en el amor divino o en el divino–humano donde mejor se cumplen las condiciones requeridas para el amor perfecto. De este modo puede suceder con la virtud de la pobreza, como con cualquier otra virtud, que quede reducida en la persona del cristiano a un grado menor o incluso mínimo de perfección, con lo que se daría lugar al drama de una existencia mediocre regida por la tibieza y sumergida en la vulgaridad.

Las enseñanzas de Jesucristo en este sentido son, una vez más, tan claras y terminantes que hasta pueden parecer escandalosas: *Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí...*²⁶ *Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a su mujer y a sus hijos y a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.*²⁷ En las que aparece lo peculiar del carácter rotundo y categórico de la vida cristiana como exigencia de autenticidad y opuesta a las medianías, a las vacilaciones, a las condiciones y demoras y, en general, a todo lo que por carecer de generosidad no lleva el distintivo del amor. Una vez más se muestra el *mandamiento nuevo* como la piedra de toque de la existencia cristiana, y de ahí que el amor perfecto haya de superar la prueba que requiere poner a Dios *por encima de todas las cosas*, tal como

²⁶Mt 10:37.

²⁷Lc 14:26.

lo exige el mandamiento primero. Por eso decía Jesucristo que el padre debe amar a Dios más que a sus hijos, los hijos deben amar a Dios más que a sus padres, el esposo debe amarlo más que a su esposa y la esposa más que a su esposo, etc. Dicho de otro modo, el cristiano ha de poner su amor a Dios *por encima de lo que más ama en su vida*. Muchos han sido quienes han visto sus vidas destruidas para siempre por culpa de sus padres, los cuales creyeron que podían disponer de sus hijos a su capricho, plenamente convencidos de que les pertenecían en propiedad y en exclusiva posesión.

Todo lo cual hace que la vida del cristiano se traduzca en la tensión que corresponde a la enemistad establecida entre su existencia y el mundo. Por eso decía San Pablo que *nosotros nos acreditamos... en honra y deshonra, en calumnia y en buena fama; como impostores, siendo veraces; como desconocidos, siendo bien conocidos; como moribundos, y ya veis que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, pero poseyéndolo todo.*²⁸

De manera que, según dice el Apóstol, apareceremos *como impostores, siendo veraces*. Porque el testigo y confesor de la verdad, discípulo de quien dijo de Sí mismo *Yo soy la Verdad*, o también *Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad*, habrá de soportar ser acusado de embustero, de difusor de mitos, de embaucador de las gentes y de todo tipo de imputaciones alusivas a falsedades. No en vano el Maligno, que como Espíritu que es de la Mentira vive eternamente sumido en la angustia de su propia contradicción, acostumbra a atribuir a quienes aborrece sus propias iniquidades, tal como las ideologías enemigas del Cristianismo suelen acumular contra él las abyecciones cometidas por ellas.

²⁸2 Cor 6: 8–10.

Y continúa el Apóstol diciendo que seremos *como desconocidos, siendo bien conocidos*. Pues los discípulos del Maligno suelen esforzarse en acusar a los cristianos de mostrarse extraños al mundo, de vivir ajenos a la marcha de la Historia, de desconocer la realidad de las cosas, de despreciar la cosmovisión de la ciencia para acogerse al universo de la fantasía y de los ensueños, etc., etc. Mientras que cuando los cristianos llevan a cabo obras dignas de mención, el Mundo se apresura a desprestigiarlas, o a someterlas a la ley del silencio en el mejor de los casos.

Claro que la iniquidad se descubre en la mentira de sus propias afirmaciones. Pues si los cristianos nada significan y nada cuentan para el mundo, ¿por qué molestarse en consumir tiempo y energías en demostrarlo? Por otra parte la herejía modernista, hoy imperante en la Iglesia, basa sus fundamentos ideológicos en las filosofías idealistas inmanentistas contrarias a la filosofía del ser, que viene a ser la mejor demostración de que es ella misma la que se encuentra *fuera de la realidad*.

Y por último dice también el Apóstol que nos señalarán *como tristes, pero siempre alegres*. Pues los seguidores del Maligno proclaman que son los únicos que conocen la realidad, los verdaderos dueños del presente y los que determinan el futuro. Se consideran a sí mismos como los que han rescatado al mundo de las tinieblas en que yacía y como los auténticos descubridores de la verdadera naturaleza humana, que queda circunscrita para ellos en un ámbito mundanal carente de connotaciones sobrenaturales. Juzgan a los cristianos como establecidos en un pasado de mitos e imaginarias realidades sobrenaturales que los induce a vivir en un mundo que es tan inexistente como irreal, además de privarlos de influir en el presente y edificar el futuro. Consideran al Cristianismo como una ideología definida por un clima de pesimismo y confusión —su épo-

ca histórica más emblemática es la llamada *Edad Oscura*—, que ha infundido en el hombre sentimientos de amargura y abatimiento suficientes para impulsarlo a huir de este mundo a fin de buscar otro radicado en la utopía.

Pero estas ideologías ateas no logran que su concepto materialista de la existencia supere el horizonte de un mundo carente enteramente de esperanza, que no tiene otra cosa que ofrecer aparte de la triste realidad en la que viven los que lo habitan. Mientras que las carencias y defectos de los que acusan a los cristianos no son sino los suyos propios, como si intentaran desesperadamente reflejar en los demás lo que contemplan en sí mismos.

En cuanto a lo que es la vida, en realidad no existe otra digna de llamarse tal sino la que procede del Autor de la Vida (Jn 1:4), quien dijo de Sí mismo que Él era la misma Vida (Jn 14:6) que había venido al mundo para otorgarla a los hombres (Jn 10:10). Los cristianos, por el contrario, en medio de las pruebas y sufrimientos que han de soportar mientras peregrinan en el mundo, son en realidad los auténticos señores de la Tierra, tal como escribía el Apóstol San Pablo a los fieles de Corinto: *Todo es vuestro: ya sea Pablo, o Apolo o Cefas; ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea el presente o el futuro. Todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.*²⁹

De ahí que la Alegría Perfecta sea patrimonio exclusivo suyo, como fruto recibido del Espíritu Santo (Ga 5:22) y según lo que les fue prometido por el mismo Jesucristo.³⁰

Continúa la parábola diciendo que el criado comunicó a su amo que la sala ya se había llenado de pobres e indigentes y aún quedaba lugar. A lo que contestó su señor:

²⁹1 Cor 3: 21–22.

³⁰Jn 16:22; 16:24; 17:13.

—*Pues entonces sal a los caminos y a los cercados y oblígales a entrar, porque quiero que mi casa se llene de invitados.*

Es de notar que la expresión *oblígales a entrar* suena hoy como escandalosa, según los dictados de una Iglesia modernista que hace caso omiso de las enseñanzas del Evangelio. Por lo que la doctrina que contiene es rechazada por el vigente Progresismo eclesiástico de cariz modernista, auténtico inspirador de las Declaraciones sobre *Libertad religiosa* emanadas del Concilio Vaticano II. Las cuales han supuesto un grave obstáculo a una Pastoral de Evangelización de la Iglesia que había permanecido indemne y floreciente durante veinte siglos.

En realidad la Iglesia no había entendido nunca el celo apostólico como un instrumento de coacción a las almas utilizado para lograr su conversión. El *celo de tu casa me consume*,³¹ del que habla el salmo, se refiere a la propia persona que ama a Dios (como fácilmente se deduce de la misma expresión), y se ve impulsada a trabajar por la conversión de los demás. El apóstol evangelizador no hace sino cumplir el mandato de Jesucristo: *Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado.*³² Con todo, el espíritu apostólico y evangelizador de la Iglesia, siempre justificado cuando está en juego la salvación de las almas, jamás ha dejado de tener en cuenta la necesidad previa de la *libertad* en el ánimo de los evangelizados. La idea de una pretendida *coacción* fue subrepticamente introducida en la Teología católica postconciliar sin fundamento alguno, mediante la utilización de los acostumbrados recursos de las falsedades metodológicas y de las mentiras históricas propias del Modernismo.

³¹Sal 69:10.

³²Mt 28: 19–20.

Los primeros obstáculos a la enseñanza secular de la Iglesia partieron del Concilio Vaticano II a través de la Declaración *Dignitatis Humanæ*, en la que se contienen ideas difíciles de poner de acuerdo con la Doctrina Tradicional:

Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de individuos como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, sólo o asociado con otros, dentro de los límites debidos. Declara, además, que el derecho a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se la conoce por la palabra revelada de Dios y por la misma razón natural. Este derecho de la persona humana a la libertad religiosa ha de ser reconocido en el ordenamiento jurídico de la sociedad, de tal manera que llegue a convertirse en un derecho civil.

Por consiguiente, el derecho a la libertad religiosa no se funda en la disposición subjetiva de la persona, sino en su misma naturaleza. Por lo cual, el derecho a esta inmunidad permanece también en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella, y su ejercicio, con tal de que se guarde el justo orden público, no puede ser impedido.³³

Las consecuencias de esta doctrina no se hicieron esperar, como demuestra la historia de más de cincuenta años de postconcilio y la confusión producida en la Iglesia en la doctrina, en la liturgia, en el culto, en el concepto de Sí misma, en los mismos fieles y en la deserción producida hacia las sectas protestantes. Mucho se ha hablado acerca del tema, aunque quizá sea lo mejor ofrecer el ejemplo de uno de los sucesos más recientes ocurridos en el momento de redactarse este escrito:

³³*Dignitatis Humanæ*, I, 2.

Según hace constar el periodista Chris Jackson,³⁴ ha sido descubierto en Detroit (Michigan, USA) un monumento de bronce de una tonelada de peso dedicado a Satán, llamado Baphomet, a fin de ser expuesto a un número limitado de fieles adoradores. El cronista da cuenta de la ardorosa protesta producida por parte de un señalado número de neocatólicos y algunos grupos protestantes, no sin hacer notar, por lo que hace a los neocatólicos, la discrepancia entre su actitud y el apoyo prestado a la doctrina enseñada por el Concilio Vaticano II y confirmada por las iniciativas ecuménicas de los Papas postconciliares.

Asegura el cronista, en el caso de que hubiéramos de atenernos literalmente a la doctrina conciliar, que los satanistas poseerían pleno derecho a *estar inmunes de coacción, tanto por parte de individuos como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, sólo o asociado con otros, dentro de los límites debidos.*

Por lo que el derecho a esta inmunidad —continúa el cronista citando las fuentes del Concilio— *permanece también en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella, y su ejercicio, con tal de que se guarde el justo orden público, no puede ser impedido.*

Alguien podría objetar que esta argumentación carece de sentido, por cuanto es evidente la intención del Concilio, aunque no lo diga expresamente, de referirse exclusivamente a los cultos a la Divinidad con exclusión de elementos no propiamente religiosos como pueden ser los tributados a Satán. Sin embargo, en el ámbito de las Leyes no es válido el recurso a una supuesta intención *implícita*

³⁴Chris Jackson, página web de *Remnant Newspaper*, 15, Julio, 2015.

del legislador cuando el texto de la ley es suficientemente claro y explícito. Tal vez se podría recurrir a las complicadas teorías sobre la interpretación jurídica de afamados expertos del Derecho como Legaz Lacambra, Giorgio del Vecchio o Hans Kelsen que en realidad no conducirían a ninguna conclusión, puesto que la *Declaración* dice claramente que nadie debe ser impedido en el ejercicio de la libertad religiosa cuando obra *conforme a su conciencia*, sin alusión alguna a la Divinidad y según el sentido obvio general del Documento. Y además sin limitación alguna a excepción de la que se refiere a guardar *los límites debidos*, expresión que se acaba de aclarar cuando añade *con tal de que se guarde el orden público*. En cuanto a que los cultos satánicos no pertenecen al ámbito propiamente religioso, es una afirmación que no responde a la realidad, puesto que Satanás es un ser real contemplado por la Revelación, lo mismo que el Infierno está contenido en ella como contrapunto del Cielo.

Por otra parte, resulta difícil negar que el Concilio contempla toda clase de religiones, incluidas las que no hacen referencia alguna a la Divinidad o son contrarias a ella, desde el momento en que está suficientemente claro en los textos:

*Pero el designio de salvación abarca también a aquellos que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar los musulmanes, que confesando profesar la fe de Abrahán adoran con nosotros a un solo Dios misericordioso, que ha de juzgar a los hombres en el último día.*³⁵

Y en otro lugar dice expresamente:

Así, en el Hinduismo los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de los mitos y los penetrantes esfuerzos de la filosofía, y buscan la liberación de las angustias de nuestra

³⁵*Lumen Gentium*, n. 16.

*condición mediante las modalidades de la lucha ascética, a través de profunda meditación, o bien buscando refugio en Dios con amor y confianza. En el Budismo, según sus varias formas, se reconoce la insuficiencia radical de este mundo mudable y se enseña el camino por el que los hombres, con espíritu devoto y confiado pueden adquirir el estado de perfecta liberación o la suprema iluminación por sus propios esfuerzos apoyados con el auxilio superior.*³⁶

El problema que plantean estos y paralelos textos conciliares consiste en que no solamente no parecen responder a las doctrinas profesadas por estas *religiones*, las cuales el Concilio reconoce como legítimas, sino en que lo contenido en ellas se opone claramente a la Doctrina Católica. Como ocurre, por ejemplo, con puntos fundamentales del Islamismo de los que se pueden citar algunos:

*Las mujeres son inferiores a los hombres.*³⁷

*La creencia en la crucifixión y en la resurrección de Jesucristo es falsa.*³⁸

*Creer en la divinidad de Jesucristo es blasfemia.*³⁹

*La creencia en Jesucristo como Hijo de Dios es un grave error.*⁴⁰

*Los musulmanes tienen como mandato luchar contra los cristianos y contra todos los que se oponen al Islam.*⁴¹

Las dificultades aumentan a causa de que muchas de las expresiones contenidas en los Documentos conciliares son anfibológicas y

³⁶ *Nostra Aetate*, n. 2.

³⁷ Sura 4:34.

³⁸ Sura 4: 157–159.

³⁹ Sura 5:72.

⁴⁰ Sura 19:35; 10:68.

⁴¹ Está contenido en la Sura 9:26.

confusas, sin la aportación de explicaciones suficientes que contribuyan a su aclaración. Lo que induce a algunos a pensar que se trata de meras logomaquias. Tal ocurre, por ejemplo, con la Declaración *Nostra Aetate*, donde se afirma que en el Hinduismo *se expresa el misterio divino mediante la inagotable fecundidad de los mitos y los penetrantes esfuerzos de la filosofía*.

Sin embargo, examinadas atentamente las palabras, cabría preguntar acerca de lo que significan *la inagotable fecundidad de los mitos* o los *penetrantes esfuerzos de la filosofía*. Con respecto a lo primero —*los mitos y su inagotable fecundidad*—, conviene hacer notar que tampoco aquí los expertos han logrado ponerse de acuerdo acerca del origen, significado o alcance sociológico de los mitos, como demuestran las diversas y variadas teorías de antropólogos tan afamados como Mircea Eliade, Lévi-Strauss, Malinowski, Jung y otros. En cuanto a lo segundo —*los penetrantes esfuerzos de la filosofía*—, no hay sino decir que, dada la extraordinaria multitud de corrientes existentes de pensamiento, sería conveniente conocer de un modo más explícito la clase de filosofía a la que se refiere el Concilio.

Y el problema se agrava más cuando se considera que la Escritura no parece estar conforme con las benevolentes declaraciones conciliares, como la que asegura que católicos y musulmanes adoran a un mismo Dios. Por ejemplo cuando afirma:

Jesucristo dice de Sí mismo que *nadie va al Padre si no es a través de mí*.⁴²

Y en otro lugar:

El que cree en el Hijo tiene la vida eterna, pero quien se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él.⁴³

⁴²Jn 14:6.

⁴³Jn 3:36.

¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.⁴⁴

En esto conocéis el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios.⁴⁵

El que cree en el Hijo de Dios lleva en sí mismo el testimonio. El que no cree a Dios le hace mentiroso, porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.⁴⁶

Porque han aparecido en el mundo muchos seductores que no confiesan a Jesucristo venido en carne. Ése es el seductor y el Anticristo.⁴⁷

Todo el que se sale de la doctrina de Cristo y no permanece en ella, no posee a Dios; quien permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no transmite esta doctrina no le recibáis en casa ni le saludéis; pues quien le saluda se hace cómplice de sus malas obras.⁴⁸

Lo que parece descubrir la existencia de una brecha o especie de esquizofrenia doctrinal entre las enseñanzas sobre el ecumenismo del Concilio y los datos de la Escritura. Problema que se intentó resolver mediante el recurso a las llamadas *hermeneútics de la continuidad*, de las que apenas hoy ya si se habla. Fracasado lo cual se acudió a las teorías rahnerianas y ratzingerianas acerca de la interpretación *historicista* de la Revelación, según las cuales ésta depende del *sentimiento humano*, que es el que decide según las *vicisitudes y circunstancias del momento histórico*. Lo que conduce a la conclu-

⁴⁴1 Jn 2: 22-23.

⁴⁵1 Jn 4:2.

⁴⁶1 Jn 5:10.

⁴⁷2 Jn: 7.

⁴⁸2 Jn 9-10.

sión de que no es la Escritura la que juzga al hombre, sino que es el hombre quien juzga y determina a la Escritura.

Otra circunstancia que ha contribuido a provocar la actual *Apostasía General* que sufre la Iglesia es el hecho, nada fácil de explicar, de las peticiones de perdón realizadas por la Jerarquía con respecto a las Cruzadas y a la Evangelización de América. Puesto que durante siglos habían sido considerados tales acontecimientos, con consentimiento unánime y universal, como timbres de gloria para la Iglesia y para las Naciones Evangelizadoras. De ahí que muchos católicos se sientan confusos y desconcertados: ¿se equivocó la Iglesia de entonces o está cometiendo un error la de ahora?

Efectivamente los tiempos de gran confusión son también tiempos de preguntas difíciles y desconcertantes. Que generalmente no encuentran respuesta..., al menos de momento. Porque si *el justo vive de la fe*,⁴⁹ también vive de la esperanza, que es lo que le hace estar convencido de que al fin todo quedará aclarado, cuando la verdad se imponga definitivamente al error y la luz acabe por disipar las tinieblas. Será el día en el que aparezcan por fin *los cielos nuevos y la tierra nueva, conforme a la promesa que se nos hizo, y en los que habitará la justicia*.⁵⁰

—*¡Pero tú sal a las plazas y calles de la ciudad, a los caminos y a los cercados, y oblígales a entrar, porque quiero que mi casa se llene de invitados.*

Y a lo largo de los siglos así lo hicieron los seguidores de Jesucristo, cumpliendo con fidelidad las consignas de su Maestro y haciendo de la Iglesia una verdadera Iglesia Misionera. La que fue siempre la Católica, Apostólica y Romana tal como fue fundada por Jesucristo.

⁴⁹ Heb 10:38.

⁵⁰ 2 Pe 3:13.

Y tal como Él lo prometió también, con palabras que nadie podrá borrar, la que por siempre será.

PENTECOSTÉS

*El Espíritu sopla donde quiere,
y oyes su voz,
pero no sabes de dónde viene ni adónde va.¹*

Introducción

Entre los nombres con los que se ha venido designando al Espíritu Santo, con una denominación no ajena al pensamiento de los Padres, está el de *El Gran Desconocido*.

Y no han faltado razones para utilizar esa expresión. En cuanto a la Liturgia de la Iglesia que, a pesar de todo, algo pareció saber de Él, lo ha venido nombrando como el *Consolator Optimus*, el *Dulcis Hospes Animæ*, o el *Dulce Refrigerium*. Y hasta el mismo Jesucristo lo llama también *Paráclito* (Intercesor o Consolador).²

Sobre todos esos apelativos sobresale la idea de extremado cariño o de efusión amorosa. Lo que no tiene nada de extraño cuando

¹Jn 3:8.

²Jn 14:26; 15:26; 16:7.

se considera que el Espíritu Santo es, en expresión también de los Padres, el *Osculum Suavissimum* llevado a cabo entre el Padre y el Hijo. Por otra parte, si bien es cierto que es la Esencia Divina la que se identifica con el Amor (1 Jn 4:8), sin embargo es el Espíritu Santo entre las tres Divinas Personas a quien se le reconoce el atributo del Amor.

Siendo pues el Espíritu Santo a quien se atribuye el Amor en Dios, ¿qué puede tener de particular que se le otorguen todos esos nombres y expresiones? ¿Existirá alguna realidad en el Cielo o en la Tierra más elevada y sublime que el Amor? Y también más misteriosa, pues no en vano el Amor, como ya hemos dicho, se identifica con Dios.

El Espíritu sopla donde quiere

Lo cual quiere decir donde quiere y solamente donde quiere, pues es esencialmente *Libertad*, como dice el Apóstol: *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas*.³ Y puesto que Él es el Amor, que es Dios, no puede estar *determinado* por realidad alguna fuera de Sí mismo. Por eso se entrega a quien quiere, donde quiere, cuando quiere y del modo que quiere. Pues su Voluntad es una misma cosa con el Abismo Infinito del Amor que es Él mismo, y sin que nada ajeno a Sí mismo lo pueda determinar en modo alguno: ¿Qué realidad finita podría influir sobre lo Infinito? Pues siendo el Amor una Realidad Infinita, ausente de límite alguno, ¿dónde, por dónde y de qué modo podría ser impulsada

³2 Cor 3:17.

a moverse en tal o cual sentido, en tal determinada dirección o con tal prefijada intensidad? De ahí que nada más opuesto al Amor que cualquier intento de coacción o de determinación. Y de ahí también que tampoco exista nada más *personal* que el amor (con minúscula o con mayúscula), puesto que proviene exclusivamente de la voluntad de una *persona* (con minúscula o con mayúscula).

De donde se deduce la falsedad de los dones y facultades que en la Iglesia se atribuyen a sí mismos los Movimientos Catecumenales y Neocatecumenales Carismáticos. Los cuales pretenden invocar al Espíritu y acceder a tales gracias cuando a ellos se les antoja y del modo que se les antoja. Y aún resulta más disparatado el modo en el que celebran sus *liturgias* y la forma en la que el Espíritu responde, según ellos, a sus invocaciones. Cosa que hace siempre y necesariamente, mediante carismas, inspiraciones, alocuciones y hasta milagros, de tal manera que la actuación del Espíritu recuerda el modo de comportarse un auto servicio.

Pero tales *invocaciones* se encuentran más bien en la línea de los *conjuros* que se atribuyen a los brujos y brujas, y en donde el único espíritu que quizá ronda entre ellos —en el caso de que ronde alguno— no puede ser otro que alguno diabólico. Tal como corresponde a Movimientos Espirituales cuyas doctrinas se encuentran enteramente al margen de la auténtica y tradicional Doctrina de la Iglesia.

El hecho de que el Amor Infinito *dependa* exclusivamente de Sí mismo es lo que determina su grandeza. Pues Dios ama porque quiere, cuando quiere y a quien quiere, de donde jamás criatura alguna puede gloriarse en sí misma ni atribuirse gracia alguna como propia: *¿Qué tienes que no hayas recibido?*, decía el Apóstol San Pablo.⁴

⁴1 Cor 4:7.

De ahí que una vez infundido el amor en una criatura (amor participado), el acontecimiento puede considerarse como absolutamente libre e *impredecible*. Que por eso decía Jesucristo, hablando del Espíritu, que *no sabes de dónde viene ni adónde va*. Lo que explica que una vez que la criatura ha sido *herida* por el impacto de ese ardiente fuego, ni siquiera puede saber de dónde procede tal llama ni cómo ha prendido en ella. Pues el misterio del Amor (increado o creado) rebasa todas las posibilidades de conocimiento, de previsión o de imaginación por parte de la criatura. Jesucristo lo expresa con el lenguaje escueto y sugerente de la Poesía, que es sin duda el más adecuado para inducir en el alma los sentimientos que, por otra parte, no caben dentro de los límites de contenido del habla normal. Por eso no es casual que ya en los primeros versos de *El Cantar de los Cantares*, la esposa trate de inquirir del Esposo acerca del lugar donde puede hallarlo:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no venga yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.*⁵

Pues siendo el Amor Increado la causa del fruto producido en la criatura por la presencia del Espíritu Santo, y siendo tal fruto lo conocido bajo el nombre de amor creado, dado el carácter absolutamente libre e impredecible tanto del uno como del otro, nada tiene de particular que Dios requiera a menudo un esfuerzo de búsqueda y de cooperación por parte del alma. ¿Y cómo podría ser de otro modo cuando se trata de lo que es sumamente libre e imposible de

⁵Ca 1:7.

predecir y aun de imaginar? Por lo demás, el amor creado es la gracia mayor que el hombre podría recibir, y por eso Dios desea que su criatura sea consciente de que se trata de algo *recibido*, que viene a ser lo mismo que otorgado *gratuitamente*, y de ahí el nombre.

En el amor se establece una línea de comunicación entre la persona que ama, o la que entrega, y la persona amada, o la que recibe, creando una *relación de reciprocidad* entre dos personas las cuales son un *yo* y un *tú*, en la que ambas entregan y reciben a la vez. Por eso se impone una cierta *cooperación* o respuesta por parte de la criatura, sin lo cual ni siquiera podría existir la relación.

Lo que supone para el alma un trabajo, a menudo arduo, de búsqueda de la Persona amada. Como ya lo expresaba *El Cantar de los Cantares*, describiendo lo que podría llamarse el primer tiempo en el comienzo de la relación de amor. O quizá el segundo, si se tiene en cuenta que a la búsqueda de la esposa precedió la llamada del Esposo:

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.
Me levanté y recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al amado de mi alma.⁶*

La poesía mística humana no podía dejar de dar su testimonio en este punto, con numerosos ejemplos que se podrían citar tomados de los santos y de los autores espirituales:

⁶Ca 3: 1-2.

*Subí hasta las estrellas
 en busca de vestigios de tus huellas,
 por si encontraba alguna
 caminando hacia el Sol, desde la Luna.*

La búsqueda del Esposo por parte de la esposa (*Cantar de los Cantares*), el recorrido a través de *Las Moradas* hasta el encuentro con Él (Santa Teresa), la fatigosa subida del *Monte Carmelo* hasta donde aguarda el Esposo (San Juan de la Cruz), el *Itinerario del Alma hacia Dios* (San Buenaventura) y otros, son temas constantes en la Historia de la Espiritualidad.

*Y oyes su voz
 “pero no sabes de dónde viene ni adónde va”*

Siendo el Amor una Realidad Infinita y misteriosa (en cuanto que se identifica con Dios) es imposible para la criatura llegar a conocer por sí misma, tanto el origen y la procedencia de esa Realidad como el final al que se dirige. Es el *Alfa y la Omega*, el Principio y el Fin (Ap 21:6). Lo que equivale a decir que resulta imposible para ella comprender la razón del designio de la Voluntad Divina al otorgarle su Amor, así como tampoco las implicaciones completas del Fin último que Dios pretende. Pues es demasiado grande la gracia recibida y demasiado sublime y elevado lo que Dios ha deparado para ella: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman.*⁷ De donde resulta

⁷1 Cor 2:9.

que al ser imposible señalar límites al amor (ni un principio ni tampoco un final), también es imposible definirlo ni explicarlo de modo exhaustivo, y solamente cabe hablar de él. Tal como ha hecho el hombre a lo largo de tantos siglos, pero sin conseguir jamás agotar el tema, salvando muchos escollos e incluso incidiendo en muchos errores.

El hombre puede conocer a Dios por medio de la razón y sobre todo por la Revelación. Y puesto que el Amor se identifica con Dios, todo conocimiento acerca de este último equivale a una profundización en la idea del amor. Mientras que, por el contrario, pretender ahondar en el conocimiento del amor prescindiendo de la operación del Espíritu en el alma humana, desemboca en construcciones puramente naturalistas que nada tienen que ver con el verdadero amor. De todos modos, el conocimiento que el hombre puede adquirir de Dios (y por lo tanto del amor) es incompleto, además de que se ve obligado a recurrir con frecuencia a la analogía, e incluso expuesto al error en cuanto prescinde de los datos de la Revelación. Pero el conocimiento de Jesucristo que, partiendo de la fe, el alma obtiene mediante la influencia del Espíritu (Jn 14:26), si bien nunca exhaustivo en esta vida, es eminentemente personal y comunicable a otros hasta cierto punto, aunque ya no tanto el que es recibido a través de la vida mística.⁸

No es de extrañar el desasosiego de la esposa de *El Cantar* cuando las doncellas del coro que la acompañan tratan de inquirir de ella acerca de cómo es el Esposo. A lo que la esposa no puede hacer otra cosa que tratar de responder mediante una serie de rodeos. Difícil pregunta y más difícil respuesta todavía. Decía San Agustín,

⁸Santa Teresa comienza su libro *El Camino de Perfección* diciendo que va a explicar en lo que consiste la vida contemplativa, aunque luego se limita en toda la obra a reflexionar acerca del Padre Nuestro. Y lo mismo le sucede a Orígenes en su tratado sobre *La Oración*.

hablando de la imposibilidad de llegar a un conocimiento exhaustivo de Dios, ni aun siquiera con la ayuda de la Revelación, que *si comprehendis non est Deus*.⁹ Y puesto que Dios y el Amor se identifican, de ahí las dificultades para explicar incluso el concepto del amor creado, como han demostrado las infinitas divagaciones en torno a la tarea de tantos pensadores desde Platón hasta nuestros días.

Por supuesto que el único lugar en el que existe la posibilidad de *ahondar* en el conocimiento de esta Realidad misteriosa —el mayor y más sublime de todos los Misterios— es la Revelación. Un conocimiento que con todo, a pesar de la ayuda que de ella se desprende y la de la gracia, nunca puede rebasar un cierto límite en la medida de las capacidades intelectuales del hombre. Como era de esperar, el Libro de *El Cantar de los Cantares* no iba a dejar de plantearse un problema al que nunca ha podido responder el ser humano de manera exhaustiva. Lo hace en forma de preguntas a la esposa por parte del coro de doncellas:

*¿Y en qué se distingue tu amado,
oh la más hermosa de las mujeres?
¿En qué se distingue tu amado,
tú, que así nos conjuras?*¹⁰

Y la esposa contesta mediante una serie de descripciones que no son sino bellas metáforas. Y como siempre ocurre con las metáforas, el alcance de su significado es relativo. Y si se trata de describir al Esposo, es tarea imposible:

⁹San Agustín, *Sermo* 52, 16.

¹⁰Ca 5:9.

*Mi amado es fresco y colorado,
se distingue entre millares.
Su cabeza es oro puro,
sus rizos son racimos de dátiles,
negros como el cuervo.
Sus ojos son palomas
posadas al borde de las aguas,
que se han bañado en leche
y descansan a la orilla del arroyo...*¹¹

Santa Teresa se esfuerza en sus escritos en hablar de sus experiencias místicas acerca de la Persona de Jesucristo, distinguiendo sus diferentes especies de visiones tal como ella las había experimentado en visiones reales, intelectuales, imaginarias, etc. Sin embargo, y al mismo tiempo que sus narraciones dejan la sensación de que tales experiencias son auténticas y sinceras, no dejan de causar también el sentimiento de que, de todos modos, son incapaces de aportar conocimientos que satisfagan enteramente.

San Juan de la Cruz, en cambio, es enemigo acérrimo de toda clase de visiones, imágenes o percepciones con respecto a Jesucristo en la oración contemplativa, defendiendo la necesidad de la abstracción y de la negación total de toda clase de ideas (incluidas las referentes a Jesucristo) dentro de los últimos y más elevados grados de la oración mística.¹²

No es de este lugar llevar a cabo un estudio, ni siquiera detenido del problema. Bastará sin embargo con advertir la existencia de algunas dificultades que presenta la doctrina sanjuanista. Pues es el

¹¹Ca 5: 10–12.

¹²Ya Von Balthasar señaló la diferencia de espiritualidades entre los dos grandes colosos de la mística española. Una cuestión que han tratado de eludir todos los tratados posteriores de Espiritualidad que se han ocupado del tema.

Espíritu quien hace realidad el amor en el alma con su presencia, mediante la actualización de sus frutos (el primero y principal de ellos el amor) y la iluminación que producen sus dones. Por otra parte, la principal labor del Espíritu es la de dar testimonio de Jesucristo (Jn 15:26) y recordar sus palabras (Jn 14:26), por lo que nunca habla por Sí mismo (Jn 16:13), siendo misión suya la de dar a conocer y conducir el alma a Jesucristo. De donde se sigue la dificultad de imaginar el amor sobrenatural a Dios en sus grados más elevados, tal como sucede en la oración contemplativa, prescindiendo de Jesucristo de cualquier modo que sea (aun de la forma puramente imaginativa, imaginaria o intelectiva). Es imposible pensar en la acción del Espíritu conducente al verdadero amor si no es a través de Jesucristo. Ni tampoco puede el alma llegar a conocer y a amar a Jesucristo si no es a través de su Naturaleza humana, en la que encuentra a su Persona en su Naturaleza divina, todo ello juntamente en un mismo y único acto de amor (mediando, una vez más, la labor del Espíritu). Solamente restaría señalar aquí dos textos del mismo Jesucristo en palabras dirigidas a sus discípulos: *Yo y el Padre somos una misma cosa...*¹³ *Y cuando me fuere y os hubiere preparado el lugar volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis vosotros también conmigo.*¹⁴

Es el Espíritu quien, a través del amor que causa en el alma, la impulsa a la búsqueda apasionada del Esposo. La cual no excluye a menudo un esfuerzo fatigoso y doloroso que incluso a veces puede parecer infructuoso, pero que entra dentro de lo que es normal en la gran aventura del amor que transcurre durante la peregrinación terrestre.

¹³Jn 10:30.

¹⁴Jn 14:3.

Pues, si bien es cierto que no pertenece a la naturaleza del amor ir acompañado de fatigas, trabajos o dolores —o al menos no fue así al principio—, después de que el hombre cayera en el pecado, y dado que el amor adquiere la forma de una relación en absoluta reciprocidad, por lo que hace al divino–humano se acompaña desde entonces de los dolores de la Pasión de Jesucristo y se tiñe de su Sangre derramada en el Calvario. Tal como corresponde a la regla del verdadero amor según la cual cada uno de los amantes comparte la vida y el destino del otro:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido.*¹⁵

*Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.*¹⁶

*De tu vergel un ave
por tu ausencia cantaba en desconsuelo,
y oyó tu voz suave,
y alzándose del suelo
a buscarte emprendió veloz su vuelo.*

¹⁵San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

¹⁶San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

Un problema especial, aunque bastante interesante por su extraordinaria importancia y numerosas implicaciones, es el de la *audiación* de la voz del Espíritu. Sí, ¿pero se oye verdaderamente la voz del Espíritu...? Y en una época como la actual, en la que abundan por doquier los profetas y visionarios (especialmente las visionarias), amén de los adictos a las sectas Catecumenales, en un mundo de mentiras en el que existen tantas posibilidades de ejercer el timo, de engañarse a sí mismo y de ser engañado por otros, ¿cómo se puede estar seguro de que se trata verdaderamente de la voz del Espíritu?

...Y oyes su voz

Pues es cosa absolutamente segura que el Espíritu habla a su Iglesia y también a las almas como personas individuales. ¿Cómo podría de otro modo ser el Alma de la Iglesia, el que conduce a los discípulos de Jesucristo hasta la verdad completa, el que les recuerda todo lo que Él les dijo y les hace comprender sus palabras (Jn 14:26), y quien les anuncia las cosas que han de venir (Jn 16:13)?

Y su lenguaje, como corresponde a quien es el mismo Amor, el *Consolator Optimus*, el *Dulcis Hospes Animæ* y el *Dulce Refrigerium* de las almas, es ante todo un lenguaje de amor. Siendo Jesucristo el lenguaje por el cual Dios ha expresado su Amor a los hombres, y siendo el Espíritu el único que habla con voz autorizada y auténtica acerca de Jesucristo, es por lo que, en definitiva, tampoco sabe hablar sino del Amor y acerca del amor.

Claro está que, por eso mismo, su lenguaje amoroso puede ser tan agudo y penetrante como los *dardos encendidos* de los que habla *El Cantar de los Cantares*:

*Son tus dardos saetas encendidas
son llamas de Yavé.¹⁷*

De lo cual se hace eco la poesía mística humana, utilizando un lenguaje en el que la idea de la intensidad del amor como causa de la muerte en la persona amada es cosa común:

*Si de nuevo me vieres
allá en el valle, donde canta el mirlo,
no digas que me quieres,
no muera yo al oírlo
si acaso tú volvieras a decirlo.*

Pero su voz es sutil y delicada, hasta el punto que se puede decir de ella lo mismo que de la del Esposo cuando habla al alma, que sólo es perceptible por la esposa y está destinada a no salir más allá del ámbito de la intimidad de ambos amantes:

*Es la voz del Esposo
como la huidiza estela de una nave,
como aire rumoroso,
como susurro suave,
como el vuelo nocturno de algún ave.*

¹⁷Ca 8:6.

Por eso debe desconfiarse de la autenticidad de supuestas voces del Espíritu aireadas públicamente, en absoluta ausencia de recato, por los encendidos receptores de tales *inspiraciones*. La verdad es que el Espíritu no parece gustar de la publicidad, y en cuanto a sus comunicaciones en orden a que sean difundidas en la Iglesia, ya están contenidas en la Revelación oficial y refrendadas por el Magisterio de la misma Iglesia.¹⁸ Por otra parte, cuando son verdaderas y auténticas sus inspiraciones, suelen ser recibidas por el alma destinataria bajo sentimientos de humildad y condiciones de silencio. El alma a quien se conceden tales gracias nunca confía en sí misma, se somete siempre al juicio de la Iglesia y se asegura bajo la autoridad de un serio maestro de vida espiritual. La falta de humildad y los deseos de ser conocido, por parte del destinatario de las *inspiraciones*, es señal infalible de falsedad. También es conveniente hacer depender el juicio sobre la veracidad de las voces del Espíritu, tanto de la procedencia de un sereno examen de los hechos, como de las consecuencias a las que tal vez se han dado lugar; la conveniencia de lo cual pudo verse en lo que sucedió con la famosa inspiración recibida, según él, por el Papa Juan XXIII acerca de la convocatoria de un Concilio. Y algo parecido habría que decir sobre las aparatosas y espectaculares *intervenciones* del Espíritu en los cultos Catecumenales y Neocatecumenales Carismáticos; habida cuenta, sobre todo, de que no se conoce otra actuación ruidosa auténtica de esta Divina Persona que la ocurrida sobre los Apóstoles y la Virgen María en el día de Pentecostés. Por último también debe tenerse en cuenta, principalmente en épocas de crisis espiritual como es la actual,

¹⁸Es asombrosa la cantidad de comunicaciones que el Espíritu olvidó incluir en la Revelación oficial. Cosa que ahora trata de suplir por medio de una infinidad de videntes (sobre todo femeninos) agraciados con noticias sobre interpretación de hechos actuales y profecías sobre inmediatos futuros. Todo lo cual no es raro que acarree pingües provechos materiales a tales *favorecidos* por el Espíritu.

que los visionarios y falsos profetas abundan por todas partes como plaga que arrasa, además de que es un hecho comprobado que son infinidad los cristianos que ponen más su confianza en las revelaciones particulares que en la Revelación oficial. La profundidad a la que puede llegar la ingenuidad de los hombres es insondable, y así les va: *Corona sapientium divitiæ eorum, fatuitas stultorum fatuitas est.*¹⁹

Con la actuación del Espíritu cuando es auténtica suele ocurrir lo mismo que con las cuitas que sufren los enamorados y con las palabras que se cruzan entre ellos. Las cuales tienen lugar en el silencio y lejos de la mirada de los hombres. Al fin y al cabo es al Espíritu a quien se atribuye en Dios el Amor:

*Los mares sosegados
en ondas azuladas y serenas,
los ecos apagados
de cantos de sirenas,
y un susurro de amor que se oye apenas.*

*Cuando encontré al Amado,
mientras soplabá el viento en el ejido,
a fuer de enamorado
me susurró al oído
que también por mi amor estaba herido.*

Pues así es el amor y así es como actúa el Espíritu, a través de una discreta humildad que no pretende ser conocida por el Mundo: *Caritas non æmulatur, non agit superbe, non inflatur.*²⁰ De ahí la

¹⁹Pro 14:24.

²⁰1 Cor 13:4.

desconfianza que suelen suscitar tantas *caridades* y tantos *caritativos* a los que el Mundo se preocupa de inflar y de aclamar poco menos que como héroes. La verdadera caridad —el verdadero amor— nunca son alabados por el Mundo, lo cual se explica por la enemiga existente entre Dios (que es el Amor) y el Mundo; mientras que la aprobación por parte de este último significa infaliblemente la desaprobación por parte de Dios. Por eso quien se gloria, solamente podría justificadamente gloriarse en el Señor (1 Cor 1:31). La *Nueva Iglesia* ha desvirtuado la actuación del Espíritu, convirtiéndola en un espectáculo *a piñón fijo* de días determinados, horas prefijadas y actos de culto programados a los que acude el Espíritu cuando es invocado a voluntad de los asistentes; al mismo tiempo que aquello de que el *Spiritus ubi vult spirat* queda bien archivado, para ser sustituido por la espiritualidad impuesta por el líder de la secta de turno.

El verdadero amor de Dios, a diferencia del que suelen mostrar tantos videntes deseosos de ser conocidos, va siempre acompañado del sello de la discreción y de la humildad. La búsqueda del ruido mundano es señal evidente de falsedad: *El que busca ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios*, decía el Apóstol Santiago.²¹

Como es el Espíritu a quien corresponde en Dios el atributo del Amor, su actuación suele ser paralela a la que llevan a cabo los enamorados cuando huyen de las gentes y buscan el retiro y la soledad. Lo cual, aunque es mucho menos patente y menos relevante en el amor puramente humano, adquiere sin embargo una gran importancia en el divino–humano. Otra característica en la que de nuevo se manifiesta la diferencia existente y la distancia que media entre uno y otro, y de ahí que sólo al amor divino–humano le conviene la nota de amor perfecto. Conviene recordar la discreción de la Vir-

²¹San 4:4.

gen María, que ni siquiera comunica a San José la Anunciación del Ángel aun corriendo todos los riesgos. *El Cantar de los Cantares* lo hace notar para quien sepa leer el lenguaje poético. Habla la esposa dirigiéndose al Esposo:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados,
y allí te daré mis amores.²²*

E igualmente en la poesía mística humana:

*Déjame que te siga, compañero,
mi dulce amigo, Esposo bienamado,
para que andemos juntos el sendero
que va desde los valles al collado.*

*Y luego en soledad nos quedaremos
del mundo de los hombres olvidados,
y los cantos de amor entonaremos
del aura de los montes rodeados.*

Según dijo Jesucristo dirigiéndose a sus discípulos, *el mundo no puede recibir al Espíritu de la verdad, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque permanece a vuestro lado y está en vosotros.*²³ La antinomia entre el Espíritu y el Mundo con su

²²Ca 7: 12-13.

²³Jn 14:17.

algarabía aparece aquí una vez más. El modo discreto de morar el Espíritu en los discípulos apunta en el mismo sentido: *a vuestro lado y dentro de vosotros*, mientras que el Mundo, por el contrario, no puede verlo y ni siquiera conocerlo. Pues la Persona del Espíritu y sus frutos, el primero de los cuales es el amor, son Realidades transcendentales y sublimes que ni siquiera pueden ser expresadas por el lenguaje del Mundo. Así se explica lo que sucede cuando el Mundo pretende hablar del amor, o cuando cree que está hablando de él: porque en realidad está hablando *de cualquier cosa menos del amor*.

Dentro del clima de soledad y silencio, como el más adecuado en el que se desenvuelve la principal de las actuaciones del Espíritu cual es la del amor divino–humano, es como se entienden las misteriosas palabras con las que el Esposo de *El Cantar* invoca a las cosas para inducirlas al silencio, con la manifiesta intención de que no despierten a la esposa. El extraño conjuro forma parte del entramado poético como una de las piezas que le aportan una particular belleza. Y en cuanto al hecho de que el texto se repita varias veces induce en el lector, de forma casi subconsciente y al mismo tiempo inexplicable, el sentimiento de que posee una extraña importancia:

*Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por las gacelas y las cabras monteses,
que no despertéis ni inquietéis a la amada
hasta que ella quiera.*²⁴

Y tanto es así que San Juan de la Cruz hace una paráfrasis del texto con algunas de las más bellas estrofas de su *Cántico Espiritual*:

²⁴Ca 2:7; 3:5; 8:4.

*A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores:*

*Por las amenas liras,
y canto de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.*

Difícil resulta interpretar la Poesía e imposible pretender que se ha logrado agotar su sentido. Sin embargo, tal vez estos conjuros —cuya repetición es un claro indicador de su importancia— quieran ser una indicación de la transcendencia que posee el silencio, en todos los sentidos del término, en el amor divino–humano. Y ya más concretamente, de lo decisivo que resulta el hecho de que la esposa *se desentienda del cuidado de todas las restantes cosas* a fin de que no la distraigan del amor del Esposo. De ahí que hasta las mismas fuerzas de la Naturaleza guarden silencio ante la sublime belleza de la relación de amor divino–humana:

*Siguiendo a los pastores
llegué adonde el Amado me esperaba
perdido en los alcores.
Y mientras Él me hablaba
el susurro del viento no sonaba.*

Un silencio respetuoso, expresivo del asombro y de la admiración que siente la Creación ante los recíprocos amores de Dios y su criatura, los cuales en modo alguno trataría de estorbar:

*El Sol que se asomaba
despertando a las flores con su beso,
al ver que te escuchaba
colmado de embeleso,
decidió demorarse más por eso.*

Pues hasta se saltaría las leyes que lo regulan con tal de no interrumpir el diálogo de amor entre el Esposo y la esposa.

*“El Espíritu dará testimonio de mí”
Consolator Optimus*

El Espíritu es el Consolador del alma por excelencia. Su presencia en ella es la causa de la paz, del consuelo y de la alegría. San Pablo enumeraba el *gozo* como el segundo de los frutos del Espíritu, a continuación del amor.

Debe tenerse en cuenta aquí un principio por lo general olvidado y hasta interpretado falsamente no pocas veces, cual es que *lo sobrenatural no es contrario a lo natural, sino que lo supera y lo excede.*²⁵

De ahí que la alegría y el gozo infundidos por el Espíritu, los cuales son la causa de la consolación producida en el alma, pertenecen a un plano de orden superior y distinto al propio del gozo y de la alegría naturales. Cuya existencia de estos últimos no se pone en duda, sino que se afirma simplemente que son superados y sobrepasados.

²⁵ Aquí se entiende *natural* en su sentido propio, como lo correspondiente a la naturaleza no corrompida por el pecado.

Jesucristo prometió a sus discípulos una alegría que evidentemente no es la del mundo, sino *la suya*, con todo lo que supone esa afirmación: *Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa...*²⁶ *Vosotros ahora os entristecéis, pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría.*²⁷ Donde se trata, como puede verse, de la misma alegría de Jesucristo. Además de la alegría *completa*, y por último de la imperecedera, en cuanto que *no podrá ser arrebatada* por nada ni por nadie.

Cualidades todas que faltan siempre en las alegrías naturales proporcionadas por el Mundo y por las cosas del Mundo. Y de ahí el consejo del Apóstol: *Buscad las cosas de arriba; saboread las cosas de arriba, y no las de la tierra.*²⁸

Es por eso por lo que considerar como auténticas las alegrías meramente naturales es una cuestión, por lo menos, bastante discutible. O aunque en muchas ocasiones pueden ser tenidas como verdaderas, pero nunca como perfectas. Y si se asciende en el orden de los conceptos hasta llegar al de *felicidad*, se impone optar entonces por una respuesta siempre negativa.

Cabe ahora preguntar por la razón de que le corresponda al Espíritu Santo el nombre de *Consolator Optimus*. Un tema importante llamado a responder a la cuestión de por qué el Espíritu Santo es quien proporciona al alma el verdadero consuelo, a la vez que la auténtica paz y la suprema alegría.

Pero tanto el verdadero consuelo, como la auténtica paz y la suprema alegría, son cosas a las que todo hombre aspira, lo mismo si lo reconoce como si no. A pesar de lo cual no las consigue nunca,

²⁶Jn 15:11.

²⁷Jn 16:22.

²⁸Col 3: 1-2.

o al menos no completamente en esta vida: *Nos hiciste, Señor para Ti y por eso nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti*, decía San Agustín en *Las Confesiones*.

Con todo, si bien es cierto que su cumplimiento total solamente tendrá lugar en la Patria del Cielo, un adelanto de ellas se puede ya poseer ahora, siquiera sea en forma de *arras* o de *primicias* (2 Cor 1:22; 5:5). Las cuales, aunque no supongan la totalidad, son la garantía segura de una futura y definitiva posesión, además de gozar ya del suficiente grado de intensidad como para superar infinitamente a las alegrías meramente naturales.

Ha de tenerse en cuenta también que la Espiritualidad cristiana suele desestimar los conceptos de *arras* y de *primicias*. En cuanto que las considera como una *parcialidad* que se halla lejos de la *totalidad*, y es en ese sentido como no son suficientemente valoradas. Sin embargo, aun siendo cierto que no pueden pretender igualar a la *consumación* que tendrá lugar en el Cielo, es imposible para el hombre en este mundo fijar con exactitud la distancia que media entre el universo natural y el sobrenatural (teniendo en cuenta que es infinita). Por lo que no le es posible conocer hasta dónde y hasta qué grado puede llegar el amor de Cristo por un alma en esta vida: *unicuique secundum mensuram donationis Christi*.²⁹ En efecto es así; pero, ¿quién sabe cuál es aquí el criterio de medición?

Y volviendo a la fundamental pregunta formulada antes, ¿por qué es el Espíritu Santo el Gran Consolador del Alma?

Porque es quien le habla de Jesucristo, quien le da a conocer a Jesucristo, quien le hace comprender sus palabras y quien la conduce hasta Jesucristo: *El Espíritu os dará testimonio de mí*, había dicho el Maestro a sus discípulos. Y es Jesucristo y el amor de Jesucristo la única cosa que desea y por la que suspira el alma. Como decía

²⁹Ef 4:7.

San Pablo, *Él es vuestra vida*.³⁰ La única capaz de proporcionar consuelo y conducir el alma hasta la Alegría Perfecta. Habida cuenta, sin embargo, de que el Espíritu *no es el consuelo, sino quien lo proporciona*, pues ya fue dicho que es *Él quien dará testimonio de mí*.

Nada tiene de extraño, como consecuencia, que la fuerza y la ansiedad del amor causados por el Espíritu en el alma la impulsen a correr, salvando todos los obstáculos posibles y hasta los imposibles, tras las huellas de la Persona amada que es Jesucristo. O del Esposo, para la esposa de *El Cantar de los Cantares*:

*Llévanos tras de ti, corramos.
Introdúcenos, rey, en tus cámaras,
y nos gozaremos y regocijaremos contigo,
y cantaremos tus amores,
más suaves que el vino.
Con razón eres amado.*³¹

San Juan de la Cruz parafraseaba estos versos en las estrofas de su *Cántico Espiritual*:

*A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*

Por otra parte, la esposa de *El Cantar* habla de la necesidad que siente de recibir consuelo, al mismo tiempo que alude a la causa de sus ansiedades:

³⁰Col 3:4.

³¹Ca 1:4.

*Confortadme con pasas,
recreadme con manzanas,
porque desfallezco de amor.³²*

La petición de ser recreada con pasas y confortada con manzanas es una bella metáfora que alude a su necesidad de alivio, ante las fuertes ansias que experimenta y que están a punto de hacerla desfallecer de amor.

Sin embargo, los dolores y angustias causados por el amor son de un orden distinto a los que afectan a la naturaleza humana a causa del pecado. A diferencia de estos últimos, los sufrimientos del amor son consecuencia de la *intensidad del gozo* producido también por el mismo amor. Gozo que a su vez nada tiene que ver con las alegrías del Mundo, y hasta es de un orden contrario. Pues, mientras que el dolor físico es señal de un peligro que afecta al organismo humano y que puede conducirlo a la muerte, el sufrimiento sobrenatural, en cambio, es señal clara de la presencia de algo que lo conduce a la Vida:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.³³*

Prueba de ello es que la especie de consuelo que reclama la esposa, lejos de tener por objeto el alivio o eliminación de sus ansiedades, más bien pretende con él lo contrario, puesto que se refiere al deseo de verlas aumentadas en intensidad, en cuanto a que *la conducen a*

³²Ca 2:5.

³³Ca 8:6.

una mayor profundidad de amor. Y en cuanto a lo que dice que se siente desfallecer, no está alertando acerca de un posible temor a la muerte, sino prorrumpiendo en balbucientes suspiros de amor que la colman hasta el agotamiento, tanto en inexpresable alegría como en un altísimo sentimiento de vida. Es a lo que se refería Jesucristo cuando decía: *Yo he venido para que tengan Vida, y la tengan en abundancia.*³⁴ Lo que se haría completa realidad con la efusión del Espíritu, una vez que Jesucristo lo hubiera enviado después de su subida hacia el Padre: *El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado.*³⁵ Y así es como tiene lugar lo que el ser humano jamás hubiera podido imaginar, cual es que la *muerte de amor* se convierte en algo tan deseable como es la plenitud de vida y el cénit del amor:

*Si la vida es amar y ser amado
sólo anhelo vivir enamorado;
si la muerte es de amor ardiente fuego
que abrasa el corazón, muera yo luego.*

Pero el gozo producido por el *Gran Consolador* no excluye el dolor físico, tal como ocurre, por ejemplo, en los fenómenos que se muestran en los estigmatizados. Sucede, sin embargo, que el gozo sobrenatural excede en tal grado de diferente *intensidad* al sufrimiento natural como para transformarlo en otro de distinta *cualidad*, y solamente así es como se convierte, no ya en soportable sino incluso en algo deleitable.

Por otra parte, el gozo como fruto del Espíritu Santo no puede ser ajeno a la Pasión de Jesucristo. La cual la esposa desea compartir necesaria y ardientemente. Pues una esposa enamorada no

³⁴Jn 10:10.

³⁵Ro 5:5.

es ajena a los sufrimientos e incluso a la muerte de su Esposo, cuyo destino ella ansía participar hasta el fin tal como es propio del amor. Una participación acerca de la cual, en cuanto que es cosa que se desprende del carácter personal del amor, la esposa no querría ser sustituida por nadie ni imitar en ella a nadie. Como algo que se deriva de la relación íntima del *yo* y del *tú* existente entre ella y el Esposo, la cual los constituye en forma de *solo y todo* del uno para el otro y de *solo y todo* del otro para el uno. De ahí que los sentimientos (de gozo o de sufrimiento) derivados del amor son absolutamente personales e intransferibles:

*Al ruiseñor herido
rogué que su lamento me enseñara;
mas luego le he pedido
que a solas me dejara
y con mi propio llanto sollozara.*

Pues el amor es una realidad eminentemente *personal*. En el Amor Esencial, las Personas del Padre y del Hijo se expresan mutuamente su Amor a través del vínculo que los une, el cual es también una Persona, la del Espíritu Santo. El amor creado no es una persona —no podría serlo—, sino una realidad que solamente puede darse entre personas, de tal manera que, cuando es verdadero, consiste en la presencia y la efusión de la Persona del Espíritu Santo en la criatura.

Cuando el amor meramente humano se desvincula por completo de la presencia del Espíritu Santo, en el mismo instante deja de ser amor para convertirse en *sexo*, o en *carne*. Y automáticamente deja de ser *personal*. Se transforma entonces en una mera relación entre

un *yo* y otro ser humano al que se convierte en *cosa* para ser utilizada como instrumento de placer.

*La sed o ansiedad de amor
que padece la esposa
y que es causada por el Espíritu*

La sed de la que tan ardientemente habla Jesucristo, con la que el Evangelista hace una referencia directa al Espíritu, no es otra cosa que la ansiedad de amor que conmueve el corazón del hombre: *Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. Pues quien cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva brotarán de sus entrañas. Se refería con esto al Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran en Él.*³⁶

La alusión a la sed como metáfora expresiva del desasosiego por la plenitud del amor que anida en el corazón del hombre, es aún más clara en la conversación de Jesús con la mujer samaritana:

*Mujer, si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva... Todo el que bebe de esa agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se hará en él una fuente que saltará hasta la vida eterna.*³⁷

La sed como ansiedad que consume el corazón del hombre es una expresión más fuerte e insinuante que la famosa *inquietud* del

³⁶Jn 7: 37–39.

³⁷Jn 4:10.13–14.

corazón, de la que hablaba San Agustín en *Las Confesiones*. Puesto que, mucho más que una inquietud, es una ansiedad que incluso podría tomarse como angustia, la que atormenta y enciende en fuego el corazón humano en un deseo de amar a Jesús. Y es precisamente el Espíritu quien enciende ese fuego. Con el que no pretende meramente animar al alma hacia el amor del Esposo, sino abrasarla y empujarla hacia el abismo insondable que es el Amor infinito. Donde de nuevo cabe recordar que lo infinito, por definición, no conoce límites; que es precisamente lo que sucede con el amor, que es como el fuego, *el cual nunca dice "basta"*.³⁸ Por eso, y dado que el alma carece de fuerzas para elevarse a tal grado de intensidad, es de nuevo el mismo Espíritu quien *adiuvat infirmitatem nostram*, en frase de San Pablo, y acude en su auxilio interpellando por ella —y aquí usa el Apóstol una expresión extraordinariamente fuerte— *gemitibus inenarrabilibus*.³⁹ Donde no se podía decir de forma mejor que la actuación del Espíritu en favor del alma no es una mera infusión de aliento, sino una sacudida de tan tamaña intensidad como corresponde a la fuerza del amor, y cuyo mejor modo de expresarse aquí es el *con gemidos inenarrables*.

Igualmente es una forma de decir que el Espíritu actúa en unión y *juntamente con la esposa* interpellando al Esposo a fin de que venga pronto, en un alarde expresivo de la ansiedad que consume en el anhelo de unirse a Él:

Y el Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!"

Y el que oiga, que diga: "¡Ven!"

*Y el que tenga sed, que venga
y tome gratis el agua de la vida.*⁴⁰

³⁸Pro 30:16.

³⁹Ro 8:26.

⁴⁰Ap 22:17.

*El que da testimonio de estas cosas dice:
“Sí, voy enseguida”.⁴¹*

El verdadero amor supone la *totalidad*. El Esposo y la esposa se buscan y llaman mutuamente. Con ansiedad que es tan impulsiva por parte de ambos como para no poder expresarse de otro modo que con *gemidos inenarrables*.

*1. Importancia y trascendencia
de la expresión “tener sed”
referida al amor de Dios.*

La expresión *tener sed del amor de Dios* es la forma, la más atinada posible, de aludir a la ansiedad que puede consumir el corazón del hombre que realmente ama a Dios y desea la unión con Él. Y así como la sed natural atormenta el cuerpo, del mismo modo la sed que es el anhelo por el amor de Dios atormenta el alma. Pues no se puede amar a Dios sino con el mayor y el más vehemente de todos los deseos, y no tendría sentido alguno amarlo con tibieza: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas...*⁴² *Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo.*⁴³

Esta ansiedad por el amor de Dios, que de por sí es capaz de *atormentar* el corazón del hombre, sin duda alguna que será causada por

⁴¹Ap 22:20.

⁴²Mc 12:30; Mt 22:37; Lc 10:27.

⁴³Lc 14:26.

una situación en la que el alma, al mismo tiempo que experimenta que carece de la posesión de Dios, desea con todas sus fuerzas la unión con Él. El que tal ausencia de Dios sea real, o que se trate más bien de meros sentimientos que causan sufrimiento al alma, es algo indiferente para el alma enamorada que se siente separada de Dios.

Pero el anhelo y la sed de Dios, para un alma enamorada que sufre el sentimiento de su *ausencia*, adquiere un doble cariz. Dos aspectos diferentes que unas veces parecen confundirse y otras dan la sensación de separarse claramente; y en este último caso adquieren tonalidades de extrema dureza. Estos dos aspectos de la ausencia de Dios son el de un *Dios escondido o desaparecido* que resulta difícil de hallar, el primero. Y el de un *Dios ausente* que parece haber abandonado al alma, el segundo. Un abandono que, aun en el caso de consistir en mera apariencia, el alma sin embargo lo experimenta como una dura y tremenda realidad.

Tal como hemos dicho, ambos aspectos aparecen a veces como distintos, mientras que otras suelen ir juntos y casi confundirse, como puede verse en una bella estrofa del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido.*

El Cantar de los Cantares, como auténtico y perfecto Poema de amor, se hace eco de los dos aspectos. Por ejemplo en cuanto al primero, o el de búsqueda serena y esperanzada. La esposa pregunta

al Esposo y en su pregunta ya va implícita la idea de un lugar solitario o de intimidad para ambos, tal como sugiere la evocación de la siesta: dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no venga yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.⁴⁴*

Por lo que hace al segundo, más sombrío y agudo, hace referencia a la búsqueda de un Esposo que parece haber huido y al que no se encuentra por ninguna parte. Corresponde a los estados más angustiosos descritos en las *Noches* de los autores místicos:

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.
Me levanté y recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al amado de mi alma.
Busquéle y no le hallé.
Encontráronme los guardias
que hacen la ronda en la ciudad:
¿Habéis visto al amado de mi alma?⁴⁵*

Ambos estados del alma son descritos extensamente por los autores místicos, y especialmente por San Juan de la Cruz.

El segundo de ellos y el más agudo, o el que corresponde a los estados de aparente huida y desaparición de Dios, es tratado

⁴⁴Ca 1:7.

⁴⁵Ca 3: 1-3.

aquí en especial consideración a una época como la actual en la que la Cristiandad parece haber abandonado definitivamente a Dios —situación de Apostasía General en la Iglesia—. En circunstancias tan graves como ésta, en la que se ha producido un *real* apartamiento de Dios por parte de los cristianos, son muchas las almas cuya confusión y cuyos sentimientos de sentirse abandonadas van más allá de las meras sensaciones del alma. ¿Existe realmente, en lo que sería una lógica correspondencia, un *real* abandono de Dios con respecto a los hombres? Una respuesta adecuada habrá de tener en cuenta que la relación amorosa, por razón de la necesaria reciprocidad, exige de cualquiera de las partes una respuesta de la misma índole a la proporcionada por la otra.

Aquí habría que distinguir la situación de la *Iglesia oficial*, representada por la mayoría de la Jerarquía, los Organismos de gobierno, Instituciones y Asociaciones y, en general, por lo que podríamos llamar *Iglesia visible*, que es la única que cuenta para el Mundo. En este sentido, puede decirse con firmeza que el apartamiento de Dios con respecto a tal Iglesia, que ahora es —según Ella misma pretende— la *Nueva Iglesia*, surgida en los tiempos del postconcilio y convertida al Modernismo, *es absolutamente real*. Su Magisterio —en la medida en que se pueda llamar así—, su Liturgia, su Pastoral y toda su política con respecto al Mundo, no tienen nada que ver con las enseñanzas de Jesucristo.

En cuanto al estado de ausencia total de Dios referente a las almas consideradas como personas individuales, experimentada como mero sentimiento, por otra parte necesario para la purificación del ama pero que en realidad es pura apariencia, ya es estudiado ampliamente por los místicos y por los tratados de Espiritualidad.

No tendría nada de particular, sin embargo, que en una época de tan grave crisis y de persecución como es la presente, las pruebas a

las que han de verse sometidos los verdaderos discípulos de Jesucristo —las externas, pero sobre todo las internas—, adquieren particular dureza y relevancia. De ser así, habría llegado el momento de decir que toda la intensidad y la fuerza de las *Noches* sanjuanistas habrían alcanzado un punto álgido que les otorgaría matices peculiares.

En cuanto a aquello en lo que consiste la peculiaridad de estos matices, sería cosa bastante difícil de definir. Parece la solución más adecuada la de una *diferencia de intensidad* en el sentimiento de la ausencia de Dios. Pero, dado que los caminos del amor son tan misteriosos como el mismo amor, y dado también que el término final de tan sublime realidad es el infinito, hablar aquí de gradaciones de intensidad sería lanzar volutas al viento. No queda sino admitir la realidad del misterio, refrendada en todo caso por las especiales exigencias de la Justicia divina, aplicadas en esta ocasión también a las almas inocentes según las derivaciones del misterio del Cuerpo Místico, que se concretan en la necesidad de sufrir y pagar satisfacción de unos incluso por los pecados de los otros.

La poesía mística contemporánea trata de evocar las asperidades y crudezas de las *Noches* sanjuanistas:

*De noche se marchó el Amado mío,
como se oculta el sol tras el collado,
cual se pierde en el mar el ancho río
y en los espesos bosques el venado.*

*De noche se marchó hacia la montaña,
de noche se perdió por el sendero,
de noche me dejó por tierra extraña,
de noche me quedé sin compañero.*

Debe tenerse en cuenta que la situación socio-religiosa del momento actual es muy distinta de la que vivieron los místicos espa-

ños del Siglo de Oro. Aunque parezca un detalle accidental, un cristiano actual que sufra sinceramente la crisis de la Iglesia, se encuentra sin el entorno de una Iglesia visible cuya fe profunda le hubiera servido de valioso salvavidas de auxilio. La Iglesia actual, aunque siempre permanente según la promesa de su Fundador, ha quedado reducida sin embargo al mínimo, y ha visto difuminarse su estructura visible hasta el punto de que algunos la consideran como la nueva Iglesia de las catacumbas. El cristiano de los tiempos presentes se encuentra *en soledad*, y vive una *Noche* tan intensa como no pudo haber imaginado otro de los tiempos del Siglo de Oro. Seguramente que la diferencia en el grado de intensidad no es capaz de cambiar la cualidad de los sentimientos experimentados por el alma, pero es evidente que los dota de una tonalidad y características como para poder considerarlos en cierto modo nuevos.

*2. De los “gemidos inenarrables”
provenientes del Espíritu.*

Si los sentimientos humanos son difíciles de expresar, los que provienen del Corazón de Dios a través del Espíritu, son imposibles de describir. La Biblia habla de *gemidos inenarrables*, empleando la forma más adecuada del lenguaje humano para referirse a una realidad que no tiene nombre.

Los sentimientos humanos de dolor profundo pueden ser comunicados a otros en lo que respecta a su existencia y modalidad, pero no en lo que se refiere a su intensidad y sentido. Pero los sentimientos de Dios son infinitamente más profundos que los de la criatura, y por lo que hace a los *gemidos* exhalados por el Espíritu provienen

del Corazón humano de Jesucristo, cuyo Espíritu (su alma humana, sustancialmente unida al Espíritu), no fue entregado al Padre hasta el momento de su último suspiro de vida en la Cruz (Lc 23:46). Evidentemente no se puede hablar de un Dios indiferente ante los sufrimientos de su Iglesia como Cuerpo o de las almas como individuos, de tal manera que el *silencio* de Dios, más acentuado sin duda en los momentos de crisis, es en realidad un *clamor infinito*—gemidos inenarrables, en lenguaje humano—, exhalados ante el abismo de dolor y de miseria existente en el Mundo y que ha sido causado por el pecado. Por más que la misma infinitud del clamor lo haga incapaz de ser escuchado por la criatura.

Y algo parecido puede decirse ante la distancia infinita que media, tanto en intensidad como en modo, entre el Amor que Dios ofrece a su criatura y la respuesta otorgada por ésta. A lo que habría que añadir la pequeñez ontológica de la criatura, amén de sus carencias y defectos proporcionados por la concupiscencia; todo lo cual la inhabilitaría por completo a hacerse cargo del ofrecimiento recibido de no ser por la gracia. La cual, pese a todo, tampoco puede eliminar la infinita menudencia de la criatura comparada con la grandeza de su Creador.

Así se explica que el Espíritu haya de interceder por nosotros, no de cualquier manera, sino con gemidos inenarrables (Ro 8:26). Ante la mayor necesidad, mayor auxilio; y ante la infinita necesidad, infinito auxilio. Y así como el llanto es el último recurso que le queda al ser humano ante las más terribles situaciones, un Dios *enamorado infinitamente* de su criatura no puede hacer menos que interceder por ella con *gemidos clamorosos*. Que, tal como hemos dicho más arriba, cuando proceden del Corazón de Dios, es cuando merecen con toda propiedad el calificativo de *inenarrables*: imposibles de ser

expresados por el lenguaje de los hombres tanto como imposibles de ser captados por su entendimiento.

Al contrario de lo que suele creerse, es más propio de la naturaleza del llanto consistir en una deflagración espontánea de los sentimientos del amor y de la alegría, más bien que de los pertenecientes al dolor.

*Presencia del Espíritu en el alma
y dificultades del concepto del amor*

El amor creado o participado es el resultado de la presencia del Espíritu en el alma. O es esa misma presencia en cuanto que por ella el Espíritu infunde el amor, que es el primero de sus frutos: *Fructus autem Spiritus est caritas...*⁴⁶ Y en otro lugar dice también el Apóstol: *El Amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado.*⁴⁷

Pero el Espíritu es extrema *sutileza* en grado infinito, como corresponde a la misma infinitud de esta Divina Persona. De lo cual se deriva una de las muchas dificultades que impiden entender o explicar la realidad del amor. Y por eso decía Jesucristo que el Espíritu *sopla* donde quiere, en alusión a lo que sucede en el seno de la Trinidad con la procesión del Espíritu Santo. El cual procede a la vez del Padre y del Hijo por una mutua y recíproca *spiratio* (lo que de alguna manera podría traducirse como exhalación, espiración, o suspiro) de amor entre ambos. De ahí que la procesión del Espíritu

⁴⁶Ga 5:22.

⁴⁷Ro 5:5.

Santo (espiración o suspiro mutuo de amor) sea inmensamente más difícil de imaginar que la del Hijo (el cual procede del Padre por vía de generación intelectual). Las ideas de espíritu, de exhalación, de suspiro, de viento (con su facultad de soplar), vienen todas a evocar, aunque de muy insuficiente manera, una idea de sutileza o de vaporosa delicadeza las profundidades de cuya naturaleza el espíritu humano no logra alcanzar, y en donde todo lo más que puede hacer es *intuir*.

Por eso el alma es capaz de escuchar la suave y delicada voz del Espíritu, aunque no sabe *ni de dónde viene ni adónde va*. Que es a lo que también intenta referirse la poesía mística:

*Es la voz del Esposo
como la huidiza estela de una nave,
como aire rumoroso,
como susurro suave,
como el vuelo nocturno de algún ave.*

A diferencia de lo que suele pensarse, el amor existente en el alma humana *no es un mero sentimiento*, como si fuera una actividad psicológica más del espíritu del hombre. Sino que es una auténtica realidad ontológica, puesto que consiste en la *presencia* del Espíritu Santo en al alma. Lo que significa una verdadera *permanencia* o asentamiento real del Espíritu en el hombre: *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?*⁴⁸ Tal presencia real del Espíritu en el ser creado adquiere mayor o menor grado de intensidad según la medida de gracia otorgada a cada uno: *A cada uno de nosotros nos ha sido otorgada la gracia según la medida en que Cristo la ha concedido.*⁴⁹ Y puesto que el Espíritu es el

⁴⁸1 Cor 3:16.

⁴⁹Ef 4:7.

mismo Amor, su mera presencia en el alma se convierte en amor: *El Amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*. Se da lugar así a un verdadero trino: Espíritu–Presencia–Amor, en el que las tres realidades vienen a confluír al fin en una sola. Por lo cual es imposible la existencia en la criatura del verdadero *amor creado* sin la verdadera presencia en ella del *Amor increado*.

Así se explica que la consideración del amor como mero sentimiento haya mantenido al espíritu humano, incluso durante muchos siglos y sin excluir al Cristianismo, sin llegar a profundizar en la verdadera naturaleza del amor.

*El Espíritu y su especial oficio de Maestro
dentro de la Iglesia*

Sería una tarea ímproba, por no decir imposible, la de explicar el papel desempeñado por el Espíritu como Maestro del alma. Ya de entrada nos encontramos con la primera dificultad, puesto que, según afirmación del mismo Jesucristo, para el cristiano existe un solo Maestro: *Ni busquéis ser llamados “Rabbi”, pues uno es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos...*⁵⁰ *Ni os dejéis llamar maestros, pues uno es vuestro Maestro, Cristo.*⁵¹

Sin embargo, el Espíritu es el verdadero Maestro del alma, aunque no realizando una función que sería algo así como de segundo

⁵⁰Mt 23:8.

⁵¹Mt 23:10.

orden. El problema surge, como siempre sucede en todo lo relativo al Espíritu Santo, cuando se trata de encontrar denominaciones apropiadas que reflejen con exactitud la delicada peculiaridad de su oficio. En definitiva tan difícil de explicar como la cuestión de su procedencia (*procesión*) conjunta del Padre y del Hijo.

Evidentemente el verdadero Maestro es Jesucristo, según su propia confesión. Pero tanto sus enseñanzas, como su Persona misma, *no llegan hasta nosotros sino a través del Espíritu*. Y es en este sentido como podríamos hablar de un ministerio magisterial o de enseñanza del Espíritu que no es de orden inferior al de Jesucristo, sino que es sencillamente *diferente*.

El cual magisterio consiste esencialmente en la evocación de la Persona de Jesucristo. Tarea que lleva consigo la de actualizar ante el alma el recuerdo y la comprensión de sus Palabras.

El fundamento de este oficio del Espíritu se encuentra en las mismas Palabras de Jesucristo: *Cuando venga Aquél que es el Espíritu de la Verdad, Él os conducirá hacia la verdad completa,*⁵² *Cuando venga el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y todo lo que yo os he dicho.*⁵³

La Iglesia llama con razón al Espíritu *Consolator Optimus*. Denominación que no puede ser más adecuada, puesto que precisamente lleva a cabo su función como consolador del alma llevando hasta ella la Persona y las enseñanzas de Jesucristo. Para un verdadero cristiano, Jesucristo es mucho más que un objeto de devoción y un Señor ante el que rendir cuentas. Ya que Jesucristo es para él *su vida* (Jn 14:6; Col 3:4), que es lo mismo que decir Alguien sin el cual ya no puede vivir, puesto que además ha perdido la suya propia para vivir solamente la de su Maestro (Ga 2:20). Así las cosas, ¿cómo

⁵²Jn 16:13.

⁵³Jn 14:26.

no se va a llamar Consolador a Aquél que hace posible que el alma conozca, ame y se identifique con Jesucristo?

Tan fundamentales son su función y su oficio de *Consolador* como que, sin Él, el cristiano no recordaría nunca las Palabras de Jesucristo ni tampoco lograría entenderlas, y ni siquiera llegaría a conocerlo como Persona. Bien puede decirse que, sin su auxilio, *Jesucristo no existiría para el cristiano*. Y aun si lo conociera, jamás podría allegarse hasta Él: *Nadie puede decir "Señor Jesús" sino en el Espíritu Santo*.⁵⁴

Y puesto que, según las Palabras de Jesucristo, la Verdad y la Vida se identifican con Él (Jn 14:6), el Espíritu de la Verdad, como Aquél que es quien conduce a los discípulos hasta la Persona de Jesucristo, es por lo tanto también quien les abre el camino de la Vida: *"Ríos de agua viva fluirán de sus entrañas."* *Esto lo dijo del Espíritu, el cual habrían de recibir los que creyeran en Él*.⁵⁵

De ahí que el Espíritu sea un Maestro sin cuya certera y continuada enseñanza la existencia cristiana no puede discurrir por parte alguna.

Y dígase lo mismo en concreto de la Pastoral, la cual, una vez apartada de sus enseñanzas, se convierte en la más anodina de las realidades, cuando no en fardo inútil que de todos modos causa la perdición de las almas. Hablando del ministerio de la difusión de la Palabra, por ejemplo, decía San Pablo que él predicaba, *no con palabras de humana sabiduría, sino con palabras aprendidas del Espíritu*.⁵⁶

Con la invasión del Modernismo dentro de la Iglesia se ha perdido la fe en el Espíritu. Con lo que se ha dado la espalda al Espíritu de

⁵⁴1 Cor 12:3.

⁵⁵Jn 7: 38-39.

⁵⁶1 Cor 2:13.

la Verdad y se ha abierto la puerta al espíritu del error. La Iglesia está viviendo una etapa desde hace más de cincuenta años en la que ya no se predica en ella el Evangelio.

Pero dada la importancia de la predicación para la vida de la Iglesia, predicar *con palabras aprendidas del Espíritu* es cuestión de absoluta necesidad. Sin embargo, en la *Nueva Iglesia* postconciliar se ha perdido por completo de vista la transcendencia del problema, lo que ha desembocado en que los ministros responsables del Rebaño se hayan lanzado a difundir la Palabra extrayendo de su propio acervo, hablando por sí mismos y de sí mismos y olvidando la sentencia de condenación pronunciada por Jesucristo: *El que habla de sí mismo busca su propia gloria. Pero el que busca la gloria de Aquél que lo ha enviado, éste es veraz y no hay injusticia en él.*⁵⁷

Los Apóstoles y sus sucesores fueron enviados a evangelizar la Palabra según lo que les había sido dado y enseñado, y no otra cosa diferente: *Id e instruid a todas las gentes...enseñándolas a guardar todo lo que os he mandado.*⁵⁸ Y ni siquiera el Espíritu hablará por Sí mismo, sino solamente *de lo que oyere*, como afirma expresamente un importante texto: *Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que va a venir.*⁵⁹

De ahí la necesidad que existe para el Pastor de las ovejas de *aprender las palabras del Espíritu*, para lo cual es necesario escucharlas. Lo cual es cosa que sólo se puede hacer a través de la oración, pues solamente en el silencio y en la soledad es donde habla el Espíritu. Pero en la *Nueva Iglesia* se ha perdido el sentido del silencio y de la soledad. Y con ellos el valor de la oración, hasta el punto de

⁵⁷Jn 7:18.

⁵⁸Mt 28: 19–20.

⁵⁹Jn 16:13.

que esta Iglesia ha decidido suprimir oficialmente la vida consagrada y contemplativa, por más que lo haga bajo el falso marchamo de mejorarla. Y sin la oración, se ha hecho imposible aprender de las palabras del Espíritu y, consecuentemente, toda posibilidad de verdadera predicación. Y ya sin la Palabra que las alimente, las ovejas languidecen y mueren en masa faltas de alimento. Así es como han llegado a la Iglesia la *general apostasía* y su total desolación.

El Espíritu como Juez

*Y cuando venga el Paráclito, acusará al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.*⁶⁰

El Espíritu sigue colmando la existencia cristiana de misterios y de paradojas. He aquí que el *Óptimo Consolador*, el *Dulce Huésped del Alma* y el *Dulce Refrigerio*, como lo llama la Liturgia, es también *El Gran Acusador*, según un título que responde a las funciones que le asigna el mismo Jesucristo.

En Dios todo procede con lógica infinita. Aquí no podía ser de otro modo, puesto que el Espíritu es *El Espíritu de la Verdad*. La Verdad acaba siempre por imponerse sobre la mentira *por exigencia de la misma naturaleza de las cosas*. La mentira no es sino una aberrante falsedad disfrazada de verdad, cosa que se ve obligada a hacer puesto que sin las apariencias de la verdad ni siquiera puede

⁶⁰Jn 16: 8-11.

existir; hasta ese punto ha de humillarse y rendir subordinación a la verdad. A su vez, el vicio no es sino otra aberración pero disfrazada de bien, ya que no tiene otro camino para ser aceptado por el ser humano.

Pero como mentiras que son ambos, *carecen de razón alguna para existir*. Si de hecho siguen existiendo, las exigencias de la Justicia harán realidad el momento en el que tal existencia *habrá de someterse a la mera condición de perpetua maldición y de eterna condenación*.

De ahí la necesidad del Juicio. Como epílogo de la existencia terrena de todo hombre y también de todas las sociedades por él creadas y que han existido a lo largo de la Historia. Que la actuación final de *El Gran Acusador* y la aplicación de la Justicia se hagan esperar no quiere decir que no vayan a producirse, y además es cosa que forma parte del Plan Divino en la Historia de la Salvación. Ya decía San Pedro en su Segunda Carta que *habrá unos cielos nuevos y una tierra nueva, los cuales esperamos según su promesa, y en los que habita la justicia*.⁶¹ La demora no es sino otra aplicación de la Misericordia de Dios —siempre unida a su Justicia— a fin de agotar todas las oportunidades: a los elegidos, para mayor aumento de su gloria; a los inicuos, para mayor intensidad de sus tormentos eternos.

Por lo tanto el Espíritu acusará al mundo de pecado porque no creyó en Jesucristo, y será castigado con no volver a verlo jamás. Una sentencia acerca de la cual no se suele reflexionar suficientemente, pues quedar privado de la posesión y del gozo del amor de Jesucristo *por toda la eternidad* es un castigo cuya gravedad ninguna mente creada sería capaz de imaginar. En cuanto al Príncipe de este Mundo su sentencia ya está dictada: desplegará todo su poder durante un

⁶¹2 Pe 3:13.

tiempo que será breve, comparado sobre todo con la eternidad en la que lo más terrible de la Justicia divina caerá sobre Él.

Ahora bien, tal como aseguran las mismas palabras de Jesucristo, tales acusaciones y el Juicio se ejercerán *con respecto al Mundo*, que es quien ha rechazado a Jesucristo: *Si el mundo os odia, sabed que a mí me odió antes que a vosotros.*⁶² Mientras que será diferente la situación de los elegidos y el Juicio con el que Jesucristo los recibirá.

Decía San Juan de la Cruz que *a la caída de la tarde de nuestra vida seremos juzgados del amor*. Lo cual quiere decir, con respecto a los discípulos, que será aquilatado su amor. El que profesaron siempre a Jesucristo, a cuya Persona ansiaron ver y cuya Vida desearon poseer para hacerla suya. Pues el amor no es juzgado, sino solamente sopesado, como corresponde al final de una justa o torneo en la que los dos contendientes —Dios y la criatura— han puesto a prueba su amor:

*Me ha llevado a la sala del festín
y la bandera que ha alzado contra mí
es bandera de amor.*⁶³

Si contra los frutos producidos por el Espíritu en los discípulos que amaron a Jesucristo *no hay ley* (Ga 5:23), mucho menos podrá haber para ellos un Juicio.

El final del viaje de prueba del discípulo de Jesucristo, a través de todos las vicisitudes de las que está sembrado el *Valle de Lágrimas*, no es el momento de encontrarse con un juez, sino con el Amigo —*Ya no os llamo siervos*—⁶⁴ y con el Amado del alma.

⁶²Jn 15:18.

⁶³Ca 2:4.

⁶⁴Jn 15:15.

Tampoco es el momento de la prueba, sino el de dejar definitivamente atrás el sufrimiento, los trabajos, y todas las demás cosas que Dios ha creado para el hombre que, aun siendo buenas y bellas, son incapaces de satisfacer el corazón humano. El cual, hecho al fin y al cabo para el amor y para la infinitud, siempre está dispuesto a renunciar a la parte para quedarse con el Todo.

San Juan de la Cruz expresó bellamente el momento en el que todo queda atrás, como olvidado, ante lo que supone el encuentro con el Esposo:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado,
entre las azucenas olvidado.*⁶⁵

El descanso es lo merecido para quien ha trabajado duramente. Y llegar a una meta por tanto tiempo vislumbrada y ansiada, donde se sabe que se encuentra Aquello por lo que tanto suspiraron los sentimientos que anidan en el alma, es aquietar por fin un corazón que moría por reunirse con Jesús. Así lo decía un discípulo enamorado de Jesucristo al partir para la Patria, al despedirse de un amigo del alma:

*Y aunque anduvimos juntos el sendero,
deja que me adelante, yo el primero,
allí donde se acaba la vereda
y el duro trajinar atrás se queda.*

⁶⁵San Juan de la Cruz, *Noche Oscura del Alma*

PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO¹

En esto se levantó un doctor de la Ley y dijo para tentarle: “Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?” Él contestó: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?” Éste le respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo”. Y le dijo: “Has respondido bien. Haz eso y vivirás”. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “Y, ¿quién es mi prójimo?”

Jesús entonces, tomando la palabra, dijo: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones que, después de despojarle y cubrirle de heridas, se marcharon, dejándolo apenas con vida. Bajaba por aquel camino un sacerdote que, viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, que pasaba por aquel sitio, le vio y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verle se llenó de compasión. Se acercó, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente, tomando dos denarios, se los dio al mesonero y le dijo: “Cuida de él y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta”. ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” El le contestó: “El que tuvo misericordia de él”. Y Jesús le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”.

Si la parábola se examina detenidamente se encontrarán en ella dos ideas centrales que la configuran. Siendo la primera la que se

¹Predicado el 16 de Agosto de 2015.

refiere al ejercicio de la virtud de la misericordia, o de la compasión, como una de las virtudes fundamentales de la vida cristiana. Mientras que la segunda tiene que ver con los diferentes modos de reaccionar los seres humanos ante una situación de necesidad sufrida por el prójimo.

En cuanto a la primera idea, describe la dolorosa situación en la que se encontraba el viajero que había sido asaltado, herido y expoliado por los malhechores.

La segunda narra la diferente situación social de los personajes que pasaron por el camino, cuya reacción fue tan distinta ante la desgracia sufrida por el infeliz robado y maltratado: un sacerdote, un levita y un samaritano. Elementos pertenecientes a la clase dirigente e influyente los dos primeros, pero que se mostraron indiferentes ante una desgracia ajena que tan patente se mostraba ante sus ojos. Y un pobre infeliz el tercero, perteneciente a una clase social despreciada por los principales de los judíos, pero que fue sin embargo el único que prestó su ayuda.

Examinemos ante todo el primero de los dos puntos mencionados: la compasión o misericordia como virtud fundamental de la existencia cristiana. Para lo que habrá que considerar la actitud del bondadoso samaritano, prescindiendo por ahora de la conducta de los otros dos caminantes que se mostraron indiferentes.

Lo primero a tener en cuenta es que el samaritano no presta atención en ese momento, ni a las causas que habían dado lugar a la situación del desgraciado que yacía junto al camino, ni a la conducta o la condición de quienes la provocaron (los ladrones en este caso). Se limitó a concentrar su atención en la urgente necesidad de ser socorrido en la que se encontraba aquel hombre, malherido y sin poder moverse. No se puso a analizar el modo como había sido maltratado y robado, ni el estado de ánimo o las posibles causas que

quizá habrían justificado la conducta de los malhechores: si serían unos desgraciados, o si estarían bajo una situación de extrema necesidad, etc. Sencillamente se aplicó con rapidez, dada la urgencia del momento, a atender al infeliz que sufría: curó sus heridas, echando sobre ellas aceite y vino y, después de haberlas vendado, lo subió a su propia cabalgadura y lo llevó hasta el mesón. Y en un exceso de bondad y misericordia entregó dinero al mesonero para que lo cuidara, asegurándole que pagaría lo que hubiera gastado de más a su regreso.

Y aquí es necesario prestar atención al hecho de que el samaritano no se detiene a examinar las causas que provocaron la situación del que había sido asaltado. Ni a tratar de justificar de algún modo la conducta de quienes lo habían injuriado. Puede suponerse, por supuesto, que tacharía a los autores del desaguisado como lo que eran: pandilla de desalmados forajidos merecedores de un duro castigo. Pero sin ocuparse del tema en ese momento a fin de dedicarse a lo importante.

Lo que tiene extraordinaria importancia ante la grave situación de confusión en la que actualmente se encuentra la Iglesia, inundada de falsos maestros y doctores que la extravían con extrañas doctrinas, con las que pretenden justificar situaciones y conductas claramente contrarias a la Ley Natural y a la Ley divina. Y puesto que son numerosos los fieles que se sienten confusos y desconcertados, de ahí la conveniencia de analizar y de distinguir cuidadosamente cada uno de los dos elementos que componen la situación: el estado de necesidad en el que se encontraba la víctima, de una parte, y las causas que la habían provocado, de otra.

La compasión o misericordia, considerada en sí misma, no atiende a las causas que han provocado el mal —al menos en un primer momento—, sino que sencillamente se apresura a socorrer al nece-

sitado. No tiene por objeto propio analizar o juzgar los orígenes o motivos que han dado lugar a la situación de necesidad, sino que sólo se interesa por la necesidad en cuanto tal.

Las causas que dieron lugar a la situación susceptible de ser objeto de misericordia pueden ser voluntarias y provocadas por el mismo sujeto que la sufre, como en el caso de la mujer adúltera arrojada a los pies de Jesús y que iba a ser lapidada:²

—Maestro —le dijeron— esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés en la Ley nos mandó lapidar a mujeres así; ¿tú qué dices? —se lo decían tentándole, para tener de qué acusarle.

Esta mujer sorprendida en adulterio se encontraba, no obstante, *arrepentida* de su delito; o si no lo estaba en ese momento, es indudable que fue inducida a hacerlo por el mismo Jesucristo, según se desprende de la narración tal como se cuenta en el episodio. Un dato importante que habrá que tener en cuenta.

Dos elementos distintos a considerar en este episodio. Y en primer lugar la condición en la que se encontraba la mujer: aterrorizada ante la inminencia de la muerte, dolorida y asustada por su falta, maltratada y avergonzada ante la muchedumbre de los que la acusaban, y mirando con estupor al desconocido personaje de noble porte que la miraba con compasión y a cuyos pies había sido arrojada despiadadamente. El segundo elemento a tener en cuenta es el pecado de adulterio en el que había sido sorprendida, el cual había dado lugar a la situación en la que se encontraba.

Jesús contempla ante todo el miserable estado que ofrecía a la vista aquella infeliz: maltratada, avergonzada, aterrorizada y a punto de ser condenada a muerte. Por supuesto que no dejaría de tener en cuenta la causa que la había conducido a tal situación, siendo

²El episodio se encuentra en Jn 8: 1–11.

bien consciente de que se hallaba ante una mujer adúltera. Aunque no se pone a considerar en un primer momento el pecado a fin de hacerlo objeto directo de su atención, sino que contempla ante todo la desgracia de la mujer y la *necesidad de arrepentimiento* en la que se encontraba. Menos aún se pone a justificar el adulterio, o a tratar de ofrecer atenuantes que indujeran a los presentes a la misericordia.

Existen aquí, por lo tanto, dos elementos diferentes: Jesús se *compadece* ante todo de la situación de la pecadora, para a continuación *perdonar y erradicar de ella el pecado*. Donde conviene observar que si perdona es porque reconoce previamente y condena el pecado, puesto que de otro modo nada tendría que perdonar. Por eso la despide terminado ya el episodio y después de salvarla, tanto del pecado como de la muerte, con cariñosas palabras pero que llevan consigo a la vez una seria advertencia: *¡Vete y no peques más!*

Algo semejante se observa en el episodio de la mujer pecadora que ungió los pies de Jesucristo con un frasco de unguento y con sus lágrimas (Lc 7: 36-50).

Ante los pensamientos malévolos del fariseo que lo había invitado a su casa, el cual daba vueltas en su interior considerando que un profeta tendría que conocer la condición de la mujer que lloraba a sus pies, y después de dar una rendida lección a su anfitrión, Jesucristo perdona ampliamente a aquella mujer una vez reconocido su total y patente arrepentimiento: *A esta mujer se le ha perdonado mucho porque ha amado mucho*.

Pero en modo alguno deja Jesucristo de considerar la condición de pecadora pública de aquella mujer. Ni menos aún trata de justificarla o de ofrecer atenuantes que inciten a la compasión o para quitar gravedad a sus actos. Da por hecho que se encuentra enteramente arrepentida, como demuestran los sentimientos de dolor, de vergüenza y de amor que manifestaba la conducta de la mujer. Y da-

do que era grande su arrepentimiento —porque *ha amado mucho*—, por eso también se le perdonó mucho.

Y lo mismo podría decirse del padre bondadoso de la parábola del hijo pródigo, que vuelve a su casa arrepentido después de haber dilapidado su hacienda y llevado una vida de crápula (Lc 15: 11–32). Cuando su padre sale apresurado a su encuentro él se arroja a sus pies:

—*Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.*

Pero el padre lo recibe alborozado y organiza enseguida una gran fiesta para celebrar su regreso. Lo cual no significa que hubiera dejado de considerar la realidad del delito del hijo; aunque la olvida y lo perdona por completo. Con lo que nuevamente nos encontramos con el razonamiento hecho más arriba: porque si el padre otorga su perdón es porque media el reconocimiento de que hubo un pecado que él olvida y perdona *en atención al arrepentimiento de su hijo*, pero que nunca hubiera pensado en tratar de justificar ni disimular el delito. E igualmente, si el hijo volvía a su hogar avergonzado y arrepentido, es porque también él reconocía el pecado cometido.

Sin embargo, las causas que han provocado la situación desgraciada pueden ser involuntarias por parte de la persona necesitada de ayuda y compasión, como en el caso del viajero injuriado de esta parábola. De todas formas, la situación surgida sigue siendo distinta de la causa que la provocó, lo que es un factor a considerar cuando se tiene en cuenta que la compasión o misericordia se ejerce sobre la persona que la necesita en un momento determinado.

Lo que no significa que sea necesario acudir a ningún razonamiento para justificar ni atenuar la injuria que dio lugar a la desgracia. No cabe imaginar que Jesucristo dejara de pensar que la mujer adúltera arrojada violentamente a sus pies era efectivamente

una adúltera, o que creyera que la mujer pecadora que regaba sus pies con sus lágrimas en la comida a la que había sido invitado no era realmente pecadora. Tampoco es posible admitir que estuviera convencido de que el hijo pródigo de la parábola no había pecado gravemente contra el cielo y contra su padre, como el mismo joven reconocía. Pues cuando Dios ejerce el atributo de la misericordia perdonando a un pecador es porque parte del reconocimiento de que hubo efectivamente un pecado; pues de otro modo, ¿de qué iba a perdonar?

Si aplicamos esta doctrina —tal como exige el más elemental sentido común y la lógica de cualquier situación— a los casos que actualmente se debaten en la Iglesia, llegaremos a la conclusión de que los divorciados que han contraído un nuevo matrimonio, e incurrido por lo tanto en adulterio, *se encuentran efectivamente en situación de adulterio*. Y tal como se ha visto en los ejemplos evangélicos que hemos considerado, también aquí sería necesario para ser admitidos a los sacramentos *un estado de efectivo y sincero arrepentimiento*. A no ser que se quiera justificar el adulterio y burlar las enseñanzas de Jesucristo y todos los preceptos de la Ley divina.

Los pretextos aducidos para introducir en la Iglesia formas de procedimiento que supondrían un grave atentado a la Moral tradicional, tales como el que asegura que se trata de la *praxis* pero no de la *doctrina*, de la cual se dice que continuaría intacta, son puras falacias y, en último término, un insulto a la inteligencia de los simples fieles.

Ante todo porque es imposible desligar la *praxis* de la doctrina: *lex orandi, lex credendi*. La *praxis* lleva necesariamente a la doctrina, de tal manera que cambiada la primera queda alterada también la segunda. Los posibles ejemplos a señalar para demostrarlo serían innumerables, aunque pueden bastar los casos de la sagrada comu-

nión administrada en la mano, o la práctica de multiplicar hasta el absurdo el número de *ministros eucarísticos laicos*, que son innovaciones que han acabado por destruir la fe del pueblo cristiano en la presencia real eucarística. Y lo mismo ha ocurrido con la Nueva Misa, que siendo un producto prefabricado en laboratorio y *adaptado a las necesidades del momento*, ha arruinado la práctica de la asistencia dominical al Santo Sacrificio.

Las prácticas de justificar una situación pecaminosa o de tratar al menos de disimularla o atenuarla, y aún lo que sería peor todavía, la de no exigir el arrepentimiento previo, parten de un error y desembocan en un pecado más grave que el de origen. En último término son una injuria y una blasfemia contra Dios, a quien se intentaría hacer cómplice del error o del pecado. Procedimientos que obligan a ser calificados como atropellos *satánicos*.

Por otra parte, al tratar de justificar una situación pecaminosa sin exigir el previo arrepentimiento de los culpables, se les induce a continuar en tal estado de permanencia como si fuera legítimo, poniendo a las almas en peligro de eterna perdición. Sería otra gravísima ofensa cometida contra alguien necesitado de la misericordia divina, la cual de ningún modo le será otorgada sin que preceda el necesario arrepentimiento.

Pero fijemos ahora la atención en la segunda de las dos ideas fundamentales contenidas en la parábola. La cual tiene que ver con los diferentes personajes que pasan por el camino y sus modos distintos de reaccionar ante la desgracia del infortunado que había sido robado y malherido.

Aparecen en la parábola tres tipos distintos de personas, a saber: un sacerdote, un levita y un samaritano. Los dos primeros pertenecían a la clase dirigente e influyente del pueblo judío, aunque los

levitas ejercían una función subordinada a la de los sacerdotes.³ El tercero, en cambio, al que se califica como samaritano, parece haber sido puesto en la parábola intencionadamente como el más infeliz del grupo, puesto que los habitantes de la región de Samaría eran tradicionalmente despreciados por los judíos.

Sería difícil no ver por parte de Jesucristo una disimulada voluntad de situar a estas diferentes clases de personas en orden descendente según categorías, de mayor a menor: un sacerdote, un levita y un samaritano. Pertenecientes las dos primeras a la clase alta de la sociedad judía, en rango de mayor a menor grado, mientras que la tercera es la de un desconocido y habitante de una región despreciada por el resto de los judíos. Enumeración claramente inversa a la que hubiera sido lógica si el modo de reaccionar hubiera sido el correspondiente a la condición de las personas: el sacerdote como el más indicado en primer lugar, seguido del levita, y por último uno del que menos se hubiera esperado (según las estimaciones sociales al menos).

La enumeración expuesta en un orden intencionado es una clara muestra de la poca confianza que en todo momento de la Historia han merecido a Dios las clases dirigentes de la sociedad, tanto en el orden religioso como en el civil (la clase sacerdotal en el pueblo judío abarcaba ambos ámbitos). Los ejemplos abundan en el Evangelio, como puede verse, por ejemplo, en la opinión de Jesucristo respecto a los gobernantes de los pueblos (gobernantes de los pueblos puesto en plural, según aparece en el texto):

Los reyes de las naciones las dominan, y los que tienen potestad sobre ellas son llamados bienhechores [atención al término “son llamados”]. Pero

³No está clara en la Biblia la diferencia de funciones y categorías entre unos y otros, que parece cambiar y hasta confundirse según las épocas. Todos ellos solían pertenecer a la secta de los fariseos.

vosotros no seáis así, sino al contrario...⁴ ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con finos ropajes? Daos cuenta de que los que llevan finos ropajes se encuentran en los palacios de los reyes. Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que un profeta.⁵

En cuanto a la clase dirigente religiosa, son conocidas las constantes diatribas y acusaciones formuladas por Jesucristo contra los doctores, escribas y fariseos formuladas sin cesar a lo largo del Evangelio.

La explicación del fenómeno no es difícil de encontrar si se piensa en la debilidad de la naturaleza humana causada por la concupiscencia, junto al peligro que suponen el Poder y las Riquezas para aquellos que los detentan (Mt 6:24).

Un punto acerca del cual es obligado decir que la situación de la sociedad actual es caótica. Es verdad que los dirigentes de los Pueblos nunca han sido perfectos en el discurrir de la Historia de la Humanidad, sin que el bien común de los ciudadanos que estaban obligados a facilitar haya ocupado nunca el primer lugar entre sus intenciones. Pero nunca como ahora ese interés común había sido tan olvidado para ser sustituido por la búsqueda de los intereses particulares y personales, o los de los propios partidos políticos o los de las oligarquías y otros grupos de opresión. Además de lo cual se baraja un grupo de conceptos comunes que todos utilizan como dogmas, como los de libertad, democracia, justicia social, igualdad de todos ante la Ley, división de poderes, etc., pero que no pasan de

⁴Lc 22: 25–26.

⁵Mt 11: 7–8. Es evidente en el texto la contraposición entre los que llevan *finos ropajes*, los cuales se encuentran en los palacios de los reyes, y el prototipo de un verdadero profeta personificado en la persona del Bautista. El contraste no deja de ser interesante, y no parece incongruente otorgarle un valor extensivo.

ser meras verborreas que nada significan y cuyo verdadero sentido de nadie es conocido.

Los ayes de Jesucristo contenidos en el Evangelio de San Mateo (23: 13–36) dirigidos a los escribas y fariseos, a los que tilda con el apelativo común de *hipócritas*, son una dura recriminación a una clase dirigente que abarcaba a la vez los ámbitos religioso y político. Y resultaría imposible no atribuir a sus palabras un sentido universal y aplicable a las clases gobernantes de todos los tiempos en los diversos ámbitos:

—*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos a los hombres! Porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que lo desean.*

—*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, pero habéis abandonado lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Hay que hacer esto sin abandonar lo otro. ¿Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello!*

—*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro quedan llenos de rapiña y de injusticia!*

—*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, que por fuera aparecen hermosos pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre! Así también vosotros por fuera os mostráis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.*

Aunque todas estas invectivas valen igualmente para cualquiera de los dos ámbitos, el religioso y el socio-político, algunas de ellas, sin embargo, parecen encontrar especial aplicación al sector religioso. Como puede comprobarse, por ejemplo, en la segunda de las especificadas arriba:

—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, pero habéis abandonado lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Hay que hacer esto sin abandonar lo otro. ¿Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello!

La alusión al abandono de lo más esencial de la Ley, a cambio de ocuparse en cuestiones que podríamos llamar de *distracción*, tiene gran importancia. La Teología y la Pastoral progresistas de la Iglesia actual han falseado conceptos clave como el de la *misericordia*, por ejemplo; la cual ahora se pretende que sea ejercida sin consideración alguna hacia la justicia. Y lo mismo sucede con el de *justicia*, que ha sido pasado por alto para ser ejercida sin consideración a las normas que rigen la naturaleza de tan importante virtud. En cuanto a la *fidelidad a la Ley*, en la Iglesia —la Ley canónica y el Magisterio de siempre y la Ley Natural o la Ley divina positiva—, ha quedado bien patente la absoluta indiferencia que la *Nueva Iglesia* muestra ante ellas.

La indiferencia ante las exigencias de la Ley, que incluso llega a convertirse en burla a la Norma Establecida a un nivel superior, es *un lugar común a ambos Poderes, civil y eclesiástico*.

Los Poderes civiles tampoco respetan las Leyes ya establecidas en el Estado. La tan cacareada *división de Poderes* pregonada como un triunfo de la sociedad occidental a partir de la Ilustración, es una mera ficción utilizada a conveniencia de los políticos para alimentar sus verborreas parlamentarias y sus alegatos mitinescos. En cuanto a los Poderes eclesiásticos, la burla a la Ley Divina no ha vacilado en incurrir en la herejía, desde el momento en que se han rechazado las fuentes de la Revelación y se han puesto en duda, o incluso negado, no solamente lo que se refiere a las Doctrinas que fundamentan la Fe del Cristianismo, sino a la Persona misma de su Fundador.

Según Jesucristo, ambas clases dirigentes de los dos diferentes ámbitos sociales —el religioso y el político— practican un mismo tipo de comportamiento: por fuera, ostentación de virtudes y de preocupación por los gobernados, demagogia descarada, palabrería y discursos que logran el milagro de hablar sin decir nada. Todo lo cual no es sino un ejercicio de hipocresía destinado a la consecución de los propios fines, particulares o de grupo, o de intereses ocultos nunca conocidos por las bases de los respectivos ámbitos:

*—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro están llenos de rapiña y de inmundicia!*⁶

*Cuando des limosna no lo vayas pregonando, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, con el fin de que los alaben los hombres.*⁷

Y queda por examinar, por último, la conducta del tercer viandante que pasó por el camino: el samaritano, que fue el único en apiadarse del desgraciado que yacía abandonado y malherido.

El cual, como dijimos antes, no empieza por procurarse un análisis acerca de la actuación de los ladrones, ni por demorar su ayuda en una previa búsqueda de razones que pudieran tal vez justificar la conducta de los malhechores. Sino que se apresura a remediar, como cosa urgente e importante en aquel momento, la grave situación que sufría el viajero que había sido asaltado. Lo que hace generosa y suficientemente echando mano de sus propios medios.

La verdadera misericordia se vuelca sobre la persona que sufre y trata de remediar en lo posible su situación. El samaritano no se preocupó tampoco de procurar la presencia de espectadores que aplaudieran su conducta. Pues la verdadera caridad es discreta y, como decía el Apóstol San Pablo, *no se jacta, no es ambiciosa, no*

⁶Mt 23:25.

⁷Mt 6:2.

*busca lo suyo.*⁸ El padecimiento de tantas gentes que sufren en el mundo, o tal vez por sus seres queridos a los que tal vez no pueden aliviar como quisieran, es un inmenso océano cuya profundidad sólo de Dios es conocida, pero que está formado por una multitud que jamás se ha preocupado de exigir para sí misma reconocimiento alguno.

El samaritano socorrió al viajero que había sido asaltado y herido en la medida de sus posibilidades, aportando ayuda para resolver el problema *de forma práctica y hasta donde podía ser solucionado*. Una vez que hubo curado y vendado las heridas de aquel pobre desvalido, lo subió a su cabalgadura y lo condujo al mesón, poniendo en manos del posadero la suficiente cantidad de dinero para que atendiera al herido en su ausencia, además de la promesa de pagar a su regreso lo que hubiera gastado de más.

Y lo que es más importante de todo, el samaritano no ayudó al desgraciado que yacía junto al camino *empeorando su situación*. Lo que quizá puede parecer una verdad de Perogrullo, pero solamente cuando se olvida que las verdades de Perogrullo y las situaciones carentes de lógica tienen plena actualidad en la sociedad moderna. Sobre todo en el caso de la Iglesia, donde la teología progresista modernista está haciendo estragos.

Por lo que hace al debate que en el presente otoño del año 2015 alcanzará su punto culminante, se va a convertir en tema de discusión lo que nunca podría haber sido discutido según la Ley divina: la administración de la Sagrada Eucaristía a los divorciados vueltos a casar (lo que significa una situación de adulterio) sin previa necesidad de arrepentimiento ni de ningún intento por abandonar la situación pecaminosa. Para lo que se aduce como justificación la necesidad de ejercitar la *misericordia* sobre estos desafortunados que,

⁸1 Cor 13:5.

después de todo, no han perdido la fe ni desean sentirse excluidos de la plena comunión eclesial. Pero olvidando al mismo tiempo que con tal medida se *legaliza* —o se finge legalizar— su situación y se da lugar a lo que puede desembocar en un final de eterna condenación.

Tales pretensiones de la *Nueva Iglesia* que de este modo deja de tener en cuenta su obligada dependencia de la Ley evangélica, suponen el olvido de que la misericordia y la justicia en Dios *son la misma cosa*. Pretender que Dios sea misericordioso sin ser justo es una blasfemia y un dislate teológico.

La conclusión de todo lo cual es obvia: la Iglesia progresista, al admitir a los adúlteros a la plena comunión eclesial y recepción de los sacramentos, los coloca *en una situación peor de aquella en la que se encontraban*. Con lo que se cumplen al pie de la letra, con respecto a los responsables del caso, las terribles palabras de Jesucristo;

*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que vais dando vueltas por mar y tierra para hacer un solo prosélito y, en cuanto lo conseguís, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros!*⁹

⁹Mt 23:13.

LA ORACIÓN DE PETICIÓN Y EL AMOR A JESUCRISTO¹

En ese día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: si le pedís al Padre algo en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.

Os he dicho todo esto en comparaciones. Llega la hora en que ya no hablaré con comparaciones, sino que claramente os anunciaré las cosas acerca del Padre. Ese día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, ya que el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y voy al Padre.

Le dicen sus discípulos:

—Ahora sí que hablas con claridad y no usas ninguna comparación; ahora vemos que lo sabes todo, y no necesitas que nadie te pregunte; por eso creemos que has salido de Dios.

(Jn 16: 23–30)

Domingo V de Pascua, en el que la Iglesia propone a nuestra consideración un fragmento del Evangelio de San Juan que contiene parte del discurso de despedida de Jesús, pronunciado en la noche de la Última Cena y dirigido a sus Apóstoles.

¹Predicado el 10 de Mayo de 2015.

Son momentos emocionantes de despedida en los que el Corazón del Señor se vuelca sobre sus discípulos. Lo que hace con palabras rebosantes de cariño y llenas de generosidad, acompañadas de promesas que nunca hubieran podido ser imaginadas por los discípulos..., ni por nadie en realidad. A la solemnidad del momento, ocurrido pocas horas antes de la separación, se une la profundidad de unas palabras que expresan la increíble grandeza de un Corazón que, habiendo amado a los suyos *hasta el fin*,² se les entrega por completo y, actuando en divina lógica, les *promete todo*:

En verdad os digo que si le pedís al Padre algo en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.

Y más todavía:

Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, ya que el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios.

Y así es como les hace una promesa tan sublime que hasta parece increíble: pedid en mi nombre *lo que queráis* y se os concederá, *para que vuestra alegría sea completa*. Palabras consoladoras que superan cualquier expectativa o cualquier esperanza producto de una imaginación humana.

Pero al mismo tiempo, por una de esas extrañas paradojas que parecen suscitarse en la vida cristiana —pero que cuando bien se examinan siempre aparece la lógica que encierran—, tales palabras casi siempre producen en el alma de cualquier cristiano una actitud de cierto *escepticismo*. Tal vez se trata de un sentimiento que en el fondo responde a una cierta inconsciencia pero que sin embargo ahí

²Jn 13:1.

está, como un posible brote de la debilidad que ha conducido a la naturaleza humana a mostrarse más o menos reacia a las enseñanzas evangélicas.

Sea de ello lo que fuere, deberíamos atrevernos a plantear con sinceridad la siguiente pregunta: ¿Realmente un cristiano cree con firmeza que todo lo que pida al Padre en nombre de Jesucristo, o que cualquier cosa que espere del mismo Jesucristo apelando a su amor le será infaliblemente concedida...? Y cualquiera que se exprese con franqueza podría responder a esa pregunta seguramente en forma negativa. Porque una cosa es la creencia en las palabras del Evangelio, aunque acompañadas de una inconsciente abstracción de la realidad, y otra distinta es *sentir la seguridad* de que se verán aplicadas al caso concreto de la vida de cada uno.

Y sin embargo tales palabras son verdaderas. No solamente porque son palabras de Jesucristo, sino porque así lo exige la misma naturaleza de las cosas, o si se quiere decir de otro modo, *porque las cosas son así*, lo mismo que dos y dos son cuatro y la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Lo que requiere una explicación convenientemente precedida de una advertencia previa.

Tengamos en cuenta, en primer lugar, que el número de cristianos que se toma en serio el amor a Jesucristo es reducido. Y dado que las promesas del Sermón de la Última Cena se fundamentan en la relación amorosa entre Jesucristo y quienes le siguen, se impone la conclusión de que su efectivo cumplimiento *depende exclusivamente de la realidad de esa relación de amor*. Bien entendido también que ha de tratarse de una relación entre dos personas que verdaderamente se aman y no de un mero afecto o devoción superficial: *sentirse enamorado* significa mucho más de lo que comúnmente se entiende por amar. De ahí que pocas veces tales promesas acaben viéndose realizadas.

También debemos considerar, en segundo lugar, que una mayoría de cristianos, no solamente no han concedido prestancia alguna a sus relaciones con Jesucristo, sino que ni siquiera han sentido jamás hacia su Persona otra cosa que la más absoluta indiferencia.

No es posible saber si estamos ya ante los Últimos Tiempos. Pero es cierto que la *Apostasía General*, anunciada por las Profecías, parece haberse hecho realidad en toda la Iglesia. La paganización de la sociedad, la difusión de criterios contrarios a las Leyes divinas abarcando todos los ámbitos de la vida social, el rechazo generalizado de todos los valores cristianos, la persecución —cruenta en Asia y África, incruenta en Occidente— a quienes profesan la fe, etc., son hechos normales en las sociedades actuales. La Persona de Jesucristo, su doctrina y enseñanzas, sus sufrimientos redentores y su muerte, con todo lo que eso supone para la existencia cristiana, apenas si significan algo para la moderna Iglesia incluida su Jerarquía.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que *los acontecimientos respondan a la lógica*. Pues las promesas de Jesucristo no son palabras dirigidas al viento ni meras promesas pronunciadas al calor de un discurso, sino realidades que no pueden dejar de cumplirse: *Mis palabras son espíritu y son vida...*³ *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*⁴ Pero requieren para su realización la condición de ser recibidas y aceptadas por los hombres, mediante el cumplimiento de las condiciones para que puedan cumplirse *según las exigencias de su propia naturaleza*. Pues es bien sabido que tales promesas se fundamentan en la relación amorosa, la cual no puede existir, por imperativa necesidad de su propia esencia, sin la entera

³Jn 6:63.

⁴Mc 13:31.

voluntad y el consentimiento de cada una de las dos partes que la integran.

Para comprenderlo hay que partir de la base según la cual el amor es el núcleo y el punto fundamental de la existencia cristiana.

Establecido esto ya se puede pasar a tratar de entender la difícil y compleja realidad del amor, que a su vez no puede ser explicada sin analizar el dinamismo de la relación amorosa. A lo que hay que añadir que el amor humano y el divino–humano, si bien son equiparables en esencia, se diferencian sin embargo en cuanto que el segundo pertenece al orden sobrenatural, aun admitiendo que el puramente humano también puede desenvolverse en ese ámbito, si bien no con el carácter ni con el grado de elevación que es capaz de alcanzar el divino–humano.

En una auténtica relación amorosa cada uno de los que se aman entrega al otro *todo su ser*. Y aquí se habla del verdadero amor, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, por lo que ha de darse por sentado que la expresión implica necesariamente el concepto de *totalidad* en todos sus aspectos. O dicho de otra forma, ha de ser entendida en el mismo sentido en que Jesucristo definía el primer mandamiento: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*.⁵

La verdadera relación amorosa, y más aún en el orden sobrenatural del amor divino–humano que es el que principalmente se contempla aquí, supone un intercambio de vidas en el que todo lo que pertenece a cada uno de los que se aman pasa a ser propiedad y posesión del otro. Los clásicos paganos, con Platón a la cabeza, volcaron todo su saber en cuanto al concepto del amor, aunque sin acertar con su secreto principal y su verdadera esencia. Ni hubieran

⁵Mc 12:30.

podido conseguirlo, puesto que no conocieron el concepto cristiano contenido en la Revelación según el cual el amor es Dios (1 Jn 4:16). Y con todo, ya la Revelación del Viejo Testamento sabía de esa mutua y recíproca posesión de *todo el ser* de cada uno de los amantes en el caso del Esposo y la esposa, que es lo mismo que decir en el caso de Dios y el alma. Como se desprende claramente de las palabras de la esposa contenidas en *El Cantar de los Cantares*:

*Yo soy para mi amado y mi amado es para mí,
el que se recrea entre azucenas.*⁶

*Yo soy para mi amado
y a mí tienden todos sus anhelos.*⁷

En el Nuevo Testamento, plenitud de la Revelación y cumplimiento de todas las Promesas, la idea es mucho más clara y su contenido mucho más profundo: *El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él.*⁸

Dado que en el amor divino–humano la relación de amor es siempre mutua y recíproca, se sigue de ella que el alma enamorada de Jesucristo vive necesariamente una situación en la que Jesucristo está igualmente enamorado del alma.

Teniendo en cuenta, sin embargo, que el amor meramente humano no siempre cumple los requisitos de *plena equiparación al concepto del verdadero amor*, por lo que tampoco los sentimientos y las palabras con los que se expresa responden siempre a una situación de plena correspondencia con la realidad. Y de ahí que no se pueda

⁶Ca 6:3.

⁷Ca 7:11.

⁸Jn 6:56.

decir que el concepto de *totalidad*, tan esencial en el verdadero amor, logre alcanzar en el amor humano su completa realización.

Cosa que no sucede así en el amor divino–humano. El cual, cuando afirma que Jesucristo está enamorado del alma —*enamorado*, es más perfecto que el mero sentimiento de amar—, quiere decir justamente que *Jesucristo está enamorado de ese ser humano cuya es el alma*. O cuando habla de una mutua y recíproca entrega de vidas entre Jesucristo y el hombre está afirmando, ni más ni menos, que *realmente cada uno está viviendo la vida del otro*. Donde las palabras significan exactamente lo que dicen y dicen exactamente lo que significan.

Esta mutua entrega realizada entre Jesucristo y el ser humano, con la recíproca y correspondiente fusión de vidas —que en ningún caso significa confusión en una y misma vida—, está bellamente expresada en los versos de San Juan de la Cruz:

*¡Oh Noche que quiaste!,
¡oh Noche amable más que el alborada!,
¡oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*⁹

Y lo mismo viene a decir, a su modo, la poesía popular, esta vez en la voz del Esposo:

*Yo tu vida viviera
si tú me la entregaras por entero,
y la mía te diera
si, en trueque verdadero,
quisieras cambiarlas, cual yo quiero.*

⁹*Noche Oscura del Alma.*

En este clima de verdadero amor, los sentimientos y la voluntad de cada uno de los que se aman —Dios y el hombre— se encuentran identificados. No es imaginable que el alma enamorada pueda desear algo disconforme con la voluntad de su Amado. El alma sólo quiere y únicamente aspira a lo que quiere y desea su Amado. Y ni siquiera sería suficiente decir que ambas voluntades están identificadas, puesto que al menos *en cierto modo* son la misma voluntad. Siquiera en el sentido de que solamente aspiran y solamente desean las mismas cosas.

En este contexto, ¿qué puede negar el alma a Jesucristo del cual se siente enamorada? ¿Y qué puede negar Jesucristo, rendidamente enamorado a su vez, al alma que le suplica? Pues es aquí, como en ninguna otra parte, donde se hace verdad lo de que *todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*. E igualmente se cumple la situación que San Pablo describía hablando de sí mismo: *Vivo yo, pero ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo el que vive en mí*.¹⁰

Aquí se entiende que las dos voluntades —la de Jesucristo y la del hombre— *andan a la par*, que es lo que sucede necesariamente cuando las dos vidas también *andan a la par*. En cuyo caso ambas voluntades tienen que coincidir, puesto que habiéndose entregado cada una de ellas en posesión a la otra, vienen a confluir, aun siendo distintas, en una misma voluntad. Al contrario de lo que ocurre cuando las vidas de dos personas que pretenden amarse son extrañas una a otra, lo que conduce a la consecuencia de encontrarse dos voluntades como ajenas y diferentes. Que por algo decía el Apóstol Santiago que *No tenéis porque no pedís. Pedís y no obtenéis, porque pedís mal, para derrochar en vuestros placeres*.¹¹ Una sentencia que pocas veces suele ser recordada por los cristianos.

¹⁰Ga 2:20.

¹¹San 4: 2-3.

Los cuales tampoco acostumbran a tener en cuenta que Jesucristo amó a los suyos *hasta el fin*.¹² Expresión que puede entenderse, o bien como hasta el momento último de su vida terrena, o bien como habiendo alcanzado el último grado de capacidad de su voluntad humana. Sin embargo estos dos sentidos tampoco excluyen otras posibles interpretaciones más profundas y también seguramente más elevadas, pero que escapan normalmente al entendimiento humano.

Para entender bien todo lo cual, conviene recordar igualmente que Jesucristo, siendo verdadero Dios, es también *verdadero Hombre*. Verdad de fe, en lo que se refiere a este último término, que es más fácil de olvidar, y aún más difícil de creer que la referente a su divinidad, por mucho que esto pueda sonar a extraño. Para comprenderlo bastaría con que cada cual se examinara a sí mismo: ¿acaso cuando alguien se dirige a Jesucristo deja de tener en mente que se dirige a Dios, mientras que nunca o casi nunca es consciente de que *está hablando también con un Hombre*? No con un hombre semejante o parecido a los demás hombres, sino con uno que es exactamente *igual que ellos y precisamente uno de ellos*. Poseyendo un alma y un cuerpo humanos, con sentimientos y pensamientos humanos, con reacciones específicamente humanas, siendo perfectamente capaz de comprender a sus hermanos los hombres y de sentirse uno de ellos (y no *como uno de ellos*). Y así llegamos a la dificultad que se suele experimentar para creer una verdad elemental de la Fe cristiana pero que solamente los santos han llegado a comprender: que Jesucristo es capaz de sentirse *realmente enamorado* de un ser humano en particular.

Por eso la oración suele ser entendida solamente como oración de *petición*, por más que esta clase de oración sea útil y hasta necesaria, como el mismo Jesucristo enseñó en el *Padre Nuestro*. En cambio

¹²Jn 13:1.

no suele emplearse como instrumento de *conversación amorosa* y de intimidad con Jesucristo. Con lo que el cristiano queda privado de lo que tendría que haber sido el alma de su existencia y el motivo fundamental que diera sentido a su vida, cual es la intimidad que proporciona la amistad amorosa con Jesucristo. La cual le habría otorgado, ya en esta vida, el adelanto o las primicias de la Perfecta Alegría que disfrutará en la Patria.

Por otra parte, las nuevas corrientes ideológicas que, sobre todo desde la Ilustración, han logrado adquirir carta de naturaleza en el pensamiento cristiano, oscurecieron la idea de la santidad tal como estuvo siempre arraigada en la mente de los fieles.

Los héroes hijos de la Iglesia llamados santos, en un principio considerados entre el pueblo cristiano principalmente como intercesores, pero a quienes se atribuía también el segundo papel de modelos a los que imitar, fueron perdiendo paulatinamente este último para verse reducidos a la mera función de intercesión. Y con la irrupción de la herejía Modernista en la Iglesia, a partir del Concilio Vaticano II, la devoción a los santos desapareció entre la mayoría de los fieles debido en gran parte al ambiente creado por las nuevas canonizaciones, las cuales nunca lograron disipar entre los fieles un cierto espíritu de escepticismo por lo demás explicable.

El resultado fue nefasto para todas las corrientes de devoción a la Humanidad de Jesucristo, mientras que las ideas de amistad íntima y de amor a su Persona prácticamente desaparecieron. Considerando tiempos relativamente modernos, el caudaloso río de espiritualidad que, partiendo de los grandes maestros medievales como San Buenaventura y San Bernardo, alcanzó su cumbre en los clásicos del siglo de Oro Santa Teresa y San Juan de la Cruz, pasando después por la *Devotio Moderna* de Tomás de Kempis, acabó convertido en un débil riachuelo destinado a perderse en el mar desolado de la

Iglesia actual. De ahí que no sería impropio preguntarse acerca de cuántos cristianos en la actualidad confían aún en la oración amorosa y de intimidad con Jesucristo.

Dios se hizo hombre en Jesucristo por dos razones, de las que la primera es la de dar la vida por los demás hombres. Por eso tomó una naturaleza humana, puesto que no podía morir en su naturaleza divina. Pero después de haber hecho suya una naturaleza humana ahora es verdadero hombre, y como tal hombre *es el verdadero Jesucristo*. Pues su naturaleza humana pertenece a su Persona divina y, como es sabido, es a la persona y no a la naturaleza a quien se atribuyen todas las operaciones de quien las realiza.

Y siendo verdaderamente hombre, como uno más entre los hombres, ya puede ser amado por el hombre *tal como el hombre puede y sabe hacerlo*. Pues es difícil imaginar que el hombre sea capaz de enamorarse de Dios como tal Dios en cuanto que *a Dios nadie lo ha visto*.¹³ Y nadie puede sentirse enamorado de lo que jamás ha visto, puesto que el amor es el sentimiento que experimenta quien se ve atraído por la bondad, por la belleza y por el bien pero solamente *en cuanto que son percibidos*. Y aunque es verdad que la criatura humana puede llegar a conocer, en cierto modo, la belleza y la grandeza de Dios a través de las cosas creadas, se trata sin embargo de un saber bastante imperfecto.

Pero el hombre efectivamente ama con su alma, *pero a través de su cuerpo y con su cuerpo*. Pues aunque está compuesto por esos dos elementos, constituye en sí mismo una unidad sustancial. El hombre ama *como hombre*, y no sólo con su cuerpo o sólo con su alma. Y para amar en perfección según su propia naturaleza necesita de otra naturaleza semejante a la suya. Por eso Dios se hizo Hombre, a fin de poder ser amado por su criatura en grado de perfección, tal como

¹³Jn 1:18.

ella sabe y puede amar. Siendo Jesucristo verdaderamente Hombre, es a través de su Naturaleza Humana como el alma se allega hasta su Persona (nadie se enamora de una naturaleza, sino de una persona), y por medio de Ella y en Ella, a su Naturaleza Divina.

El hecho de que Jesucristo posea como propia una naturaleza humana, no sólo facilita el acercamiento de la criatura a su Persona, sino que hace posible el origen y desarrollo de la relación amorosa entre ambos. El hombre *reconoce* en un primer momento a Jesucristo *como Hombre*, aunque dotado de condiciones y cualidades jamás soñadas en criatura alguna, tal como vienen descritas en el Evangelio y potenciadas por su condición divina: llama a cada una de las ovejas por su nombre, va delante de ellas y las libra de los peligros aun a riesgo de su vida, las conduce a buenos pastos, busca a la extraviada afrontando dificultades y la vuelve al redil cariñosamente sobre sus hombros. Promulga para el mundo una doctrina de ensoñación en el Monte de las Bienaventuranzas, con la que colma las ansiedades y añoranzas que durante siglos llenaron de anhelos el corazón de la Humanidad, hasta que por fin, en el Sermón de la Última Cena, muestra a los hombres adónde pueden ser conducidos y transformados por un Amor que se desborda para ellos hasta el infinito. Les muestra el sentido de su existencia y el Fin para el que habían sido creados, además de enseñarles a ser libres, a amar la justicia viviendo la honradez, a odiar la mentira y a temer el pecado, a sentirse atraídos por la bondad y por la belleza y a gozar de la grandeza de una Creación que, en definitiva, había sido sacada de la nada para ellos y para someterla a su dominio. Y por si fuera poco, les otorga *todo lo que tiene* y también *todo lo que es* mediante la entrega de su propio Corazón y de su propio Amor en grado que llega *hasta el fin*, aunque incluyendo también su propia Alegría, junto a la promesa de que nadie se la podrá arrebatar.

Lo cual se hace posible porque ese *primer momento* del que hablamos, en el que la criatura percibe a Jesucristo como Hombre, se refiere a un *momento lógico* pero que no es temporal. Pues se trata de un *acto único* de amor por el que la criatura se siente seducida por Jesucristo en su condición de Hombre, pero potenciado al máximo tal acto amoroso al ser percibido *al mismo tiempo* Jesucristo como Persona y además Divina.

La criatura humana descubre, abrumada por la sorpresa y temblando de emoción, que tal Hombre que ha logrado seducirla con amor que penetra y traspasa hasta el fondo del corazón, *es al mismo tiempo su Dios*. Pero un Dios que no quiere ser tratado como Señor, sino como amigo, y ni desea tanto ser adorado como compartir su vida con su criatura e incluso intercambiarla con ella. También desea mantener con ella una relación amorosa *equiparable* a la de los esposos —en una referencia analógica la más adecuada al entendimiento humano— aunque elevada a un plano que penetra en el mundo de lo sobrenatural y que no puede ser descrito con el lenguaje humano. Fue Dios mismo quien intentó dibujarlo de la manera mejor y más accesible para el hombre, utilizando para ello el lenguaje poético que sirvió para inspirar el inmortal Poema divino de *El Cantar de los Cantares*.

Puesto que la relación amorosa es una relación bilateral y recíproca, si Jesucristo ama al hombre de forma la más íntima, afectuosa y en grado que la Escritura describe como que llega *hasta el fin* (Jn 13:1), es de esperar que el hombre corresponda de modo semejante. Y al poseer Jesucristo como propia una verdadera Naturaleza Humana, la criatura es capaz de amarlo como Hombre, al mismo tiempo que percibe que ese ser humano es igualmente su Dios. Pues ambas naturalezas —la Humana y la Divina— pertenecen por igual (aunque sin mezclarse) y propiamente a la misma y única Persona

Divina. Y de ahí que, cuando la criatura se dirige a Jesucristo con las palabras *te amo* se las dice al Hombre pero también a su Dios, en un mismo y único acto de amor. E igualmente sucede cuando Jesucristo pronuncia esas mismas palabras para ser escuchadas por su criatura, que por eso mismo son palabras humanas al mismo tiempo que divinas.

Así es como el verdadero *diálogo amoroso* entre Dios y el hombre solamente se hace posible en Jesucristo. En los diálogos amorosos tal como se describen en *El Cantar de los Cantares* a través de las figuras del Esposo y de la esposa, aún resulta difícil encontrar una relación de intimidad e igualdad entre Dios y su criatura.

Ya desde el momento de la creación de la pareja humana había sido establecida la autoridad del varón sobre la mujer en lo que respecta al vínculo conyugal: *La cabeza de la mujer es el varón, como Cristo es Cabeza de su Iglesia*, decía San Pablo.¹⁴ Pero aún no habían sido pronunciadas las palabras: *Ya no os digo siervos, sino amigos*,¹⁵ con las que acabó de hacerse patente que toda distancia entre Dios y el hombre quedaba borrada por la vía del amor.¹⁶ La relación amorosa exige un cierto sentimiento de *igualdad* entre los que se aman, de tal manera que cada uno de ellos se considere como

¹⁴Ef 5:23. Aunque esta *autoridad* posea especiales características señaladas también en los textos, los cuales la describen como una actitud de entrega amorosa del varón a la mujer: *Como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella* (Ef 5:25).

¹⁵Jn 15:15.

¹⁶Incluso en la idea de *combate* de amor, entablado entre el Esposo y la esposa que ya se apunta en *El Cantar de los Cantares* (Ca 2:4), se desliza un vestigio de *condescendencia* por parte del Esposo al *otorgar* a la esposa la posibilidad de entablar combate con Él. Será precisa la llegada del Evangelio para que se ofrezca la ocasión, en el negocio entablado entre ambos, de que el siervo pueda devolverle a su señor incluso el doble de lo que había recibido de él, tal como puede verse en las parábolas de los talentos y de las minas.

pertenencia del otro. Y en este sentido también podría decirse que cada uno se ve como impulsado a sentirse inferior al otro, aunque sólo sea en un sentido impropio puesto que cada uno conserva su propia personalidad.

La criatura no gozaría de la intimidad que proporciona la *Humanidad* de Jesucristo, en cuanto que lo aprecia como Hombre, si al mismo tiempo no lo percibiera también como su Dios, hasta el punto de que el encanto seductor que emana de la Persona de Jesucristo, percibido y saboreado por la criatura a través de su Humanidad, desaparecería por completo. En cuanto a lo que hace a Jesucristo, al mismo tiempo que su amor lo impulsa a colocarse en una situación de sentimientos de equiparable igualdad y de intimidad con la criatura, el gozo consiguiente que se desprende del amor se incrementaría más, por decirlo de algún modo, al percibirla como *su criatura* a la que Él ha elevado para que se sitúe junto a Él y para que permanezca siempre con Él donde Él está: *Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado*.¹⁷

El verdadero amor a Jesucristo solamente se explica a través del misterio que la Teología conoce con el nombre de *unión hipostática*.

Alguien se siente enamorado de otra persona en la que percibe cualidades y condiciones que la seducen. El alma humana se siente atraída irresistiblemente por la Persona Divina de Jesucristo, al cual percibe en un primer momento como *Jesucristo Hombre*. Así es como Jesucristo es reconocido como una Persona —el amor se dirige siempre a una persona— en la que aparecen todas las excelencias que jamás se hubieran podido apreciar en un *ser humano*: un Hombre seductor en grado sumo capaz de arrebatar los sentimientos de amor del corazón de otro ser humano. Pero además sucede que tal Persona, que efectivamente es un ser humano, es también y al mis-

¹⁷Jn 17:24.

mo tiempo el *verdadero Dios*, o el único Dios verdadero en realidad. Como tal Persona es una única Persona (nadie se enamoraría de un ser compuesto de dos personas), aunque con la circunstancia de ser juntamente el verdadero Dios y un verdadero Hombre. El alma lo percibe efectivamente como Hombre, mientras que se siente arrebatada y *capturada* por Él gracias a la fuerza del encanto que rebosa tal amor; si bien tal arrebatado alcanza su mayor grado de intensidad cuando el alma descubre y percibe que es también *su Dios*.

Cuando el alma enamorada se dirige a Jesucristo para decirle *te amo* —la más dulce expresión que puede ser pronunciada por un ser racional— está hablando con *Jesucristo Hombre* y al mismo tiempo y en un mismo acto con *Jesucristo Dios*. Sin embargo habla y se dirige a *una única y misma Persona* y solamente a una. E igualmente cuando es Jesucristo quien dirige esas mismas palabras al alma humana a quien ama, puesto que es *Jesucristo como Hombre* quien habla, aunque es también al mismo tiempo y en un único acto *Jesucristo como Dios*, siendo de todos modos *una única Persona (divina)* la que interpela a la criatura. Como no podía ser de otro modo, desde el momento en que el misterio de la relación amorosa solamente puede tener lugar de una única persona a otra única persona: de un *yo* a un *tú*.

El amor a una *pluralidad de personas*, es también el verdadero amor en cuanto difundido hacia los demás —*Amaos los unos a los otros*—, aunque carezca de algunas de las características específicas de la relación amorosa propiamente dicha, como la intimidad y la totalidad,¹⁸ y por eso no reúne por sí mismo las condiciones del amor perfecto. Como lo prueba el hecho de que no es posible amar verdaderamente a los demás si no existe primero una auténtica re-

¹⁸Según Jesucristo, así como se ama a Dios *sobre todas las cosas*, se ama al prójimo, sin embargo, *como a uno mismo*.

lación amorosa con Jesucristo, a partir de cuyo momento ya se ama efectivamente a los otros a través del amor profesado a Jesucristo,¹⁹ siendo el hecho de que son *objeto del amor de Jesucristo* la primera intención que motiva ese amor (una persona enamorada ama todo aquello que ama la persona amada).

La relación amorosa divino–humana es una analogía de las relaciones existentes en la Trinidad: La Persona del Padre ama a la Persona del Hijo y recíprocamente. El vínculo de amor entre ambos es también otra Persona (el Espíritu Santo), debido a la simplicidad de la Naturaleza Divina.²⁰ Pues las relaciones en Dios no pueden ser accidentes, a diferencia de lo que sucede en las criaturas, donde el vínculo de amor existente entre ellas es de naturaleza creada y no se identifica con la esencia de ambas ni con ninguna de ellas.

De todos modos, tal como acaba de verse, el amor tiene lugar siempre, tanto en Dios como en las criaturas, *de persona a persona*, dando así paso a la soledad e intimidad del *tú a tú* que exige la insondable y sublime realidad del misterio del amor:

*En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*²¹

¹⁹Se forma con ellos, gracias a Jesucristo, un mismo Cuerpo, según enseña San Pablo en la Carta a los Romanos y en la Primera a los Corintios.

²⁰Las relaciones personales en Dios, aunque se diferencian *realmente* entre sí, se *identifican*, sin embargo, con la Esencia Divina. De las cuatro existentes en Él, solamente tres de ellas se oponen entre sí, y por eso son Tres las Personas Divinas. Por el hecho de identificarse con la Esencia Divina, las relaciones en Dios no pueden ser accidentes, pues no cabe en la Simplicidad de su Esencia la idea del accidente.

²¹San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

Pero la identificación de voluntades no se queda en eso, puesto que tiene su fundamento en algo que va mucho más allá, cual es la identificación de vidas, según lo proclamado por el mismo Jesucristo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece (vive) en mí y yo en él.*²² Lo que no significa la fusión de dos vidas en una sola, sino que *cada uno hace suya la vida del otro*, y así es como ambos viven la misma existencia.

El misterio del amor divino y la gran tragedia del hombre se resumen en esto: Que habiendo estado Dios dispuesto a entregarlo todo a la criatura a la que había creado a su imagen y semejanza, incluyéndose Él mismo, fue rechazado sin embargo por la gran mayoría de aquéllos a quienes amaba: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron.*²³

²²Jn 6:56.

²³Jn 1:11.

SORDOMUDOS DE NACIMIENTO Y SORDOMUDOS DE CONVENIENCIA ¹

(Mc 7: 31–37)

Amados hermanos en el Corazón de Nuestro Señor y en el de la Virgen María Nuestra Madre:

En el día de hoy, Domingo XI después de Pentecostés y dentro de la llamada Forma Extraordinaria del Rito Romano de la Santa Misa, propone la Iglesia a nuestra consideración un fragmento del Evangelio de San Marcos en el que se narra otro importante acontecimiento de la Vida del Señor.

Cuenta el texto que encontrándose Jesús como de costumbre rodeado de una gran muchedumbre, llevaron ante Él un sordomudo rogándole que le impusiera las manos. El Señor le apartó de la gente, le introdujo los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva. Después suspiró y, elevando los ojos al cielo, dijo:

—*Effetha* —que significa: *Ábrete*.

Se le abrieron al sordomudo los oídos y también comenzó a hablar con normalidad ante la admiración de las gentes, las cuales comenzaron a proclamar la maravilla que habían presenciado y pese a las advertencias de Jesús para que callaran.

¹Predicado el 9 de Agosto de 2015.

La narración gira en torno, por lo tanto, a la curación milagrosa de un pobre desgraciado, el cual era sordo de nacimiento y como consecuencia también mudo.

Lo que nos plantea, ya de entrada, la existencia de dos clases de sordomudez: una de nacimiento sufrida involuntariamente, y otra bien distinta que es por el contrario enteramente voluntaria. Más rara la primera en cuanto al número de casos existentes, y mucho más generalizada y extendida la segunda.

Lo cual significa, descendiendo ahora al plano de la realidad cotidiana, que nos enfrentamos al hecho de la existencia de sordos que lo son porque no quieren oír y de otros que son mudos porque se niegan a hablar. Una extraña situación que sin embargo tiene plena vigencia en una Iglesia como la actual en la que proliferan los Pastores que rehúsan hablar y las ovejas que ya tienen adquirido el hábito de no querer oír.

Con respecto a los Pastores a los que aludimos, se cumple en ellos el oráculo del profeta Isaías: *Son pastores que no saben discernir. Todos ellos se volvieron a sus caminos, cada cual a su interés, sin excepción alguna.*² En cuanto a las ovejas que hemos mencionado, son las que hacen realidad en sí mismas el adagio de que *no hay peor sordo que el que no quiere oír.*

El problema, sin embargo, es más complejo de lo que se desprende del sencillo planteamiento que se acaba de hacer.

Existen Pastores que no alimentan jamás a sus ovejas con el pasto de la buena doctrina (callan siempre), mientras que otros, todavía peores, les suministran un conjunto de ideas y enseñanzas que resultan letales para ellas y que acaban conduciéndolas a la perdición. A unos y otros podríamos abarcarlos con el mismo epíteto de *Pastores mudos*. En realidad son mudos voluntarios que, de todos modos,

²Is 56:11.

jamás proporcionan a las ovejas los buenos pastos de la Palabra de Dios.

En cuanto a las ovejas de las que hablamos, bien porque han sido envenenadas por las doctrinas de los falsos Pastores, o bien porque se han sentido escandalizadas por la corrupción del ambiente eclesial y la deserción de la Jerarquía, son aquéllas que han optado voluntariamente por cerrar sus oídos a la Palabra de Dios y vivir de acuerdo con el Mundo.

De manera que, con respecto a la Buena Doctrina, los Pastores permanecieron mudos: o no la predicaron, o difundieron la Doctrina falsa. En cuanto a las ovejas, eligieron el camino fácil de no oír la Buena Doctrina y de aceptar sin resistencia el veneno de la falsa. De esta forma, con Pastores maliciosamente mudos y con ovejas culpablemente sordas, es como la Iglesia ha venido a parar al momento actual previamente anunciado por las Escrituras de la *Gran Apostasía*. El resultado, por parte de unos y de otros, está bien patente en la Iglesia de hoy: la traición a la Fe, la rebelión contra Dios y la opción por el Mundo.

Cuando el cielo se llena de nubarrones hay quienes prefieren dejar de pensar en las tormentas y no ver la realidad. Siendo enemigos de complicaciones y poco amigos de la verdad están, sin embargo, dispuestos a acusar de agoreros y catastrofistas a los que avisan del peligro. Y a quienes piensan que esto no es sino una pintura pesimista de la situación de la Iglesia y del mundo, será conveniente recordarles las palabras que el Apóstol San Pablo dirigió a su discípulo Timoteo:

Pues vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para

*halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a las fábulas.*³

No soportarán la sana doctrina. Palabras que recuerdan la reacción de muchos que se escandalizaron después de oír a Jesús en el Discurso de Cafarnaún: *Dura es esta doctrina, ¿quién puede escucharla?*⁴ Una actitud que en los tiempos actuales goza de plena vigencia, con la difusión del hedonismo, el materialismo exaltado que se ha apoderado de casi la totalidad de la Humanidad, el odio a la Cruz y la sustitución del mundo sobrenatural por el meramente natural. Todo lo cual está siendo alimentado por el Modernismo que ha invadido la Iglesia.

El Modernismo postconciliar creó la expresión *enemigo del Concilio* para aplicarla a quienes consideraba *carentes del espíritu Conciliar*. Ambas expresiones fueron aplicadas a todos aquellos que se atrevieron a defender la Fe, exigiendo la aplicación de un Magisterio que comenzara *no a partir de cero desde el Concilio Vaticano II*, sino *a partir del mismo Jesucristo* y llegara hasta la actualidad. Si San Pablo, ya en su tiempo, hablaba de que la Cruz se había convertido en escándalo para los judíos y en locura para los gentiles (1 Cor 1:23), el rechazo alcanzó su punto culminante con la eliminación de todo vestigio de idea sacrificial de la Misa: su sustitución por la Misa del *Novus Ordo*, promulgada por el Papa Pablo VI (1969), supuso un golpe de muerte a la Iglesia del siglo XXI. Y quizá la mayor victoria de Satanás a lo largo de toda la historia de la Institución fundada por Jesucristo.

El conjunto de fieles cristianos nunca hubiera apostatado en masa, como efectivamente lo ha hecho, si no hubiera estado presidido y animado por la Iglesia docente. Y aquí sería necesario hablar de

³2 Tim 4: 3-4.

⁴Jn 6:60.

la traición llevada a cabo por la *intelectualidad* de la Iglesia a partir sobre todo del siglo XIX, la que tampoco hubiera sido posible sin la deserción de la *Jerarquía*.

Mucho se ha escrito sobre el tema, y mucho se ha dicho sobre la multitud de causas que paulatinamente han dado lugar a la crisis actual: el abandono de la *Philosophia Perenne* a partir de la Baja Edad Media, las corrientes que surgieron de la Revolución Francesa, con la consiguiente irrupción del idealismo y de las doctrinas inmanentistas e historicistas y que, junto con el marxismo, dieron lugar a la aparición del modernismo, etc. Todas y cada una de las cuales fueron elementos que sin duda influyeron, en grado menor o mayor, en la crisis actual. Su exposición detenida y prolija explica la aparición de numerosas bibliotecas repletas de volúmenes.

Sin embargo sucede con frecuencia que los problemas que afectan a lo más íntimo del ser humano son estudiados y explicados por el hombre de un modo superficial. Que consiste en un modo de abordar las cuestiones que implica dar vueltas y vueltas en derredor pero *sin adentrarse nunca en el núcleo del problema*. Por eso no parece suficiente la explicación que atribuye tal modo de proceder a la dificultad de las cuestiones que afectan e inquietan al ser humano. Tales problemas, que en el fondo suelen ser siempre de índole sobrenatural, implican la necesidad de ser abordados con criterios y métodos sobrenaturales, *que es justamente a lo que no está dispuesta la moderna generación*. Y es que, en el fondo, el hombre nuevo no está dispuesto a afrontar los problemas en su íntima realidad *porque tiene miedo a enfrentarse consigo mismo*. Miedo, en primer lugar, a afirmar la necesidad de tener que contar con Dios para dar sentido a su vida. Y miedo sobre todo a reconocerse a sí mismo *en la miseria de su actual existencia*.

A eso obedece la costumbre de cambiar el sentido de las palabras, que es cosa acerca de la cual es fácil ofrecer variados ejemplos:

La opresión y tiranía encubiertas ejercidas sobre las masas mediante un despiadado lavado de cerebro es conocida con el nombre de *democracia*, considerándola como sinónimo de *libertad* y castigando a quien lo pone en duda. La negación de toda norma de conducta exterior o superior al individuo, la cual pudiera impedir a cada cual hacer buenamente lo que se le antoje, es llamada *libertad de conciencia*, mientras que la libertad para injuriar y calumniar, o para ofender de cualquier manera e impunemente al prójimo, es bautizada con el nombre de *libertad de expresión*. Los modos de conducta que en realidad no son sino aberraciones y degradan al hombre a un nivel inferior al de los animales, son considerados *actitudes que ensalzan y elevan la autonomía individual* a la condición en la que la Humanidad se ha liberado de viejos tabúes y se ha encontrado a sí misma. Los grupos oligarcas y de opresión que se dedican a enriquecerse a sí mismos mediante la explotación y el engaño del resto de los ciudadanos, son llamados *partidos políticos* e instrumentos imprescindibles de la democracia. La operación de destrucción de la verdadera Iglesia por otra de índole meramente humana, es aclamada con diversas apelaciones de corte triunfalista como las de *Nueva Iglesia*, *Nueva Evangelización*, *Primavera Eclesial*, *Vuelta a la auténtica Iglesia de los comienzos*, etc., etc.

Por lo que hace a la Iglesia concretamente, es evidente que ha cambiado su misión de anunciar el Evangelio al mundo, según el mandato de Jesucristo, por la de buscar el agrado de los hombres. Sin dudar para ello de hablarles de las cosas que *halagan sus pasiones*, tal como ya lo había anunciado San Juan en su Primera Carta: *Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los escucha.*⁵

⁵1 Jn 4:5.

De tal forma que quedaron muy atrás las advertencias del Apóstol San Pablo: *Yo no os he hablado con palabras de humana sabiduría, sino con palabras aprendidas del Espíritu.*⁶ Confirmadas por lo que decía también en otro lugar: *Tal como os lo acabo de decir, os lo repito ahora: si alguno os anuncia un Evangelio diferente del que habéis recibido, ¡sea anatema! ¿Acaso busco yo la aprobación de los hombres, o busco la de Dios? ¿O es que yo pretendo agradar a los hombres? Pero si pretendiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.*⁷ De ahí que nada tenga de extraño que la Iglesia haya olvidado el lenguaje de lo sobrenatural para ocuparse del parloteo de la política, como son por ejemplo las disputas sobre el liberalismo, el capitalismo o el socialismo, las cuestiones de armamento o de la paz mundial, los intrincados problemas de la justicia social en cuestiones que con frecuencia exceden de su competencia, la licitud o no licitud de la pena de muerte, el cuidado del ecosistema y de las fuentes de energía, la regulación de las inmigraciones..., y en general de todo aquello que induzca a los hombres a arreglarse por sí solos sin acudir a Dios.

Por eso los hombres *cerrarán sus oídos a la verdad*, convirtiéndose en sordos voluntarios o de conveniencia y, como consecuencia, también en mudos. La necesidad que supone esta actitud ya había sido señalada por San Pablo:

Lo que Israel busca no lo consiguió, mientras que los elegidos lo consiguieron. Los demás, en cambio, se endurecieron, conforme está escrito:

⁶1 Cor 2:13.

⁷Ga 1: 9–10.

*Les dio Dios espíritu de necedad,
ojos para no ver,
y oídos para no oír,
hasta el día de hoy.⁸*

Empeñarse en cerrar los oídos a la verdad es la actitud normal adoptada por la *Moderna Iglesia*, secundada por una gran cantidad de católicos, conocidos unos como papólatras y otros como neocatólicos (peyorativamente neocones). En la que tanto los unos como los otros se niegan a admitir una realidad que les entra por los ojos y a los que resulta inútil, por no decir imposible, poner frente a las mayores evidencias. Algunos de ellos se esfuerzan hasta lo imposible por presentar como blanco lo que es negro y como negro lo que es blanco, de tal manera que así como no hay peor sordo que el que no quiere oír, así también no hay peor ciego que el que no quiere ver. En el fondo se trata de católicos cuyos fundamentos de Fe, generalmente poco sólidos, les provocan sentimientos inconscientes que los inducen a no reconocer el pánico que les produce aceptar la realidad de una situación tan deprimente como la actual. Por eso buscan maestros que les *halaguen los oídos* y que les hablen de lo que desean oír y solamente de lo que desean oír. Y por supuesto que no les faltan abundantes falsarios dispuestos a contarles las fábulas de las que hablaba San Pablo, en una Iglesia como la de hoy en la que resulta bastante difícil encontrar un Pastor honrado.

Ciertos católicos de índole extremista se sienten obligados a defender y a justificar lo que ni se puede defender ni se puede justificar (suelen ser llamados neocatólicos, o neocones por algunos). Mientras que otros, por el contrario, aunque también situados en la línea del extremismo, rechazan como ilegítimos determinados elementos ecle-

⁸Ro 11: 7-8.

siales (como la Jerarquía y más especialmente la figura del Papa, o bien la Misa del *Novus Ordo*) por razón de su doctrina, su comportamiento o su configuración como elemento del culto; si bien son ellos mismos, según su propio juicio, los que deciden acerca de su carácter de ortodoxia o heterodoxia. La verdadera devoción al Papa, por ejemplo, se encuentra en un punto equidistante entre dos opuestos: la de los papólatras y la de quienes niegan su adhesión al Vicario de Cristo (como los sedevacantistas u otros semejantes). Las posturas de unos y otros suelen estar determinadas por la falta de una sólida formación religiosa o de una Fe suficientemente fuerte.

*Soy como un sordo, no quiero oír,
como un mudo, no abro la boca.*⁹

Son Pastores mudos los que, faltando al deber del cumplimiento de misión que les ha sido encomendada, no proclaman la Palabra de Dios.

Se pueden dividir en dos grupos. Son aquellos, en primer lugar, que hablan sin decir nada o solamente se pronuncian sobre banalidades, trivialidades, frivolidades o acerca de temas sin interés y que no importan nada a los fieles. En segundo lugar habría que señalar a quienes predicán o escriben doctrinas ajenas a la Fe de la Iglesia y hasta claramente heterodoxas.

Y aunque sería difícil determinar cuál de los dos grupos resulta más dañino para los fieles, puede asegurarse que tanto unos como otros destruyen el Rebaño que les había sido encomendado.

Sería interesante poder contar con una Historia de la Pastoral de la Iglesia contemporánea, la que a su vez requeriría como base la aportación de una Historia seria de la Iglesia que abarcara los siglos

⁹Sal 38:14.

XX y XXI. Labores ambas extraordinariamente difíciles que requerirán del paso del tiempo para poder llevarlas a cabo. No obstante, simplificando el tema hasta el límite —suficiente para una disquisición que no tiene carácter histórico—, podría decirse que la época de los *Pastores mudos* ocupa principalmente la segunda mitad del siglo XX, una vez pasado el tiempo en que la *Cuestión Social* perdió gran parte de su virulencia en la Iglesia.

Aunque también la multitud de escritores y predicadores de la *Cuestión Social* podrían ser encasillados, al menos en un sentido amplio, como una subespecie de los *Pastores mudos*. Puesto que en realidad, y aunque esto pueda sonar a escándalo, a los efectos de la proclamación de la Palabra de Dios y de la salud de las almas, la ingente y voluminosa *Doctrina Social* en definitiva no parece haber aportado demasiado.

El fenómeno de la *Cuestión social* y de la *Pastoral social* en la Iglesia alcanzó su punto culminante, con efectos de aparente epidemia, hacia la mitad del pasado siglo XX. Resulta difícil explicar el hecho de que se difundiera en la Iglesia la idea de que la doctrina evangélica solamente podía ser proclamada a través y desde la óptica de la *cuestión social*, y que quedara definitivamente resuelta por medio del océano de teorías agrupadas bajo el nombre de *Doctrina Social de la Iglesia*. Así es como la Dogmática vino a quedar reducida a la Ética, la cual solamente reconocía como problemas capaces de preocupar y de afectar a los cristianos los referentes a las relaciones sociales.

El marxismo había comenzado a introducirse en la Iglesia, sin que nadie pareciera haberse enterado del problema, cuando ya apuntaba la época que precedió a la aparición de la Teología de la Liberación. La cuestión obrera, el socialismo cristiano, el capitalismo opresor, los sindicatos, y todo un mundo de cuestiones relaciona-

das con el problema, ocuparon durante años la atención y el tiempo de teólogos, estudiosos de la Pastoral, Obispos, millares de párrocos y otros sacerdotes que se dedicaron con entusiasmo a la tarea de encaminar a las almas por el único camino que consideraban de salvación: un socialismo de corte humano que, en último término, tenía poco de sobrenatural. Los *Documentos* y las *Cartas Pastorales* de la Jerarquía de toda la Iglesia, junto a un aluvión de estudios de comentaristas y de multitud de expertos, llenaron las bibliotecas de la época. La Acción Católica se convirtió en Socialista y Obrera, cambiando sus denominaciones por las de HOAC, JOC y similares, donde la índole y el carácter de *obrero* y de *social* predominaban indudablemente sobre su condición de *católicas*. Hasta que finalmente, como cualquiera hubiera podido esperar, acabaron por convertirse en influyentes Sindicatos comunistas. El tema de la predicación normal en las Misas dominicales quedaba circunscrito casi exclusivamente a la proclamación de las maldades del capitalismo y a la protesta contra la *opresión* que sufría el Pueblo cristiano, especialmente por parte de una clase obrera a la que se consideraba explotada por la clase burguesa y capitalista. La misma expresión de *clase burguesa* se convirtió durante años en una especie de logotipo que condensaba a todos los demonios enemigos del Cristianismo; durante mucho tiempo fue el anatema con el que millares de ingenuos sacerdotes condenaron sin compasión a la despreciada y *opresora* clase burguesa.

Incluso alguien tan inteligente como el Papa Pío XII, víctima al fin y al cabo del clima organizado por la oleada de doctrinas de la época, autorizó la creación de la llamada *Misión de París* de la que formaron parte los que fueron conocidos como *Sacerdotes obreros*. Los cuales, como cualquiera con visión podía haber esperado, aca-

baron siendo suprimidos por el mismo Pontífice en 1954, una vez que quedó patente que casi todos ellos se habían hecho comunistas.

Cuando, una vez pasado mucho tiempo, quizá la Historia analice el acontecimiento, es posible que no sea fácil explicar el misterio de la autorización por Roma de semejantes hechos. Resulta extraño creer que un sacerdote sea capaz de cumplir mejor su misión *dejando de ser sacerdote*; en el ejercicio de sus funciones al menos. O en todo caso, de dar un testimonio de su sacerdocio y de Jesucristo *sin manifestarse como sacerdote ni como testigo de Jesucristo*. Decían los Antiguos que los dioses vuelven locos a los hombres cuando quieren perderlos. Y efectivamente parecía haber empezado la época en la que Dios hubiera decidido abandonar a su Iglesia, después de que la Iglesia ya había comenzado a abandonarlo a Él.

Con respecto al tema de los *Sacerdotes obreros* la polémica quedaba bien servida. Tanto los creadores de la institución como sus numerosos partidarios (la realidad histórica demuestra que no hubieron detractores) estaban convencidos de que un sacerdote que abandonara su ministerio, trabajando como obrero en calidad de un obrero marxista más, estaría mejor capacitado para dar testimonio de su sacerdocio y de la verdad del Cristianismo. Los resultados, sin embargo, no respondieron a tales esperanzas. La verdad es que los obreros marxistas no vieron en estos sacerdotes sino a *obreros trabajando como obreros*; y en todo caso, a unos curas que se habían desengañado de su oficio y habían preferido ser obreros. Lo cual, si bien se examina, parece ser consecuente con una lógica elemental. Pues testimoniar no es otra cosa que *mostrar una realidad a la vista de todos* a fin de dejar clara una evidencia, donde lo que realmente queda patente es *aquello que se ve*; si consiste en mostrar algo para que se vea, eso es precisamente —lo que se ve, y no otra cosa— lo que es percibido por los que contemplan.

Una océano de estudios, Documentos, Cartas Pastorales de Obispos, Encíclicas papales, conferencias, cursos y ponencias, etc., etc., acerca de la *Doctrina Social de la Iglesia* agotaron el ámbito de la Pastoral de la Iglesia durante la segunda mitad del siglo XX. Durante mucho tiempo la *Doctrina Social de la Iglesia* fue considerada como la única solución a los problemas sociales, no ya de los cristianos, sino de toda la Humanidad. Aunque en la actualidad, ya en la segunda década del siglo XXI, no está siendo objeto de más atención que la de algunas escasas alusiones que todavía aparecen por alguna parte; como las del Papa Francisco en su Encíclica *Laudato Si*, fundamentada, según él, en la Doctrina Social de la Iglesia.

Pero el problema de la *Doctrina Social de la Iglesia* radica en su extraordinaria prolijidad y en su inmensa complejidad. Todo un mar de obras y de publicaciones han tratado de explicarla mediante infinidad de teorías y de Documentos *ad casum*. Incluso las Pastorales Episcopales, en un probable intento de rivalizar con las Encíclicas Papales, inundaron la Iglesia con las aportaciones con las que cada Obispo, o cada experto asesor o teólogo, creían haber encontrado la piedra filosofal del gran remedio a las convulsiones sociales. Ni que decir tiene que las soluciones no siempre fueron concordantes y hasta a veces contradictorias, cosa explicable si se tienen en cuenta el inmenso número de publicaciones y la variedad de las contribuciones. Todas las cuales levantaron el inmenso edificio de la *Doctrina Social de la Iglesia* que, en definitiva, muy pocos han logrado abarcar y todavía menos han conseguido entender.

Jesucristo fue requerido en una ocasión por cierto individuo para que interviniera en un reparto de herencias. A lo que Él respondió: *Hombre, ¿quién me ha constituido a mí juez o encargado de repartir entre vosotros?*¹⁰ Y en otra ocasión pronunció una clara y contun-

¹⁰Lc 12: 14-15.

dente sentencia: *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.*¹¹

Y tal como suele suceder en los acontecimientos importantes de la Historia de la Iglesia, habrá de pasar mucho tiempo hasta que el largo período de atención a la *Cuestión social* —que fue centro casi exclusivo de su Pastoral— pueda ser estudiado serenamente, puesto que hoy día todavía puede sonar a escándalo considerar tanta atención como algo exagerado.

A veces los hombres se equivocan cuando las cuestiones simples las convierten en complicadas o las cuestiones complicadas las convierten en simples. Con respecto a la *Cuestión social*, resulta difícil imaginar que los problemas que aborda no se encuentren suficientemente contemplados en el Evangelio. El cual contiene la Doctrina de Jesucristo dirigida a los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos, abarcando en ella para quien quiera leer todos los problemas capaces de afectar a su conducta y convivencia; y junto a ellos, las pertinentes soluciones. Tal vez sólo hubiera sido necesario, a fin de encontrar la clave de tan debatida cuestión, leer la Escritura y *creer en ella* como Palabra de Dios revelada.

Desgraciadamente fueron muchos los que pensaron que el Evangelio era insuficiente. Por lo que creyeron necesario completarlo, a fin de atender a las nuevas y complejas relaciones surgidas entre los hombres, y asintiendo así con fidelidad a las nuevas corrientes de pensamiento.

Que la Historia es Maestra de la vida, o que la Historia se repite, son expresiones que todo el mundo conoce pero a las que nadie atiende.

San Francisco de Asís, que vivió en la encrucijada de los siglos XII y XIII, tuvo que enfrentarse a este problema. Hombre fervoroso

¹¹Mt 6:33.

y enamorado de Jesucristo creyó firmemente en todas sus Palabras e intentó cumplirlas en su propia vida. Sin más ni más y al pie de la letra. De ahí la redacción que hizo de la *Regla* para su Orden, para lo cual transcribió fielmente el Evangelio sin apenas glosas ni explicaciones; las cuales él hubiera considerado innecesarias, convencido como estaba de que nada había que *añadir* a la Palabra de Dios, ni menos aún *suprimir* de ella. Como si el Evangelio fuera insuficiente en algo o, por el contrario, anduviera sobrado de elementos superfluos, reiterativos u obsoletos.

Y como era de esperar, al Santo se le vino el mundo encima. Le llovieron advertencias y numerosos avisos que llegaban continuamente y le aconsejaban moderación. Empezando por el mismo Papa y acabando por sus propios frailes. La vida monástica tal como él la había programado — así le decían— era demasiado difícil e imposible de adaptarse a las posibilidades de un ser humano; dada su tremenda dureza y su excesiva austeridad no la hacían aconsejable para las débiles fuerzas de la humana naturaleza. En cuanto a la copia demasiado literal de los preceptos evangélicos, tal como habían sido trasladados a la *Regula*, era fruto de una interpretación exagerada y demasiado realista de las enseñanzas de Jesucristo. Al menos eso era lo que le aseguraban al *Poverello*.

El Santo se vio obligado a escribir repetidas redacciones de la primera *Regla*, cada vez más mitigadas pero sin que ninguna lograra satisfacer al complicado entorno eclesiástico que lo rodeaba. Aunque la humildad del Santo soportó pacientemente todas las contradicciones, la situación se hizo tan difícil que el Papa creyó conveniente nombrar al Cardenal Hugolino como *Cardenal Protector* de la Orden —eufemismo que encubría sus verdaderas funciones de vigilancia y moderación—. Queda para la Historia averiguar si el oficio del Cardenal consistía en proteger a San Francisco del curso

de los acontecimientos..., o en proteger a los acontecimientos de los sueños de Francisco, que al parecer era el único que se había tomado en serio las palabras del Evangelio.

Es posible que nunca llegue a desentrañarse el misterio de esta historia. ¿Fue realmente el Santo tan radical en su interpretación del Evangelio...? Y la respuesta —caso de que pueda encontrarse alguna— quizá solamente pueda hallarse a la luz de la oración, en la medida en la que el Espíritu conduce a la serena meditación de las enseñanzas de Jesucristo. Solamente así se puede llegar a comprender que las Palabras de Jesucristo, que *son espíritu y son vida*,¹² necesitan ser oídas con espíritu de fe y sin adiciones ni sustracciones humanas. Las cuales no serían otra cosa que una forma de interpretar la voz de Dios según las apetencias de una naturaleza humana que no siempre está dispuesta a negarse a sí misma.

El mar de doctrinas que es el pantagruélico Cuerpo de la *Doctrina Social de la Iglesia*, incluso aceptando que estuvo animado por las mejores intenciones de unos y de otros, se convirtió prácticamente en un *apéndice* a las Palabras de Jesucristo. ¿Acaso fueron insuficientes sus Enseñanzas? Siempre habrá quien argumente con la necesidad de explicarlas para aplicarlas a las nuevas situaciones que a lo largo de la Historia se van presentando. Aunque todavía existen cristianos que no dejan de alarmarse cuando oyen hablar de la necesidad de *aplicar y adaptar* a un determinado momento histórico las palabras de la Revelación. Y seguramente con razón, puesto que todo parece apuntar a los vientos que anunciaron las doctrinas *historicistas*, recogidas finalmente por la herejía modernista para extenderlas por toda la Iglesia.

Siempre ocurre lo mismo, una y otra vez. Cuando el ser humano cree haber descubierto que preocuparse de las *relaciones entre los*

¹²Jn 6:63.

hombres es más importante que cuidar las *relaciones de amor entre Dios y el hombre...*, y cuando eso efectivamente sucede, es que el fantasma del desastre ha hecho su aparición anunciando el comienzo de los infortunios.

La apertura de las ventanas del Vaticano y la aparición de los Falsos Pastores.

La caída del Muro de Berlín y el (relativo) comienzo del ocaso del marxismo en Europa impulsaron el declive de la *Cuestión social*. Al que contribuyeron los vientos huracanados que, con furia no igualada hasta entonces, sacudieron la Iglesia a partir del momento en que el Papa Juan XXIII *abrió las ventanas del Vaticano*, según su propia afirmación que además era expresiva de una cierta desconsideración hacia sus predecesores.

Pero, a diferencia de lo que esperaba el Papa, y tal como lo reconoció poco después expresamente Pablo VI, lo que realmente entró en la Iglesia fue el *humo de Satanás*. El cual comenzó a manifestarse a partir de las declaraciones en las que la Iglesia, proclamando su renuncia a denunciar los errores y anunciando su apertura al Mundo, entonó los primeros compases de la *obertura* de la más extraña y trágica sinfonía jamás escuchada a lo largo de su Historia: la del Concilio Vaticano II, el cual dejó inerme al Catolicismo ante la declarada invasión de la herejía modernista y pese a que hasta ese momento había sido contenida.

Las tres Encíclicas de Juan Pablo II, *Laborem Exercens* (1981), *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) y *Centesimus Annus* (1991), junto a la de Benedicto XVI *Caritas in Veritate* (2009), han sido las últimas Encíclicas Sociales publicadas hasta ahora. Puesto que la *Laudato si* del Papa Francisco (2015), en la que el Pontífice pretende que está

inspirada en la Doctrina Social de la Iglesia, es en realidad un alegato ecologista, lleno de connotaciones políticas y de corte modernista.

Si se parte de la realidad de que el intenso clima de *Doctrina social*, que impregnó el ambiente eclesial hasta el Concilio Vaticano II, fue barrido implacablemente por los vientos postconciliares cargados de Modernismo, es necesario reconocer que estas Encíclicas difícilmente logran escapar a la nota de *fuera de temporada*. Si se tiene en cuenta además que la *Revolución doctrinal* llevada a cabo por el Papa Francisco, la cual parece destinada a sacudir hasta los cimientos más firmes de la Iglesia, es algo irreversible, es posible que estas Encíclicas sean el punto final a la ola de doctrinas sociales que durante tanto tiempo estuvo inundando la Iglesia.

La Iglesia, tal como en tantas ocasiones le había sucedido a lo largo de su Historia, no supo leer en ella ni obtener consecuencias del fracaso de los *Sacerdotes Obreros*. Los *Movimientos Obreros* no podían subsistir ante el resurgimiento del Modernismo, ni podían estar destinados a otra cosa que a ser *fagocitados* por él. Los hombres se adhieren a sus radicalismos como a sus propios dioses. Pero los ídolos de todos los tiempos acaban siempre siendo desplazados y sustituidos por otros que vienen después y que dominan el momento: el más fuerte acaba sustituyendo al más débil, como hizo el Modernismo con el Marxismo.

Bien es verdad que Benedicto XVI y el Papa Francisco trataron de resucitar la Teología de la Liberación. Con más intensidad el primero, que fue siempre un convencido entusiasta de esta especie de teología marxistizada o de marxismo teologizado. Francisco, en cambio, pareció darse cuenta de que este instrumento ya le resultaba inservible, por lo que pronto lo abandonó para manejar otro más radical y eficaz. Tampoco los Gustavos Gutiérrez y los Leonardos Boff, que por un tiempo habían creído renacer para volver a entonar

su canto triunfal, fueron demasiado conscientes de que ya habían pasado definitivamente a la Historia, aunque no precisamente a la mejor parte de ella.

Pero, si tal como hemos convenido en llamar *Pastores Mudos* a quienes, de un modo u otro, no predicán la Palabra de Dios, habremos de suponer integrados en el grupo, además de los que se limitan a propagar doctrinas superfluas o banalidades, más especialmente a aquéllos que, de forma clara y descarada, se dedican a envenenar a las ovejas con doctrinas extrañas a la Fe católica, francamente heterodoxas, e incluso aberrantes.

Con las corrientes modernistas postconciliares comenzó la época de los *Falsos Pastores*, los cuales se han venido dedicando a propalar doctrinas ajenas a la Fe, por lo general impregnadas de modernismo, dentro de un ambiente de completa libertad en el que las antiguas Instituciones destinadas por la Iglesia a velar por la salvaguarda de la Fe —Santo Oficio, hoy Congregación para la Doctrina de la Fe— se convirtieron en oficinas burocráticas cuya eficacia es prácticamente inexistente.

La realidad del momento presente está poniendo de manifiesto que, desde las más Altas Instancias de la Iglesia hasta las más humildes parroquias del universo orbe, *se han venido predicando con toda libertad las doctrinas modernistas*, con el resultado de la *General Apostasía* que se ha producido en la masa de fieles católicos.

Todo ello dentro de una cierta semejanza con respecto a lo que ocurrió con el arrianismo en los siglos III y IV. Aunque con tres importantes diferencias, de las cuales es la primera que el arrianismo atacaba a *alguna* de las verdades de la Fe, mientras que el modernismo niega *los fundamentos mismos* de la Fe: *Es la suma de todas las herejías*, decía San Pío X. La segunda consiste en que el arrianismo tropezó con fuerte resistencia en alguna parte de la Jerarquía, repre-

sentada en esta ocasión por el gran San Atanasio, auténtico martillo de la herejía; algo de lo que hoy no se encuentra nada semejante. Por último hay que resaltar el hecho de que, si bien los errores arrianos hicieron mella en la Jerarquía de casi toda la Iglesia además de la nobleza y el ejército, el pueblo llano y sencillo, sin embargo, se mantuvo fiel a la Fe y fue, en definitiva, el que contribuyó de manera más eficiente a la desaparición de la herejía.

Los ataques contra la Fe y los Fundamentos de la Iglesia han alcanzado su punto culminante durante el Pontificado del Papa Francisco, durante el cual ha tenido lugar el *hecho decisivo* y fulminante para la vida de la Iglesia del asalto y *conquista* del Vaticano por el lobby gay.

Una sociedad como la actual, y especialmente la del mundo católico, acostumbrada a vivir manipulada por los Poderes que manejan los *media* y acostumbrada a vivir adormecida y como drogada, de tal modo que ha quedado privada de la capacidad de reaccionar y hasta de pensar, es capaz de presenciar los mayores y más graves acontecimientos sin enterarse aparentemente; o sin atribuirles importancia al menos. Aunque se trate de hechos que hasta pueden conducir a su exterminio y extinción. El Pueblo cristiano se ha acostumbrado a vivir al día como si nada ocurriera; o como suele decirse también, a *mirar para otro lado*.

Sin embargo, la conquista del Vaticano por obra del lobby gay, con todas las consecuencias que lógicamente podrían derivarse del caso, ha de ser reconocido como un hecho fundamental que de ningún modo puede explicarse por causas meramente naturales. Será preciso dar paso a la posibilidad de que los Poderes Malignos se encuentren efectivamente operando en estos momentos en la Iglesia.

La conquista de los Organismos de Gobierno de la Iglesia por obra del lobby gay, dada la magnitud y gravedad de un aconteci-

miento que jamás pudo ser imaginado en la Historia de la Iglesia, podría significar, al menos como mera hipótesis, la aparición del Falso Profeta previamente anunciado por las profecías sobre la proximidad de los Tiempos Finales.

Pero el problema se agrava todavía más si se considera la íntima relación existente entre la homosexualidad y el *satanismo*. Relación que resulta imposible de negar y acerca de la cual ya se ha hablado aquí de su dependencia de los ocultos *Poderes* que, a través del lobby gay y de su dominio universal de los *media*, han logrado hacerse con el Gobierno de la Iglesia.

La Iglesia vive un momento de cuya gravedad nadie quiere saber nada. Lo mismo que sucede con el suicida que, a punto de precipitarse desde lo más elevado de un alto edificio, está siendo presenciado por una muchedumbre paralizada por el asombro —y también por un oculto horror inconfesable—, pero que no se atreve a levantar un grito mientras permanece silenciosa.

LA MUERTE COMO FINAL O COMO PRINCIPIO ¹

*Dime, Amado de mi alma
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía...*

(Ca 1:7)

Resurrección del hijo de la viuda de Naín

La resurrección del hijo de la viuda de Naín, narrada por el evangelista San Lucas, es un conmovedor episodio milagroso llevado a cabo por Jesucristo.

Siguiendo la letra del texto evangélico no es difícil imaginar el escenario. Jesús, que llega hasta la entrada del villorrio seguido como siempre de una gran muchedumbre, coincide con el momento en que el cortejo fúnebre se dirige al lugar del enterramiento. El cadáver era el de un adolescente hijo único de su madre viuda, y era transportado seguramente sobre unas angarillas envuelto en un sudario. La infeliz mujer lloraba amargamente detrás del cadáver, a la que seguirían probablemente las plañideras y los músicos, según las costumbres de los ritos funerarios de la época. Tras el cortejo, parientes, conocidos y los habitantes del pueblo, tal como suele ocurrir en los lugares de muy poca población.

¹Predicado el 6 de Septiembre de 2015.

Fue entonces cuando Jesús, que llegaba al pueblo acompañado de sus seguidores, se encontró frente a la comitiva fúnebre que salía. Añade el texto que al percatarse de la mujer que sollozaba tras el cadáver, al instante se compadeció de ella.

Se produciría un gran silencio cuando Jesús se dirigió hacia la desconsolada viuda que acababa de perder a su único hijo, al mismo tiempo que un ambiente de respetuosa expectación se extendería sobre la muchedumbre. Entonces pronunció Jesús unas cortas y consoladoras palabras mientras la mujer lo contemplaba con extrañeza y asombro:

—*No llores.*

Se dirigió a continuación hasta el cadáver y los que lo llevaban se detuvieron. El estilo esquemático y compendioso propio de los Evangelios no añade aquí otros pormenores accidentales. Pero es evidente que el suceso retrata el momento solemne del enfrentamiento, que tuvo lugar cara a cara, entre la Muerte y Aquél que dijo de Sí mismo *Yo soy la Vida.*²

La escena no deja de ser sobrecogedora. De una parte los hombres, que nada pueden hacer ante la Muerte aparte de ciertas cosas, tan imprescindibles como poco eficaces, como son el llorar, acompañar en el dolor a los deudos del difunto y conducir el cadáver a su enterramiento. De otra parte Jesucristo, Señor de la Vida y de la Muerte y que pronunció palabras jamás dichas hasta ahora por hombre alguno: *Yo soy la Resurrección y la Vida.*³ A todo lo cual hay que añadir las solemnes declaraciones del Prólogo del Evangelio de San Juan: *En Él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres.*⁴

²Jn 14:6.

³Jn 11:25.

⁴Jn 1:4.

Y siendo la Muerte el muro ante el que tropieza todo hombre al final de su existencia terrena, después de tantos siglos transcurridos desde que la Humanidad existe sobre la Tierra, quienes han preferido prescindir de Dios todavía no han logrado encontrar una respuesta para explicarla. Una vez consumada su vida, a la que siempre consideraron como exclusivamente propia, cuya explicación se agotaba en sí misma y de la cual nada podían esperar aparte del placer de apurarla hasta las heces..., repentina e inesperadamente se encuentran finalmente con la nada. Por eso el paganismo nunca ha sabido dar otra definición del hombre que la de *un ser destinado al sepulcro*, ni jamás ha querido reconocer la *espantosa derrota de su absoluto fracaso*.

La Resurrección de Lázaro

Pero fueron varias las ocasiones, según nos narran los Evangelios, en las que Jesucristo se enfrentó al acontecimiento de la Muerte, siendo la Resurrección de su amigo Lázaro una de las más notables.

Según la narración evangélica, Jesús fue conducido hasta el lugar donde Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Mandó quitar la piedra del sepulcro ante la consternación de las hermanas del muerto y de los presentes, quienes le avisaron que el cadáver estaría seguramente despidiendo hedor. No obstante lo cual y ante su insistencia deslizaron la pesada piedra, quedando al descubierto la entrada a la cueva en la oscuridad de cuyo fondo se adivinaba la presencia de un cadáver envuelto en sudarios, y del que efectivamente ya se esparcía el olor nauseabundo de la muerte. Momento en el que Jesús, transcurrido un instante de silencio, prorrumpe en llanto.

Era el dolor del Hombre-Dios ante la realidad de la Muerte. Durante muchos milenios habían sido demasiadas las generaciones de humanos que habían llorado ante la muerte. Un llanto doblemente

explicable, puesto que al fin y al cabo la muerte *había sido introducida en el mundo por ellos mismos*. Ni tampoco fueron conscientes los hombres de que no tenía tanto sentido llorar ante la muerte cuanto *por las causas que la hicieron aparecer*.

Pero sea como fuere, éste fue el momento en el que, por primera vez en la Historia, el llanto humano ante la Muerte *cobraba todo su profundo sentido y adquiría todas las singularidades que acompañan al verdadero dolor*.

Pues el dolor adquiría ahora una peculiaridad de la que había carecido hasta entonces. El dolor de los hombres por la muerte de un ser querido se convertía a partir de este momento, no ya tanto en un sentimiento de dolor *por otro*, cuanto en un sentimiento de *compasión* con él. Que es lo mismo que decir sufrimiento y aflicción, pero *en identificación con los sentimientos del otro*. Pero los sentimientos de sufrimiento *con el otro y haciendo propios los sentimientos de ese otro* son en realidad un desbordamiento del amor, al sentirse uno con una persona amada y ahora perdida. Y he aquí, por lo tanto, que el llanto de Jesús ante la Muerte, y a partir de ahora también el de todos los hombres ante ella, se ha convertido en un *llanto de amor*.

Y dado que este llanto de Jesús *agotaba en plenitud* el sentido del dolor ante la Muerte, el cual se había ocasionado por su condición de castigo a causa del pecado, es ahora cuando esas lágrimas cambian de significado. De manera que los sentimientos de consternación, de abatimiento y postración, de angustia y de desesperanza, que habían sido ocasionados durante milenios por la aflicción ante la muerte, desaparecen definitivamente para dar lugar a otros bien distintos. Fue el momento en el que la Muerte —la consumación de cuya derrota total pronto se llevaría a cabo— cambió para siempre de sentido.

Ante todo, porque su carácter de castigo quedó transformado en condición de gloria.

Además de lo cual, los sentimientos de dolor que siempre acompañan a la Muerte —lo mismo para quien la sufre que para los seres queridos— adquieren ahora la condición de haberse convertido en una *participación* en los sentimientos de dolor de Jesucristo. Pero sufrir junto a la Persona amada y con la Persona amada —Jesús en este caso—, por muchas que sean las lágrimas con las que se acompaña ese dolor, son de todas formas *lágrimas de amor*. Y el gozo que es fruto del llanto de amor —misteriosa e inefable paradoja, puesto que el gozo siempre acompaña al amor— desborda y supera a todos los quebrantos que pueda causar el dolor.

La Muerte supone un hito fundamental en la existencia del cristiano. Pues hasta llegado ese momento su identificación con Cristo, a la cual había sido llamado desde su bautismo, *no se ha consumado en plenitud*. Aun cuando la vida de Cristo hubiera llegado ya a un grado elevado de identificación con la de un cristiano, todavía le faltaría compartir la Muerte de su Maestro. Si el amor supone reciprocidad e iguala en todo a los que se aman, si semejantes en la vida, semejantes en la Muerte. Así es como la Muerte colma una vida repleta de añoranzas y de ansiedades, o las mismas que han hecho permanecer el alma en actitud de anhelante espera ante el instante más dichoso de su existencia, el cual no es otro que el de la unión y la identificación con Jesucristo: Aquél que había sido por tanto tiempo buscado, por tanto tiempo aguardado y por tanto tiempo soñado.

De esa manera la Muerte se ha convertido a partir de ahora en *la mayor prueba posible de amor*, tal como lo había asegurado el mismo Jesucristo: *Nadie demuestra más amor que aquél que da la vida por*

*sus amigos.*⁵ Y según lo confirmaba San Juan en su Primera Carta, en la cual nos transmitía la clave para el verdadero conocimiento del amor: *Hemos conocido el amor en que Él dio su vida por nosotros.*⁶

Misterio que hace patente a su vez otro misterio, cual es que el amor puede ser también causa de la Muerte. Para desentrañar lo cual habría que introducirse en las profundidades insondables del misterio del amor, tal como lo expresaba la esposa de *El Cantar*:

*Confortadme con pasas,
recreadme con manzanas,
porque desfallezco de amor.*⁷

San Juan de la Cruz parafraseaba bellamente estos pensamientos en su *Cántico Espiritual*:

*Pastores los que fuéredes
allá por las majadas al otero,
si por ventura viéredes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.*

Y también hace patente este misterio que la Muerte pueda ser preferida, y hasta deseada, como puerta de entrada y camino al amor. La poesía mística popular lo confiesa llanamente:

⁵Jn 15:13.

⁶1 Jn 3:16.

⁷Ca 2:5.

*Si vivir es amar y ser amado,
sólo anhelo vivir enamorado;
si la muerte es de amor ardiente fuego
que abrasa el corazón, muera yo luego.*

Es el Apóstol San Pablo quien, un vez más, expone con claridad la idea de la Muerte causada por el amor, cuando dice que *El amor de Cristo nos apremia. Por lo que hemos de considerar que si uno murió por todos, luego todos están muertos.*⁸ Según lo cual, fue el amor lo que condujo a Cristo a la Muerte *por todos*; y como consecuencia y por la unión con Él, es este mismo amor el que a su vez conduce a *todos* a la Muerte por Cristo. En definitiva, la muerte ocasionada a unos y a otros por el mismo amor.

A partir de ahora y gracias a Jesucristo, la Muerte ha dejado de someter a los humanos al yugo del temor. Como así lo asegura la Carta a los Hebreos: *Porque así como los hijos comparten la carne y la sangre, así también Él participó de ellas: para destruir con la muerte al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo. Y liberar así a todos los que con el miedo a la muerte estaban toda su vida sujetos a la esclavitud.*⁹

Pero más que nada y por encima de todo, lo que era hasta ahora *el final* de una vida efímera y siempre dolorosa, se ha convertido, por obra de Jesucristo, en *el principio* de la auténtica y verdadera Vida.

La hija de Jairo

La narración de la resurrección de la hija de Jairo, relatada por los tres sinópticos, contiene dos detalles peculiares que no aparecen

⁸2 Cor 5:14.

⁹Heb 2: 14–15.

en las restantes crónicas de los milagros de la misma índole realizados por Jesucristo. Aparentemente circunstanciales y sin importancia, son sin embargo pormenores dignos de atención cuando se los examina mas detenidamente, como suele ocurrir con frecuencia con otros episodios evangélicos.

El primero lo narra solamente San Marcos, que es el que hace notar la reconvencción dirigida por Jesucristo al gentío que se había reunido en la casa del duelo:

—*¿Por qué alborotáis y estáis llorando?*

En cuanto al segundo, son los tres sinópticos los que cuentan las extrañas e insólitas palabras de Jesús que provocaron las risas y las burlas de la gente:

—*La niña no está muerta, sino que está dormida.*

(a) *Una algarabía desatinada*

Es evidente que la reprensión de Jesús a la gente, a causa del alboroto —*¿Por qué alborotáis y estáis llorando?*— contiene la advertencia implícita de que lo que se estaba haciendo *carecía de sentido*.

Y efectivamente así era, aunque haya que tener en cuenta que los hombres realizan a menudo cosas sin sentido, cuando creen que no pueden actuar de otra manera o cuando piensan que así les conviene; aunque luego nunca sepan explicar tales modos de comportamiento. En esta ocasión la algarabía estaba producida por un conjunto de llantos (sinceros, o pagados en el caso de las plañideras), de gritos y de pésames (en mayor o menor grado de sinceridad), y el acompañamiento de músicos junto al concurso de gente formado por amigos y vecinos. Es imposible saber cuál fue el momento, a lo largo de la Historia del hombre sobre la Tierra, en que al dolor profundo por la muerte de un ser querido se fue añadiendo paulatinamente el acompañamiento de bullicios y hasta de celebraciones.

Todo lo cual viene a ser, en definitiva, la expresión más clara del asombro y la consternación experimentados por el hombre ante el hecho, inexplicable e incomprensible, de la muerte y de las causas que la producen. ¿Por qué necesariamente ha de acabarse la vida de un ser humano? Y lo que es más pavoroso todavía: ¿Qué es lo que hay más allá de la muerte? Pues es de notar, acerca de este último punto, que los hombres, lo confiesen o no e incluso aunque muy a menudo lo nieguen insistentemente, nunca han podido desterrar el pensamiento de que *efectivamente existe algo al otro lado de este misterio*.

Aunque pueda parecer un gesto sin importancia, la amonestación de Jesús a causa del bullicio organizado por la muerte de la niña es una verdadera reconvención. Puesto que es una falsedad afirmar la imposibilidad de hallarle algún sentido a la muerte, dado que no carece de significados que son claros y evidentes. Posee un sentido negativo como castigo por el pecado que ha permanecido durante milenios. Y otro positivo adquirido del mismo Jesucristo y que consiste en la participación en su propia Muerte, la cual se convierte además en garantía de gloria y resurrección.

Por otra parte, el alboroto que los hombres suelen organizar ante la Muerte no es sino una forma de escudarse ante el perturbador sentimiento de *indefensión* que les produce tan tremendo acontecimiento. Quizá no tardaron demasiado tiempo en comprender que *nada podían hacer* ante lo que ponía fin a su existencia, después que habían decidido prescindir de Dios y erigirse a sí mismos como dioses, dando lugar a una situación en la que pensaron que *podrían hacerlo todo*.

Por último, los bullicios fúnebres son también un procedimiento de *distracción* organizado por los hombres para no enfrentarse con realidades que, o bien no saben explicar, o bien son dolorosas o

desagradables por más que se encuentren demasiado presentes ante sus ojos. Es otro de los modos de ejercicio de la estupidez humana, descrito gráficamente en la imagen del avestruz que esconde la cabeza a fin de no ver el peligro y poder imaginar que no existe. La actitud es más frecuente de lo que parece y las degeneradas sociedades modernas la practican con profusión. Una tremenda realidad que está conduciendo a millones de seres humanos a la perdición.

(b) *Una muerte que sólo es sueño*

Las palabras de Jesús pronunciadas ante el deceso de la hija de Jairo, además de ser las más extrañas jamás oídas ante el acontecimiento de la muerte, sonaron como un estruendo que alteró el ánimo de los asistentes:

—*La niña no está muerta, sino dormida.*

Por eso la concurrencia reaccionó con risas y burlas, que es lo que suelen hacer los hombres ante algo inesperado que los asombra y los desconcierta.

Tal vez sería oportuno recordar aquí las palabras de San Pablo: *Porque ya es hora de que despertéis del sueño.*¹⁰ Donde es evidente que el Apóstol hablaba en sentido figurado y no se refería al sueño natural. Como tampoco Jesucristo aludía a la muerte natural cuando aseguró que la niña estaba solamente dormida, afirmación que está en plena consonancia con su doctrina de no llamar Muerte sino solamente a la que lleva consigo la eterna condenación (Jn 6: 50–51; 6:58).

Pero entonces, ¿qué quiso decir San Pablo al dirigir esa advertencia a los Romanos? ¿Y qué significado debe atribuirse a las palabras de Jesucristo cuando habla de la situación de la niña fallecida?

¹⁰Ro 13:11.

Por supuesto que si se atribuye a la vida presente la condición de *sueño* —en el sentido que fuere—, se da entrada entonces a una nueva serie de preguntas: ¿Acaso es la vida presente un sueño y sólo se puede pensar en la futura como la vida real? ¿O es más bien lo contrario? Y en el supuesto de que sea la vida presente solamente un sueño, ¿en qué sentido lo es y cual es su proyección determinante con respecto a la vida futura?

El Cristianismo es una Religión sobrenatural cuya doctrina, dogmas y misterios pertenecen al orden sobrenatural. Pero cuyas proyecciones y vinculaciones están íntimamente *ligados* al orden natural, en cuanto que el hombre —para el cual existe la Religión—, siendo un ser creado perteneciente al orden natural, está sin embargo destinado a la vida eterna y sobrenatural. Por eso la vida humana —natural y sobrenatural a la vez— está llena de misterios que atañen igualmente a ambos órdenes.

La consecuencia concluye en la necesidad de remontarse al orden sobrenatural para preguntarse por el misterio de la vida humana: Si es acaso palpitable realidad o, por el contrario, un sueño cuyo sentido será necesario buscar. Con lo que se plantea un tema que, además de comportar difíciles implicaciones, no deja de ser de extraordinaria importancia.

Las palabras de San Pablo dirigidas a los Romanos son una evidente invectiva para exigirles que abandonen el sueño. Lo que significa que, según el Apóstol, sus discípulos se hallaban en una situación o estado de *dormición*. Y aunque ya hemos dicho que sus palabras no pueden ser interpretadas sino en un sentido figurado, de todas formas habrá que concederles al menos un cierto significado de *inconsciencia* o de existencia *fuera de la realidad* por parte de aquellos a quienes van dirigidas.

El problema puede parecer, al menos a primera vista, como objeto de una discusión baladí, aunque no deja de tener importancia por las implicaciones que afectan a la estructura natural–sobrenatural en que está configurada la naturaleza humana. Lo veremos después, cuando estudiemos las consecuencias que acarrea con respecto a su existencia sobrenatural, y más concretamente a la vida mística, en la dependencia de ambas con los contenidos de la Revelación.

Fue aparentemente Calderón, en su famoso drama de *La Vida es Sueño*, el primero que planteó de forma clara el problema de la condición de la vida humana: si es sueño o acaso una realidad. Para el personaje Segismundo la vida es un puro sueño carente de sentido:

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*¹¹

Lo que no deja de ser una concepción pagana de la vida. Pero el problema de la vida como sueño o como realidad aparece ya en los albores de la Revelación, aun antes de ser resuelto por el Cristianismo.

Si adelantamos desde ahora una concepción cristiana de la vida, habremos de conceder que su carácter primordial consiste efectivamente en el de ser un *sueño*. Que es lo que claramente se desprende de los dos textos bíblicos antes citados, conteniendo ambos respectivamente afirmaciones de Jesucristo, de una parte, y del Apóstol

¹¹Calderón, *La Vida es Sueño*, Monólogo de Segismundo, final de la Segunda Jornada.

San Pablo, de otra. Para quien vive el espíritu del Cristianismo, la vida es, por lo tanto, indudable y necesariamente *un sueño*.

Pero la condición propia del estado de sueño característica de la vida humana ha de ser interpretada en dos sentidos diferentes. Aludidos ambos respectivamente por los dos textos bíblicos citados, uno de los cuales es *enteramente negativo* mientras que el otro, por el contrario, es *eminente positivo*.

El carácter negativo de la vida como *sueño*, que en este caso viene a significar inconsciencia o existencia fuera de la realidad, es el denunciado por San Pablo en su recriminación dirigida a los Romanos: *Porque ya es hora de que despertéis del sueño*.

Por su parte, Jesucristo solamente considera vida verdadera, o vida real, la que está informada por la gracia y posee carácter sobrenatural: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia*.¹² Y todavía lo dice más expresamente en otro lugar: *En verdad os digo que quien oye mi palabra y cree en ella y en Aquél que me envió ya no viene a juicio, sino que pasa de la muerte a la vida*.¹³ Cosa que concuerda con la amonestación que San Pablo dirige a los Colosenses recordándoles su pasada condición: *Y a vosotros que estabais muertos por vuestros delitos y por la falta de circuncisión de vuestra carne os dio la vida juntamente con Él y os perdonó todos vuestros delitos*.¹⁴

Por lo que habría que entender que el cristiano que vive ajeno a la vida de la gracia no vive una existencia real. De tal modo, sin embargo, que su estado actual de inconsciencia o de dormición no es para él sino un premonitorio de la verdadera Muerte, que es la Muerte eterna.

¹²Jn 10:10.

¹³Jn 5:24.

¹⁴Col 2:13.

Para la concepción cristiana de la existencia, la vida es el sueño de una noche que espera la alborada del siguiente día para despertar y encontrarse con Cristo. Vista de ese modo, la vida es un sueño repleto de añoranzas, de ansiedades, de ilusiones y de esperanzas que, a la vez que hieren profundamente el alma, la impulsan con más fuerza a la búsqueda del Esposo. Al mismo tiempo que la llenan de gozo ante la seguridad de un despertar en el que tendrá lugar el encuentro de ambos. La noche sería entonces el momento del sueño, o el de la ausencia y búsqueda del Esposo:

*En el lecho, entre sueños, por la noche,
busqué al amado de mi alma,
busquéle y no le hallé.¹⁵*

Una de las notas comunes, aunque de las más olvidadas, de las tres virtudes teologales, tiene que ver con el sufrimiento. Siendo la Fe la creencia y la confianza en la oscuridad y la Caridad el amor que sufre de ausencias y de anhelos nunca colmados, la Esperanza, por su parte, ha de lidiar con las vicisitudes de una búsqueda que mira hacia un futuro siempre incierto en cuanto al momento de su desenlace, que incluso ha de contar con intervalos de aparentes fracasos, repletos de pesquisas infructuosas y a nada conducentes:

*Busqué hasta las estrellas
pensando que en alguna
iba a encontrar vestigios de tus huellas;
mas yo no hallé ninguna
caminando hacia el sol, desde la luna.*

¹⁵Ca 3:1.

Es en este sentido como mejor se entiende la Muerte como *final* y como *principio*. Fin de un mal sueño o de la noche de la angustia y comienzo del Día feliz de la Eterna Vida.

Por lo demás, la vida considerada como búsqueda del Esposo, al parecer perdido o tal vez oculto, es un tema normal en San Juan de la Cruz:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
dejándome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido.*¹⁶

De ahí la búsqueda emprendida durante los momentos de sueño de la Noche:

*En una Noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*¹⁷

El verdadero sufrimiento para un cristiano está relacionado con la virtud de la esperanza, como consecuencia del estado de alma ocasionado por la ausencia de Jesucristo, la Persona amada, o del Esposo, como diría *El Cantar de los Cantares*. De ahí la búsqueda apasionada emprendida en una afanosa tarea que, como otra paradoja más de las que contiene la llamada *vida mística* —la auténtica

¹⁶San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

¹⁷San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*.

vida cristiana en realidad—, es causa de vivos tormentos y de inefable felicidad a la vez:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no venga yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.*¹⁸

A pesar de que los hombres decidieron prescindir de Dios, una vez desterrada la idea de un paraíso supra terrenal para construir por su cuenta otro puramente terrestre al modo de otra Torre de Babel, el mundo sigue siendo un *Valle de Lágrimas* en el que se da la particularidad de que cada vez se llora con más intensidad. Las guerras, las calamidades, las epidemias, los crímenes y toda clase de delitos, el vicio y las aberraciones de la peor especie se han convertido en lugares comunes entre los hombres. Y todo para toparse al final con la muerte, para la que los humanos sin Dios aún no han encontrado explicación.

Los cristianos por su parte, que no son del mundo pero que están en el mundo y participan de todos sus avatares, necesariamente han de verse afectados por las miserias del entorno del que forman parte. Sin embargo, una vez que han hecho realidad la consigna de San Pablo por la que los impulsaba a *buscar las cosas de arriba, y no las de la tierra*,¹⁹ y han tenido presente también su advertencia acerca de que *los que disfrutan de este mundo hagan como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa*,²⁰ ponen su mirada en el Cielo y miran hacia las auténticas realidades.

¹⁸Ca 1:7.

¹⁹Col 3: 1–2.

²⁰1 Cor 7:31.

Pero ciertas actitudes del alma humana se comprenden mejor cuando los hombres las desconocen o cuando expresamente las arrojan fuera de su vida. Nada mejor para hacerse cargo del sentimiento de desesperanza, de absoluta falta de horizontes y de vacío interior que la obra teatral de Samuel Beckett *Esperando a Godot*.

La tragicomedia de Beckett (catalogada como perteneciente al teatro del absurdo) se estrena al principio de la década de los cincuenta del siglo pasado, y en ella aparecen dos personajes vagabundos, llamados Vladimir y Estragón, que esperan en un camino a un tal Godot del que nunca se consigue saber quién es y que jamás llega. Aunque Beckett siempre aseguró que Godot no se refería a Dios (*God* en inglés significa Dios), la mayoría de la crítica y el sentir popular identificaron la obra como una caricatura burlesca del sentimiento cristiano de la esperanza: vivir esperando la Segunda Venida de un Dios, definitivo Salvador del Mundo, pero que en realidad nunca llegará. En el segundo y último acto de la obra aparece un mensajero que comunica a Vladimir y Estragón que Godot no va a venir hoy pero que es seguro que *llegará mañana*. La obra termina, como era de esperar, en un final nihilista y una deducción concluyente: nadie va a venir y a nadie hay que esperar.

El paganismo, que ha decidido por su cuenta y riesgo que Dios no existe y que la esperanza cristiana es una necesidad, no encuentra otro final ni otro destino definitivo para el hombre que una desesperanza determinada por la nada y por el sepulcro (en palabras del existencialista Sartre). Claro que si eso es así siempre habría que preguntar: Pero entonces, ¿qué sentido tiene la vida, si es que acaso tiene alguno? ¿Y acaso valió la pena tomarse tantos trabajos para desterrar la idea de Dios del corazón de los hombres, puesto que, después de todo, nada tiene sentido?

Los cristianos, por el contrario, que según la paganía viven en el error, preciso es reconocer que, aun cuando así fuera, al menos ellos han encontrado sentido a la vida. Y las virtudes de la Fe y de la Esperanza les han infundido la seguridad de que están en lo cierto. Una seguridad que, por otra parte, contiene la suficiente carga para asegurarles la Felicidad ya desde esta vida:

*Y el Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!
Y el que oiga, que diga: ¡Ven!...
El que da testimonio de estas cosas dice:
Sí, voy enseguida.²¹*

Dos posturas diferentes: Los hombres ante la Muerte o Jesús ante la Muerte

Salvo que estén imbuidos del espíritu de Jesucristo, resulta imposible para los hombres dejar de adoptar una postura fatalista ante la Muerte. La Muerte es para ellos el final inevitable, la suma de todas las desgracias y el mayor de todos los infortunios. La mayor parte de las veces no saben reaccionar ante ella sino con el dolor y el llanto, rayanos con frecuencia con la desesperación.

Y apenas nadie cae en la cuenta del hecho de que la muerte, si bien siempre tuvo el carácter de castigo por causa del pecado, fue definitivamente vencida y cambiada su condición de punición por la de gloria. A pesar de lo cual *sigue teniendo para la paganía el carácter exclusivo de castigo*, si bien ahora según un doble concepto. Pues ya no es meramente un castigo, sino castigo que se niega a ser redimido ni a renunciar a su condición de ser objeto de una maldición.

²¹Ap 22: 17-20.

De tal manera que la Muerte, que antes de Cristo era efectivamente merecedora de dolor y de lágrimas, después de que los hombres han rechazado la Salvación que Él vino a proporcionarles, ha adquirido un nuevo carácter añadido de desesperación y de maldición para aquellos que la sufren, bien sea directa o indirectamente.

Y es que los hombres se han empeñado en vivir dentro del absurdo. Pues ya hemos dicho que no han querido enterarse de que la Muerte ya había sido definitivamente vencida:

—*¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria?*²²

Cuando Jesús se encaminaba a la casa de su fallecido amigo Lázaro le sale a su encuentro Marta, hermana del muerto y bañada en lágrimas. Pues Marta tampoco se había dado cuenta de que la Muerte, ya potencialmente sometida, estaba a punto de ser definitivamente vencida. De ahí la admonición que le hace Jesús:

—*Tu hermano resucitará.*

—*Lo sé, Señor* —le contesta ella—, *en el último día, cuando resuciten todos.*

Pero Jesús la conduce al camino de la verdad y le hace la gran revelación:

—*Marta, Yo soy la Resurrección y la Vida; ¿tú crees eso?*

Pues sucede que para los hombres que no han querido aceptar a Jesucristo, la Muerte es sencillamente el acabamiento y el final de todo. Sin embargo, Jesucristo es el único hombre en la Historia de la Humanidad que ha sido capaz de enfrentarse cara a cara con la Muerte y acabar con ella.

Por eso, frente a la Muerte, que para los hombres significaría el final, el acabamiento, el sepulcro, la corrupción y la nada, se alza la grande y solemne afirmación ante la que la misma Muerte retrocede y se arrodilla confundida:

—*Yo soy la Resurrección y la Vida.*

²²1 Cor 15:55.

Y no es que haya tenido lugar aquí un cambio accidental de situaciones *distintas*, sino un cambio sustancial de situaciones *opuestas*. Pues el castigo se ha trocado en premio, el dolor se ha cambiado en gozo, la derrota se ha visto sustituida por la victoria y la Muerte ha sido vencida definitivamente por la Vida.

Es por eso que para los cristianos, los cuales participan en todo de la vida y del destino de Jesucristo, no existe la Muerte. Pues no hay frontera alguna entre ella y la Vida. A una vida imperfecta y efímera, salpicada de dolores y de quebrantos, le sucede la Vida Perfecta que es la Eterna Vida. De tal manera que la Muerte no es sino el paso necesario —doloroso, pero paso al fin— de la una a la otra.²³ Ningún cristiano puede atribuirse para sí mismo la muerte en el sentido en el que los hombres la entienden. Pues la Muerte del cristiano, en cuanto que no le pertenece y no es suya por lo tanto, ¿de qué forma podría decirse que muere realmente?, según lo que dice el Apóstol: *Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él*,²⁴ para añadir poco después en la misma Carta a los Romanos:

*Pues ninguno de nosotros vive para sí,
y ninguno de nosotros muere para sí.
Si vivimos, para el Señor vivimos,
y si morimos, para el Señor morimos.
En fin, sea que vivamos o sea que muramos,
del Señor somos.*²⁵

²³En este sentido, la Muerte podría ser interpretada como el epílogo del dolor. Pero el dolor causado por la muerte (para el que la sufre y para con sus deudos) no tiene solamente el carácter de epílogo, como veremos después.

²⁴Ro 6:8.

²⁵Ro 14: 7-8.

Además de eso, el cristiano ya no vive esclavizado por el temor de la muerte: *Liberó a todos aquellos que con el miedo a la muerte estaban toda su vida sujetos a esclavitud.*²⁶ Un temor que atenaza a todos los hombres pero que para el cristiano se convierte en confianza tranquilizadora, además de ir acompañado por la segura certeza de que la Muerte le abre el camino a la verdadera Vida.

Por otra parte, el cristiano no solamente ya no es un esclavo sometido al temor de la Muerte, sino que es ahora su dueño y señor:

*Todas las cosas son vuestras:
ya sea Pablo, o Apolo, o Cefas;
ya sea el mundo, o la vida, o la muerte;
ya sea lo presente o lo futuro,
porque todas las cosas son vuestras
y vosotros sois de Cristo.*²⁷

La hermosura de la muerte cristiana

Los cristianos piadosos suelen encomendarse diariamente a San José con una bella jaculatoria en la que recaban de su intercesión para que les sea concedida una buena muerte. Es una fervorosa y poderosa impetración digna de ser practicada todos los días por cualquier fiel de la Iglesia que se precie de su condición.

Pero cuando los cristianos se dirigen devotamente al Santo Patrono de la Iglesia Universal con esa oración, en la seguridad de conseguir de su intercesión una muerte piadosa como culminación de su existencia terrena, es evidente que piensan en algo mucho más elevado que lo que se deriva del estricto significado de la expresión *buena muerte*.

²⁶Heb 2:15.

²⁷1 Cor 3: 21-23.

Cosa que se debe a que la petición a la que se refiere la jaculatoria no expresa suficientemente lo que supone la muerte cristiana. La cual, mucho más allá de lo que queda circunscrito en el enunciado de una *buena muerte*, es más bien la bella culminación de una existencia que, habiendo consistido en amar, eclosiona ahora en la hermosura del mayor acto de amor que le ha sido dado realizar al hombre durante el estado de su peregrinaje terrestre. Y de ahí su belleza, en cuanto que es un acto de amor y el más elevado de todos ellos. Y el amor es la más sublime e inefable realidad existente tanto en el Cielo como en la Tierra.

Claro que enseguida se interpone una primera pregunta que a cualquiera se le puede ocurrir y a la que es necesario satisfacer: *¿Por qué es precisamente la Muerte un acto de amor?*

Y la respuesta es rápida y contundente: porque es la mayor y mejor demostración de amor que cualquiera es capaz de otorgar. Tal como ya lo afirmó expresamente el mismo Jesucristo: *Nadie demuestra mayor amor que quien da la vida por sus amigos.*²⁸

Ahora bien, si la Muerte es una *demostración* de amor, tal cosa no es posible sino porque ella en sí misma es un *acto de amor*, y aun el mayor de todos los actos de amor posibles según ya fue dicho.

Cuestión a la que necesariamente sigue la segunda pregunta, no menos importante que la primera: *¿De dónde le viene a la muerte cristiana ser un acto de amor e incluso el mayor de todos los posibles actos de amor?*

La respuesta es fácil para quien conozca el entramado de la existencia cristiana. Sin embargo, las verdades más fundamentales de la vida cristiana hace ya demasiado tiempo que fueron olvidadas por aquellos mismos que fueron bautizados, aunque aún sigan creyendo que participan de las enseñanzas de Jesucristo. Por eso la Muerte

²⁸Jn 15:13.

continúa estando marcada por un sentido fatalista incluso para los mismos cristianos, o sin que se espere de ella otra cosa, en el mejor de los casos, que un piadoso final acompañado por la esperanza de la Salvación.

Pero la muerte del cristiano es un acto de amor. Y hasta el más bello y perfecto de todos los actos de amor posibles, precisamente porque es una *participación en la muerte del mismo Jesucristo*. Pues los cristianos han olvidado, o ignoran por completo con demasiada frecuencia, que fueron creados y bautizados *con vistas a ese acto supremo que es la culminación de su existencia terrena*, tal como expresamente lo afirma San Pablo: *¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados para participar en su muerte?*²⁹

A lo más que aspira quien ama ardientemente es a participar de la existencia de la persona amada, según un auténtico intercambio de vidas que las lleva a confundirse en un mismo destino. El verdadero amor conduce a una entrega mutua y *total* entre los que se aman, incluidas la vida y la muerte, que es otra idea olvidada en los actuales tiempos de apostasía y paganismo en los que se ha perdido la idea del amor.

Y sin embargo se trata de ideas centrales que estructuran la relación de amor divino–humana, tal como fue configurada desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento:

Mi amado es para mí y yo soy para él.

Pastorea entre azucenas.

.....

Yo soy para mi amado

*y a mí tienden todos sus anhelos.*³⁰

²⁹Ro 6:3.

³⁰Ca 2:16; 7:11.

El lenguaje poético y todavía velado de *El Cantar de los Cantares* se ve superado por el lenguaje realista, aunque ya claramente más sobrenatural y trascendente del Nuevo Testamento: *El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él.*³¹ Si juntos en la vida —formando una sola vida—, unidos también en la Muerte. Por eso la identificación con Cristo no alcanza su plenitud en la existencia del cristiano hasta el momento de su muerte: si la vida del uno ha sido también la del otro, igual cosa en la Muerte. Donde la muerte del discípulo se identifica con la de su Maestro, y de ahí la importancia de la *participación* en la Misa.

La transcendencia de esta *participación* alcanza su fundamento en que, siendo la Misa el verdadero Sacrificio de Jesucristo —no simbólico, sino hecho realidad aquí y ahora en el Altar, aunque no se trate de una repetición en el tiempo— el cristiano *participa también realmente de ese Sacrificio*. Participación que es calificada por San Pablo como un *anuncio* de la Muerte del Señor: *Cuantas veces coméis de este pan y bebéis de este cáliz anunciáis la muerte del Señor, hasta que Él venga.*³² Se trata para el Apóstol, por lo tanto, de un testimonio viviente de la Muerte del Señor, hecho ahora realidad en la vida del cristiano como primicia de lo que ha de ser su muerte definitiva. De tal manera, sin embargo, que así como las arras o primicias contienen ya un adelanto *real* de lo que será el fruto definitivo, lo mismo sucede con el anuncio de la Muerte de su Señor que lleva a cabo cada cristiano en la Misa y que luego ha de hacerse verdad en su vida ordinaria de cada día, como adelanto de su muerte en la que se consumará al fin su identificación total con Jesucristo. De ahí la gravedad de que la idea del sacrificio quede diluida —cuando no eliminada— en la Misa del *Novus Ordo*.

³¹Jn 6:56. Cf 15:5; Ga 2:20.

³²1 Cor 11:26.

Según estas premisas, así como la muerte del cristiano ya no es su propia muerte, sino *la Muerte de Cristo convertida en suya propia*, tampoco su vida es ya su propia vida, según lo afirmaba el Apóstol: *Cristo murió por todos a fin de que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquél que murió y también resucitó por ellos.*³³ De modo que si la vida del cristiano ya no es su propia vida, sino la de Cristo (que es ahora la propiamente suya, según la ley de la reciprocidad en el amor), y su muerte tampoco es suya sino la de Cristo (que es ahora la suya, según la misma ley), ¿dónde están ahora las amarguras de la vida y dónde están en el presente las angustias y el miedo a la muerte? Una vez que la persona enamorada verdaderamente se encuentra con que ha hecho suya toda la existencia y el destino de la persona amada, al mismo tiempo que ésta última se ha apropiado también en reciprocidad de la vida y el destino de la primera, ¿qué es lo que podría impedir disfrutar plenamente del sentimiento de la Felicidad? Que por eso decía Chesterton que *la alegría es el gigantesco secreto del cristiano*.

El cristiano que en verdad se siente enamorado de Jesucristo —¿y algún cristiano podría no sentirse seducido por Él?—, no solamente ya no teme a la muerte, sino que la desea como paso último para su encuentro con el Señor. Así es como su vida, caminando a través del *Valle de Lágrimas*, por una senda *estrecha, abrupta y empinada*, se convierte en un itinerario lleno de esperanza, que mira con gozo hacia el final del camino en la seguridad de que encontrará finalmente a Aquél a quien buscó durante toda su existencia:

³³2 Cor 5:15.

*A la rosada aurora
salí a buscar, con paso apresurado,
a Aquél que me enamora.
Y habiéndole encontrado en buena hora,
a fuer de enamorado,
morir quise de amor junto a mi Amado.*

El cristiano tibio no ha conocido el verdadero amor, y de ahí que la vida haya transcurrido para él *sin vivirla en realidad*. Ha empleado todo el tiempo de su existencia en buscar la felicidad sin jamás hallarla, ni tampoco ha conocido nunca la alegría aparte de lo que fugazmente alguna vez ha oído hablar de ella. En ningún momento ha logrado liberarse del yugo del temor a la muerte, mientras que la existencia no ha sido para él sino una vida de muerte anticipada. Pasó como una ráfaga de viento, que sopla en un momento y no deja rastro y sin que ya jamás sea de nadie recordado.

El cristiano que ama a Jesucristo, por el contrario, mira a la muerte con la alegría que le causa una seguridad, la del encuentro definitivo con Aquél a quien, durante toda su vida, ha buscado y deseado con ansiedad en su corazón:

*¡Si al recorrer el valle consiguiera
en el bosque de abetos encontrarte,
hasta que, hallado al fin y contemplarte
muerte de amor contigo compartiera...!*

EL BUEN PASTOR¹

(Jn 10: 11–16)

1. De algunos errores sobre la división de Pastores y Fieles en la Iglesia.

Jesucristo fundó su Iglesia instituyendo en ella dos clases de fieles: los Pastores y los simples fieles. De ahí que la Doctrina haya considerado siempre a la Iglesia como dividida en dos estamentos distintos aunque formando un solo Cuerpo. Los cuales son llamados respectivamente Iglesia *docente*, o de los Pastores, e Iglesia *disciente* formada por el resto de los fieles.

Corresponden a la primera, integrada por los Pastores, las funciones de *santificar, enseñar y gobernar* al resto de los fieles. Mientras que a la segunda compete la disposición a escuchar la recta doctrina de boca de sus Pastores, obedeciendo sus mandatos y recibiendo de ellos los medios para su santificación.

Esta forma de estar constituida la Iglesia es de *disposición divina* y no puede ser cambiada, por lo tanto, ni siquiera por la misma Iglesia. Lo cual es una verdad de Fe siempre reconocida por la Iglesia y no susceptible de discusión. O al menos eso es lo que debiera ser, aunque de hecho no haya sucedido así siempre y menos todavía en los tiempos más modernos.

¹Predicado el 19 de Abril de 2015.

Por más que se diga que el hombre es un ser de naturaleza racional, sería falso asegurar que siempre actúa *racionalmente*. Y para decir toda la verdad, es un hecho comprobado que la mayoría de las veces anda lejos de comportarse conforme a la manera que correspondería a su naturaleza.

Aunque parezca difícil de creer, es necesario reconocer que la *fidelidad* a Jesucristo es cosa de excepción en la Iglesia. Ni por parte de los Pastores ni por parte de los fieles. Lo cual ha dado lugar a la aparición de Pastores que nunca han sabido ser Pastores y que forman un conjunto de variadas especies de las que después hablaremos. Para mayor sorpresa, igualmente han surgido multitud de ovejas que se consideran Pastores, las cuales no han comprendido cual es su carisma propio y cual es su función en la Iglesia. Todo ello debido a un conjunto de ideas confusas en gran parte introducidas por la teología modernista de la Nueva Iglesia.

Conviene sin embargo, antes de continuar con el tema, hacer referencia a las razones que han contribuido a hacer posible la aparición de un fenómeno que ha transformado la vida de la Iglesia y ha subvertido todas sus estructuras. Tengamos en cuenta que los cambios importantes de ideas que se producen en una sociedad no surgen de forma repentina, sino que son el resultado de la confluencia de una serie de antecedentes y de causas por lo general bastante complejos.

En nuestro caso concreto, el precedente más próximo debe ser señalado en el movimiento de ideas surgidas del Concilio Vaticano II. El cual estuvo manejado por grupos progresistas adictos a la herejía modernista, que fueron en realidad los que determinaron los procedimientos y pautas a seguir. Cuya principal arma, característica la más importante del modernismo, es el manejo de la *confusión*, conseguida sobre todo mediante la utilización del lenguaje intelligen-

temente manipulado como medio eficaz para introducir las ideas a difundir.

El hecho de que más de dos mil Obispos de la Iglesia, procedentes de todas partes del mundo, coincidieran en firmar y proclamar ideas y doctrinas con frecuencia *contrarias a la Tradición de la Iglesia*, un suceso sin precedentes en la vida de la Iglesia y en la historia de los Concilios, es un misterio imposible de aclarar acudiendo a razones históricas o sociológicas que siempre resultarían insuficientes. En la actualidad han transcurrido más de cincuenta años, después de haber sido clausurado el Concilio, y aún parece menos probable que vaya a aparecer alguien capaz de atreverse a plantear o afrontar el problema.

Pues los humanos no tienen por costumbre reconocer ciertos hechos que, por sus especiales características, resultan igualmente difíciles y desagradables de explicar; y de ahí que se sientan reacios a profundizar en las verdaderas razones de ciertos acontecimientos graves de la Historia y descubrir las causas que los motivaron. Quizá porque, al ser conocidas en sus últimas razones, los hombres sienten aversión ante la posibilidad de confesarse como sus causantes.

El espíritu modernista de algunos Documentos del Concilio junto a su lenguaje deliberadamente ambiguo, utilizado para dar paso a ciertas doctrinas ajenas a la Revelación y a la Tradición bimilenaria de la Iglesia, desataron una *marejada de confusión* que afectó tanto a los Pastores como a los fieles. Las consecuencias inmediatas se concretaron en una apostasía que determinó la deserción de la casi generalidad de los Pastores y la de un número de fieles que habrá rebasado el de muchos millares. Todos los cuales, de una manera más o menos consciente pero siempre culpable, pasaron a formar parte de la *Nueva Iglesia*.

Esta deserción, que con toda propiedad puede ser calificada como apostasía, se ha manifestado de múltiples maneras. Pero, por lo que hace concretamente al problema de la distinción de Pastores y simples fieles, el fenómeno ha aparecido con manifestaciones externas bastante peculiares y hasta curiosas, aunque nadie se atreva a reconocerlas. Las figuras surgidas del fenómeno, híbridas e incluso ridículas, son las del Pastor empeñado en no distinguirse del mundo o *clérigo secularizado*, de una parte; mientras que de otra nos encontramos con su contraria, o la del *seglar clericalizado*. Ambas son fruto de un vergonzoso e inconfesado *complejo de inferioridad* que a su vez es hijo del miedo.

Cuando el Papa Juan XXIII proclamó con toda solemnidad, en el discurso de apertura del Concilio Vaticano II, la consigna de que la Iglesia *se abría definitivamente al mundo*, abrió la puerta sin saberlo a una legión de demonios que aguardaban impacientes a la entrada de un Recinto que hasta ahora no habían logrado traspasar.

Las decisiones sobre hechos que atentan contra la naturaleza de las cosas siempre originan desastres cuyos daños y consecuencias son difíciles de calcular de momento, e imposibles de prever con respecto a un futuro más o menos próximo.

El Modernismo, que nunca ha creído en los milagros, consiguió sin embargo uno demasiado importante. El de que la Iglesia *dejara de oír la voz de Dios*, expresada en las Escrituras y en la Tradición, *para escuchar en su lugar la del mundo*.

La Iglesia no podía abrirse al mundo en modo alguno, desde el momento en que sería obrar contra su propia naturaleza tal como había sido creada e instituida por Jesucristo. Desgraciadamente, sin embargo, los muchos años de crítica racionalista bíblica protestante ya habían hecho mella en la Teología católica, que había alcanzado un punto en el que apenas si creía ya en la Revelación. Por eso hizo

caso omiso de una doctrina que estaba contenida en ella demasiado claramente: *¡Adúlteros! ¿No sabéis que la amistad con este mundo significa la enemistad con Dios? Quienquiera que se haga amigo de este mundo se hace enemigo de Dios.*² Jesucristo ya había dicho, hablando de sus discípulos en la Oración Sacerdotal dirigida a su Padre: *Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, lo mismo que yo tampoco soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. No son del mundo, lo mismo que tampoco yo soy del mundo.*³ El mismo apóstol San Juan también ahondaba en el tema exhortando en su Primera Carta: *No améis al mundo ni a las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.*⁴

2. Un clero “desnortizado”.

Así como se dice que el pecado introdujo la muerte en el mundo, también el discurso inaugural de Juan XXIII introdujo la confusión en la Iglesia en todos los órdenes.

Los Obispos, elegidos ahora casi siempre entre hombres de poco carácter y adictos al nuevo régimen, se sintieron obligados a llegar hasta sus fieles haciendo alarde de gestos de aparente humildad que en realidad denotaban más bien poca inteligencia. Se hizo costumbre tomar posesión de una Diócesis y saludar a los fieles mediante un discurso en el que el Obispo anunciaba que había llegado allí *para aprender*. Lo que dicho por un Sucesor de los Apóstoles, Maestro y Padre en la Fe al que se le ha encomendado la tarea de santificar y guiar a las ovejas, es cosa difícil de explicar. Cualquiera puede imaginar lo que sucedería en una escuela si el nuevo maestro se presentara

²San 4:4.

³Jn 17: 14–16.

⁴1 Jn 2:15.

el primer día ante los niños diciendo que había ido allí *para aprender*. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que toda la Cristiandad se sintiera confusa ante el gesto del nuevo Papa Francisco, cuando apareció en el balcón para presentarse a la muchedumbre pidiendo ser bendecido por ella. Comenzaba a trastocarse y vaciarse de sentido el significado de todas las virtudes cristianas: a la deposición de los *deberes inherentes* al cargo se denominó desde ahora humildad; a la voluntaria y buscada exhibición de una supuesta y demagógica indigencia, se empezó a llamar pobreza; a las arbitrarias e injustificadas disposiciones por virtud de las cuales se anulaba a quienes convenía, se puso desde entonces el nombre de misericordia, etc.

Aún fue mayor, si cabe, el desbarajuste producido entre los estamentos del simple clero y del laicado. Dos principales patrañas, tan burdas como extravagantes, causaron estragos y fueron difundidas en cada uno de ambos estamentos por los *peritos* modernistas del Concilio: todos bien instruidos en el manejo de los instrumentos de confusión mediante toda clase de operaciones necesarias, como pudieron ser la manipulación de las Escrituras, el uso del lenguaje ambiguo, la frecuencia en desautorizar el valor de la Tradición y la autoridad de los Concilios, la continua ridiculización del tomismo y la imputación de obsoleto a todo el Magisterio preconiliar, etc. Todo lo cual fue suficiente para desorganizar hasta su práctica destrucción a ambos estamentos de la Iglesia.

El hecho de que partes importantes de la sociedad, y a veces hasta la sociedad entera, hayan aceptado sin discusión las mentiras más disparatadas, sería un arduo misterio de no estar suficientemente comprobada por la experiencia la eficacia de la consigna de Lenin: *mentir con la mayor intensidad posible, puesto que la aceptación de la mentira es directamente proporcional a su magnitud*.

La falacia introducida entre el simple clero hubiera parecido demasiado cerril y arrabalera como para ser aceptada por cualquier ser dotado de capacidad de entendimiento. Sin embargo el hecho está ahí, *puesto que fue recibida sin el menor examen ni la más mínima reprobación por el clero en su totalidad*. Y se hizo realidad cuando se aceptó como norma la necesidad de eliminar cualquier diferencia de apariencias entre el sacerdote y el simple laico, a fin de lograr una mayor eficacia pastoral. Puesto que la Iglesia acababa de abrirse al mundo, era preciso que el sacerdote no apareciera como distinto a los demás hombres, una vez que quedaba demostrado que el más eficaz acercamiento a ellos obligaba a ser uno más entre los demás. O dicho con otras palabras, *la manera más eficaz de ser sacerdote era la de no aparecer como sacerdote ni actuar como sacerdote*. Otro modo más de hacer del absurdo algo racional y de enviar la Lógica al cubo de la basura.

Como resultado de estas alucinaciones la Cristiandad asistió asombrada a la aparición de la figura del *sacerdote aseglarado*, o más propiamente la del *sacerdote seglar*. El ambiente se pobló de sacerdotes descamisados vestidos de pantalones vaqueros, de clérigos sesentones vestidos al estilo de jóvenes de quince años, de sacerdotes jóvenes esforzándose en adoptar maneras de más fácil aproximación a la juventud (*¡Lláname Pepe!*), etc.

En definitiva, al inmenso e incalculable daño que se hizo al conjunto de los fieles hay que sumar la situación de general *ridículo* que ofreció ante el mundo el clero de la Iglesia. Tanto por parte del clero bajo como por la del clero alto.

3. Los ministros eucarísticos.

Imposible desentrañar el enredo organizado en la Iglesia por arte del Gran Embustero. Pues todavía fue mayor la otra patraña intro-

ducida en esta materia por el Modernismo en el seno del Catolicismo, la cual produjo mayor confusión y peores daños que los causados por la anterior. Esta nueva y disparatada falsedad fue difundida por la herejía modernista en el ámbito eclesial con un éxito sin precedentes y sin oposición alguna, de tal manera que aun hoy resulta imposible comprender la forma en que fue aceptada unánimemente por el estamento laical.

Según la herejía modernista, *los seculares han sido objeto de opresión durante veinte siglos por el clero*, por lo que es llegado el momento de que los que hasta ahora han sido vejados se alcen para *reivindicar sus derechos*. Para los modernistas es preciso que el laicado recupere la autonomía y la libertad que le corresponden por derecho propio, como único modo de realizarse en la Iglesia según las exigencias de su propio carisma y liberarse del yugo con el que el clero lo ha sojuzgado durante tanto tiempo.

Y tal como ocurre con el espíritu de novedad que siempre acompaña a cualquier invento, el alegato era tan original e inédito entre el pueblo cristiano que hubiera sido suficiente para que ni siquiera fuera tenido en cuenta, de no ser porque el ambiente se encontraba ya bien abonado para aceptar cualquier clase de mentiras. Las cuales, como se sabe, son recibidas con más unanimidad y más entusiasta adhesión según sea mayor la magnitud del engaño, tal como dicta la famosa y conocida regla de Lenin.

A fuer de verdad, a lo largo de toda la historia de la Iglesia jamás el conjunto de los fieles había abrigado la más mínima idea de sentirse oprimido por el clero. Por lo que no puede decirse que la teoría fuera recibida como la expresión de sentimientos reprimidos y nunca expresados, sino como algo tan nuevo y sorprendente como lo que pudo haber ocurrido en el mundo con el descubrimiento de la ley de la gravedad o la invención de la imprenta. Lo cual no pudo

impedir que el infundio fuera aceptado por la unanimidad de los fieles *como si siempre hubiera estado latente en el ánimo de todos*.

Lo que hace patente dos grandes realidades que, al igual que tantas otras, suelen pasar inadvertidas. La primera de las cuales se refiere al estado lastimoso al que ha quedado reducida la naturaleza humana después de la caída, a pesar de la restauración que le había sido otorgada por la Redención: siempre dispuesta la naturaleza a aceptar cualquier cosa, por falsa y nociva que sea, con tal que satisfaga las apetencias de sus sentimientos más bajos. En cuanto a la segunda realidad, es otra muestra del estado progresivo de degradación que ya venía afectando al mundo cristiano, pero que haría definitivamente eclosión con los resultados del Concilio Vaticano II. Los cuales desembocarían finalmente en la situación de *apostasía general* que ya se cernía sobre la Iglesia.

La doctrina de la Revelación, junto a las enseñanzas constantes de los Padres y del Magisterio a lo largo de toda la historia de la Iglesia, fueron unánimes en afirmar lo contrario de lo difundido por el engaño modernista. El Nuevo Testamento señala al sacerdote como *constituido en favor de los hombres a fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados*.⁵ Por lo tanto *constituido en favor de los hombres*. Y además para que ofrezca sacrificios por los pecados; no sólo por los del pueblo cristiano, sino también por los suyos propios como uno más entre sus hermanos puesto que también él *está rodeado de debilidad*.⁶ Por otra parte, ya Jesucristo había dejado bien establecido que el verdadero pastor es aquél que *da la vida por sus ovejas*.⁷ Doctrinas que en modo alguno parecen compatibles con el concepto de *opresor* que el Modernismo asigna al sacerdote.

⁵Heb 5:1.

⁶Heb 5:2.

⁷Jn 10:11.

A pesar de todo, una vez más el Gran Enredador consiguió sus propósitos. Las ovejas se lanzaron como locas a convertirse en pastores olvidando que la condición de oveja en la Iglesia no supone ninguna humillación, pues también los Pastores son ovejas en el Rebaño de Cristo, que es el único *Pastor Supremo*⁸ de todas ellas.

De este modo el Padre de todas las Mentiras logró que muchos laicos, a semejanza de lo que había ocurrido con el clero, cayeran en el absurdo de creer que *la mejor manera de realizarse como seglares es la de convertirse en sacerdotes*. O al menos en medio sacerdotes o cuasisacerdotes, que es otro producto híbrido todavía peor.

A partir de ese momento, una inmensa turba de ministros, ministros eucarísticos y de otras actividades pastorales, agentes pastorales, predicadores y educadores laicos, seglares avanzados todos ellos dispuestos a *monitorear* cualquier actividad eclesiástica..., con todo un numeroso ejército de seglares que se sintieron repentinamente animados de espíritu de mando dentro de la Iglesia. La desgraciada masa de infelices fieles de Jesucristo se vio forzada a sufrir, quizá de forma más o menos inconsciente, las tropelías *evangelizadoras* de una tropa que se había visto de repente convertida en oficialidad. La euforia se hizo general y las librerías diocesanas se llenaron de volúmenes de la especie de *La hora de los laicos*, *Laicos en marcha* o cosas semejantes, casi todos ellos escritos por jesuitas y tan rebosantes de teología como lleno pueda estar un cántaro de agua cuando va camino de la fuente. Todo lo cual como si los laicos no hubieran visto nunca su hora ni hubieran significado nada desde el principio del Cristianismo, o porque tal vez habían permanecido en estado de somnolencia mientras los clérigos continuaban disponiendo a su antojo y avasallando al infeliz estamento secular.

⁸1 Pe 5:4.

Como decía el Segismundo de Calderón en *La vida es sueño*, aunque refiriéndose a los reyes. En una expresión que en este caso, extrapolada del auto sacramental, podría hacer referencia a una imaginaria situación de *opresión* por parte del clero y que, según los modernistas de la Nueva Iglesia, debía ser extirpada radicalmente:

*con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando.*

El primer efecto devastador producido por todo este barullo, aunque no el menos grave, consistió en la *pérdida de la propia identidad* por parte de los seglares y el olvido de la transcendencia de su propio carisma, con el abandono de las importantes funciones propias de su estado y a las que por vocación habían sido llamados.

Los seglares cristianos, como bautizados miembros de la Iglesia, participan del sacerdocio de Jesucristo —el sacerdocio común de los fieles— en primer lugar. Mientras que, por otra parte, por el sacramento de la confirmación han sido constituidos como soldados de la Milicia de Jesucristo —*milites Christi*—, con la singular e imprescindible tarea de dar testimonio de Él en medio del mundo y de *santificar sus estructuras* desde su condición de seglares. Según lo cual les corresponden las tareas que rigen el funcionamiento de la Sociedad: las funciones de Gobierno y de Relaciones internacionales, Defensa, Orden público, Administración de Justicia, Educación, Sanidad, Beneficencia y Situaciones de jubilación, Comercio, Finanzas, Industria, Investigación científica y Mundo cultural, Régimen de espectáculos y deportes, etc., etc. Todas ellas funciones exclusivas y propias de los seglares y que en modo alguno corresponden al clero.

Aunque el papel más importante asignado por Dios a los seglares es el que corresponde a la creación y funcionamiento de la familia, que es la célula básica de la organización y mantenimiento de la sociedad. Dentro de la cual es donde deben llevar a cabo la obra más

importante que Dios les ha encomendado como tarea más específica y fundamental: *la formación y educación de los hijos como hombres y como cristianos*. Una función que corresponde en primer lugar a los padres y no a los sacerdotes, quienes con respecto a ellos ejercen en esta materia un papel de segundo orden.

Aquí es preciso insistir en que el Gran Engañador produjo en este orden de cosas un daño devastador. Con motivo de los nuevos vientos que soplaban en la Iglesia, multitud de seglares se sintieron animados a convertirse en semiclerigos dispuestos a realizar funciones evangelizadoras y de culto. Con el resultado de un efecto asolador que con toda seguridad habrá conducido a la perdición a un número de almas sólo de Dios conocido.

Los *ministros eucarísticos* en particular, con toda seguridad que sin proponérselo por su parte, han causado un grave daño a la Fe de los fieles; por más que esta afirmación escandalice los oídos de muchos, los cuales no estarán dispuestos a examinar serenamente los hechos.

Partiendo de la realidad de la insuficiencia de sacerdotes, pareció razonable la opinión de muchos de ellos que se sentían desbordados para administrar la Eucaristía. De ahí que se concluyera en la necesidad de instituir los *ministros eucarísticos*, lo cual se llevó a cabo por cantidad de millares con personas de todas clases y condiciones. De forma restringida al principio pero a compuertas abiertas después. Se elaboraron listas que en un primer momento fueron estrictas en la elección de personas aptas para recibir este ministerio. Pero no pasó mucho tiempo sin que el número de personas consideradas adecuadas para distribuir el Sacramento se fuera incrementando hasta hacerse demasiado numeroso, a tal punto que resultaba mucho más fácil *enumerar a las personas no autorizadas para recibir este ministerio*. Así se fue dando lugar al espectáculo de mujeres sin medias

o con calcetines cortos, de jóvenes minifalderas, o incluso de gentes sin fe o de conducta dudosa distribuyendo la Eucaristía mientras los sacerdotes permanecían en sus asientos. Todo lo cual en multitud de lugares, y especialmente en los grandes Congresos Eucarísticos Internacionales, fue ocasión para que se produjeran infinidad de sacrilegios.

Antes de enumerar las verdaderas causas que originaron la aparición de este fenómeno en la Iglesia, conviene notar que hubo en este caso una exagerada estimación del problema. Admitiendo la indiscutible realidad de la extraordinaria falta de sacerdotes, también es razonable recordar que la fatiga y el cansancio son condiciones inherentes al ministerio del sacerdote, cuyas manos son las únicas que fueron consagradas para tocar y distribuir la Eucaristía: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece solo; pero si muere, entonces da mucho fruto.*⁹ Siempre fue el agotamiento el instrumento con el que los verdaderos sacerdotes realizaron en la Iglesia la labor de evangelización, y hace ya demasiado tiempo que el general cartaginés Almirar Barca dijo que *solamente los soldados cansados son los que ganan las batallas.*

En cuanto a las causas a las que asignar la aparición de los *ministros eucarísticos*, lo primero que salta a la vista es la costumbre, ya generalizada en la Iglesia, de dar de lado al origen de los problemas o, en todo caso, de achacar su existencia a razones que nada tienen que ver con la realidad. Con respecto al asunto concreto que estamos comentando, fueron varias y muy graves las circunstancias que dieron lugar a su aparición.

Ante todo, la *crisis de identidad del sacerdocio*, como idea surgida de las interpretaciones originadas según el llamado *espíritu del Concilio* y fomentadas por toda la teología modernista posterior.

⁹Jn 12:24.

No poco contribuyó también la libertad general de secularización del clero permitida por Pablo VI, de la que no tardó en arrepentirse al comprobar la deserción general de la que fue seguida. Ambas causas se alimentaron mutuamente.

La pérdida de prestigio y de autoridad por parte de la Jerarquía, junto a las ideas de *democratización de la Iglesia*, también introducidas por el Concilio y que contribuyeron a diluir la importancia del papel del sacerdote entre los fieles.

La falta de cuidado y de atención al clero en general por parte de la Jerarquía de la Iglesia. De hecho se abandonó la atención y vigilancia a los Seminarios, Facultades Teológicas y Centros de formación, descuidando por completo la atención a la enseñanza prestada en ellos. Junto a eso se permitió la infiltración, con toda impunidad y durante muchos años, especialmente en los Seminarios, de las doctrinas marxistas, de las teorías favorables a la homosexualidad e incluso de los elementos que la practicaban. Alcanzando el colmo de la gravedad del problema una vez surgido el lamentable y triste fenómeno de la pederastia, que fue una ocasión aprovechada por la Autoridad eclesiástica para arremeter contra el bajo clero y atribuirle todo el peso de la culpa.

Y para concluir el tratamiento de este tema, ya solamente resta aludir al principal y más grave efecto que ha producido en la Iglesia la institución de los *ministros eucarísticos*. Los cuales han contribuido, como una de las principales causas del problema, a la actual falta de respeto a la Eucaristía que se observa en la inmensa generalidad de los fieles, en primer lugar. Pero sobre todo y principalmente, a *la pérdida de la fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía* por parte de la práctica generalidad del Pueblo cristiano.

Y es que algunas veces, aunque no sean demasiadas, los hombres reaccionan conforme a las exigencias que la misma Lógica impone

—quieras que no— a la naturaleza racional. Si la Iglesia permite, e incluso fomenta, que la Eucaristía sea tratada de ese modo: por cualquiera y de cualquier manera, si ya no hacen falta las manos consagradas, sin la menor muestra de respeto ni vestigios aparentes de fe por parte de quienes la administran, e incluso a veces con facilidades para que los mismos fieles se puedan servir de ella en forma de autoservicio..., ¿cómo es posible pretender seriamente, después de eso, que todavía alguien crea en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía?

*4. Los ministros lectores
en las Funciones Litúrgicas
y algunos otros ministerios.*

El daño producido en la Iglesia por la llamada *promoción de los seglares* es incalculable y sólo Dios puede conocerlo. Parece que se daba por descontado que Jesucristo, Fundador de la Iglesia, no había dejado suficientemente *promovida* la situación de los seglares, como consecuencia de lo cual los fieles permanecieron en una lastimosa postración durante veinte siglos.

La capacidad de aceptación de patrañas, por muy disparatadas que sean, por parte de la naturaleza humana es prácticamente ilimitada.

El enredo del que venimos hablando, causado en la Iglesia por el Padre de todas las Mentiras, introdujo la confusión en los dos estamentos que componen el Organismo eclesial: el clerical y el laicado. Los sacerdotes pensaron que serían más sacerdotes cuando lo aparentaran menos y se parecieran más a los seglares, mientras que los seglares creyeron que podrían ser mejores seglares convirtiéndose en una especie de medio sacerdotes. Con lo que tanto unos como otros *olvidaron su propio carisma y dejaron de cumplir sus específicas obligaciones*. Los tiempos cambian las mentalidades cuando los

hombres pierden la Fe, y por eso incluso olvidan que el vino ya no es tan bueno cuando se mezcla con agua (pues nadie ha pensado jamás que el vino aguado es verdadero vino).

Otro grave daño originado por el dichoso enredo consistió en que los fieles fueron engañados en cuanto al significado de su *participación en la Misa*. Un triste desastre ocurrido cuando la generalidad de los seglares creyeron —porque así se les dijo— que su participación en la Misa consistía en tomar parte en acciones externas, absolutamente secundarias o circunstanciales que apenas si tenían nada que ver con el profundo misterio del Santo Sacrificio, como distribuir la Eucaristía, tomar parte en las Lecturas de las funciones litúrgicas, acomodar a los fieles que entraban en el templo, etc., etc.

Una vez perdido el *sentido sacrificial* de la Misa, cuando el Santo Sacrificio dejó de ser la actualización, aquí y ahora, de la Muerte de Jesucristo para convertirse en una *comida de hermandad* con la introducción del *Novus Ordo*, los fieles dejaron de saber que en la Misa se *actualiza realmente*, aunque de forma incruenta, la Muerte de Jesucristo. Consecuentemente también ignoran que la participación en el *Santo Sacrificio* consiste en unirse íntimamente a la Muerte de su Señor a fin de hacerla suya propia, tal como ya lo habían hecho previamente con la Vida de su Maestro (Col 3:4). Participación que luego se continúa haciendo realidad para ellos, mediante la obtención de las gracias necesarias, a través del ordinario transcurrir de la vida diaria la cual viene a ser, en último término, una prolongación de la Santa Misa.

La institución de los *ministros lectores* para las funciones litúrgicas (especialmente la Misa) fue otro elemento de los que contribuyeron —por más que la afirmación resulte especialmente dolorosa— a convertir el Santo Sacrificio en un modesto *show*.

Algunos seglares de espíritu inquieto, amantes de novedades chocantes y deseosos de ser promocionados, se vieron por fin elevados y *reconocida su condición* al participar en las lecturas de la Misa. En realidad fue solamente una minoría, puesto que la inmensa generalidad de los laicos conservaron el suficiente sentido común para sentirse satisfechos con una situación que consideraban digna y con carisma propio, sin necesidad de convertirse en un producto híbrido que no haría sino distraerlos de su natural deber de *santificar las realidades temporales*. Un deber que es el suyo propio y que sólo ellos pueden llevar a cabo, además de ser más que suficiente para proporcionales importantes y sobradas preocupaciones.

En cuanto a participar como actores que intervienen en lo que no es puramente *sacro*, sino parte adicional y también ornamental de la función litúrgica, lo hacen dignamente sobre todo cuando cooperan ayudando como acólitos al ministro del Santo Sacrificio, o cuando lo hacen como cantores, como miembros que forman parte de la orquesta en las funciones solemnes, etc. Sin olvidar que la verdadera forma de *participar* en la Misa consiste en la unión mística al Sacrificio o Muerte incruenta de Cristo que se realiza en el altar.

Pero aparte de eso, he conocido personalmente *ministros lectores* que esperaban con ansiedad el solemne momento de subir al presbiterio para leer la lectura correspondiente de la Misa. Me dejaba un tanto perplejo el aire de gravedad y aparatosidad con el que leían, con voz engolada y convencidos de que estaban llevando a cabo el instante esencial y más importante de la Misa. Pude comprobar demasiadas veces, con no poca tristeza, que todo lo demás de la Misa les importaba muy poco, y hasta parecían creer que eran ellos el ministro principal del Santo Sacrificio.

Tenían razón en sentirse importantes, al menos hasta cierto punto, aunque solamente cuando los susodichos *ministros* eran mujeres,

jóvenes sobre todo y agradables de ver. Donde hay que reconocer que en tales casos los fieles asistentes a la función litúrgica suelen estar más atentos a la persona que lee que a los contenidos de las lecturas.

El resultado de todo esto, una vez más, es el de siempre. El cual no es otro que una cierta *desacralización* de la función litúrgica, en cuanto que pierde una buena parte de la solemne gravedad que le corresponde y es la que contribuye a elevar el alma hacia las realidades sobrenaturales. Las cuales sufren un cierto deterioro cuando se mezclan, sin venir a cuento y sin nada que lo justifique, con las realidades naturales, a semejanza de lo que sucede con el buen vino cuando se mezcla con el agua.

5. El problema del nuevo “diaconado permanente” .

Una de las armas principales utilizadas por la herejía modernista para destruir la Iglesia es la del fomento indiscriminado de la confusión. Para lo que ha utilizado con éxito todas las figuras retóricas del lenguaje apropiadas para el caso, como la ambigüedad, la anfibología y el equívoco, tanto en todo lo que se refiere a la doctrina y al culto como a las mismas instituciones. Utilizando las mismas palabras o vocablos de siempre, conocidos ancestralmente por el Pueblo cristiano, pero cambiándolos y vaciándolos de sentido a fin de infundirles otro diferente y de contenido puramente humano.

Es lo que ha sucedido con la nueva institución del *diaconado permanente*.

La cual ha suscitado no pequeños inconvenientes de los que nadie suele hablar. Como tampoco se alude nunca a las posibles intenciones de quienes impulsaron la creación de esta nueva institución. Las cuales, si realmente las hubieron, no parece que fueran otras que la

eliminación del celibato sacerdotal, que es un tema que abordaremos con extensión más adelante.

La hemos llamado *nueva institución* porque, aunque es cierto que siempre existieron en la Iglesia diáconos permanentes y más frecuentemente en la comunidad primitiva, pero estaban revestidos de *un contenido y de un significado diferentes* a los de la actualidad, puesto que se consideraban clérigos consagrados ajenos a la vida de los laicos y dispuestos a vivir perpetuamente el celibato. Mientras que el moderno diaconado permanente, integrado en su mayoría por varones casados que continúan ejerciendo sus deberes familiares y profesionales, no excluye la posibilidad de acceder al sacerdocio permaneciendo de todos modos los diáconos en su condición de vida matrimonial. Lo que convierte a este diaconado en una institución nueva y distinta a la conocida tradicionalmente por la Iglesia. Por lo demás, esta posibilidad de acceder fácilmente al sacerdocio, aunque sin abandonar la situación de convivencia matrimonial, es un importante detalle que conviene tener en cuenta.

No corresponde a este lugar relatar la historia de las funciones de los diáconos permanentes en la Iglesia primitiva. Baste decir, a modo de resumen, que su dedicación principal tenía que ver con funciones sociales, de asistencia de caridad y administrativas. Como demuestran las palabras de San Pedro al instituir a los primeros diáconos: *No es conveniente que nosotros abandonemos la palabra de Dios para servir las mesas. Escoged, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, a los que designemos para esta tarea. Mientras, nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra.*¹⁰ El diácono San Lorenzo (martirizado en el año 258), por ejemplo, era Ecónomo de la Iglesia de Roma.

¹⁰Hech 6: 2-4.

La principal razón aducida para la institución del nuevo diaconado permanente fue la extraordinaria escasez de sacerdotes. Y efectivamente existen regiones demasiado extensas (como sucede en Brasil) que apenas conocen alguno, mientras que en numerosas otras los escasos sacerdotes que ejercen el ministerio se ven desbordados en sus funciones. Una realidad que nadie va a negar por ser demasiado patente y porque afecta gravemente a la vida de toda la Iglesia.

Dejamos aquí aparte el grave problema de que nunca fueron atendidas las verdaderas causas que dieron lugar a esta situación, así como que tampoco se aplicaron los remedios que la hubieran solucionado o al menos mitigado. El estudio de cuestión tan delicada ocuparía demasiado tiempo y espacio y no corresponde a este lugar.

Sea como fuere y ante la urgente y grave necesidad suscitada, una gran cantidad de varones, generalmente ligados a sus deberes matrimoniales y familiares además de los profesionales, se hicieron eco del llamamiento de la Iglesia y se mostraron generosamente dispuestos a recibir el diaconado. Hombres de buena voluntad, dotados en su mayoría de las más elevadas intenciones, han venido realizando su tarea dignamente por lo general y hasta con laudable celo en ocasiones, remediando de algún modo situaciones que no dejaban de ser angustiosas.

Pero como suele suceder con las instituciones surgidas en la Iglesia por disposiciones disciplinares, no tardaron en aparecer dificultades dignas de ser consideradas. No siempre las cosas buenas dejan de ir acompañadas de inconvenientes. Ante todo, debe tenerse en cuenta que no resulta fácil definir la *entidad* teológica o jurídica de los nuevos diáconos, dada su naturaleza peculiar. Por una parte son clérigos, puesto que han recibido el sacramento del Orden (aunque sea en su grado ínfimo) y quedan obligados al rezo del Oficio Divino. Pero por otra viven prácticamente como seglares, continúan con sus

deberes familiares y profesionales y el común de los fieles difícilmente los cataloga como clérigos. Esta circunstancia, aparentemente sin importancia, ha contribuido inevitablemente a diluir la figura y el papel del sacerdote en la mentalidad de los fieles.

Otro inconveniente surgido ha tenido su origen en la falta de sacerdotes en algunos lugares, o su escasez en otros, lo cual ha venido haciendo difícil o imposible la celebración de la Misa. De ahí la aparición de la *Liturgia de la Palabra*, en la que los diáconos permanentes, revestidos de ornamentos, celebran una liturgia donde leen los textos correspondientes a las lecturas de la Misa, celebran algunas ceremonias no vinculadas a lo esencial del Santo Sacrificio y predicán la Palabra. Así resulta una especie de *sucedáneo* o sustitutivo de la Santa Misa que sirve de piadosa consolación a los fieles que no pueden disponer de otra cosa.

Desgraciadamente no siempre los remedios resultan prácticos, y hasta pueden acarrear inconvenientes. De hecho el común de los fieles, por lo general muy escaso de formación, se ha acostumbrado a confundir la *Liturgia de la Palabra* con la Misa, y de ahí que no resulte raro oír decir a gente sencilla que han asistido a una *Misa sin consagración*. Con lo que desaparece la idea de la necesidad de asistir al Santo Sacrificio y de aprovechar los tesoros que lleva consigo, además de diluirse su sentido de ser el centro insustituible del culto cristiano. Y sin embargo, la eliminación de la Misa, independientemente de las causas de su motivación, dada su transcendental importancia y que no puede ser sustituida por nada, lleva consigo necesariamente *la desaparición del Catolicismo* allí donde se produce.

Han surgido además otros inconvenientes de índole más grave que los anteriores. Como ha ocurrido, por ejemplo, con el abuso del derecho a la *predicación* por parte de los diáconos permanentes,

en el que es imposible excluir una clara intención de disminuir la importancia del ministerio y la figura representativa del sacerdote.

Lo cual se ha llevado a cabo mediante una retorcida interpretación del Ritual de Ordenación de Diáconos en el que se dice que *es oficio del diácono el predicar*. Palabras cuyo sentido ha sido manipulado para hacerlas significar algo así como que *es oficio exclusivo del diácono el predicar*. Una burda falsedad que olvida intencionalmente que los tres grados que componen el sacramento del Orden Sacerdotal —diaconado, presbiterado y episcopado, de menor a mayor— son *inclusivos* y de ningún modo *exclusivos*. Lo cual quiere decir que el presbítero no pierde las facultades recibidas en el diaconado, además de adquirir las suyas propias, lo mismo que el Obispo tampoco pierde las adquiridas en el diaconado y presbiterado, además de poseer las que son exclusivamente suyas.

Lo que ha dado lugar a que se haya generalizado el hecho de obligar a muchos sacerdotes a permanecer sentados durante la ceremonia religiosa, con el único fin de dar lugar a la predicación del diácono, quien en muchas ocasiones se ha creído incluso con derechos superiores al presbítero celebrante. Todo lo cual ha desembocado en otro modo más de depreciar la figura y el papel del ministerio sacerdotal.¹¹

A lo que hay que añadir otra circunstancia no menos grave. El hecho de encomendar la función de predicar a hombres avezados en la vida secular, cuya bondad y buena fe no se discute en la mayoría

¹¹En las Misas solemnes que se celebraban tradicionalmente y que eran presididas por el Obispo, era costumbre que el Obispo celebrante tomara asiento en el trono mientras otro ministro predicaba en su nombre. Cosa que siempre se hacía mediante una breve ceremonia previa en la que el Obispo diputaba al predicador para que predicara la Palabra *mediante mandato del Obispo*, pues siempre se habían guardado en la Iglesia el orden jerárquico y respetado las funciones propias del oficio.

de los casos, pero que también se encuentran faltos de la formación requerida para tan delicada tarea, ha dado lugar al desprestigio de la sagrada función de transmitir al Pueblo cristiano la Palabra de Dios. Por otra parte, argumentar —por más que sea razonablemente— que la predicación de los sacerdotes ya había decaído bastante, no es una objeción seria. Pues, si bien es de lamentar que una institución no funcione por culpa de obstáculos *externos o circunstanciales* que se lo impiden, el hecho no se puede juzgar al mismo nivel que cuando otra no cumple su cometido por razones que dependen de su misma *naturaleza*. Si el sacerdote actual vive un estado de lamentable decadencia y de progresiva degradación, tal cosa no se debe a la naturaleza misma del ministerio (existen causas que lo explican, como es la influencia de la herejía modernista y la rendición ante el mundo que ella misma ha provocado). Mientras que el diácono permanente, aunque posea *como oficio propio el de predicar*, siempre carece de la necesaria preparación para la predicación sagrada. La cual es una función que no se puede adquirir en un cursillo —que es a lo más a lo que llega la formación de los diáconos permanentes—, sino que requiere años de estudio, además de una intensa práctica y experiencia en la vida interior y de oración, *puesto que es imposible hablar de Dios a los hombres si primero no se ha aprendido a hablar de los hombres a Dios*.

Aun contando con todo lo dicho, el problema más grave que presenta en la actualidad el diaconado permanente en su presente forma, del cual no se suele hablar y que además se oculta celosamente, es el de los verdaderos motivos que condujeron a instituirlo. Acerca de los cuales existen razones para sospechar que tuvieron que ver con la *eliminación del celibato sacerdotal* en el Sacerdocio de la Iglesia Católica. Un verdadero tesoro sobrenatural —el del celibato— que adornó durante siglos el sagrado ministerio y que ha sido una fuente

constante de santificación, tanto para quienes lo poseían como para las almas que les estaban encomendadas.

Como es lógico, aquí no se puede demostrar esta afirmación con pruebas documentales. Aunque existen argumentos más que razonables capaces de conducir a esta conclusión para cualquiera que piense desapasionadamente.

En primer lugar, porque es un hecho de general dominio la feroz campaña emprendida contra el celibato eclesiástico desde el momento en que la ola modernista se introdujo en la Iglesia. Puestos a determinar fechas, habría que señalar una vez más los comienzos de los años sesenta del siglo pasado, con la inauguración del Concilio Vaticano II y el auge de las doctrinas progresistas.

Los argumentos ofrecidos por la progresía en contra del celibato son numerosos, y han seguido siendo utilizados todavía para desorientar a los fieles durante un largo período de *adoctrinamiento* que ha durado ya más de cincuenta años. La escasez de sacerdotes y la necesidad de que el sacerdote se *identifique* mejor con el mundo secular y no parezca un ente extraño *separado* del mundo, son las principales *razones* aducidas para difundir la idea de la necesidad de abolir la obligación del celibato. Aunque en realidad sean un puro pretexto.

Pero es evidente que las campañas largas e insistentes realizadas para difundir una idea, utilizando indiscriminadamente todos los medios y sin oposición alguna dentro del ámbito de cualquier Sociedad humana, siempre indican propósitos bien determinados y nunca confesados claramente.

Es cierto, por otra parte, que el Papa Juan Pablo II insistió fuertemente en la necesidad del celibato eclesiástico en su *Carta a todos los sacerdotes* escrita con ocasión del Jueves Santo del año 1979. El énfasis con el que se expresaba sobre el tema en la parte más

importante del Documento entusiasmó a grupos de tradicionalistas que llegaron a afirmar que el Pontífice había hablado *ex cathedra*. Cosa que, ante el revuelo organizado, el mismo Papa se apresuró a desmentir asegurando que no había tenido ninguna intención de hablar con infalibilidad.

Una de las maniobras más importantes y efectivas realizadas en la Iglesia postconciliar, con el claro fin de facilitar la idea de la conveniencia de abolir el celibato eclesiástico, fue la *indiscriminada admisión en masa de grupos conversos provenientes del anglicanismo* en el que figuraban lo mismo *Pastores* (casados, por supuesto) que simples fieles. Las condiciones para su admisión dentro del Catolicismo, permitiendo la permanencia de ritos y costumbres, fueron lo suficientemente laxas como para dudar de que se tratara efectivamente de una verdadera *conversión*. Teniendo en cuenta que el clero anglicano no es verdadero clero, según declaró oficialmente León XIII en la Bula Apostólica *Apostolicæ Curæ* (1896) puesto que había perdido la sucesión apostólica, se procedió rápidamente a ordenar Sacerdotes a los correspondientes Pastores y Obispos anglicanos conversos.

Resulta difícil encontrar razones para explicar semejante apresuramiento en las ordenaciones sacerdotales de ministros que evidentemente carecían de suficiente formación en la Doctrina Católica. Las explicaciones aportadas referentes al ecumenismo, pastoralismo, comprensión, etc., es evidente que carecían de seriedad, al no tener en cuenta la importancia de una situación que comprometía tan gravemente la salvación de las almas, tanto anglicanas como las de los fieles católicos inducidos de tal forma a confusión. La condición de casados de estos Pastores —ahora sacerdotes— también contribuiría eficazmente a difundir y legitimar en el Pueblo cristiano la existencia de Ministros sagrados viviendo en la situación de

estado matrimonial. Cabe preguntar si acaso existió alguna razón más profunda que justificara tan extraña aceleración de semejantes procesos.

Como es lógico, en un asunto de tan vital importancia como el que estamos comentando, cada cual es libre de sostener la opinión que le parezca más oportuna. Sin embargo, encuadrado el problema en el contexto de la fuerte campaña organizada para contribuir a la abolición del celibato eclesiástico, no parece irrazonable adivinar aquí unas intenciones que apuntan claramente en una dirección determinada.

Con todo, el argumento más fuerte en favor de lo que venimos diciendo es el anuncio ya realizado, aunque aún no de modo oficial, del tema a tratar en el Sínodo Episcopal del año 2016. El cual no va a ser otro que la discusión acerca de la *conveniencia de mantener en la Iglesia la obligación del celibato eclesiástico*. Y ya se sabe cuál es siempre el resultado de las *deliberaciones* llevadas a cabo en estos Sínodos, según ha quedado demostrado en la experiencia de los ya realizados hasta ahora. Pues sea cual fuere el sentido y el resultado obtenido en las discusiones, la decisión final siempre viene a coincidir con el propósito para el cual el Sínodo había sido convocado. En definitiva, el colofón final de una campaña llevada a cabo de modo pertinaz durante sesenta años.

En todo este asunto —como en tantos otros de los que ahora se están planteando en la Iglesia— concurren varios factores esenciales pero que ordinariamente pasan desapercibidos.

De un lado está el hecho innegable de que el Modernismo actúa en la Iglesia utilizando dos importantes instrumentos: el factor tiempo, sabia y pacientemente dosificado. Por otra parte la mentira, siempre envuelta a su vez en el ropaje de un falso lenguaje y de unas pretendidas buenas intenciones (ecuménicas, de comprensión y

misericordia, de conseguir un cristianismo más adaptado al mundo, etc.)

De otro lado hay que contar con la triste circunstancia de que la gran masa del Pueblo cristiano ha hecho su opción por la mentira y se ha decidido por un cristianismo *abierto al mundo*. Que es lo mismo que decir *más mundano*.

Por otra parte, es indudable que al Modernismo le urgía la necesidad de acabar con el sacerdocio católico, para lo cual era importante el necesario paso previo de la supresión del celibato. Por eso era necesario —teniendo en cuenta también todo el conjunto de sus propósitos— fabricar toda una urdimbre de instituciones y costumbres nuevas, vaciando o desacreditando las antiguas, difundiendo entre los fieles la creencia en la necesidad de *adaptar el cristianismo a las nuevas necesidades*, diluyendo la Fe en la Tradición, desacreditando a la Jerarquía, etc., etc.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que en este ambiente creado de modo tan artificial muchos hombres de buena fe y dotados de la mejor buena voluntad imaginable, se hayan prestado generosamente a formar parte de una institución todo lo buena que se quiera conceder, pero cuyos propósitos en definitiva no resultan demasiado claros.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la ingenuidad y la buena fe no son suficientes para justificar, o bien la aceptación de una situación equivocada, o bien para dar por bueno un hecho erróneo. El cristiano tiene una obligación que pesa sobre él en todo momento, cual es la de *discernir* para distinguir la verdad del error y el bien del mal. Pues no todo lo que parece caer del cielo es bueno (a veces caen rayos o granizo), ni todo lo que se oye es verdad. Debe saber que siempre han existido en la Iglesia Pastores buenos y Pastores mercenarios (como ya lo explicó Jesucristo), y que todo el Nuevo

Testamento está lleno de avisos y advertencias acerca de los falsos Pastores y los falsos Maestros que abundarán sobre todo en los Últimos Tiempos y que *engañarán a muchos*. Ante la abundancia del engaño y de las falsedades que reinan en el mundo, ya avisó el mismo Jesucristo acerca de la necesidad de conocer y distinguir a los hombres *por sus frutos* y no meramente por sus palabras. Lo cierto es que apenas si se ha pensado en los efectos que producirá la facilidad con que los diáconos casados serán admitidos en el sacerdocio. Efectos que contribuirán a difuminar entre la masa de los fieles la idea de la necesidad y de la conveniencia del celibato sacerdotal.

Quienes fácilmente se dejan conducir por sus impulsos sin preocuparse de discernir lo conveniente de lo falso ni de buscar seriamente la verdad, debieran tener en cuenta la grave advertencia formulada por el Apóstol San Pablo en la Segunda Carta a los Tesalonicenses (2 Te 2: 11–12). En la que avisa que Dios envía un espíritu seductor para que acaben creyendo en la mentira, y sean finalmente condenados, todos aquellos que no creyeron en la verdad por haberse dejado llevar por su complacencia en lo injusto incluso cuando a veces se presenta bajo la etiqueta de lo bueno. De ahí que *equivocarse de buena fe* en un asunto tan grave como es el de la salvación, no es suficiente en modo alguno para apartar del camino de la perdición eterna.

6. Necesidad del pastor en el rebaño.

La metáfora procede del mismo Jesucristo, y en cuanto referida a la Iglesia refleja exactamente lo que sucede en el mundo de lo natural: un rebaño no va a ninguna parte si no es conducido por un pastor.

Si la Iglesia es el Gran Rebaño de Jesucristo, Él es a su vez el *Gran Pastor de las ovejas* que lo forman.¹² El mismo que nombró a otros hombres para que, como continuadores de su propia misión, desempeñaran el oficio de conducir a las ovejas: *Como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros*,¹³ dijo dirigiéndose a sus apóstoles.

Pero así como en el mundo natural no cualquier persona está capacitada para ejercer el oficio de pastor, pese a no ser un trabajo que requiera de especiales cualidades, con mayor razón puede decirse eso de la Iglesia, donde cualquier responsable de las ovejas del Rebaño de Cristo se enfrenta a la más difícil e importante de las labores a realizar por el ser humano cual es la salvación de las almas.

Jesucristo tuvo cuidado en distinguir entre los buenos y los malos pastores, señalándose a Sí mismo como *El buen Pastor* y describiendo las funciones propias de todo verdadero pastor. Por lo que todo el que ha sido nombrado Pastor en la Iglesia tiene desde entonces bien señalado un camino que consiste en seguir los mismos pasos de Jesucristo.

Pero la misión emanada de Jesucristo, encomendada a algunos hombres elegidos para conducir las ovejas de su Rebaño, carga sobre ellos el peso de la más alta de todas las responsabilidades. A partir de ese momento su vida ya no les pertenece, sino solamente a las ovejas. Por eso el buen Pastor se esfuerza en salvar a sus ovejas de los peligros que las acechan, aun arriesgando su propia vida: *El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, el que no es pastor y al que no le pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye. Y el lobo las arrebató y las dispersa, porque es asalariado y no le importan las ovejas*.¹⁴

¹²Heb 13:20.

¹³Jn 20:21.

¹⁴Jn 10: 11–13.

Y no le van a faltar ocasiones de ofrecerla. El Rebaño camina por un terreno constantemente erizado de peligros. Ya San Pedro exhortaba a las ovejas a la vigilancia, puesto que el Diablo o Gran Adversario acecha dando vueltas buscando a quién devorar (1 Pe 5:8). Prudente aviso que en el mundo moderno ha adquirido especial relevancia, después de que el poder del Maligno se ha incrementado hasta extremos nunca antes conocidos en la Historia de la Iglesia. Jesucristo había sido bastante claro al respecto alertando a las ovejas con respecto al Mundo: *Si el mundo os odia, sabed que a mí me odió antes que a vosotros...*¹⁵ *No os admiréis si el mundo os odia,* decía el Apóstol San Juan.¹⁶

Pero si se contrastan los textos de la Escritura con la situación actual de la Iglesia, invadida por una herejía modernista que ha afectado a la misma Jerarquía hasta el punto de haberla conducido en su gran mayoría a una general apostasía, la situación que se muestra a la vista es estremecedora. La masa de los fieles se ha visto empujada a una franca dispersión, después de que un gran número de Pastores, desde las más altas Jerarquías hasta los más humildes curas de parroquia, se han dejado seducir por la herejía y han desertado de los deberes que les habían sido encomendados.

El examen detenido de los textos y su aplicación a la realidad de la vida ordinaria —lo que no se suele hacer en la Iglesia de hoy— arroja resultados que habrían suscitado grave temor si la Iglesia no hubiera perdido la conciencia de la propia responsabilidad y del peligro que la amenaza.

Según Jesucristo, Él es el *Buen Pastor* y la única *puerta de las ovejas*.¹⁷ Pero —continúa diciendo— *todo el que no entra por la*

¹⁵Jn 15:18.

¹⁶1 Jn 3:13. Cf Jn 15:19.

¹⁷Jn 10:7.

puerta del redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, es un ladrón y un salteador...¹⁸ Y el ladrón no viene sino para robar, matar y destruir.¹⁹

Y ya puede verse que las palabras y expresiones son bastante fuertes. Acusan claramente a los malos Pastores nada menos que de ser ladrones y salteadores, a quienes no les importan las ovejas y que no hacen otra cosa sino robar, matar y destruir.

Cualquiera que se sienta preocupado por la situación del Catolicismo en el momento presente, así como por la conducta y el modo de proceder de muchos de los Pastores que lo gobiernan (cuyos corifeos se encuentran desde puestos elevados a los más humildes), puede razonar en conciencia acerca de si las palabras condenatorias de Jesucristo tienen aplicación al momento actual de la Iglesia. Si la respuesta es afirmativa, las consecuencias a deducir por cualquiera que razone sin prejuicios son realmente aterradoras.

Según Jesucristo, el buen Pastor *va siempre delante de las ovejas* (Jn 10:4), lo que implica claramente, según se desprende del significado de la expresión, que está obligado a *darles ejemplo* con el testimonio de su propia vida.

Una tarea que necesariamente lo va a conducir de lleno a dar la vida por las ovejas. La misión de *dar ejemplo*, a primera vista importante pero que no tendría que ser causa de reacciones contrarias, puede derivar en situaciones de grave compromiso para el Pastor. La razón, porque el testimonio del ejemplo ha de acompañar a la predicación de la Palabra, la cual de otro modo sería una labor inútil: ambos elementos van unidos y se necesitan el uno al otro de forma ineludible. Sin embargo, la predicación de la Palabra es oficio tan difícil como comprometido.

¹⁸Jn 10:1.

¹⁹Jn 10:10.

Pues la existencia cristiana, según advirtió ya el mismo Jesucristo, *es una senda angosta y estrecha* que conduce a la vida, y de ahí que sean pocos los que caminan por ella (Mt 7:14). Que es la razón que explica que la Doctrina que la expone sea ardua y dificultosa, a menudo contraria a una naturaleza humana que, por ser débil e inclinada al mal, no estará dispuesta a recibirla. Con el resultado que es fácil de apreciar, pues con más frecuencia de lo que parece los fieles *oirán la predicación con desagrado*. Y en la Iglesia actual, en la que los fieles han sido bombardeados con doctrinas modernistas durante más de cincuenta años, la actitud de crítica y rechazo hacia el predicador de la Palabra que se muestre sincero y fiel a la misión que ha recibido será una práctica habitual y corriente. Una actitud agravada además por las mismas doctrinas modernistas que han sembrado las falsas doctrinas de la equiparación entre ministros y laicos y han diluido la imagen y el papel del sacerdote. Por otra parte, como si las profecías anunciadas para Tiempos Despiadados tuvieran ya cumplimiento y la Iglesia pisara los umbrales de una cierta *apostasía*, cada uno de los fieles se creará árbitro y juez para juzgar y decidirlo todo, al mismo tiempo que *no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a las fábulas*.²⁰

Es aquí de modo especial donde el buen Pastor sentirá hacerse realidad en su propia carne las palabras del mismo Jesucristo: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece solo; pero si muere producirá mucho fruto*.²¹

Desgraciadamente, sin embargo, en la Iglesia modernista que contempla la *deserción general de la Jerarquía* desde lugares de alta

²⁰2 Tim 4: 3-4.

²¹Jn 12:24.

responsabilidad a los más humildes, los buenos Pastores dispuestos a dar su vida por el bien de las almas que tienen encomendadas son cosa rara de encontrar.

Si se dice que el buen Pastor es el que va delante de sus ovejas es porque les sirve de ejemplo con su vida, en cumplimiento de un deber que contempla a su vez dos facetas.

La primera de las cuales consiste en su obligación de atenerse estrictamente en la predicación a la Enseñanza recibida. Lo que significa predicar la Palabra de Dios tal como está contenida en la Revelación, sin quitar nada ni aportar elementos nuevos que supongan alguna especie de adulteración: *Nosotros no somos como muchos, que adulteran la palabra de Dios.*²² Cuando Jesucristo se despide definitivamente de sus apóstoles les manda ir a hacer discípulos de todos los pueblos *enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.*²³

La segunda consiste en la obligación del buen Pastor de adaptar su propia vida a las enseñanzas que predica.

La realidad, sin embargo, atestigua que tanto el uno como el otro de esos dos deberes andan lejos de ser de fácil cumplimiento.

La obligación de atenerse estrictamente a las Enseñanzas recibidas, sin sustraer elemento alguno ni añadir otros ajenos a su contenido, es labor que supone por parte del Pastor una actitud de fidelidad que a menudo lo pondrá en trance de morir a sí mismo, sin menoscabo de atribuir a esta expresión toda la dureza de sus posibles significados. Pues *la Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre*

²²2 Cor 2:17.

²³Mt 28:20.

*los sentimientos y pensamientos del corazón.*²⁴ De ahí la imposibilidad de ser predicada sin que hiera a quienes la escuchan, incluido el mismo Pastor que la difunde (como decía Bernanos en su *Diario del Cura Rural*). A no ser que la Palabra sea diluida o rebajada en su contenido, lo que equivaldría a introducir en ella la falsificación de la que hablaba San Pablo a los Corintios (2 Cor 2:17).

Todo lo cual sucede porque la vida de los oyentes, habida cuenta de la debilidad de la naturaleza humana, suele ofrecer natural resistencia a las enseñanzas contenidas en el Evangelio. Del que se deriva la Doctrina que muestra el único camino que conduce a la Vida, pero que no deja de ser una senda estrecha, abrupta y ardua (Mt 7:14).

De todos modos, el buen Pastor necesita morir a sí mismo si quiere predicar la Palabra con fruto. Lo que significa que debe dar de lado a sus propios sentimientos, a sus propias apreciaciones y a sus personales ideas. Sin contar además con que debe luchar contra un ambiente soberanamente hostil que estará dispuesto a enfrentarse por todos los medios a la Palabra. Por la razón de que, siendo ésta contraria al Mundo y a sus falsedades, es capaz de *descubrir los sentimientos y pensamientos del corazón*, como dice la Carta a los Hebreos.

Y de ahí las múltiples tentaciones que pueden asaltar al verdadero predicador de la Palabra, quien al fin y al cabo es un ser humano. Que por eso decía el Apóstol San Pablo, aludiendo a su propia misión: *Yo no me avergüenzo del evangelio.*²⁵

La otra faceta del problema del que venimos hablando es todavía más difícil de soportar que la primera, puesto que se refiere a la obligación del Pastor de conformar su vida según las enseñanzas que

²⁴Heb 4:12.

²⁵Ro 1:16.

predica. Lo cual conduce a una confrontación que puede resultar verdaderamente dolorosa. Pues si de una parte las enseñanzas a difundir son exigentes y elevadas, de otra sucede que la propia vida del Pastor suele estar lejos de acercarse a ellas. Y la razón de esto la proporciona la misma Carta a los Hebreos cuando dice del sacerdote *que él mismo está envuelto en la debilidad*.²⁶

Todo lo cual, como siempre ocurre en la Historia de la Salvación, está contenido y contemplado en los Planes de Dios. Pues sus caminos son inescrutables, según lo que está escrito: *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios y qué inescrutables son sus caminos!*²⁷

Así es como la Sabiduría de Dios hace que la debilidad del buen Pastor se convierta en su fuerza. Otra más de las misteriosas paradojas de la existencia cristiana.

El Apóstol San Pablo lo explica con claridad: *Pero Él me dijo: “Te basta con mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza”. Por eso con gusto me gloriaré todavía más en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones y angustias por Cristo. Pues cuando soy débil, es entonces cuando soy fuerte.*²⁸

Así queda desatado el nudo del misterio pero para desembocar en otro misterio mayor, cual es el del amor. Con lo que acabamos otra vez volviendo a lo mismo, puesto que así queda de manifiesto que es el amor el principio y el fin de todo y aquello en lo que finalmente confluyen todas las cosas. Pues, como bien expone el mismo Apóstol, son las flaquezas y la debilidad del ministro de Cristo —encargado

²⁶Heb 5:2.

²⁷Ro 11:33.

²⁸2 Cor 12: 9–10.

a su vez de predicar la Palabra— las que permiten que sea invadido por la fuerza de Cristo: *me gloriaré más en mis flaquezas para que habite en mí la fuerza de Cristo.*

Con lo cual hemos llegado al núcleo fundamental del Misterio cristiano. El discípulo lo entrega todo —y ante todo su propia vida— por amor a la Persona amada, que es Cristo. Y como el amor supone correspondencia y relación mutua, Cristo se entrega en totalidad igualmente a su discípulo. Un intercambio de vidas (Jn 6:56) que se concreta en que la pobreza y desnudez del discípulo, aceptada voluntariamente por amor, es colmada en plenitud por la vida misma de Cristo: *Vivo yo, pero ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí.*²⁹

La conclusión es apasionante. El buen Pastor y predicador de la Palabra vive su amor a Jesucristo hasta sentirse identificado con Él, haciendo realidad la exigencia de la relación amorosa según la cual el uno es para el otro y el otro es para el uno: *Mi amado es para mí y yo soy para mi amado*, decía la esposa de *El Cantar de los Cantares*.³⁰ Es entonces, y solo entonces, cuando la predicación del buen Pastor deja de ser suya para pasar a ser la Palabra de Cristo que habla por su boca, según lo aseguró el mismo Maestro cuando dijo: *El que a vosotros escucha, a mí me escucha.*³¹

Con ello queda aclarado otro misterio, aunque esta vez más fácil de explicar. Pues queda patente la razón de la futulidad y la banalidad, cuando no la perversidad, de gran parte de la moderna Pastoral de la predicación: homilías, predicaciones, exhortaciones, discursos, documentos e instrucciones pastorales en un conjunto de

²⁹Ga 2:20.

³⁰Ca 6:3; 7:11.

³¹Lc 10:16

aguas fétidas torrenciales que corren sin rumbo sin aprovechar a nadie.

Cuando Jesucristo describe las cualidades del buen Pastor dice que *las ovejas atienden su voz, llama a sus propias ovejas por su nombre y las conduce fuera. Cuando las ha sacado todas, va delante de ellas y las ovejas le siguen porque conocen su voz*. En cambio —continúa diciendo Jesucristo— *a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él porque no conocen la voz de los extraños*.³²

Tales palabras han sido tradicionalmente aceptadas como de fácil interpretación, aunque plantean a la Pastoral de la Iglesia actual *un difícil y grave problema* que afecta al modo en el que deben ser entendidas. Dado el giro sustancial que la Iglesia postconciliar ha dado a todo el contenido de la Revelación, los nuevos acontecimientos surgidos obligan a analizar dichas palabras teniendo en cuenta las dificultades que suscita su interpretación en los momentos actuales. Por otra parte, la complejidad y lo delicado del problema plantean la necesidad de realizar un detenido análisis como único medio de lograr una aclaración satisfactoria.

Y en primer lugar, lo referente a las palabras mismas del texto:

Según el cual, las ovejas siguen al Pastor *porque conocen su voz*, mientras que no siguen la voz de los extraños *porque no conocen la voz de los extraños*.

La conclusión se desprende por sí sola: cuando la voz del Pastor es *conocida* por las ovejas (lo cual significa obviamente que están acostumbradas a oírla anteriormente), entonces siguen al Pastor. Mientras que, por el contrario, cuando la voz del Pastor suena a las ovejas como *extraña*, entonces no la conocen (lo cual quiere decir que es diferente y distinta a la voz que siempre habían oído y les era conocida) y por lo tanto no lo siguen.

³²Jn 10: 3-4.

Ahora sólo quedaría por determinar lo que se entiende por voz *conocida* y por voz *extraña*. Lo que siguiendo una lógica elemental no puede significar sino una referencia a la voz *que siempre se ha oído y ya se conoce como legítima* o, por el contrario, la que apunta a una voz *que se oye como cosa nueva y distinta y que carece, por lo tanto, de legitimación*.

Dicho lo cual, corresponde ahora analizar los hechos:

Debe advertirse, en primer lugar y según se deduce necesariamente del texto, que las ovejas siguen al Pastor cuando conocen su voz. De donde se desprende que cuando las ovejas no conocen la voz del Pastor, y no obstante le siguen, *es porque tales ovejas no pertenecen al rebaño*.

En segundo lugar, continuando con el análisis de los hechos, encontramos en la Iglesia actual *una gran mayoría de Pastores* que han abandonado las Enseñanzas de la Tradición y han aceptado en su lugar las asumidas por la herejía modernista. De donde se deduce en pura lógica que su voz es *extraña* a la de Jesucristo, el *Príncipe de los Pastores* según San Pedro (1 Pe 5:4), la cual está contenida en el Evangelio y mantenida por la Tradición.

En tercer lugar, y como hecho no menos importante, nos enfrentamos a la innegable realidad de que *la inmensa mayoría de los católicos siguen hoy incuestionablemente a tales Pastores*.

Lo que a su vez aboca a la conclusión de que la casi globalidad de los católicos *han dejado de pertenecer al Rebaño de Jesucristo*.

Conclusión que no obstante estar bien fundamentada en la Enseñanza evangélica con pura lógica, no será aceptada y será casi unánimemente rechazada. ¿La razón? Porque, una vez más, trabajan en contra de la verdad argumentos varios y poderosos.

Ante todo, porque los malos Pastores siguen siendo legítima Jerarquía. De hecho, *aunque sean malos Pastores, son legítimos Pas-*

tores. Y un cristiano fiel a su Fe no puede rebelarse abiertamente contra la legítima Jerarquía a la cual debe sumisión y respeto.

Aunque cualquier miembro de la Iglesia puede e incluso *debe* mostrar su discrepancia y combatir el error, viniere de donde viniere, desde cualquier lugar que ocupe dentro de la comunidad eclesial. Lo cual puede conducirle indudablemente a la difícil situación de mantener un sereno equilibrio entre el respeto a la Jerarquía, de un lado, y la obligación de denunciar el error, de otro.

En situaciones sumamente complicadas, como las que vive hoy la Iglesia, mantener un sano equilibrio en la Fe es sumamente difícil y requiere una especial asistencia de la Gracia, además de gran fidelidad a las luces del Espíritu contempladas bajo la guía del auténtico Magisterio de siempre. Y decimos *Magisterio de siempre* porque los modernos papólatras defienden falsamente que el Magisterio de la Iglesia se agota con el del Pontífice reinante. Por poner un ejemplo, baste considerar la dificultad que alguien puede sentir hoy en mantener la Fe entre dos errores opuestos de gran vigencia y que afectan, por un lado o por otro, a la gran mayoría de los católicos. Y al decir esto nos referimos al *conciliarismo*, de un lado, y a la *papolatría*, de otro.

De esta situación se aprovecha injustamente la Iglesia progresista para exigir obediencia a la Jerarquía y a un pretendido *espíritu del Concilio* que en realidad nadie sabe en lo que consiste. E igualmente el Progresismo ha aprovechado el pretexto para perseguir a los pocos fieles que aún mantienen la fidelidad a la Iglesia que se atiene a las Enseñanzas de la Tradición. Una actitud de abuso de autoridad que, en último término, viene a ser una manifestación de verdadera *papolatría* cuando no de tiranía.

Otra poderosa razón por la que las conclusiones aquí expuestas no serán aceptadas se explica por el hecho de que, después de más

de cincuenta años de haber sido machacada la Catolicidad por la herejía modernista, sin haber encontrado prácticamente oposición alguna, la gran masa de fieles ha terminado por rendirse al espíritu de la mentira y no está dispuesta a ofrecer la menor resistencia. El Modernismo proporciona un Cristianismo conforme al mundo y solo para este mundo, que desconoce el misterio de la Cruz y que ha desterrado el sentido del pecado. Desde un punto de vista puramente natural y que ha renegado de Dios no es extraño que la Catolicidad haya capitulado y rendido la fortaleza. En situación semejante, el sentimiento oportunista y la cobardía impulsan a que prácticamente nadie esté dispuesto a defender la verdad.

Prueba evidente de lo que venimos diciendo es lo sucedido con la Nueva Misa del *Novus Ordo*. Impuesta obligatoriamente por el Papa Pablo VI para sustituir a la Misa Tradicional, mediante una disposición ilegítima que hizo caso omiso de que la Misa Tradicional no podía ser abolida, como al fin reconoció Benedicto XVI, minimizó hasta el extremo el esencial sentido Sacrificial de la verdadera Misa hasta casi hacerlo desaparecer. A pesar de lo cual *fue recibida sin resistencia por todo el Orbe Católico*.

Fue recibida sin resistencia, *pero también sin aceptación*, como están demostrando los hechos. A propósito de lo cual, se ha dicho últimamente que no vale la pena insistir en los valores de la Misa Tradicional para mostrar el daño ocasionado por la imposición de la Nueva Misa; pues dada la carencia de contenido de esta última es evidente que acabará por desaparecer y ser engullida por la marea progresista. Y para quien muestre alguna duda, basta con que atienda al hecho de que la casi totalidad de las Iglesias del mundo católico adictas al Rito de la Nueva Misa han visto disminuir la asistencia de fieles, hasta el punto de ir quedando *paulatinamente desiertas* como puede comprobarse mediante la consulta de las estadísticas.

El Pastor llamado mercenario por el mismo Jesucristo, al que no le importan las ovejas, no viene sino para *robar, matar y destruir*. El resultado ha sido una Catolicidad desolada de la que no queda sino un reducido resto esparcido y perseguido. Según el Evangelio de San Mateo, el mismo Jesucristo *al ver a las multitudes se llenó de compasión por ellas, porque estaban maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor*.³³

Pero el resto que sobrevive hace realidad la Promesa que jamás quedará sin cumplimiento: *Y las Puertas del Infierno no prevalecerán contra ella*.³⁴ De ahí que quienes creen en Jesucristo y lo aman siguen animando sus corazones mediante la esperanza, siempre a la escucha de aquellas consoladoras palabras que siguen sonando y no se han apagado: *Pero cuando veáis que suceden estas cosas, levantad el ánimo y alzad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención*.³⁵

³³Mt 9:36.

³⁴Mt 16:18.

³⁵Lc 21:28.

LOS OBREROS ENVIADOS A LA VIÑA¹

Amados hermanos en el Corazón de Nuestro Señor Jesús y en el de la Virgen María Nuestra Madre:

En el día de hoy, Domingo de Septuagésima y dentro de la Forma Extraordinaria del Rito Romano de la Santa Misa, propone la Iglesia a nuestra consideración un fragmento del Evangelio de San Mateo en el que se narra una de las parábolas contenidas en las Enseñanzas de Nuestro Señor.

Es de advertir que lo primero que se desprende de la parábola para quien la lee o escucha, al menos de primera impresión, es un sentimiento de extrañeza que le otorga un aire de peculiaridad. Y sin embargo hay contenidos en su enseñanza dos puntos importantes al menos que afectan sobremanera al conjunto de la existencia cristiana.

El primero de los cuales se refiere a la conducta de los cristianos como tales cristianos, y aun como seres humanos, en su transcurrir de la vida ordinaria de cada día. La cual, como cualquiera sabe por propia experiencia y debido a la debilidad de la propia naturaleza humana, suele resistirse a los principios y enseñanzas derivados del Evangelio.

El segundo tiene que ver con un grave problema que afecta a la moderna Pastoral de la Iglesia. A causa de que la parábola contiene

¹Predicado el 24 de Enero de 2016.

una *importante y fundamental* enseñanza que, sin embargo, es ajena y aun contraria a uno de los temas fundamentales y más difundidos e impuestos por la Catequesis oficial de la Iglesia actual.

Y la primera conclusión que se desprende de la simple exposición de ambos puntos es la perenne actualidad de las Enseñanzas contenidas en el Evangelio. En el episodio que vamos a comentar van a aparecer una vez más, descritos con extraña precisión y absoluto realismo, los problemas de los hombres en general y los que afectan a la moderna Iglesia en particular. Con una clara exposición de los errores y desviaciones que se cometen con respecto a la Palabra revelada, al mismo tiempo que se señalan con entera seguridad las verdaderas soluciones. Pero vayamos por partes, y lo primero a exponer es el contenido de la parábola. En la que se dice que

Un padre de familias salió muy de mañana a contratar obreros para ir trabajar en su viña. Habiendo encontrado algunos, ajustó con ellos la paga de un denario al día y los envió a la viña. Salió luego hacia la hora tercia y encontró otros que estaban en la plaza sin haber sido contratados y les dijo: "Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo". Aún salió hacia la hora de sexta y después a la de nona, e hizo lo mismo. Por fin salió hacia la hora undécima y se tropezó con otros que todavía estaban parados en la plaza, a los que se dirigió para decirles: "¿Por qué estáis ahí ociosos todo el día?" Y le respondieron: "Porque nadie nos ha contratado". Entonces les dijo: "Id también vosotros a mi viña".

Llegado el atardecer dijo el padre de familias a su administrador: "Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta llegar a los primeros". Así se hizo y los de la hora undécima recibieron un denario cada uno. Llegaron luego los primeros, pensando que cobrarían más, aunque recibieron igualmente un denario cada uno. Entonces empezaron a murmurar contra el propietario diciendo: "A estos últimos, que trabajaron una hora solamente, los has igualado a nosotros, que hemos soportado todo el peso del día y del calor". Pero el dueño de la finca replicó a uno de ellos: "Amigo, yo no he cometido contra ti injusticia alguna. ¿No

ajustaste conmigo un denario? Toma lo tuyo y vete, pues yo quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿O es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O tu ojo es malo porque yo soy bueno?"

De este modo los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos.²

Hasta aquí la parábola y la explicación que el mismo Señor proporciona sobre su contenido. Lo cual una vez oído y considerado es de advertir, como cosa a la vez curiosa y peculiar, que la narración no deja de causar en el ánimo un cierto sentimiento de extrañeza. Es verdad que una vez dadas las explicaciones por el padre de familias a los jornaleros que protestaban, la claridad de un razonamiento que se apoya en la estricta justicia es cosa que se impone por sí misma y exige, por lo tanto, obligado asentimiento. Puesto que, efectivamente, una vez acabado el trabajo y recibido lo que se había convenido, no cabe objetar reclamación alguna: después de pagado lo debido, cada uno puede hacer con su dinero lo que quiera, como dijo el propietario. Queda expuesto claramente que la justicia ha sido satisfecha.

Y sin embargo es preciso reconocer, para cualquiera que se informe de los hechos, que si bien las exigencias de la justicia quedaron cumplidas, permanece latente un cierto sentimiento de que existió falta de equidad, o de generosidad al menos, por parte del dueño de la finca: al fin y al cabo, quienes habían llegado a la primera hora habían trabajado más tiempo y más duramente que los demás.

Y aquí se impone una serie de explicaciones:

Dios quiere la salvación de todos los hombres. Para lo cual derrama su gracia y la abundancia de sus dones sobre todos ellos, sin faltar a nadie. Aunque es cierto que los otorga a unos con más generosidad que a otros, tal como lo afirma claramente la Revelación.

²Mt 20: 1-16.

Así lo dice, por ejemplo, el Apóstol San Pablo en su Carta a los Efesios, cuando afirma que *a cada uno de nosotros, sin embargo, le ha sido dada la gracia en la medida en que Cristo quiere otorgar sus dones.*³

Y sobre el mismo tema añade en la Primera Carta a los Corintios: *Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu distribuyéndolas a cada uno según quiere.*⁴

Con lo que queda bien patente que, aunque es cierto que Dios concede a cada uno de los hombres los dones más que sobradamente suficientes para su salvación, también es verdad que los otorga a unos *con más generosidad que a otros*. Una razón suficiente pero que, sin embargo, deja en el ánimo el sentimiento, más o menos larvado, de que Dios parece obrar de este modo con una cierta *arbitrariedad*: ¿Por qué a unos más que a otros?

Pero sabemos que Dios obra en todo momento con Sabiduría, aunque no siempre seamos capaces de alcanzar la profundidad de sus juicios. Sin embargo existen en la misma Escritura ciertas claves que pueden proporcionar pistas sobre la cuestión. En la parábola de los talentos, por ejemplo, se dice que el hombre que partió de viaje y distribuyó sus bienes entre sus servidores entregó a cada uno *según su capacidad.*⁵ A propósito de lo cual conviene recordar que la infinita Sabiduría y el infinito Poder de Dios se manifestaron en la Creación produciendo una casi infinita variedad de especies y subespecies de criaturas, de las que el hombre tampoco fue una excepción. Pues Dios creó diferentes a cada uno de los hombres, dentro de su unidad de naturaleza. Y los creó como almas inmortales y como personas, cada una con su carácter y con sus propias peculiaridades, sin nada

³Ef 4:7.

⁴1 Cor 12:11.

⁵Mt 25:15.

que se pareciera a una producción de máquinas robots. Siendo pues diferente la capacidad de cada uno de los hombres, no tiene nada de extraño que Dios distribuya sus dones según criterios que, después de todo, se ajustan a la realidad de las cosas.

Tal razonamiento es efectivamente tranquilizador, aunque sólo hasta cierto punto dado que todavía permanece en el ánimo un sentimiento inconsciente de insatisfacción. Después de todo no deja de ser verdad que Dios crea a unos mejor dotados que a otros.

Pero, como ya hemos dicho, los Juicios de Dios son inescrutables, aunque sabemos con certeza que *siempre son buenos y fruto del Amor*, a pesar de que nuestro limitado entendimiento no siempre sea capaz de comprenderlos. De nuevo el Apóstol San Pablo alude al problema en su Carta a los Romanos:

*¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios y qué inescrutables son sus caminos!*⁶

Y efectivamente, porque los Atributos de Dios aparecen como diferentes a nuestra razón, cuando en realidad se *identifican* en la Simplicidad de la Esencia Divina. Por eso Dios no obra nunca de forma misericordiosa sin dar entrada al mismo tiempo a las exigencias de su Justicia, independientemente de que lo comprendamos en cada caso o de que no lo entendamos. De donde se sigue la inconveniencia de atribuir a Dios actitudes misericordiosas pero ajenas a su justicia.⁷

Todo lo cual puede conducir a la conclusión de que bajo la aparente *arbitrariedad* cometida contra los obreros que trabajaron desde la primera hora, y que indudablemente soportaron la peor parte,

⁶Ro 11:33.

⁷El problema, con algunas matizaciones, es tratado por Santo Tomás en *Summ. Theol.*, I^a, q. 21, a. 3, ad secundum. Y en III^a, q. 46, a. 2, ad tertium; II^a-II^{ae}, q. 67, a. 4.

podiera existir alguna razón, oculta por ahora a nuestro entendimiento, pero en la que concurran a una la Misericordia, la Sabiduría y la Justicia de Dios.

Ante estas circunstancias, cualquiera puede comprender la acritud del problema. Existen demasiadas ocasiones a lo largo de nuestra vida en las que surgen situaciones difíciles de encajar con la Bondad y la Providencia Divinas: la muerte de seres queridos, enfermedades dolorosas o incurables, graves problemas familiares que aparecen a lo largo de los años, fracasos estrepitosos en la vida diaria de cada uno y un largo etcétera que a veces nos hacen sentir un tanto reacios a admitir las palabras del Apóstol: *Para los que aman a Dios, todo lo que les sucede es para su bien.*⁸ Para después finalmente, quizá con el paso del tiempo, llegar a comprender que la bondad y la sabiduría de los designios de Dios eran el fruto de su amor hacia nosotros ante la búsqueda de nuestro bien. Y el problema es siempre el mismo: la grandeza de Dios frente a lo limitado de nuestro entendimiento.

De todos modos, como bien se deduce de la parábola, Dios no falta a nadie. Y una vez que ha dado a cada uno lo justo (y más de lo justo) puede hacer con sus dones lo que quiera sin faltar a la justicia. El mismo Jesucristo lo indica como lección de la parábola: *“¿No puedo hacer con lo mío lo que quiero?”*

A propósito de la parábola que estamos comentando, Bruce Marshall, en su conocida novela *A cada uno un denario* aporta una original y atrevida interpretación de la narración. Según la cual los obreros que trabajaron desde la primera hora *fueron precisamente los más favorecidos.*

Los que llegaron a primera hora y trabajaron, por lo tanto, durante todo el día, se quejaban de recibir el mismo estipendio que los que habían acudido después incluyendo a los que llegaron solamente

⁸Ro 8:28.

al final de la jornada. Y efectivamente fue así; pero ¿puede decirse por eso que fueron tratados injustamente...?

En realidad, dice Bruce Marshall —y esta afirmación puede parecer sorprendente—, estos obreros aparentemente desfavorecidos *recibieron más y mejor que todos los demás*. Pues habiendo llegado los primeros, es verdad que cargaron con el mayor trabajo, soportaron el peso del día y del calor y sufrieron un esfuerzo y un sacrificio mayor que los realizados por todos los demás. Pero sucede, sin embargo, que el núcleo y lo más fundamental de la existencia cristiana, o aquello que la justifica y le da todo su sentido, consiste en *el misterio de la Cruz, junto a la virtud del sufrimiento en cuanto participación en los padecimientos y la Muerte de Cristo*.

Las verdades más fundamentales de la Fe predicada por Jesucristo son precisamente las más olvidadas y las peor entendidas por los cristianos. Ahí están entre otras cosas, para avalar lo que decimos, lo que suponen realidades tan poco estimadas y mal interpretadas como la gloria de figurar entre los más pequeños y los más humildes, el privilegio de ocupar el último lugar, la bienaventuranza prometida en exclusiva a los pobres y a los que lloran, o la gloria de la Alegría Perfecta otorgada singularmente a los que son perseguidos por su fidelidad a la Fe. *¿Y cuántos cristianos están dispuestos a creer hoy las palabras de Jesucristo, que por otra parte definen para ellos el único Camino a seguir: ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que los encuentran!?*⁹

Demasiado abocados a los criterios y formas de pensar del Mundo, y ahogados en el entorno infecto que los rodea del que respiran continuamente, los cristianos acaban anhelando y persiguiendo los bienes de esta Tierra; por lo demás siempre caducos pero que ellos

⁹Mt 7:14.

consideran que son eternos y de valor absoluto: el bienestar, la ausencia de dolor y del sacrificio, el dinero y los bienes materiales, el poder y la fama, y todo aquello que conduce a lo que el vulgo llama inconscientemente *disfrutar de la vida*. Olvidando la consigna del Apóstol San Pablo: *Buscad las cosas de arriba, saboread las cosas de arriba y no las de la tierra*,¹⁰ de la cual se desprende que, si existe algo que valga la pena *saborear* son precisamente y sólo precisamente las cosas de arriba. Por otra parte, la promesa de las *bienaventuranzas* (la Alegría Perfecta), hecha por Jesucristo, de ninguna manera se refiere al conjunto de cosas que el Mundo entiende como que son las que conducen a *disfrutar de la vida*.

En atención a la brevedad no vamos a traer aquí a colación la multitud de textos de la Escritura —en realidad todo el Nuevo Testamento— que señalan la Cruz y la imitación de Jesucristo como el único camino a seguir para sus discípulos. Bastaría con citar uno importante de la Carta a los Romanos: *¿Acaso no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo hemos sido bautizados para participar en su Muerte?*¹¹ Un texto suficiente para darse cuenta, a poco que se quiera considerar, del afortunado destino que había sido deparado a los trabajadores de la primera hora.

El Progresismo modernista ha privado de contenido la existencia cristiana y le ha robado su sentido. Ser católico en el mundo de hoy no significa nada, y por eso es frecuente oír *soy católico, pero no practicante*, como si un vocablo que se ha vaciado de sentido todavía significara algo. A los trabajadores de la primera hora de la parábola se les ofreció la posibilidad de figurar en el último lugar (pese haber llegado los primeros) y de cargar con el sacrificio mayor y el fardo más pesado. Pero el heroísmo consiste en aceptar la tarea

¹⁰Col 3: 1-2.

¹¹Ro 6:3.

más fatigosa y difícil, que puede incluso conducir a la muerte, y también en tomar la carga que correspondería a los otros: *Lleved cada uno la carga de los demás y así cumpliréis la ley de Cristo.*¹² En definitiva subyace en la parábola la idea de que fue ofrecida a los obreros de la hora más temprana la más preciada de todas las oportunidades: la de tomar para sí lo mejor.

El apenas perceptible sentimiento de perplejidad que suscita la parábola en el oyente de hoy —la aparente incongruencia de unos obreros que habían trabajado más, recibiendo sin embargo el mismo salario que los que habían trabajado menos— es la mejor señal de la distancia que media entre las Enseñanzas Evangélicas y la mentalidad del hombre moderno. Dicho de otra forma esto quiere decir que el hombre moderno, en un grado mayor o menor, ha dejado de ser cristiano. Habrá olvidado dichas Enseñanzas o simplemente habrá dejado de creer en ellas pero, de una forma o de otra, si algo queda claro es que el Evangelio *ya no informa su vida*.

Entre la praxis hedonista materialista pagana de la filosofía del bienestar y la praxis derivada de la Doctrina Evangélica se ha abierto un abismo casi infranqueable. La Apologética cristiana, que dispondría de mil caminos para demostrar con razones la falsedad del paganismo, tropieza sin embargo con el grave obstáculo de que el hombre moderno ya no atiende a razones. Pues se ha tomado demasiado trabajo en destruir el valor de la razón a fin de dejar de creer en ella, con lo que los *criterios de credibilidad* y todas las pruebas que pudiera aportar la Apologética cristiana quedan de antemano desprovistos de valor.

La Apologética es consciente de que su tarea se ha hecho doblemente difícil en un mundo que ya no es meramente *pagano*, sino enteramente *anticristiano*. En este sentido, es evidente que los pri-

¹²Ga 6:2.

meros apologetas cristianos se encontraron con una labor a realizar incomparablemente más fácil que la que tendrían que afrontar los modernos apologetas. Y es obligado decir aquí *tendrían que afrontar* porque, por si todo esto fuera poco, la Iglesia actual ha eliminado de sus funciones la de evangelizar e impide cualquier intento de proselitismo, después de haber proclamado oficialmente que todas las religiones son iguales (lo que equivale a decir que ninguna es la verdadera).

Ante esta disyuntiva, el verdadero creyente de hoy se encuentra ante un camino por recorrer sumamente difícil. El más difícil seguramente de los que se han visto obligados a seguir los discípulos de Jesucristo desde el comienzo de la Iglesia. Lo cual jamás justificaría una actitud de abandono que en realidad equivaldría a una traición, pues es ésta una historia en la que solamente cuentan los que resisten hasta el final: *El que perseverare hasta el fin, será salvo.*¹³

Sin embargo la Apologética cristiana no puede renunciar a la razón para llevar a cabo su cometido, lo que sería prestar su asentimiento a la falacia de quienes pretenden su invalidez. Sobre todo cuando la Progresía modernista se contradice a sí misma, negando el valor de la razón y al mismo tiempo elevándola hasta ponerla por encima de la Palabra de Dios. Que sea la razón humana la que juzgue a la Revelación es la obra del liberalismo racionalista protestante (plenamente asimilado por el Catolicismo actual) al que ha seguido después el historicismo modernista, pero estando ambos de acuerdo en que la Revelación divina solamente puede ser admitida y valorada *desde el punto de vista de la razón humana*.

El Modernismo, por su parte, no encuentra inconveniente en utilizar uno u otro de esos dos caminos según la ocasión e incluso ambos a la vez, desde el momento en que valora las contradicciones del mis-

¹³Mt 10:22; cf Mc 13:13; Mt 24:13.

mo modo que suelen valorarse en la jerga de los políticos. Al fin y al cabo la contradicción supone mentir por turno, y el Modernismo se encuentra tan cómodo en la mentira como el pez en el agua.

La renuncia de la Apologética a reconocer el valor de la razón significaría una traición a sí misma y una ofensa contra Dios, que fue quien otorgó al hombre la facultad de pensar. Otra cosa es que la Apologética no haya agotado el arsenal de argumentos de que dispone y no haya hecho uso de algunos de excepcional importancia.

El Paganismo ha decidido prescindir de Dios negando incluso su existencia, con lo que se aparta de la verdad y se sumerge de lleno en la mentira. Pero Dios es la Verdad Infinita en la cual adquiere su fundamento toda verdad. Por otra parte, Jesucristo dijo de Sí mismo que *Él era la Verdad* y que había venido para *dar testimonio de la Verdad*,¹⁴ además de afirmar claramente que la fidelidad a sus palabras es el camino para conocer la verdad (Jn 8: 31–32), asegurando a sus discípulos que sería el Espíritu Santo el único que les enseñaría *toda la verdad*.¹⁵

El Paganismo puede negar todo esto, como efectivamente lo ha hecho. Para lo que argumenta que las pruebas de la existencia de Dios no son concluyentes. Lo cual le obliga a mantener la creencia de que el Universo procede de un *primer elemento* que sin embargo jamás ha logrado explicar en lo que pudo consistir, ni menos aún *de dónde pudo surgir*, con lo que su argumentación queda desprovista de toda argumentación (una explicación que al final se queda sin explicaciones). A no ser que se empeñe en sostener que el primer elemento *surgió de la nada*, que es una manera de pretender que *lo absurdo ha de imponerse a lo razonable*.

¹⁴Jn 14:6; 18:37.

¹⁵Jn 16:13.

De lo cual se sigue que los puntos de partida (y de llegada) de la Paganía solamente pueden ser dos: o una argumentación *carente de conclusiones*, que es lo mismo que decir que no concluye en nada (en cuanto que falta la conclusión definitiva que cerraría la argumentación). O bien otra en la que se pretenda que lo *lo razonable consiste en aceptar lo absolutamente irrazonable*.

A todo lo cual hay que añadir el problema del Amor.

Según el Cristianismo el hombre fue hecho por el Amor y para el Amor (con mayúscula y también con minúscula), siendo la única Doctrina capaz de explicar los insaciables deseos de felicidad y de infinitud del corazón humano, que es cosa para la cual la Paganía *carece de explicación alguna*.

De ahí que la Paganía se vea privada de la realidad del amor, con lo que ha dejado al hombre condenado a un angustioso vacío. Por eso ha sustituido el amor por el sexo, cuya principal particularidad es la de conducir al hombre a un callejón sin salida. Pues al estar desprovisto el sexo de todo sentimiento del verdadero amor (el cual necesariamente ha de ser determinado por la razón), rebaja al hombre a una condición inferior a la de los irracionales. Pues lo coloca en una situación más baja que aquella que le corresponde, en cuanto que al ponerlo al nivel de los irracionales en realidad lo reduce a un nivel todavía más inferior (es infamante para el hombre quedar igualado al nivel de los animales). Por otra parte, la renuncia deliberada del hombre a su condición de ser superior lo conduce irremediabilmente a toda clase de aberraciones.

La Doctrina del Cristianismo ha sido constante en enseñar que el Amor es Dios (1 Jn 4:8; 4:16), y que todo amor creado no es sino una participación del Amor Infinito. Sin embargo, al verse privada de Dios la Paganía, se queda sin ninguna explicación de orden superior que pueda dar razón del amor. Con lo que el amor queda reducido al

ámbito de lo puramente natural, sin que valga objetar que se trata, de todos modos, de una animalidad racional; pues sería bastante difícil encontrar alguna explicación para una racionalidad que no haga referencia a un orden superior y quede reducida, por lo tanto, a *mera animalidad*. A no ser que se quiera defender que el espíritu es una función de la materia o que procede de la materia, que es creencia que conduce a una obligada alternativa: o bien se trata de otro argumento que carece de argumentos (pues sería preciso demostrar primero la posibilidad de que el espíritu proceda de la materia), o bien se trata del absurdo de pretender que la materia y el espíritu son la misma cosa (que además es otra afirmación también carente de demostración).

Al renunciar a la realidad del amor el hombre se ha quedado vacío y sin alma. Decía San Pablo que el hombre sin amor es como *un bronce que suena o címbalo que retiñe*,¹⁶ que es una forma de compararlo con un sonido que se oye por unos segundos, como una ráfaga de aire que pasa, para quedar enseguida reducido a la nada. Y es que el hombre, nacido para amar (necesaria relación entre un *tú* y un *yo*), sin el amor no puede conocer otra cosa que la soledad.

Es cierto que existe el amor puramente humano, incluso sin la Gracia, absolutamente sincero en las diversas formas en las que puede manifestarse, tales como el amor conyugal, el amor paterno-filial, el amor fraterno o el amor de amistad. Pero si no está arraigado firmemente en Dios, que es la Fuente de todo Amor, *jamás alcanzará capas profundas ni cotas demasiado altas*, con lo que nunca conseguirá la categoría de *verdadero amor*. A lo que contribuye el hecho de que el hombre se ha acostumbrado demasiado a conformarse con un *poco*, que *anda rayano en la nada*, pero creyendo que eso es precisamente *lo mucho* y todo lo que cabía esperar, en la cual trágica

¹⁶1 Cor 13:1.

ignorancia transcurre toda su existencia. A eso se refería Jesucristo cuando decía que aquél que no fuera capaz de perder la vida por amor de Él (única forma de encontrarla), *es cuando la perdería en realidad*,¹⁷ con todos los tremendos significados (imaginables y no imaginables) que se le quieran dar a la expresión *perder la vida* puesta en boca de Jesucristo.

Como prueba de lo dicho basta acudir a las estadísticas que muestran la situación actual de la sociedad: la familia destruida, los matrimonios desavenidos y destrozados como algo generalizado, el divorcio convertido en cosa normal (la misma Iglesia ha dejado de creer en el amor estable), los matrimonios civiles y las uniones de hecho superando en mucho al matrimonio canónico que además tiende a desaparecer, las relaciones padres e hijos en franca crisis cuando no difuminadas, la infancia sin calor de hogar y entregada su educación a Estados laicistas, las relaciones prematrimoniales reducidas al sexo, etc.

La pérdida del amor ha ocasionado la desaparición de prácticamente todos los valores, los cuales han sido sustituidos por aberraciones que han ocupado su lugar, con todas las consideraciones que hubieran correspondido a los primeros. Así es como han sido legitimados y reconocidos como triunfo de la nueva civilización y un avance de la Humanidad cosas como el divorcio, la homosexualidad y el aborto, por citar los casos más sobresalientes

Uno de los puntos en los que aparece más claramente la corrupción del concepto del amor ha tenido lugar recientemente en la misma Iglesia y donde menos cabría esperar. Y estamos hablando del trato que está siendo tributado al concepto *miserericordia*.

La *miserericordia* es el atributo divino más consolador para el ser humano desde el momento en que se refiere al perdón de los pecados

¹⁷Cf Mt 10:39; 16:25; Mc 8:35; Lc 17:33.

ofrecido por Dios por amor. Pero la misericordia es efectivamente un acto de amor y supone necesariamente, por lo tanto, la *relación bilateral, la cual es esencial al amor*. En este caso la de Dios con su criatura, pues no existe el amor cuando no hay una relación de igualdad y correspondencia entre el *tú* y el *yo*, la cual exige necesariamente la identificación de voluntades que ha de existir entre ambos.

Sin embargo, la actual Pastoral está presentando la misericordia —y así lo está entendiendo la generalidad de los fieles— como si fuera un acto bondadoso *unilateral* por parte de Dios, sin exigir de la criatura otra disposición que la de recibirlo. Con lo cual la moderna Pastoral modernista desvaloriza (en realidad los rechaza) los conceptos de culpabilidad o de pecado por parte de la criatura, junto a la consiguiente necesidad del arrepentimiento. Un concepto erróneo de la misericordia que no es sino una falsificación de la verdadera, en cuanto que rompe la relación amorosa bilateral y hace imposible, por lo tanto, la entrega amorosa de Dios a su criatura. En último término supone el rebajamiento del hombre a la categoría de *una mera cosa*, al privarlo de su capacidad de la libre y responsable respuesta al amor (la cual, para ser auténtica, requiere el previo reconocimiento de la culpa). Dios no trata al hombre como un muñeco inanimado, sino como un ser responsable con capacidad de decidir libremente (y el amor es esencialmente *libertad*). En la posible relación amorosa, caso de que la parte humana se empeñe en *mantener* su postura de rebelión contra Dios, manifiesta claramente con ello una oposición de voluntades que se convierten entonces en contrarias: *lo cual hace imposible la relación amorosa* y consiguientemente desaparece toda posibilidad de que pueda darse la misericordia.

Habrá quien objete que la moderna Pastoral difunde el uso de los confesonarios en las convocatorias religiosas a celebrar. Sin embargo,

a cualquier observador perspicaz no habrá escapado la circunstancia de que se habla del confesonario con más insistencia que del debido uso del sacramento de la confesión. Resulta difícil huir de la impresión, tal como queda presentado todo el aparato de la *miseri-cordia*, de que se trata más bien de un adorno de oropel destinado a conseguir una mayor afluencia de público.

Dijimos al comienzo de esta disertación que la parábola contiene dos importantes temas que afectan de lleno a la existencia cristiana. Una vez examinado el primero corresponde ahora fijar la atención en el segundo, cuya importancia y transcendencia son mayores que los del primero para la actual Iglesia.

El problema está contemplado en el texto de la parábola y afecta directamente a la misión evangelizadora de la Iglesia, la cual el Modernismo ha tratado de eliminar y que casi ha conseguido por completo.

Es de notar, con respecto a este punto, que el Modernismo ya en los últimos tiempos venía prescindiendo de su histrionismo y actuando más abiertamente en la tarea de *suprimir la misión evangelizadora de la Iglesia*. Sin que tampoco esta vez se hayan escuchado voces de alarma o de protesta, tal como viene ocurriendo en la actual etapa de su Historia por la que atraviesa la Iglesia

De nuevo la Pastoral modernista se enfrenta aquí a la Revelación y a las enseñanzas derivadas del Evangelio concretamente, aunque esta vez más claramente que en otras ocasiones, como veremos enseguida.

Comienza la parábola relatando las diversas salidas que hizo el padre de familias, desde la primera hora de la mañana hasta casi el final de la tarde, *para contratar obreros para su viña*. La premura de tiempo que le induce a salir a hora tan temprana, junto a su insistencia en las siguientes salidas a lo largo de todo el día, indican

claramente la urgencia del padre de familias por conseguir obreros para trabajar en su finca. El significado de la parábola es claro y expresivo de la preocupación de Jesucristo por la escasez de obreros para trabajar en su viña, que es la Iglesia, con la consiguiente urgencia de conseguirlos: *Entonces dijo a sus discípulos: La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad, pues al señor de la mies para que envíe obreros a su mies.*¹⁸ Por otra parte, el mandato de Jesucristo es nítido e imperativo: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado.*¹⁹

La última salida que hizo el dueño de la viña, ya hacia el final del día, contiene una importante particularidad. Habiendo salido hacia la hora undécima encontró todavía a otros que estaban parados en la plaza, por lo que les dijo:

—¿Cómo es que estáis aquí todo el día ociosos?

Y la contestaron:

—Porque nadie nos ha contratado.

Entonces les dijo:

—Id también vosotros a mi viña.

Donde es de notar la insistencia de la parábola en mostrar la *urgencia* del dueño de la finca por conseguir obreros, puesto que incluso contrata a los que encuentra a última hora y los envía también a trabajar. Es evidente, por lo tanto, la intención de señalar como necesidad ineludible la presencia de obreros a fin de llevar a cabo la obra de la Evangelización. Con la consiguiente obligación de buscarlos con prisa y con insistencia por los medios que sean necesarios. Si

¹⁸Mt 9: 37–38.

¹⁹Mt 28: 19–20.

no se los busca y no se los encuentra no irán a trabajar; y si no hay obreros en la viña, la Evangelización no se realizará.

La observación acerca de los obreros ociosos, encontrados a última hora del día, parece puesta intencionadamente: *Es que nadie nos ha contratado*. Donde es evidente que se alude a la *necesidad de buscar obreros*. Y si hay necesidad de buscar obreros es precisamente para algo, a saber, para la Evangelización que es preciso llevar a cabo.

Un texto del Evangelio de San Lucas contenido en la parábola de los invitados a la gran cena es muy expresivo a este respecto: *Entonces dijo el Señor a su siervo: "Sal a los caminos y a los cercados y oblígales a entrar, para que se llene mi casa".*²⁰

Pero la nueva Pastoral modernista hace caso omiso de los textos de la Escritura y de la Tradición de veinte siglos, y por eso se opone a cualquier labor de Evangelización conducente a que alguien entre a formar parte de la Iglesia. Olvidando la tradicional Doctrina según la cual *fuera de la Iglesia no hay salvación*, y partiendo de la falsedad de que todas las religiones son válidas y aptas para la Salvación, ha eliminado una labor misionera de la Iglesia que había perdurado desde el tiempo del mismo Jesucristo. Con prohibiciones expresas para llevarla a cabo, como ha ocurrido en el caso de las relaciones con el Judaísmo.

Sin embargo, la necesidad de la Evangelización se desprende de las mismas palabras de Jesucristo que suponen un mandato: *Id por todo el mundo y haced discípulos a todos los pueblos... Rogad al señor de la mies para que envíe obreros a su mies*. Pero el Modernismo introducido en la Iglesia hace ya mucho tiempo que acostumbra a desconocer los mandatos de su Fundador, y de ahí la conclusión obli-

²⁰Lc 14:23.

gatoria de que sin Fundador y con una Doctrina nueva, el resultado es el de una *Iglesia distinta*.

Existe además un texto clave de San Pablo, contenido en la Carta a los Romanos, que es un mentís rotundo a las nuevas enseñanzas modernistas que se oponen a la Evangelización:

*¿Pero cómo invocarán a Aquel en quien no creyeron? ¿O cómo creerán si no oyeron hablar de él? ¿Y cómo oirán sin alguien que predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?*²¹

El Catolicismo ha llegado a un punto en el que se han trastocado todos sus principios y enseñanzas —en realidad falsificados y vueltos del revés—, resultando una Doctrina nueva que nada tiene que ver con la Escritura ni con la Tradición de la Iglesia. La extrañeza que alguien puede experimentar, ante el pensamiento de que fueron desafortunados los obreros llegados a trabajar a la primera hora, olvidando que las Enseñanzas transmitidas suelen resultar contrarias a los gustos de la debilitada naturaleza humana, es otra prueba de lo que se está diciendo. Por eso Jesucristo termina la palabra con una enseñanza que la cierra y que es otro principio clave en la existencia cristiana: *Así resulta que los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos*.

La deriva de la Iglesia, comenzada a partir del Concilio Vaticano II, ha alcanzado su punto culminante y está próxima a acabar. El río caudaloso que fluía desde fuentes puras y abundantes se separó de su curso, se perdió en un desierto y sólo queda de él un cauce seco. La fase final culminante del eclipse está cercana, no sin que antes vaya precedida de la más dura persecución sufrida por la Iglesia a lo largo de su Historia. Ya dijo San Pío X que quienes se empeñaron en abrirse al mundo acabaron siempre naufragando y pereciendo en él.

²¹Ro 10: 14–15.

Han precedido ciertamente tiempos de tribulación en los que se habrán perdido millones de fieles que habían sido bautizados en la Fe católica. Aunque no habrán sido tiempos tan duros como los que aguardan todavía, y en los que los elegidos habrán de hacer grandes alardes de firmeza.

Aunque no cesarán de sonar las Palabras de Aquél que dijo que las suyas no pasarían para siempre. Y entre ellas, las más consoladoras: *Fundaré mi Iglesia y las Puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.*

LA CRUZ Y EL MISTERIO DEL DOLOR ¹

En el día de hoy, Domingo de Quincuagésima, propone la Iglesia en la Santa Misa como tema a considerar un texto del Evangelio de San Lucas en el que Jesucristo anuncia a sus apóstoles, camino de Jerusalén, el misterio de su Muerte en la Cruz:

—*Mirad, subimos a Jerusalén, donde se cumplirán todas las cosas que han sido escritas por los Profetas acerca del Hijo del Hombre: será entregado a los gentiles y se burlarán de él, será insultado y escupido, y después de azotarlo lo matarán, y al tercer día resucitará.*²

Según el texto, los discípulos no entendieron nada de lo que les decía porque ese lenguaje les resultaba incomprensible. Incluso en un pasaje paralelo de San Marcos, en el que Pedro llama aparte a Jesús para reprenderlo acerca del mismo tema, advierte el evangelista de una fuerte reacción de este último quien, vuelto de cara a los discípulos, increpó a su vez duramente a Pedro:

—*¡Apártate de mí, Satanás!, porque no entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres.*³

Y efectivamente, porque el Misterio de la Cruz, del que ya dijo San Pablo que era *escándalo para los judíos y locura para los gentiles*,⁴ fue siempre un abismo de incomprensión para los hombres y

¹Predicado el 7 de Febrero de 2016.

²Lc 18: 31-33.

³Mc 8:33.

⁴1 Cor 1:23.

sigue siéndolo hasta el día de hoy. Es cierto que a cualquier cristiano, discípulo de Jesucristo, le resulta difícil admitir que el Hijo de Dios terminara su misión terrena en el aparente fracaso del patíbulo de la Cruz.

Pero no entender el Misterio de la Cruz conduce necesariamente a no entender tampoco el misterio del dolor y del sufrimiento. Cosa que ocurre cuando el cristiano se aparta —del modo que sea— de la fidelidad y amor a Jesucristo y, en definitiva, hacia su Persona.

Así ocurre que el Misterio de la Cruz, junto al del dolor y el del sufrimiento, realmente escandalizan y producen temor. Una vez que la naturaleza humana ha quedado herida y debilitada a consecuencia del pecado, la experiencia demuestra que el hombre tiende a huir instintivamente del sufrimiento y del esfuerzo. En cuanto al cristiano concretamente, todo se explica desde el momento en el que ha perdido la fe en Jesucristo, o se ha debilitado su confianza en Él.

Tales sentimientos de temor —a la Cruz y al dolor— se han agudizado en la actual crisis de Fe que la Iglesia padece. En la misma Catequesis Pastoral es cosa normal omitir hablar de la Cruz, de la necesidad del arrepentimiento y de la penitencia o de la oportunidad y el sentido cristiano del dolor. En la predicación ordinaria se ocultan estas realidades o se difunden doctrinas en las que se falsea su significado. Movimientos Espirituales importantes dentro de la Iglesia, como el Camino Neocatecumenal, niegan el carácter sacrificial de la Muerte de Jesucristo en la Cruz, bajo el pretexto de que no es posible que Dios Padre permitiera semejante crueldad con su Hijo (para este Movimiento, Cristo nos redimió por el amor que nos mostró y no por medio de su muerte cruenta). Según el Papa Juan Pablo II, Jesucristo nos redimió por el hecho de hacerse hombre más que por su muerte en la Cruz, difundiendo así una doctrina que condujo a la de la *salvación universal* que luego el Modernismo

se encargaría de extender por toda la Iglesia. De esta forma quedaba negado el Misterio de la Redención universal llevada a cabo por Jesucristo mediante su Muerte.

La nueva Iglesia neomodernista se muestra ferozmente enemiga del Sacrificio en la Cruz, del pecado original y aun del pecado en general, así como de la necesidad de la penitencia o del sacrificio y, en general, de todo lo que conduzca a admitir cualquier elemento sobrenatural fundamentado en Jesucristo. Según la nueva doctrina, ya no es la Revelación la que juzga y determina al hombre, sino que es el hombre el que juzga y decide acerca del sentido de la Revelación. Con lo que se desemboca en una Religión del hombre que sustituye a la Religión de Dios.

Propugnadas por los Pastores que las difunden, hoy en mayoría dentro de la Iglesia, ayudados a su vez por la colaboración de una intensa propaganda llevada a cabo por los *mass media*, estas doctrinas han llegado a hacerse normales en la mentalidad del Pueblo Cristiano. A las que debe añadirse la de la *libertad de conciencia*, que no es sino interpretación de las doctrinas del Concilio Vaticano II sobre la *libertad religiosa*, para concluir en una religión del culto a la propia voluntad (el hombre es un ser autónomo, no heterónimo) que nada tiene que ver con el Cristianismo. Todo ello resultado de una difusión en la Iglesia de la herejía modernista que incluso ha alcanzado una amplitud mayor a la del arrianismo en el siglo IV.

Sin embargo, una vez eliminado el Misterio de la Cruz, queda también prácticamente eliminado el Cristianismo.

El temor al sufrimiento por el sufrimiento es en realidad un sentimiento humano que puede considerarse normal y natural. Aunque resulta intensamente agravado cuando le falta el sentido cristiano, cosa que se hace notar hasta en la predicación de los más altos Jerarcas de la Iglesia, que incluso han llegado a decir que *el misterio del dolor de los niños no tiene explicación*.

Cuando se pierde de vista la última razón y la verdadera explicación de las cosas (a menudo imposibles de alcanzar sin recurrir a la Fe), se desemboca en una serie de errores que se suceden en cadena con consecuencias cada vez más graves.

Por eso se dice que no tiene explicación el dolor de los niños. Pero tampoco el de los adultos *cuando se carece de Fe* y se han olvidado las enseñanzas de Jesucristo. En los momentos actuales por los que atraviesa la Iglesia, gobernada por Pastores seducidos por la herejía modernista, lo que tendría que parecer *escandaloso* a los oídos de los fieles es escuchado como cosa *normal* por la que nadie se siente perturbado. Sin embargo, perder el sentido cristiano del sufrimiento es perder el sentido de la Cruz, y perder el sentido de la Cruz es perder todo sentido del Cristianismo.

No entiende el sentido del dolor quien no conoce el amor. Pero si es verdad que *el que no ama no conoce a Dios*,⁵ quien confiesa no entender el sentido del dolor está reconociendo que no conoce a Dios. Y si comete la hipocresía de llamarse cristiano, está proclamando en realidad que su fe nada tiene que ver con la Persona de Jesucristo.

Si Cristo liberó al hombre de la esclavitud del temor a la muerte (Heb 2:15), es gracias a su amor manifestado en la Cruz. Por eso puede decirse que es el amor, y únicamente el amor, lo que libra del miedo que produce la muerte, a la vez que convierte en triunfo el dolor que lleva consigo:

*Si vivir es amar y ser amado,
sólo anhelo vivir enamorado;
si la muerte es de amor ardiente fuego
que abrasa el corazón, muera yo luego.*

⁵1 Jn 4:8.

El verdadero significado de la campaña emprendida por el Modernismo contra el sentido cristiano del dolor (sustituyéndolo por el farisaico concepto de *no se sabe lo que es*) no es otro que el de eliminar de la conciencia de los fieles la Persona y la doctrina de Jesucristo, borrando así toda referencia al Misterio de Salvación proporcionado por Él a los hombres. Nunca hasta hoy herejía alguna había dirigido contra la Iglesia un ataque tan directo.

Para percatarse del grado en que el temor a la Cruz influye en la vida de cada cristiano, basta con acudir a la experiencia personal de cada uno. Y sin embargo, el destino que conduce a participar en los sufrimientos y en la Muerte de Cristo es fundamental en la existencia cristiana. Tal como claramente lo dice San Pablo:

*¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados para unirnos a su muerte?*⁶

He ahí, por lo tanto, el fin para el cual el cristiano ha sido bautizado: participar en la Muerte de Jesucristo. Pese a que, por lo general, sea esa una realidad que permanece en el olvido. Por eso, y debido a su importancia, aún insistía más el Apóstol en esta verdad fundamental:

El mensaje de la cruz es necesidad para los que se pierden. Pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios. Como está escrito: “Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes”.⁷

La cita de Isaías (29:14) pone de manifiesto que la *sabiduría* y la *prudencia* de los hombres tratan con frecuencia de interferir en los planes y en la Sabiduría de Dios, como lo demuestra el hecho (por poner un ejemplo próximo) del rechazo al Sacrificio de Cristo en la Cruz en el Camino Catecumenal. La extrema indigencia a la que

⁶Ro 6:3.

⁷1 Cor 1: 18-19.

quedó sujeta la naturaleza humana por culpa del pecado original conduce a que los hombres, creyéndose más inteligentes que Dios, traten de trazar sus propios caminos y de estructurar el Mundo según su propio entender. Lo que no se debe tanto a la debilidad de su inteligencia como al pecado de la *soberbia*, que es el más aborrecido de Dios y fuente de todos los demás.

El amor o el desprecio a la Cruz origina en la vida de cada cristiano una disyuntiva categórica en la que se juega su destino. En ella se deciden, o el amor a sí mismo con desprecio de Dios, o el amor a Dios con desprecio de sí mismo. Jesucristo lo expresó claramente:

*El que ama su propia vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna.*⁸

Por el contrario, el amor a la Cruz por parte del cristiano, no solamente se convierte para él en un signo de salvación, sino que le aporta la *fuerza* necesaria para llevar a cabo su peregrinaje terreno. Cosa que sin tal amor es imposible llevar a cabo, ya que la Cruz es el único camino de salvación, recorrido primero por Jesucristo pero que luego ha de seguir también todo cristiano (Jn 14:6), pues *no es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su señor.*⁹

La existencia del cristiano está plagada de toda clase de obstáculos y de persecuciones:

*Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de las palabras que os he dicho: no es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros.*¹⁰

⁸Jn 12:25; Mt 16:25; 10:39; Lc 9:24; 17:33.

⁹Mt 10:24.

¹⁰Jn 15: 18–20.

Los cuales no pueden ser superados sin el amor a la Cruz. Y cuando se carece de tal amor es inevitable que el hombre prescinda de Dios y se convierta al Mundo.

Y sin embargo la Cruz no es meramente un camino doloroso a través del cual y con el cual se consigue la salvación, sino que es también y sobre todo un *motivo de gloria*, tal como ya lo reconocía San Pablo:

*En nada me gloriaré sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.*¹¹

Según eso, el misterio de la Cruz no es para el Apóstol meramente un camino de salvación acogido con resignación, sino un motivo de gloria y una ocasión de gozo. Sentimiento que está muy lejos del temor a la Cruz y de la dificultad para comprender el misterio del dolor, tal como los cristianos suelen experimentarlos. Y una vez más aparece la distancia entre la grandiosidad de los misterios de la Fe y la mediocridad de la vida de los hombres: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron.*¹² Que Dios ofrece constantemente su Amor a los hombres ya lo apuntaba la oda poética de *El Cantar de los Cantares*:

*Abreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.*¹³

Aunque los hombres rehúsan continuamente ese ofrecimiento alejando mil excusas, como también lo hace notar *El Cantar*:

¹¹Ga 6:14.

¹²Jn 1:11.

¹³Ca 5:2.

*Ya me he quitado la túnica,
 ¿Cómo volver a vestirme?
 Ya me he lavado los pies.
 ¿Cómo volver a ensuciármelos?*¹⁴

De ahí que no comprender el misterio de la Cruz es no comprender el misterio del amor. Y puesto que el hombre ha sido creado por el Amor y para el amor (para amar y para ser amado, ya desde el plano natural pero ordenado al plano sobrenatural), prescindir de la Cruz es lo mismo que prescindir del Amor. Lo que significa para el hombre la destrucción definitiva de su propio destino.

Pues el misterio de la Cruz es inexplicable y deja de tener sentido sin este misterio que lo fundamenta y lo justifica. El misterio del amor es la razón que encuentra el Apóstol para encontrar en la Cruz la condición de su propia gloria. El escándalo de la Cruz se convierte en sentimiento glorioso cuando se descubre que la Cruz no es sino el resultado y la prueba definitiva del amor. Y el amor es la más sublime realidad existente tanto en el Cielo como en la Tierra, puesto que, en último término se identifica con el mismo Dios. Y el amor creado, otorgado a las criaturas, es una participación en la misma Naturaleza y gloria divinas.

Y dado que el Amor, según se ha dicho, se identifica con Dios (1 Jn 4:8), y una vez establecido también que al hombre le resulta imposible conocer a Dios en Sí mismo y por Sí mismo, salvo de forma indirecta y por indicios, sin embargo puede conocerlo en Jesucristo: *A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer.*¹⁵ Y es precisamente en Jesucristo, que nos amó *hasta el fin* (Jn 13:1), donde el hombre

¹⁴Ca 5:3.

¹⁵Jn 1:18.

conoce en plenitud el amor. Y una vez conocido el amor y Quién es el objeto de tal amor es cuando cobran todo su sentido el dolor y el sufrimiento.

De ahí resulta a su vez que el hecho de que el sufrimiento adquiriera sentido para el hombre no significa que también llegue a comprenderlo en plenitud. Al cristiano *enamorado* de Jesucristo le basta esa condición por la que se siente vinculado a Él, lo cual es en definitiva lo que más le importa. Pues quien ama a Jesucristo quiere sobre todo vivir con Él, sufrir con Él y morir con Él. Por lo que comprender la naturaleza íntima del dolor es para el cristiano cosa secundaria, en cuanto que se siente satisfecho con saber que es el amor el que le otorga sentido a su existencia.

Para comprender en profundidad el sentido del dolor sería necesario conocer el sentido último del pecado —abismo del maldad y *mysterium iniquitatis*—. Y para comprender la razón final del sentido del pecado, desde el punto de vista cristiano, sería necesario comprender el misterio de la Redención y, sobre todo, el misterio del amor. De tal manera que es el amor el último y principal de todos los misterios que encierra la explicación definitiva de la Historia de la Salvación y del Plan de Dios sobre toda la especie humana.

Y en cuanto a comprender en plenitud el misterio del amor es tarea imposible, por cuanto que sería lo mismo que entender en plenitud a Dios. Pero Dios, sin embargo, no solamente quiso darse a conocer al hombre de alguna manera —que alcanza, sin embargo, un grado demasiado elevado que hubiera sido inaccesible para el hombre—, sino hacerlo partícipe de su propia Naturaleza y otorgarle el don del amor. Lo cual ha significado, por parte de Dios, su decisión de amar al hombre de modo íntimo; y por parte del hombre, la posibilidad de corresponder y amar a Dios del mismo modo, según las posibilidades de su naturaleza elevadas por la gracia (ha

de tenerse en cuenta que el amor siempre se establece mediante una *relación*).

Para el cristiano que ama a Jesucristo, *el misterio de la Cruz queda definitivamente explicado*. Y una vez reconocido el sentido de la Cruz ya es inteligible el misterio del dolor. Pues el discípulo enamorado quiere compartir la vida de su Maestro, pero llegando hasta el fin para sufrir y morir con Él. Lo que sucede una vez que el discípulo ya no se pertenece a sí mismo, sino que su vida es ahora la de Jesucristo así como la de Jesucristo es la suya. Una paridad de existencias en la vida y en la muerte en la que cada uno comparte el destino del otro.

Es indudable que el verdadero amor induce a sentir y compartir los sentimientos de la persona amada. La consigna del Apóstol, según la cual el cristiano debe *gozar con los que gozan y llorar con los que lloran*,¹⁶ suena más bien —al menos a primera vista— a un sentimiento de *solidaridad* e incluso de *caridad* cristiana. Si bien es de reconocer que este mandato apostólico no es sino un precepto de carácter general, superado luego por los textos más profundos y más directamente personales también del Apóstol:

*Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno de nosotros muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. En fin, sea que vivamos o sea que muramos, del Señor somos.*¹⁷

Y añade en otro lugar:

El amor de Cristo nos urge, persuadidos como estamos de que si uno murió por todos en consecuencia todos murieron. Y murió por

¹⁶Ro 12:15.

¹⁷Ro 14: 7-8.

*todos a fin de que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.*¹⁸

Todos estos textos conducen a la conclusión paradójica —por lo general olvidada, como en general casi todas las verdades de la Fe— de que el cristiano ya no es dueño de su vida, desde el momento que pertenece a Jesucristo. De manera que, más que ser él, es Cristo quien vive en él: *Vivo yo, pero ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí.*¹⁹ Lo cual, lejos de disminuir o eliminar su personalidad —otra paradoja— es justamente lo que la dignifica y eleva: *Quien encuentre su vida, la perderá; y quien pierda su vida por mí, la hallará.*²⁰

Nunca se insistirá bastante en que el Cristianismo es una religión de paradojas. O al menos de verdades tan elevadas que bien puede decirse que escapan, por su profundidad y grandeza, al alcance de la inteligencia humana. ¿Cómo puede decirse que el hombre solamente puede vivir su verdadera vida precisamente cuando la pierde...?

Téngase en cuenta, sin embargo, que la pierde para que Cristo viva en él, que es condición indispensable para que, a su vez, pueda él *vivir la vida de Cristo*. La unión amorosa, cuando es verdadera, produce el milagro de hacer de dos una sola cosa, *manteniendo sin embargo la identidad de cada uno*. Pues si no hay un *cada uno* —un *yo* y un *tú*— no puede existir el amor. Pero vivir en Cristo es vivir en el amor:

*Ni la altura, ni lo profundo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, el cual está en Cristo Jesús Nuestro Señor.*²¹

¹⁸2 Cor 5: 14–15.

¹⁹Ga 2:20.

²⁰Mt 10:39; 16:25; Mc 8:35; Lc 9:24.

²¹Ro 8:39.

Y resulta que el hombre solamente puede ser *él mismo* cuando vive en el amor, dado que su naturaleza fue creada para el amor. De donde se desprende que quien no ama, no solamente no conoce a Dios (1 Jn 4:8), sino que *permanece en la muerte* (1 Jn 3:14). Y si es el amor a Jesucristo lo único que da sentido a la vida del hombre, es normal que quien está verdaderamente enamorado *no pueda vivir* sin el amor de la persona amada. Afirmación esta última a lo que no debe atribuirse un sentido meramente metafórico, pues es Jesucristo quien proporciona la vida: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.*²²

El Misterio de la Cruz supone necesariamente una *totalidad*. La voluntad de Dios de redimir al mundo fue un *exceso* de amor: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito.*²³ Por eso quiso realizar la Redención del mundo mediante la Muerte de su Hijo; aunque no mediante una forma de muerte soportada de cualquier modo, sino del modo más cruel imaginable y en el suplicio más doloroso, tan infamante entonces como que estaba reservado para los peores delincuentes. La razón de tal disposición de Dios puede ser colegida, en cierto modo, incluso por el entendimiento humano: Pues siendo la mayor demostración de amor posible a proporcionar a los hombres, era conveniente que llegara hasta la muerte (Jn 15:13) y además bajo el signo de la *totalidad*, tal como se dice en la Carta a los Filipenses: *Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*²⁴ Y tal como lo exige también la razón del verdadero amor, cuya naturaleza y esencia son las de la absoluta *totalidad*.

De ahí puede deducirse la insania de todas las teorías que niegan el Sacrificio cruento de la Cruz y, en consecuencia, el Amor como

²²Jn 10:10.

²³Jn 3:16.

²⁴Flp 2:8.

esencia del Cristianismo y aun el Cristianismo en su totalidad. Han sido propagadas gracias a la doctrina de la *salvación universal*, inventada por Rahner y acogida en sus Encíclicas por el Papa Juan Pablo II. Aunque ha sido el Movimiento Catecumenal, extrañamente aprobado y bendecido por Benedicto XVI y confirmado por el Papa Francisco, el causante de su mayor difusión en la Iglesia. En cuanto a la intensidad y extensión del desastre e irreparable daño ocasionado a las almas por estos errores en todo el orbe católico, sólo de Dios son conocidos.

A primera vista, tal profusión de falsedades y herejías modernistas no son sino el fruto de la soberbia humana, convencida de su capacidad para enmendar la plana a Dios y corregir sus equivocaciones. Sería lo más lógico pensar que cualquier persona dotada de sentido común se apresurará a rechazarlas, ya que haría falta ser ciego para no percibir enseguida el monstruoso disparate que se desprende del mero hecho de enunciarlas. Desgraciadamente la lógica del sentido común no es hoy muy frecuente dentro del conjunto del Pueblo cristiano, demasiado afectado por una situación de apostasía general bien alimentada, a su vez, por la eficaz y bien montada propaganda de un Sistema empeñado en acabar con el Catolicismo.

Sin embargo, la explicación fácil del origen de un fenómeno, aun siendo verdadera, no siempre acierta a señalar su *causa más profunda*. El recurso a la humana soberbia carece de la necesaria entidad para dar razón de un fenómeno, tan fácil y universalmente aceptado, y que además ha producido tamaño desastre en todo el Pueblo cristiano.

La profundidad y malicia de tales errores, además de su extraordinaria universal aceptación, obliga a acudir al *satanismo* como su única explicación. Por más que en la Iglesia de hoy, en medio de un ambiente general de rechazo de lo sobrenatural, nombrar a Satanás

como principal causante de la actual disolución de la Iglesia equivale a suscitar el escándalo. La inteligencia de Satanás supera en mucho la natural estulticia humana, y de ahí su máximo interés en pasar desapercibido y hasta ignorado, que es el modo más eficaz, al fin y al cabo, de actuar libremente en la mentalidad de los hombres.

San Pablo advertía acerca de que no lo había enviado Cristo a bautizar sino a evangelizar; aunque no por medio de la sabiduría de la palabra, *a fin de que no quede desvirtuada la cruz de Cristo* (1 Cor 1:17). Palabras no fáciles de interpretar, pero que seguramente apuntan a la idea de que la Sabiduría de Dios, manifestada en la Cruz, supera infinitamente a cualquier pretensión de sabiduría y de pensamientos humanos. No tiene nada de particular que el Modernismo, que de manera tan radical rechaza todo lo sobrenatural (y al hacerlo rebaja también la naturaleza humana hasta el límite de su degradación), y todos aquellos que de un modo más o menos abierto siguen esta herejía, nieguen hasta el paroxismo el Misterio de la Cruz.

EL MISTERIO DEL SACERDOCIO¹

Los hombres han de considerarnos como ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que se busca en los administradores es que sean fieles.

(1 Cor 4: 1-2)

1. Introducción al problema

Quizá en ninguna otra época de la Historia de la Iglesia los cristianos de buena voluntad (el *resto* de los que todavía se mantienen firmes en la Fe) han buscado tanto como en la presente buenos Pastores que los conduzcan. Pues son ellos quienes por institución divina han sido llamados a conducir al Pueblo de Dios por el camino de la Salvación.

Pero el hecho de que así haya sido dispuesto por Jesucristo es un claro exponente de que el papel y la función de los ministros de Cristo, no solamente son *esenciales* para la buena marcha de la Iglesia, sino para su misma existencia. Sin Pastores, el Rebaño no puede ir a ninguna parte, como no sea al camino que conduce al abismo de perdición.

¹Predicado el 20 de Diciembre de 2015, (Fragmento).

Pero no cualquier clase de Pastores son los indicados para tal oficio, sino solamente quienes sean fieles a la misión que les asigna el Apóstol: *ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios*.

Y si nos atenemos más concretamente a la figura del sacerdote como Pastor, que es quien más directamente trata con el Pueblo de Dios, así es como debe considerarse a sí mismo y así es como debe ser considerado por los fieles.²

De modo que, según el Apóstol, el sacerdote es *ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios*.

Pero en cuanto a lo primero, parece no existir especial dificultad, a primera vista al menos. Todo el mundo sabe en lo que consisten el papel y las funciones propias de la figura de un ministro. Puesto que el ministro depende de la Autoridad de quien ha recibido el nombramiento, está obligado a cumplir sus órdenes y a atenerse fielmente a las instrucciones recibidas. Sus iniciativas personales, conforme a la misión de la que ha sido investido, están sometidas por lo tanto a la subordinación y al control del Poder de quien depende.

Con respecto a la función de *administrador de los misterios de Dios*, se entiende fácilmente como la de quien tiene por oficio hacerse cargo de unos bienes que le han sido encomendados (en este caso de alto valor), los cuales tiene la obligación de manejar a fin de obtener de ellos el mayor rendimiento posible.

Hasta aquí el problema parece ya resuelto. Aunque en realidad no ha pasado de ser una exposición de su planteamiento.

Entre el mundo sobrenatural y el natural media una distancia que no es mensurable por el entendimiento humano. De ahí que

²Centraremos aquí nuestra atención sobre el sacerdote en particular, puesto que es el Pastor en la Iglesia que está más en contacto con los fieles.

cuando los misterios de la Fe son expresados por medio del lenguaje humano (el único disponible para el caso), los términos utilizados no pueden tener sino un valor *relativo o referencial*. Los teólogos dirían que aquí hay necesidad de aplicar la analogía.

El sacerdote es efectivamente *ministro* de quien le ha conferido el oficio. Que en este caso no es un Gobernante humano, sino el mismo Dios. Puesto que su origen es sobrenatural, y puesto que ellas mismas están dotadas de un contenido sobrenatural, las normas e instrucciones emanadas para ser recibidas y puestas en práctica por el sacerdote no pueden ser calificadas según parámetros meramente humanos.

Algo parecido hay que decir del sacerdote como *administrador*. Aquí no se trata del manejo y administración de cualesquiera bienes, y ni siquiera de algunos a los que habría que atribuir el más alto valor posible, sino de *los misterios de Dios*. Con lo que el mero enunciado de la expresión ya lo dice todo. Y desde luego que no debe ser fácil para el hombre hacerse cargo de los misterios de Dios para su administración. Por otra parte el vocablo *misterio*, en cuanto referido a lo sobrenatural, es equivalente a los de inabordable o inasequible.

El sacerdote mismo ya es uno de los *mayores misterios* instituidos por Jesucristo en su Iglesia. Misterio para las ovejas que le han sido encomendadas y misterio también para sí mismo.

Lo cual se explica porque el sacerdote refleja en su vida la misma de su Maestro: es *otro Cristo*. Por eso sería necesario comprender el misterio de Cristo —su Persona, su vida, su oficio como Redentor— para entender el contenido de la figura del sacerdote. De tal manera que la *incomprensión* de los fieles, que nunca llegarán a hacerse cargo de lo que significa su persona, así como a la de sí mismo con respecto a sí mismo, serán la carga que habrá de soportar durante toda su

vida el sacerdote. Lógica consecuencia de las exigencias del oficio con el que ha sido investido.

Según la Carta a los Hebreos, el sacerdote ha sido *entresacado de entre los hombres*.³ Entresacado o separado de ellos. Lo que quiere decir, si las palabras tienen algún sentido, que ha sido constituido como un hombre *singular y diferente*. Cosa que queda confirmada por lo que el texto añade a continuación, diciendo que ha sido puesto *para las cosas que miran a Dios y para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados*.

Y es en este sentido como los fieles principalmente van a considerar al sacerdote. Bien que lo miren con respeto, o bien con desprecio u odio, pero siempre lo imaginarán como *distinto* a ellos. Amado u odiado, siempre será visto como un hombre diferente. Para complacencia de unos y para disgusto de otros.⁴

Pero al mismo tiempo es un hombre *igual a los demás*. Por eso la Carta a los Hebreos añade que ha sido instituido para comprender y condolerse con aquellos que ignoran y yerran, *puesto que él mismo está rodeado de debilidad*.⁵

De una parte, el hecho de que se vea a sí mismo sometido a la debilidad y sujeto a la concupiscencia, es precisamente lo que lo capacita para comprender las flaquezas de sus hermanos los hombres. No puede decir como su Maestro: *¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?*,⁶ dado que él mismo es un pecador. Aunque tal condición

³Heb 5:1.

⁴Jesucristo había dicho de Sí mismo que *quien no está conmigo está contra mí* (Mt 12:30), que es lo que hace imposible que nadie pueda alardear de una postura de indiferencia (que sería en realidad de desprecio u odio) con respecto a Él. El sacerdote es *otro Cristo*, y de ahí que también en esto participe de las condiciones de su Maestro.

⁵Heb 5:2.

⁶Mt 7:9.

no le exime de la doble obligación de proclamar abiertamente el Mensaje de Cristo, de un lado, ni de utilizar todas sus fuerzas para conducir a las almas por el camino de la santidad, de otro. ¿Cabe tragedia mayor?

Esta singular *dicotomía* del sacerdote manifiesta la grandeza de Dios reflejada esta vez en la vulnerable persona de un simple hombre. El cual, investido de la Persona de Jesucristo —tal es lo que los hombres esperarán ver en él y no otra cosa—, y cargado con el oficio de administrar los misterios de Dios, se ve obligado a responder a tales responsabilidades siendo consciente de su debilidad y de su condición de pecador. Estamos, una vez más, ante otra de las *bromas* amorosas de Dios que a su vez desembocan en las aporías de la Fe: lo más alto y elevado, o aquello de lo que depende nada menos que la salvación de las almas, puesto sobre los hombros de lo minúsculo y pequeño. Sublime Sabiduría de Dios que se gloria en manifestar que puede hacer posible lo que parece imposible por medio de las grandezas de su Gracia: *Porque nada hay imposible para Dios.*⁷

No es extraño que el Modernismo se haya apresurado a suprimir esta dicotomía eliminando precisamente su principal elemento. Enemigo de todo lo sobrenatural, ha reducido al sacerdote a la condición de un simple hombre sin otras atribuciones, utilizando para ello su enorme capacidad de engaño a fin de convencerlo de que *carecía de identidad* —la famosa *crisis de identidad sacerdotal*, propagada con enorme énfasis desde los primeros años del postconcilio—. Y aquí aparece de nuevo el abismo del misterio: *¿Qué es lo mayor en este caso? ¿La insondable maldad y astucia del Padre de la Mentira, o la terrible credulidad a la que ha sido conducida la naturaleza humana a causa de su debilidad?*

⁷Lc 1:37.

Y sin embargo, pese a lo dicho con respecto a tal dicotomía propia de su persona, y en contra de lo que alguien pudiera pensar, el sacerdote no es un hombre *dividido*. Ni en cuanto a su propia entidad como un ser investido de especiales atribuciones, ni tampoco en cuanto a sus sentimientos. Los cuales él ha de asumir en la unidad existencial de su propia vida, considerándolos como el medio a través del cual ha de compartir el misterio de la vida y muerte de Jesucristo. Se trata del conjunto que forma su propia cruz y que a su vez dispone su propio y difícil camino de santidad. Difícil para cualquier cristiano, pero mucho más difícil para él.

Su tragedia consiste en que, siendo un puro hombre, se siente investido de un ministerio sobrenatural que lo convierte en *otro Cristo*. No simplemente en un continuador de la Persona y de la misión de Jesucristo, ni en un mero propagador de su Doctrina, ni en un simple administrador y distribuidor de los medios de donación de la Gracia como son los sacramentos..., sino que es exactamente *otro Cristo*.

2. La negación del misterio y sus consecuencias

Una de las mayores catástrofes sufridas por la Iglesia a lo largo de su Historia, a causa de la herejía modernista introducida en ella a través de las corrientes ideológicas a las que abrió la puerta el Concilio Vaticano II, sucedió en el momento en que el sacerdote se empeñó en *dejar de considerarse a sí mismo como misterio*. Pues al pretender imaginar su existencia en todo semejante a la de los demás, y justamente como un hombre igual a los otros, fue cuando ocurrió lo que no podía menos de suceder al ser privada una cosa de una de las notas *esenciales* pertenecientes a su naturaleza: que tal cosa deja de ser tal cosa para convertirse en otra distinta.

El engaño, como siempre ocurre en el Modernismo, se produjo gradualmente, y fue difundido a través de una gran campaña de todos los medios de publicidad apoyados por la Jerarquía de la Iglesia. El Papa Juan XXIII ya había proclamado oficialmente por entonces la apertura de la Iglesia al mundo y abierto las ventanas del Vaticano.

Primero se extendió la idea, proclamada como dogma indiscutible, de la que se llamó *crisis de identidad del sacerdote*. En realidad nadie se había dado cuenta hasta ahora de la existencia de semejante *crisis*, pero la caída tan honda de la naturaleza humana le ha proporcionado disponibilidad para aceptar los mayores disparates como verdades indiscutibles. Ahora se descubría, después de veinte siglos y gracias a los vientos emanados del Concilio, que se desconocía cual era la naturaleza del sacerdocio, así como que tampoco se encontraban razones para explicar cumplidamente el papel del sacerdote. El fenómeno vino a coincidir con la época de la llamada *promoción de los seglares*, que fue otra de las grandes estupideces proclamadas por entonces como un venturoso hallazgo fruto de la investigación teológica. Por fin quedaba claro (después de siglos en que los seglares habían sido sometidos y explotados por el clero) que Jesucristo había olvidado dejar suficientemente *promovidos* a los seglares, así como de asignarles un papel conveniente en la Iglesia.

Una legión de sacerdotes se lanzó a hacer el ridículo en la vana creencia de que no mostrarse como sacerdotes era la mejor forma de cumplir con su ministerio.

Pero el día en que el sacerdote dejó de creer en el carácter de *misterio*, propio de su oficio ministerial, fue de auténtica catástrofe para la Iglesia. Dado que en una Sociedad *sobrenatural*, como es el Cuerpo Místico de Jesucristo, sus fundamentos y bases son también sobrenaturales por absoluta necesidad. Sin embargo, gracias al Mo-

dernismo y a la deserción de la Jerarquía, el sacerdote dejó de ser el *hombre de Dios* para convertirse en un mero *funcionario*, sufrido miembro de la ONG en la que ahora se ha convertido la Iglesia.

El *sacerdocio* deja de existir cuando queda desprovisto de su carácter de *misterio*. Si el sacerdote queda reducido a la condición de *funcionario*, su ministerio pierde el aura numinosa que acompaña siempre a lo que aparece como arcano e insondable, junto a las cualidades de bello y de mistagógico, de seductor y de fascinante, propias de un *misterio sobrenatural* que hace soñar a los hombres en un Más Allá de Salvación capaz de liberarlos de las miserias de este mundo. El sacerdote, de manera semejante a Dios del cual es creación próxima, es a la vez un misterio *extraordinariamente próximo* y *extrañamente lejano*. Al igual que la Poesía cuando carece de *duende*, y deja por eso mismo de ser Poesía, el sacerdocio deja de ser una entidad seductora y fascinante en el momento en que ya no es un *misterio*. Es entonces cuando la veneración con que los fieles lo trataban queda reducida a la categoría de un simple *trato educado*, mientras que el odio de los malvados se transforma en un mero sentimiento de *desprecio*.

Pero el *misterio* no es una condición que acompaña al sacerdocio al modo de una guinda de adorno. Pertenece a su íntima naturaleza, desde el momento en que no es sino la vida misma de Cristo otorgada para ser reproducida en un simple hombre. En último término, el sacerdocio es el fruto del amor de Dios por los hombres hecho realidad en Jesucristo. Y tal abismo de amor manifestado en Jesucristo, ha sido puesto a su vez como un verdadero retrato en la vida de un ser humano a fin de convertirlo en *otro Cristo*. Y el Amor de Jesucristo, bien sea considerado en su misma Persona, bien sea en la de un hombre elegido para convertirse en Él, *no puede ser explicado sin acudir al misterio*.

De ahí que cuando el sacerdote deja de pensar en sí mismo como misterio sobrenatural para considerarse un mero funcionario, la figura y la Persona de Jesucristo se difuminan en su vida. Y con ellas su capacidad de amar, convirtiéndose en un árbol seco que ya no da fruto. A partir de ese instante la tarea a la que estaba llamado a realizar entre los hombres ha llegado a su fin, para reducirse a la nada. Como Jesucristo lo dijo claramente: *Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se salará? Ya para nada sirve, como no sea para ser arrojada fuera y pisoteada por los hombres.*⁸

Cualquier especulación acerca del sacerdocio, en la medida en que quiera acercarse a la verdad, habrá de llevarse a cabo sobre la base de su propia vivencia. Pues solamente *desde dentro* podría ahondarse en el conocimiento — siempre relativo— de su realidad. El sacerdocio podrá ser estudiado desde una pluralidad de puntos de vista —histórico, teológico, sociológico—, aunque ninguno de ellos será suficiente para alcanzar lo más profundo de su contenido. El hecho de que un simple hombre viva la Vida misma de Cristo, cumpliendo sus mismas funciones, no puede abordarse en orden a su conocimiento sin reconocer su naturaleza de misterio sobrenatural.

Pero las realidades sobrenaturales otorgadas al hombre afectan a su vez a su naturaleza como tal, de modo que la existencia del ser humano que las recibe queda enteramente transformada. Desde el momento en que el ministerio sacerdotal convierte a un hombre en *otro Cristo*, y si se admite que los conceptos y las palabras poseen el sentido de lo que significan, es imposible que tal hombre sea considerado como igual a los demás. Una vez revestido de las Realidades de lo Alto, el sacerdote es un hombre diferente a los demás hombres, hasta el punto de que su condición jamás podrá ser ya comprendida por ellos y aun ni siquiera por él mismo.

⁸Mt 5:13.

Sus manos, por ejemplo, han sido especialmente *consagradas* para entrar en contacto con el Cuerpo del Señor en el Sacramento Eucarístico. Si es dable atribuir algún significado al rito de la consagración, como que la ceremonia en la que se otorga posee algún sentido, debe concluirse que ninguna otra persona está autorizada para poner sus manos en el Cuerpo del Señor. De otro modo, ¿qué sentido tendría esa solemne ceremonia destinada exclusivamente para el sacerdote, cuyo objeto es convertir sus manos en algo *consagrado*? Se cuenta en el Antiguo Testamento que Oza fue castigado por Dios con la muerte instantánea por poner sus manos sobre el Arca de la Alianza.⁹

Pero también aquí, una vez más, el Modernismo ha invadido el campo para tratar de desacralizar todo lo sagrado. Incomprendiblemente también la Iglesia contribuyó a la labor de profanación emprendida por la herejía, autorizando a todos los fieles a poner sus manos en la Sagrada Eucaristía. El sacerdote a este respecto ya había hecho dejación de sus funciones, al mismo tiempo que el laicado se adjudicaba las que no les correspondían.¹⁰ Las consecuencias no se han hecho esperar, y no ha sido la menor de ellas la pérdida de la fe en la Presencia Real. La práctica de recibir la Sagrada Comunión en la mano, introducida en la Iglesia a base de artimañas desde los tiempos del postconcilio, ha resultado desastrosa en este sentido para la fe del conjunto del Pueblo cristiano.

Aunque un hecho tan importante como éste haya pasado inadvertido sin que apenas se haya denunciado su enorme gravedad, no

⁹2 Sam 6:7.

¹⁰Como siempre, es especialidad del Modernismo la de introducir la confusión. Aquí entraron en juego simultáneamente dos disparates pastorales entremezclados que la herejía tuvo cuidado en difundir: la *secularización de los sacerdotes* y la *clericalización de los seglares*.

por ello deja de ser una *profanación* de carácter colectivo y, en último término, un *desprecio* del Pueblo Cristiano hacia algo tan sublime como es la Sagrada Eucaristía. La conspiración universal del silencio, como si fuera fruto de un acuerdo, acompañada de una práctica indiferencia ante hechos que claman al Cielo, no son suficientes para disimular la realidad de una ofensa acerca de la cual es imposible suponer que Dios va a permanecer indiferente.

Tal vez por eso no podría considerarse exceso de prudencia la actitud del fiel cristiano laico que, enfrentado a la ocasión de poner sus manos en contacto con el Cuerpo del Señor, dedicara unos instantes a pensar cuidadosamente acerca de lo que iba a hacer antes de renunciar al intento.

De hecho los sucesos que están ocurriendo en el Mundo, acordes con el camino de total degeneración que ha emprendido la Humanidad, son demasiado clamorosos y patentes por más que nadie quiera hablar de ellos. Es imposible negar que la Humanidad ha entrado en una vertiginosa pendiente de *descomposición* y de obstinada *destrucción* de todo lo que la hizo subsistir durante siglos. Aunque no se quiera reconocer, la Humanidad se está devorando a sí misma, dentro de un proceso de autocanibalismo que no tardará en acabar con ella. La exaltación y la proclamación del Error y de la Mentira como únicas alternativas admisibles, el reconocimiento y legitimación de las mayores aberraciones, a las que se atribuye la categoría de triunfos conseguidos por el ser humano en esta *New Age*, el odio universal al Cristianismo, la demolición de todos los valores que hacían posible el reconocimiento del hombre como ser humano, la aparición de la *Nueva Iglesia* del culto al hombre en sustitución de la Iglesia verdadera del culto a Dios, etc., etc., son algunos de los signos en los que aparece con evidencia que Dios ha abandonado al hombre.

Aunque tal vez fuera mejor decir que es el hombre quien primero ha abandonado a Dios.

Sería absurdo suponer que un hecho de tanta gravedad como es el desprecio general hacia la Eucaristía, acerca de lo cual nadie habla y a lo que nadie concede importancia, vaya a quedar impune: *De Dios no se ríe nadie*, decía San Pablo.¹¹ Y de hecho, la carrera que el Mundo ha emprendido a velocidad acelerada hacia su implacable autodestrucción, es la prueba más evidente de que el castigo divino *ya está teniendo lugar*, y con alarmantes visos de que no ha hecho sino comenzar. La voluntaria ignorancia del hecho, junto a los esfuerzos de la Sociedad y de los Gobiernos por disimularlo y disfrazarlo, no van a disminuir su intensidad ni alargar los plazos que Dios tiene señalados según sus designios.

Es imposible calcular el grado de insensatez en el que ha caído la Humanidad, tal como queda demostrado en el paralelismo a establecer con la fábula del avestruz. Según la cual el animal esconde la cabeza para no ver al cazador, creyendo que así conjura el peligro. Mientras que el ser humano, yendo mucho más allá, ni siquiera está dispuesto a creer que exista tal peligro: *Lo mismo sucedió en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban. Hasta el día en que Lot salió de Sodoma, cuando llovió fuego y azufre y los hizo perecer a todos.*¹²

Frente a las pretensiones del Mundo y del Modernismo, según las cuales el sacerdote es un hombre igual a los demás, carente de carácter sobrenatural y de la condición numinosa de lo sagrado, la Fe lo ha considerando siempre, según el designio divino, como *entresacado de entre los hombres para las cosas que miran a Dios*.

¹¹Ga 6:7.

¹²Lc 17: 28-30.

Por eso ya no puede dedicarse a las actividades comunes de los negocios humanos. No porque constituyan por sí mismas algo ilegítimo, sino porque son quehaceres a los que alguien calificaría seguramente como que están para él *fuera de contexto*: ajenos a la esfera del oficio sacerdotal y más bien propios de los seculares. Un sacerdote trabajando como fontanero, por ejemplo, para *dar testimonio* no deja constancia de nada, salvo de que sus ideas y sus sentimientos han perdido el rumbo. El *desconocimiento* de sí mismo del que venimos hablando, motivado por la profundidad y el misterio de su carácter sacerdotal, se ha convertido ahora en una terrible *ignorancia* acerca de su persona y de su ministerio, fruto obligado de una psicopatía patológica que lo conducirá irremediablemente al fracaso de su existencia.

Trasladado el problema al tema de la predicación —una de sus funciones fundamentales— es importante hacer notar que, tanto por parte de los temas tratados o por el lenguaje utilizado, como por los instrumentos empleados como preparación para el cumplimiento de tan arduo ministerio, *han de poseer carácter sobrenatural*. Jesucristo instaba a sus discípulos para que renunciaran a los medios puramente humanos en sus tareas de Evangelización: *No llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, pues el que trabaja merece su sustento*.¹³ La razón es fácil de comprender, puesto que no pueden guardar proporcionalidad los medios naturales con los fines sobrenaturales, y de ahí que resulte peligroso poner la confianza en los primeros esperando alcanzar los segundos.

Así se explican los catastróficos resultados de toda la Pastoral desde el Concilio Vaticano II. Desde los sistemas utilizados en los Centros de Formación del Clero o de los Religiosos (Seminarios,

¹³Mt 10: 9–10. Cf Mc 6:8; Lc 9:3; 10:4.

Noviciados, Facultades de Teología), pasando por la Pastoral de Vocaciones, Sistemas de impartir la Catequesis, etc., todos ellos ponen el acento en las ciencias y en los procedimientos de la sociología y la psicología humanas. Olvidando algo tan evidente como que utilizando medios puramente naturales sólo se pueden alcanzar resultados puramente naturales.

De ahí que la predicación del sacerdote no puede estar basada ni en la sabiduría humana ni en razonamientos humanos. Es la Sabiduría y la Palabra de Dios, manifestadas a los hombres, cuya distancia a las de ellos es justamente la que va del Cielo a la Tierra: *Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos.*¹⁴ El sacerdote nunca habla de sí mismo ni expone sus propios pensamientos; pues siendo otro Cristo, su palabra y su Mensaje son la voz de Dios: *El que a vosotros escucha, a mí me escucha.*¹⁵ Por eso no es lo más importante para él la elocuencia humana, que es un tema en el que insistía San Pablo: *Y yo hermanos, cuando vine a vosotros, no vine a anunciaros el misterio se Dios con elocuencia o sabiduría sublimes... Y mi mensaje y mi predicación no se han basado en palabras persuasivas del sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder.*¹⁶

Y todavía remachaba más adelante: *Y enseñamos estas cosas, no con palabras aprendidas por sabiduría humana, sino con palabras aprendidas del Espíritu, expresando las cosas espirituales con palabras espirituales.*¹⁷

Pero lo más lamentable del caso es que el sacerdote de la *New Age* —o de la *Nueva Iglesia*, como se quiera decir—, al haber sido

¹⁴Is 55:8.

¹⁵Lc 10:16.

¹⁶1 Cor 2: 1-4.

¹⁷1 Cor 2:13.

privado del sentido de lo sobrenatural y de lo mistagógico y verse convertido, todo lo más, en un simple funcionario, ha perdido su capacidad de soñar y de abrirse a misteriosos horizontes que lo sobrepasan. Sería como un águila que se viera repentinamente en tierra, sin posibilidades de volar, y que con toda seguridad moriría de tristeza antes que de hambre.

Desde hace más de medio siglo miles de sacerdotes han sido educados en la idea de que la Iglesia comienza en el Concilio Vaticano II. Las inmensas riquezas de Doctrina y de sabiduría, junto a la vida heroica de miles de mártires y de santos, mas todo el misterio de las maravillas de la gracia hechas realidad en el alma de millones de cristianos durante tantos siglos, *les resultan desconocidos*. Su ignorancia acerca de la Persona de Jesucristo (que en la *Nueva Iglesia* ha sido desmitologizado), con la consiguiente pérdida de las infinitas posibilidades de conocer y de vivir el Amor que tal cosa lleva consigo, los han convertido en fuentes secas y cisternas vacías. Desconocen el mundo maravilloso de la vida interior y de la *intimidad de amor con Jesucristo*, todo lo cual lleva consigo y exige una vida de oración. La Teología postconciliar está falta de Vida por razón de que se ha apartado de la fuente de la Verdad, las cuales en definitiva son la misma cosa: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*.¹⁸

Su situación recuerda a la de los hombres descritos por Platón en el *mito de la caverna*.¹⁹ Atados de pies y por el cuello y obligados a mirar siempre hacia adelante, solamente pueden ver las sombras, proyectadas por el fuego en la pared frente a ellos, de lo que sucede en el exterior y que corresponden a hombres y animales que pasan. Los prisioneros acaban por creer que las sombras que ven *es la única realidad que existe*. Cuando uno de ellos es liberado y sale a la luz

¹⁸Jn 14:6.

¹⁹Platón, *La República*, VII.

del sol, para volver luego y explicar la verdad a los demás, ninguno está dispuesto a creerlo hasta el punto de que se irritan y pretenden quitarle la vida.

No importa que muchos de ellos, pertenecientes sobre todo a las últimas generaciones que milagrosamente van escapando de los Seminarios, sigan creyendo todavía en la sobrenaturalidad de su sacerdocio; como una prueba más de la perennidad de la Iglesia a la que no podrán destruir las Puertas del Infierno. Pero, con todo, no dejan de ser una excepción dentro del desierto desolado de lo que es actualmente la Tierra del Catolicismo. Los nuevos sacerdotes, y con ellos casi todos los católicos nacidos después del Concilio Vaticano II, han llegado a creer, al igual que los hombres del mito platónico, que las puras sombras que contemplan *son las únicas realidades* que cabe poseer y a las que cabe esperar. Y sin embargo, tanto la doctrina que han aprendido, como el culto que practican o la pastoral para la que se entrenan esos sacerdotes, son en realidad *meras sombras* privadas de vida y de consistencia. Como se lamentaba Dios por medio del profeta Jeremías: *Me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas rotas que no pueden contener el agua.*²⁰

3. *“Pero lo que se busca en los administradores es que sean fieles”.*

Importancia del concepto “fidelidad” en el ejercicio del sacerdocio.

El concepto de *fidelidad* puede entenderse como el consentimiento o acuerdo con las exigencias derivadas de una idea; o con los mandatos o instrucciones recibidos de otra persona para ser ejecutados en consonancia exacta con lo que en ellos se contiene.

²⁰Jer 2:13.

Pero la fidelidad de la que aquí se habla no puede referirse sino con respecto a la Persona de Jesucristo. Cosa lógica si se considera que el sacerdote es *otro Cristo*, destinado a ser fiel reflejo de la Vida de su Maestro y puesto para difundir sus Enseñanzas.

La consecuencia es obvia también. Si el sacerdote ya no se considera a sí mismo como *otro Cristo*, ni tampoco se muestra como tal ante los demás, los posibles frutos de su ministerio se desvanecen. Como la sal de la que hablaba Jesucristo, que ya para nada sirve sino para ser pisoteada por los hombres (Lc 14:24).

El gran problema de la Iglesia actual tiene su origen en el Modernismo, que ha convencido al sacerdote de que su ministerio carece de alcance sobrenatural. Además ha eliminado el vínculo que unía el sacerdocio con Jesucristo, al que además ha tratado de *desmitologizar* negando su divinidad. He ahí el drama de miles de sacerdotes ordenados en la era postconciliar, formados según una Teología inficionada de Modernismo para la cual la Iglesia comienza en el Concilio Vaticano II.

Y con todo, no deja de ser otra prueba de la perennidad de la Iglesia el hecho de que bastantes de ellos, pertenecientes sobre todo a las más modernas generaciones, aún sigan creyendo en el carácter sobrenatural de su sacerdocio.

En último término, el *misterio* del sacerdocio tiene su fundamento más firme en el *misterio* de la Cruz y del sacrificio: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo y no da fruto. Pero si muere da mucho fruto.*²¹ Y el *misterio* de la Cruz y de la muerte solo adquiere sentido en el amor, que es el último y supremo de todos los misterios: *Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a Sí mismo por mí.*²²

²¹Jn 12:24.

²²Ga 2:20.

Evidentemente la consigna de Jesucristo, contenida en el Evangelio, según la cual *si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo y no da fruto* vale para todo cristiano, pero bien puede decirse que fue pronunciada *especialmente para el sacerdote*. Es una sentencia firme que no admite excepciones, de tal manera que es la única vía por la que el sacerdote puede hacer que su existencia proporcione un fruto abundante.

Sin embargo, la decisión de aceptar el sacrificio, y además hasta la muerte, solamente puede ser fruto de un amor que para el sacerdote no puede tener otro objeto que el de la Persona de Jesucristo.

Un amor puramente humano, aun limpio y auténtico, no solamente sería insuficiente para el sacerdote, sino que incluso le supondría un obstáculo. No debe olvidarse que el amor conyugal, incluso santificado por el sacramento del matrimonio, supone, según el Apóstol San Pablo, hacer del hombre un ser dividido: *El que no está casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y está dividido.*²³ Téngase en cuenta, además, que solamente el amor divino–humano es capaz de cumplir las condiciones del *perfecto amor*, cuales son la totalidad y la ausencia de toda condición: *con todo el corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.*²⁴ Mientras que el amor a otra persona humana nunca puede ser *absolutamente exclusivo e incondicional*, que por eso Jesucristo distinguía entre el amor a Dios y el amor al prójimo, separando uno y otro como primero y segundo mandamientos respectivamente (Mt 22: 37–39).

Si el grano de trigo, que en este caso es el sacerdote, ha de caer en tierra para sacrificarse hasta la muerte, es necesario que *ame tam-*

²³1 Cor 7: 32–34.

²⁴Mc 12:30.

bién hasta la muerte. Aunque esta expresión tiene aquí un sentido que va más allá de su significado ordinario, y ha de ser entendida como la *capacidad de amar que supera y trasciende a cualquier otra capacidad humana para el amor.* Puesto que es imposible amar a una persona humana del mismo modo y en el mismo grado de intensidad que a la Persona de Jesucristo.

Téngase en cuenta que el amor es la relación bilateral de un *yo* y de un *tú* que se corresponden mutuamente. Pero mientras que el amor puramente humano se estructura en base a una relación puramente humana —una persona humana con otra persona humana—, el amor divino–humano se fundamenta en una relación divino–humana: una Persona divina con una persona humana. Y ya se ha visto antes que el amor tributado a una persona humana nunca puede ser igual al que tiene por objeto la Persona de Jesucristo.

El sacerdote no puede amar sino al modo divino–humano, o al modo humano–divino si se quiere. Ciertamente necesita ser un *hombre enamorado*, aunque en grado que no pueda ser igualado por los demás hombres. No puede sentirse tranquilo, como cualquier cristiano, en el estadio de *sentir devoción* hacia Jesucristo o de *sentir amor* por Jesucristo, sino que el amor hacia su Maestro debe ser de intensidad *hasta la locura.*

Bien entendido que la expresión *hasta la locura*, que en el amor puramente humano suele usarse en sentido figurado o metafórico, aquí está dotada de una significación real. Pues es verdad que la *locura* normalmente hace alusión a un trastorno de la psique; en cuyo caso se interpreta como fenómeno patológico que afecta al ser humano como enfermedad. Pero puede significar también una *exaltación* extrema de la mente y de la voluntad humanas, con suficiente ímpetu para inflamar los sentimientos del corazón del hombre; y es en este sentido como lo utilizan los enamorados humanos. Cosa que

efectivamente vale para el amor meramente humano, pero sin que suceda lo mismo en el divino–humano; en cuanto que el grado de exaltación que alcanzan en este último los sentimientos, que además no son mensurables y traspasan los límites de lo natural hacia lo sobrenatural, supera en mucho a la intensidad que alcanzan en la enfermedad de la psique o en el de los enamorados humanos. Cuando San Pablo hablaba de la Cruz como *locura* y como *escándalo* se refería al concepto que de ella tenían los judíos y gentiles; pero de ningún modo quería decir que la Cruz no fuera efectivamente locura y escándalo a la vez. Pues siendo la Cruz la mayor demostración de amor que se ha dado nunca (Jn 3:16; 15:13), en realidad se identifica con el amor como *epifanía* suya. Por eso el amor, que por sí mismo trasciende todas las capacidades del entendimiento y del corazón humanos (amor perfecto), no puede ser apreciado por el ser humano sino en un sentido siempre sujeto a las medidas de la cantidad, de la temporalidad, de las circunstancias, etc., (amor imperfecto), y de ahí que nunca suele ser tratado como locura sino en forma meramente metafórica. Sin embargo, destinado como está por su naturaleza (lo imperfecto tiende a lo perfecto) a rebasar todas las capacidades de percepción y de apreciación humanas, el amor verdadero es realmente una locura *a lo divino*, que nada o poco tiene ya que ver con las patologías o los amores a nivel meramente humano.

Es en este sentido como el sacerdote está destinado a sentirse enamorado de su Maestro *hasta la locura*, y es también en este sentido como está capacitado para cumplir la delicada misión que le ha sido encomendada.

La opción de entregar la vida en totalidad y sin condiciones, a la que está llamado el sacerdote, supone la condición de amar *hasta el fin*, tal como se dice de Jesucristo, que habiendo amado a los suyos

que estaban en el mundo *los amó hasta el fin*.²⁵ Pero también esta expresión debe ser entendida aquí en el mismo sentido y otorgándole el mismo alcance que tiene en el texto evangélico: un *hasta el fin* que se pierde en una magnitud sin término. Por otra parte, dado que el amor es una relación bilateral, y puesto que es en el mismo sentido de *sin-finitud* como Jesucristo ha amado al hombre, la reciprocidad de la respuesta humana en el amor divino-humano no puede ser de un carácter diferente.

Con respecto al carácter sobrenatural del sacerdocio y de su transcendencia a todo lo meramente humano, sucede lo mismo que en las realidades más elevadas de las que no cabe hablar, dada la impotencia del lenguaje; en cuyo caso siempre puede acudirse a la Poesía, siquiera sea como último recurso. Una vez que la prosa ha agotado sus posibilidades y nada o poco más puede decir, el lenguaje poético, utilizando los procedimientos de la *insinuación* y de la *evocación*, consigue el mágico poder de inducir en el ser humano ideas sublimes, como las que parecen andar vagando por misteriosas regiones, allí donde el alma *presiente* la presencia de *algo* inefable e inexplicable para sí misma, pero que al mismo tiempo adivina como lo único que podría colmar el vacío de quien siempre ha vivido bajo la añoranza de ansiedades nunca satisfechas. ¿Se trata de la Belleza? ¿O de la Bondad seguramente? ¿Tal vez de la Verdad...? Quizá todo eso juntamente, pero es lo más seguro que no sea solamente eso. Pues sucede que el alma, a través del *misterio* de la Poesía y de los sentimientos que evoca, se da cuenta de que vive bajo el presentimiento de que le falta algo que todavía desconoce. ¿Y no sería posible que ese algo fuese la presencia de una *persona*, único y exclusivo ser capaz de hacer *propias* tales realidades y de dar cabida así al misterio del Amor? Pues la Belleza, y la Bondad, y aun todas

²⁵ Jn 13:1.

las cosas creadas en la medida en que las reflejen en mayor o menor grado, pueden atraer con su seducción; pero solamente una *persona* que las posea es capaz de inducir a otra al amor.

4. *Una digresión en el campo de la Mística,
o última etapa del viaje al Misterio del Sacerdocio*

La situación que hace al sacerdote diferente a los demás hombres lo obliga a vivir en una peculiar soledad. Pero sucede que el hombre es un ser social por naturaleza y además ha sido creado para amar, y de ahí que el *administrador de los misterios de Dios* se enfrente a dos paradojas que interfieren considerablemente en su vida.

Ante todo, con respecto a sus hermanos los hombres siempre será considerado por ellos como extraño y diferente. A pesar de lo cual está obligado a mantener una relación de completa dedicación hacia quienes ha consagrado su vida y en cuyo favor ha sido puesto: Entresacado de entre los hombres y *constituido en favor de los hombres*.²⁶

Claro que el bajo concepto que el sacerdote pueda tener de sí mismo convierte en vulgar esa relación, haciendo infructuosas sus otras relaciones humanas. Por eso al sacerdote solamente le es lícito mantener con sus hermanos una amistad de grado *eminente sobrenatural*, que no solamente no anula para él la posibilidad de mantener relaciones de auténtica amistad, sino que le otorga una especial accesibilidad al alma y a los problemas de cada uno de ellos. Aunque nunca dejará de ser el sacerdote, ante unos y otros, el *hombre de Dios* al que será imposible mirar —con amor o con odio— sino como un ser diferente.

²⁶Heb 5:1.

En segundo lugar y con respecto a sí mismo, su especial situación le inducirá a considerarse viviendo *en soledad*. Y es en este sentido como se ha hablado y escrito mucho acerca de *la soledad del sacerdote*, considerándolo como víctima necesaria de una singular tragedia y convirtiéndolo de este modo en una especie de *héroe por accidente*.

Pero quienes piensan de este modo —desde dentro o fuera del sacerdocio— demuestran su ignorancia acerca del sentido y significado del sagrado ministerio. Porque el hecho de que el sacerdote esté destinado a vivir como separado, o como extraño a los hombres, en modo alguno quiere decir que esté destinado a vivir en soledad. Es cosa frecuente entre los humanos la de elaborar conclusiones, o bien sobre la base de utilizar falsas premisas, o bien olvidando introducir alguna otra que precisamente es esencial en el razonamiento.

La verdad es que nadie está destinado a vivir en soledad, porque iría contra las exigencias de la naturaleza humana. Y menos que nadie el sacerdote, destinado como está a vivir según un modo de comportamiento humano a un nivel de perfección superior al de los demás hombres. No debe olvidarse que el sacerdote, aunque no es igual a Cristo, Verdadero Dios y Perfecto Hombre, sin embargo es *como otro Cristo*; y si bien es verdad que *ningún discípulo es más que su maestro, se considerará perfecto al que sea como su maestro*.²⁷

Hemos insistido en que el sacerdote es el ser *enamorado por excelencia*, y que el objeto de su amor no puede ser otro que la Persona de Jesucristo. Pero entonces, ¿dónde está la famosa soledad del sacerdote? La idea de alguien enamorado sin hacer referencia a otra persona es contradictoria, y en cuanto al concepto de *narcisismo* siempre se ha considerado como absurdo y aberrante. El enamorado podrá sufrir una situación de *ausencia* de la persona amada, pero

²⁷Lc 6:40.

jamás la de *carencia* de otra persona a la que hacer objeto de su amor.

Esta situación es la que impulsa al sacerdote, por estricta necesidad, a mantener una especial relación de intimidad y de amor con Jesucristo. De tal manera que cuando no existe tal relación, y el sacerdote trata de sustituirla con alguna otra puramente humana, el resultado conduce a un estado de esquizofrenia espiritual. Ahora es cuando se encuentra a sí mismo, no ya ante la verdadera *soledad* que sería lo menos grave, sino ante una situación de *desgarramiento interior* que lo conduce irremediablemente al fracaso personal.

La *carencia* de amor ni existe ni puede existir en la mal llamada *soledad del sacerdote*. Pero sí que es una realidad frecuente, bien que punzante y dolorosa, la de la *ausencia* de la persona amada. Una situación que puede ser considerada normal y ordinaria en cualquier relación amorosa puramente humana, pero que adquiere especiales tonalidades en el itinerario espiritual de cualquier cristiano serio; para alcanzar por fin grados de gran intensidad y especial peculiaridad como uno de los fenómenos de la llamada *vida mística*: ¿Propia quizá del sacerdote...? Veámoslo, no sin antes notar que, en realidad, la vida mística posee, entre otras, dos especiales particularidades que generalmente suelen pasar inadvertidas.

La primera de ellas se refiere a que la *ausencia* de la que aquí se habla no produce sentimientos de *soledad* en la persona que ama, tal como cabría esperar. Con lo cual nos encontramos de nuevo con otra situación de paradoja, pero que en este caso encuentra pronta explicación. Pues la pretendida ausencia de la persona amada produce en la otra parte especiales e intensos sentimientos de nostalgia y de añoranza, cuyo más próximo resultado es el de hacer que el vínculo amoroso se fortalezca. Todo ello dentro del modo normal de desarrollo de la relación divino-humana.

La segunda tiene que ver con una de las notas esenciales de la relación amorosa: la reciprocidad, que aplicada a la situación de *ausencia de la persona amada* adquiere particular relieve en la relación de amor divino–humana.

Lo que quiere decirse aquí es que el sentimiento de ausencia de la persona amada (real o aparente, que es circunstancia que no adquiere relevancia para el que ama), no solamente afecta a la parte humana en la relación amorosa, sino también y aunque aparezca sorprendente *a la parte divina*. Y no podría ser de otra manera si se tiene en cuenta la lógica de una de las propiedades más importantes de toda relación, cual es la *reciprocidad*. O existe relación o no existe relación. Pero Dios nunca es partidario de las situaciones en las que se echa mano de la pura apariencia.

De ahí que fuera precisamente San Juan de la Cruz quien expresara magistralmente esta situación de sentimientos recíprocos en una de sus bellas estrofas:

*En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*²⁸

Que la situación de reciprocidad, surgida en los sentimientos de ansiedad por la ausencia de la persona amada, por lo que se refiere a la relación amorosa divino–humana, no es una construcción literaria inventada por las conveniencias estéticas de las artes amatorias de todos los tiempos, sino una realidad exigida por la misma lógica de la relación, es cosa que avalan los textos más antiguos en los que se

²⁸San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

describen los amores divino–humanos. En el Libro de *El Cantar de los Cantares* se describen las ansiedades de la esposa por encontrar al Esposo:

*Dime tú, amado de mi alma,
dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía,
no venga yo a extraviarme
tras de los rebaños de tus compañeros.*²⁹

Y no son menores los deseos del Esposo por encontrarse al lado de la esposa, tal como viene descrito en *El Cantar*. Es de notar la acumulación de requiebros, por parte del Esposo, dirigiéndose y expresando sus ardientes deseos a la esposa para que le permita estar junto a ella:

*Ábreme, hermana mía, esposa mía,
paloma mía, inmaculada mía.
Que está mi cabeza cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.*³⁰

Un texto importante de *El Cantar* es el que expresa de mejor manera la reciprocidad de sentimientos, llevada incluso a un plano de igualdad, entre el Esposo y la esposa. Se trata de un reto para celebrar entre ellos una justa o combate de amor:

*Me ha llevado a la sala del festín
y la bandera que ha alzado contra mí
es bandera de amor.*³¹

²⁹Ca 1:7.

³⁰Ca 5:2.

³¹Ca 2:4. Para un intento de explicación del misterio de un combate en condiciones justas entre el hombre y Dios, véase Alfonso Gálvez, *El Misterio de la Oración*, págs. 157 y ss.

El olvido de este punto parece que ha dado lugar a un fallo importante en la Espiritualidad Cristiana clásica y tradicional, incluida la Mística. La pérdida —o la puesta en un segundo plano— de la nota de la *reciprocidad* en la relación amorosa divino–humana, quizá haya sido la ocasión de la aparición de una Espiritualidad demasiado *unilateral* en la que Dios lo es todo y donde el alma no es más que un elemento pasivo de *recepción* de las gracias. Las mismas expresiones de *Contemplación* o de *Contemplación Pasiva* hablan por sí solas.

Pero el dogma de la universal necesidad de la gracia, absolutamente fundamental, no anula el dogma también esencial en la Teología Católica de la libertad humana. Cuya negación o reducción a la nada supondría nada menos que la negación del valor del *mérito* por la parte humana. ¿Dónde quedarían entonces la realidad y el peso específico de la relación de amor divino–humana?

Alguien se preguntará por la relación existente entre esta especulación de orden místico y el ministerio sacerdotal. Y la respuesta es simple: Nada y todo.

No tiene nada que ver, o muy poco si se quiere expresar de forma menos radical, una vez que se tiene en cuenta que el sacerdote está ciertamente llamado a la santidad, pero no a la vida mística. Conviene advertir que vida de santidad y vida mística no son términos sinónimos. Si bien es verdad que no puede existir una auténtica vida mística sin santidad, en cambio es perfectamente concebible la santidad sin vida mística.

Y al mismo tiempo el tema tiene que ver bastante con el ministerio sacerdotal. Es verdad que la vida mística requiere gracias especiales además de una generosidad también especial por parte de quien las recibe. El sacerdote no está llamado en principio a ser un místico, al menos en sentido estricto y tal como suele ser entendido el concepto por la Doctrina. Pero si consideramos la vida

mística como la vida de amor a Jesucristo *llevada hasta el extremo*, y convenimos en que el sacerdote está especialmente llamado a ser un verdadero *enamorado de Jesucristo* y le damos a esta expresión todo su lógico significado, habrá que convenir en que el sacerdote no puede concebirse como un extraño a quien le estarían vedadas las cimas más altas de una vida de intimidad con Jesucristo.

El sacerdote es uno de los misterios más elevados creados por Dios dentro del Plan de la Historia de la Salvación. Y como misterio que es, ni puede comprenderse a sí mismo ni ser comprendido por sus hermanos los hombres. Es como un objeto de arte que Dios quiso fabricar para su propia gloria y gozo personal, así como también para alegría y utilidad de los hombres. Los cuales están llamados a obtener un incalculable provecho de este instrumento..., aunque ni ellos ni el mismo instrumento entenderán jamás su funcionamiento interno.

La tragedia de la Iglesia actual, y con Ella la de muchos sacerdotes que pertenecen a esta época, consiste en que se ha dejado de creer en el misterio. La Teología postconciliar, que bebe exclusivamente del Concilio Vaticano II y que ha perdido todo contacto con la Fuente de las Aguas, las mismas que nacen y brotan del costado del mismo Jesucristo, es por eso mismo una *Teología muerta* que nunca puede proporcionar la Vida. El sacerdote que se ha alimentado exclusivamente de ella ha dejado de ser el *hombre de Dios*, pero para convertirse en otro como los demás.

Pero en la Iglesia y en el Mundo siguen resonando las palabras de Jesucristo acerca de su Iglesia: *Las Puertas del Infierno no prevalecerán contra Ella*. Así como las dirigidas a los elegidos por Él para ser los continuadores de su Misión: *Tal como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros*. Enviados por lo tanto con la misma misión, con el fin de hacer realidad su misma vida, y para derramar entre

los hombres el mismo reguero de gracias. Todo igual y tal como lo hizo el Maestro.

Y para gloria de Dios y regocijo de la Iglesia, es un hecho que aún existen hombres que han creído en las Palabras de Jesucristo y lo aman firmemente. Por eso han consentido en ser *entresacados de entre los hombres* y en perder su propia vida para convertirse en *otros Cristos*. Como dice la Biblia en el Libro Primero de los Reyes: *Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Baal.*³²

³²1 Re 19:18.

EPÍLOGO

Cuando comencé a redactar este Sermonario pensé introducir en él, como una mala imitación de Ortega y Gasset, un *Prólogo para tradicionalistas* y un *Epílogo para progresistas*.¹ Pero pronto desistí del intento al considerar como lo más probable que los tradicionalistas, después de *la que está cayendo*, lo tomarían a broma y hasta creerían que intentaba tomarles el pelo. En cuanto a los progresistas (eufemismo para referirse a los modernistas, o católicos miembros de la *Nueva Iglesia*) sería inútil escribir nada dirigido a ellos puesto que jamás lo iban a leer.

Así que creí mejor atenerme a lo normal y renunciar a titulaciones aparatosas y jocosas. Ya era bastante con atreverme a redactar un libro de sermones, sabedor de que estaba emprendiendo una obra de locos.

Y no porque se tratara de una labor equivalente a la de predicar en desierto. Al fin y al cabo, cuando el Bautista se adjudicaba a sí mismo el apelativo de la *Voz que clama en el desierto*, era porque estaba convencido de que, de todos modos, su predicación no sería inútil. San Juan era uno de los verdaderos santos, y aún faltaban demasiados siglos para que llegara el momento en que apareciera alguno cuyas capacidades intelectivas pudiera ponerse seriamente en

¹José Ortega y Gasset, *La Rebelión de las Masas*, 1929. Obra a la que se añadió en 1937 un *Prólogo para franceses* y un *Epílogo para ingleses*.

duda. Por otra parte, predicar en desierto no significa necesariamente una pérdida de tiempo: siempre cabe la posibilidad de que pase alguna caravana, o quizá un beduino ambulante en busca de algún explorador perdido y sediento. Nunca se sabe. También Jesucristo decía cosas ocultas a sus discípulos, aunque con la seguridad de que algún día serían pregonadas desde los tejados (Mt 10:27).

Reír por no llorar. Las situaciones graves que ocurren en nuestro entorno, cuando son provocadas o consentidas por la estulticia de la naturaleza humana, siempre van acompañadas por la nota del *ridículo*. Al fin y al cabo el pecado es la mayor y la más inconcebible de las estupideces que el ser humano es capaz de cometer, por más que a menudo la intensidad de la malicia oculte la condición de botarate del pecador.

Vistas ciertas cosas desde fuera es imposible que no produzcan sentimientos de consternación en quien las contempla. En casos especiales, en los que el carácter de ridículo puede llegar a alcanzar grados extremos, el espectador no sabría elegir entre el llanto o la risa. No tanto movido por lo cómico de la situación, cuanto como una forma de mitigar el sentimiento de horror que provoca lo que está viendo. Creo que Benavente tenía razón cuando consideraba la risa como una forma de escapada, cuando decía que es comparable a lo que sucedía *cuando Tabarín desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeúnte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa; y el prelado y la dama de calidad, y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado, y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comu-*

*nicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reír a los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír a los pobretes, tranquilizada su conciencia con pensar: ¡también los pobres ríen!*²

De ahí que, risas aparte, lanzarse a la tarea de redactar un libro de sermones en tiempos de oscuridad y de sordera,

*Y Dios puso en ellos un espíritu de sopor;
ojos para que no vean y oídos para que no oigan,
hasta el día de hoy.*³

o bien es una aventura mitad audacia y mitad locura, o bien es una forma de tomarse a broma lo que ha demostrado suficientemente su carácter de pertinaz e irreductible; o de que no tiene remedio, que diría alguno. En suma, sería un extraño modo de haber elegido la risa en lugar del llanto.

Afirmo que en la actualidad es una aventura arriesgada la de lanzarse a hacer sermones —predicar las Enseñanzas de la Revelación— cuando todo el mundo sabe, aunque nadie se atreva a confesarlo, que *la Palabra de Dios ha sido amordazada*.

Y digo esto a pesar de las palabras que San Pablo escribió a su discípulo Timoteo, que parecen contradecirme: *Pero la Palabra de Dios no está encadenada.*⁴

Sin embargo la Palabra de Dios, veraz de por sí y pronunciada para los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, tropieza con aplicaciones singulares en las circunstancias que concurrirán en

²Jacinto Benavente, *Los Intereses Creados*, Prólogo.

³Ro 11:8.

⁴2 Tim 2:9.

los Últimos Tiempos. ¿Qué sentido podrá tener, por ejemplo, hablar de la necesaria convivencia entre el trigo y la cizaña cuando lleguen los tiempos de la *General Apostasía*, en los que prácticamente ya no quedará trigo y todo el campo será cizaña?

Por otra parte, negar que en la *Nueva Iglesia*, nacida de las corrientes modernistas surgidas a partir del Concilio Vaticano II, ha sido puesta una mordaza a la predicación de la Palabra de Dios, sería negar la evidencia de los hechos. Y aunque muchos efectivamente lo hagan, los hechos son irreductibles y siguen presentes e impertérritos negándose a desaparecer.

Escribir o hablar hoy en defensa de las verdades de la Fe sabiendo que existe una espada de Damocles sobre la propia cabeza, a fin de dirigirse a un Pueblo que ha optado por la mentira y rechaza decididamente escuchar la verdad, es una empresa que sólo puede llevarse a cabo como obediencia a los requerimientos del amor de Dios.

Si se cree que la Biblia es la Palabra de Dios contenida en la Escritura revelada por el Espíritu Santo, y si se admite que el Espíritu necesariamente habrá de saber de estas cosas, tanto pasadas como presentes y futuras, habremos de concluir en la necesidad de tomar en serio las palabras del Apóstol San Pablo dirigidas a su discípulo Timoteo:

Te advierto seriamente: —y aquí conviene hacer un inciso y poner atención a esta grave introducción con la que comienza— predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, reprocha y exhorta siempre con paciencia y doctrina —otro nuevo inciso para hacer notar la exhortación a la paciencia y la insistencia en la doctrina, pase lo que pase—. Pues vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad para

volverse a las fábulas. De acuerdo, porque así es como ocurrirán las cosas y el apóstol o evangelizador debe contar con eso. Sin embargo San Pablo no le aconseja el recurso a carismas o milagros, ni a ninguna clase de procedimientos mágicos o remedios infalibles; sino que le señala el único camino que le queda al discípulo de Aquél que, en definitiva, alcanzó la victoria muriendo en la Cruz: *Pero tú sé sobrio en todo, sé recio en el sufrimiento, esfuérzate en la propagación del Evangelio, cumple perfectamente con tu ministerio.*⁵

El propagador de la Fe no puede confiar en ver el fruto de sus palabras. Le basta con obedecer y evangelizar, sin esperar otro premio que el de haber obedecido a los mandatos y requerimientos del Amor. En la parábola del sembrador se dice cómo el sembrador emprendió su tarea y cómo la semilla se difundió por los lugares más diversos con resultados muy diferentes: alguna cayó junto al camino y vinieron los pájaros y se la comieron. Otra cayó entre piedras, donde no pudo echar raíces y se secó tan pronto salió el sol. Otra cayó entre espinos, que la ahogaron y no pudo dar fruto. *Y sólo una pequeña parte cayó en tierra buena, la cual pudo por fin proporcionar fruto.*⁶

El cual sería recogido más tarde por el sembrador. Aunque también puede suceder que personalmente nunca tenga ocasión de contemplarlo, lo cual no será obstáculo para que de todas formas el fruto se produzca:

*Yo os he puesto para que vayáis, y para que deis fruto, y para que vuestro fruto permanezca.*⁷

Para que deis fruto, dice el Señor; el cual lo veréis o quizá no, aunque eso es lo de menos. Pues lo que se exige al sembrador, y lo

⁵2 Tim 4: 1-5.

⁶Mc 4: 1-9.

⁷Jn 15:8.

único verdaderamente importante, es la confianza ciega que no es sino la consecuencia del amor profesado al dueño de la mies, que es quien envió para ir a trabajarla.

Predicar la Palabra de Dios bajo la amenaza de una espada de Damocles sobre la cabeza es una aventura para audaces. Sucede, sin embargo, que los cristianos suelen olvidar fácilmente que

*Desde los días de Juan el Bautista hasta hoy el Reino de los Cielos padece violencia; y sólo los violentos lo arrebatan.*⁸

De manera que, cuando se trata de alcanzar el Reino de los Cielos, necesariamente hay que contar con la posibilidad de que cobren juego los conceptos de violencia, el de violentos y el de arrebatar: *No he venido a traer la paz, sino la espada.*⁹ He ahí la explicación de porqué, en los actuales tiempos de apostasía y de persecución (la cobardía, ver referencia a los Obispos españoles), tantos hayan desertado de su deber de predicar la Palabra.

Pero hacer cuestión de todo esto sería hablar por hablar. La tarea de predicar la Palabra de Dios *no es una opción* que se le ofrezca a quien ha recibido el mandato de evangelizar. Y efectivamente, porque el *mandato* del Señor no es un consejo piadoso, sino que tiene carácter conminatorio:

*Id a enseñar a todas las gentes... a practicar todo lo que os he mandado.*¹⁰

San Pablo lo expresaba con palabras inequívocas: *Que no me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar.*¹¹

Por otra parte, el descenso de la Palabra de Dios en medio de los hombres es el mayor acontecimiento que han presenciado los siglos:

⁸Mt 11:12.

⁹Mt 10:34.

¹⁰Mt 28: 19–20.

¹¹1 Cor 1:17.

*Cuando un tranquilo silencio lo envolvía todo y se hallaba la noche a la mitad de su camino, tu Palabra omnipotente, bajando del Cielo y desde tu solio real, como un valiente guerrero se lanzó en medio de la tierra que había sido condenada al exterminio.*¹²

La Palabra de Dios será escuchada o rechazada por los hombres. Pero no dejará de producir efectos fulminantes y decisivos en cualquier caso. Podríamos decir incluso que devastadores:

*La Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que una espada de doble filo: penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y los pensamientos del corazón.*¹³

Las instrucciones de Jesús a sus discípulos también son terminantes:

*En la ciudad donde entréis y no os acojan salid a sus plazas y decid: “Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies lo sacudimos contra vosotros. Pero sabed esto: el Reino de Dios está cerca”. Os digo que en aquel día Sodoma será tratada con menos rigor que aquella ciudad.*¹⁴

Y con todo, la Palabra de Dios no descendió de los Cielos y se instaló entre los hombres para condenarlos, sino para salvarlos e infundirles la verdadera Vida:

*Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.*¹⁵

Y de ahí la dolorida queja del mismo Jesucristo:

*Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener la vida.*¹⁶

¹²Sab 18: 14–15.

¹³Heb 4:12.

¹⁴Lc 10: 10–12.

¹⁵Jn 6:63.

¹⁶Jn 5:39.

Según lo cual, la Vida de los hombres depende de que escuchen y reciban la Palabra de Dios. Entendiendo el concepto *vida* según el sentido sobrenatural que le asigna el Nuevo Testamento y que es el de la auténtica *Vida*, en contraposición a su significado meramente natural. De ahí la importancia del papel del evangelizador que predica la Palabra de Dios. Puesto que el número de almas, cuyo destino de salvación o de condenación es eterno, depende del modo como ejerza su ministerio.

Por lo tanto es *esencial* que el predicador de la Palabra se atenga, en cuanto al modo de llevar a cabo su ministerio, a las instrucciones concretas que le han sido dadas por el mismo que le hizo depositario y responsable de la administración y difusión de esa Palabra.

Las cuales están contenidas principalmente en varios textos del Apóstol San Pablo:

Pues no me envió Cristo a bautizar sino a evangelizar; y no con sabiduría de palabras, para no desvirtuar la Cruz de Cristo.¹⁷ Y yo, hermanos, cuando vine a vosotros no vine a anunciaros el misterio de Dios con elocuencia o sabiduría sublimes, pues no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y a éste, crucificado. Y me he presentado ante vosotros débil, con temor y mucho temblor, y mi mensaje y mi predicación no se han basado en palabras persuasivas de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder, para que vuestra fe no se funde en la sabiduría humana sino en el poder de Dios¹⁸ ...Enseñamos estas cosas no con palabras aprendidas por sabiduría humana, sino con palabras aprendidas del Espíritu, expresando las cosas espirituales con palabras espirituales.¹⁹

¹⁷1 Cor 1:17.

¹⁸1 Cor 2: 1-5.

¹⁹1 Cor 2:13.

Aquí está contenida *la clave de toda la Predicación cristiana*. Y también la del fracaso de tantas homilías, sermones, exhortaciones, discursos, enseñanzas, catequesis, documentos pastorales, etc., que no solamente no enseñan nada a los fieles, sino que con frecuencia *los conducen por el camino de la perdición*.

Según el Apóstol, su predicación siempre se hace *con palabras aprendidas del Espíritu*, y solamente con palabras aprendidas del Espíritu. Pues lo que viene del Espíritu de Dios solamente se puede expresar y enseñar con palabras aprendidas del Espíritu de Dios. Como dice el mismo Apóstol: *expresando las cosas espirituales con palabras espirituales*. Donde las expresiones *cosas espirituales* y *palabras espirituales* deben ser entendidas en su sentido propio, a saber: como cosas de Dios y como palabras impregnadas del Espíritu y oídas y aprendidas de Él.

Desgraciadamente ya hace bastante tiempo que los cristianos se han acostumbrado a considerar la Revelación contenida en la Escritura como una *lectura piadosa*. Incluso reconfortante y hasta como alimento de la vida espiritual, en el mejor de los casos, pero no como *la norma que procede de Dios y que, como tal, debe regir todos sus pensamientos y todo su obrar*. Por eso es frecuente que en los Centros de formación de la Iglesia destinados a los aspirantes al sacerdocio, no se hable de la Biblia (interpretada por la Tradición y por el Magisterio) como la verdadera fuente de donde aprender y practicar la Pastoral de la Predicación. En último término, sucede que la *Nueva Iglesia* parece considerar los Documentos del Vaticano II como suficientes, y hasta como exclusivos, para realizar esa labor.

Sin embargo, para predicar *con palabras aprendidas del Espíritu* —único modo de hacerlo con fruto— es absolutamente necesario *aprender a hablar con el Espíritu*. Y el Espíritu es una Persona, lo cual significa dirigirse a ella con palabras y pensamientos con

ánimo de que sean atendidos, así como con el deseo de escuchar a tal Persona. O dicho con otras palabras, es la disposición a mantener con ella el tipo de trato que se conoce ordinariamente como *vida de oración* la cual, puesto que el Espíritu es la expresión del Amor de Dios, no puede ser otra cosa que la conversación amorosa en la que se resuelve siempre el modo de oración cristiana.

Y aquí también la consecuencia es obvia y se deriva por sí sola: si el predicador de la Palabra no es hombre de oración, su labor será absolutamente infructuosa.

Ya hemos visto que el papel del Verbo —la *Palabra* del Padre— en la Historia del Mundo y en la Historia de la Salvación es esencial y fundamental. En primer lugar, todo fue hecho por el Verbo:

Todo se hizo por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho...²⁰ En Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, las visibles y las invisibles... Todo ha sido creado por Él y para Él.²¹

En cuanto a la Historia de la Salvación, tenemos los textos que van desde el Libro de la Sabiduría (Sab 18: 14–15), hasta el decisivo de San Juan: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.²²*

Por eso en la Historia de la Humanidad y en la de la Salvación —en realidad una y otra forman una sola— el papel desempeñado por la *Palabra* del Padre —el Verbo— es decisivo, por decir lo menos.

Para entender mejor lo cual hay que tener en cuenta, vistas las cosas desde el punto de vista de la Creación y de la Salvación, que el Verbo del Padre posee un doble valor: uno ontológico, o de *creación*, y otro de difusión o de *proclamación*. Pues por el Verbo fueron hechas todas las cosas, incluida la Salvación de los hombres (Creador

²⁰Jn 1:3.

²¹Col 1:16.

²²Jn 1:14.

y Salvador); y por el Verbo se *comunicó* Dios a los hombres transmitiéndoles su Voluntad y sus Enseñanzas (Preceptor y Maestro).

San Juan de la Cruz enlazó ambas funciones en su famosa enseñanza en la que afirmaba que el Padre, en una sola Palabra (su Verbo) *dijo todo cuanto tenía que decir*.²³ Según lo cual el Verbo era todo, en Él estaba todo y por Él era todo. Sin embargo, es probable que este texto del Poeta de Fontiveros no haya sido suficientemente estudiado en cuanto al valor constitutivo, de raigambre enteramente didáctica, de la *Palabra* —el Verbo— como instrumento de comunicación:

*El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.*²⁴

O sea, que la *Palabra* posee a la vez un valor ontológico y otro didáctico.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y además le hizo partícipe de su propia Naturaleza divina. No tiene nada de particular que una cierta participación en algunos de los Atributos y de las Funciones de la Esencia Divina hayan sido otorgados por gracia al hombre, *mutatis mutandis*, o teniendo en cuenta la analogía. Increíble pero cierto.

Así nos encontramos con que Dios ha concedido el poder de realizar acciones exclusivamente *divinas* a los hombres mediante el uso de palabras puramente humanas. Piénsese, por ejemplo, en el *Esto es mi Cuerpo*, en el *Éste es el Cáliz de mi Sangre* o en el *Yo te absuelvo de tus pecados*.

Cuando la palabra puramente humana se convierte por la gracia en *Palabra de Dios*, posee el milagroso poder de llevar a cabo tareas

²³San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, II, 22, 3–4.

²⁴Jn 1:9.

institucionales, lo que vendría a ser el de ponerse en los labios como que habla el mismo Jesucristo:

*El que a vosotros escucha, a mí me escucha; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia.*²⁵

Incluso cuando la palabra del discípulo está asentada en la fe y la confianza en su Señor, adquiere caracteres milagrosos y omnipotenciales:

*Os aseguro que si tuvierais fe, siquiera como un grano de mostaza, podríais decirle a este monte: “transládate de aquí allá” y se trasladaría; y nada os sería imposible.*²⁶

De ahí el misterioso y tremendo, a la vez que sublime, poder de la palabra humana cuando el hombre está *conectado* con Dios. Sería imposible, una vez tenidos en cuenta los dones de la gracia, no hallar una relación de analogía entre la palabra humana y la *Palabra* del Padre. Y partiendo de sus relaciones ontológicas pasar a un paralelismo analógico funcional.

Por desgracia es demasiado frecuente que el predicador de la *Palabra de Dios* no sea consciente del tremendo poder que Dios ha depositado en sus labios: *Si guardaron mi palabra también guardarán la vuestra.*²⁷ Y cuando no es escuchada y no produce fruto es porque no era la Palabra de Dios la que había sido proclamada, sino otra puramente humana.

La doble función ontológica y didáctica de la *Palabra* no podía menos de dejar una huella analógica incluso en la palabra puramente humana, cuyo valor funcional no deja de ser también en cierto modo ontológico. Puesto que su valor de *comunicación* implica necesariamente la tarea de transmitir la verdad; lo cual significa *trasladar* o

²⁵Lc 10:16.

²⁶Mt 17:20.

²⁷Jn 15:20.

poner en manos del prójimo una parte del ser del que habla, una vez que se supone que la palabra entrega al que escucha los auténticos sentimientos del corazón de quien procede. Y de ahí la malicia de la mentira.

Por lo que hay que admitir la doble función, ontológica y didáctica de la palabra. De manera que es imposible desconocer el poder de la palabra humana cuando se encuentra animada por el atributo divino del amor. ¿Como para producir la muerte por amor?:

*Si de nuevo me vieres
allá en el valle, donde canta el mirlo,
no digas que me quieres
no muera yo al oírlo
si acaso tú volvieras a decirlo.*

El lenguaje del amor, donde a menudo es la emoción la causa de que la palabra no logre pasar de balbuceos, es capaz de suscitar sentimientos tan profundos como para hacer pensar al alma enamorada que no logrará superarlos. El fenómeno es común sobre todo en la poesía mística, como puede verse en esta estrofa de San Juan de la Cruz:

*Y todos cuantos vagan,
de Ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no se qué que quedan balbuciendo.²⁸*

Donde en el lenguaje tan peculiar y propio de la Poesía que es donde la palabra adquiere sus mayores posibilidades, el vocablo *balbucear* cobra un sentido equívoco o de vaguedad capaz de sembrar

²⁸San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.

indecisión en el ánimo del lector: ¿La imposibilidad de expresarse claramente las palabras —o de ser entendidas claramente—, proviene del sentimiento de quien o de quienes las pronuncian, o más bien de la emoción que embarga el corazón de quien o de quienes las escuchan...? La equivocidad que en esta ocasión envuelve las palabras, ¿está contenida en ellas mismas, o quizá reside exclusivamente en los que escuchan?

La palabra amorosa tiene poder incluso sobre las fuerzas de la naturaleza:

*En ansias encendido
llegué a donde el Amado me esperaba
en su escondido nido;
y mientras yo le hablaba
el susurro del viento no sonaba.*

Y otras veces es capaz de empujar a emprender aventuras arriesgadas hacia lo desconocido:

*De tu vergel un ave
por tu ausencia cantaba en desconsuelo;
y oyó tu voz suave
y, alzándose del suelo,
a buscarte emprendió veloz su vuelo.*

Es frecuente que el lenguaje amoroso, en gracia a la peculiaridad de su intimidad, causa de que sólo sea oído y entendido por los que se aman, quede reducido por eso mismo para los otros a la condición de meros susurros:

*Los mares sosegados
en ondas azuladas y serenas,
los ecos apagados
de cantos de sirenas
y un susurro de amor que se oye apenas.*

Si la palabra humana, animada por el amor, es sagrada y poderosa, podemos imaginar lo que es capaz de ser cuando se convierte en *vehículo de la Palabra de Dios*. De ahí la importancia de la predicación cristiana. Y de ahí la necesidad de quienes no son conscientes de la trascendencia de la misión que les ha sido encomendada como predicadores de la Palabra. Así como también, por último, la gravedad del pecado de aquellos que se empeñan en impedir en la Iglesia la tarea de la evangelización; cuando el sembrador no pudo salir a sembrar... porque se lo prohibieron.

Índice de Citas
del
Nuevo Testamento

SAN MATEO

- 3: 3, **30**
5: 3, **51**
13, **289**
37, **56**
6: 2, **135**
24, **50, 51, 132**
33, **12, 170**
7: 9, **284**
14, **44, 55, 236, 238,**
253
9: 36, **245**
37-38, **263**
10: 9-10, **293**
22, **256**
24, **272**
27, **312**
34, **316**
37, **64**
39, **43, 260, 272, 277**
11: 7-8, **132**
12, **316**
12: 30, **56, 284**
16: 18, **245**
25, **45, 260, 272, 277**
17: 20, **322**
19: 23-24, **50**
20: 1-16, **249**
22: 37, **13, 105**
37-39, **298**

- 23: 8, **114**
10, **114**
13, **137**
13-36, **133**
25, **135**
24: 13, **44, 256**
25: 15, **250**
21, **32**
31-46, **59**
28: 19-20, **68, 117, 263, 316**
20, **237**

SAN MARCOS

- 4: 1-9, **315**
6: 8, **293**
7: 31-37, **157**
8: 33, **267**
35, **260, 277**
12: 30, **105, 143, 298**
13: 13, **256**
31, **142**

SAN LUCAS

- 1: 37, **285**
2: 52, **10**
6: 20, **49**
39, **48**
40, **303**

- 7: 36-50, **127**
 9: 3, **293**
 24, **272, 277**
 10: 4, **293**
 10-12, **317**
 16, **240, 294, 322**
 21, **52**
 27, **105**
 41-42, **11**
 12: 14-15, **169**
 13: 33, **63**
 14: 23, **264**
 24, **297**
 26, **64, 105**
 33, **50**
 15: 11-32, **128**
 17: 28-30, **292**
 33, **260, 272**
 18: 31-33, **267**
 21: 28, **245**
 22: 25-26, **132**
 23: 46, **111**

SAN JUAN

- 14, **320**
 18, **149, 274**
 3: 8, **77**
 16, **278, 300**
 36, **73**
 4: 10, **103**
 13-14, **103**
 5: 24, **191**
 39, **317**
 6: 50-51, **188**
 56, **144, 156, 202, 240**
 58, **188**
 60, **160**
 63, **45, 142, 172, 317**
 7: 18, **117**
 37-39, **103**
 38-39, **116**
 8: 1-11, **126**
 31-32, **257**
 46, **30**
 10: 1, **235**
 3-4, **241**
 4, **235**
 7, **234**
 10, **47, 67, 101, 191,**
235, 278
 11, **213**
 11-13, **233**
 11-16, **205**
 30, **86**

- 1: 3, **320**
 4, **67, 180**
 9, **321**
 10, **35**
 11, **35, 156, 273**

- 11: 25, 180
 12: 24, 19, 217, 236, 297
 25, 272
 13: 1, 12, 14, 140, 147, 151,
 274, 301
 14: 3, 86
 6, 55, 67, 73, 115, 116,
 180, 257, 272, 295
 17, 93
 26, 77, 83, 86, 88, 115
 15: 5, 202
 8, 315
 11, 97
 13, 54, 184, 200, 278,
 300
 15, 120, 152
 16, 19, 39
 18, 35, 120, 234
 18–20, 272
 19, 22, 234
 20, 29, 322
 22, 30
 26, 77, 86
 16: 7, 77
 8–11, 118
 13, 86, 88, 115, 117,
 257
 22, 67, 97
 23–30, 139
 24, 67
 33, 35
 17: 13, 67
 14–16, 209
 24, 153
 18: 37, 257
 20: 21, 7, 27, 233
- HECHOS DE LOS
 APÓSTOLES**
- 6: 2–4, 223
- ROMANOS**
- 1: 16, 238
 4: 18, 38
 5: 3–5, 38
 5, 101, 112
 6: 3, 201, 254, 271
 8, 198
 8: 24, 38
 26, 104, 111
 28, 252
 39, 277
 10: 14–15, 265
 11: 7–8, 164
 8, 313
 33, 239, 251
 12: 15, 276
 13: 11, 188
 14: 7–8, 198, 276

1 CORINTIOS1: 17, **280, 316, 318**18–19, **271**23, **60, 160, 267**26–27, **50**31, **92**2: 1–4, **294**1–5, **318**9, **82**13, **116, 163, 294, 318**3: 16, **113**21–22, **67**21–23, **199**4: 1–2, **281**7, **79**7: 31, **194**32–34, **298**9: 16, **30**11: 26, **202**12: 3, **116**11, **250**13: 1, **259**4, **91**5, **136**15: 55, **197**3: 17, **78**5: 5, **98**14, **185**14–15, **277**15, **203**6: 4–10, **36**8–10, **65**12: 9–10, **239****GÁLATAS**1: 9–10, **163**2: 20, **115, 146, 202, 240,**
277, 2975: 22, **67, 112**23, **120**6: 2, **255**7, **292**14, **21, 36, 273****EFESIOS**4: 7, **98, 113, 250**5: 2, **152**25, **152****2 CORINTIOS**1: 22, **98**2: 17, **238****FILIPENSES**2: 8, **278**

COLOSENSES

- 1: 16, **320**
 2: 13, **191**
 3: 1-2, **43, 97, 194, 254**
 3, **22, 36**
 4, **43, 99, 115, 220**

2 TESALONICENSES

- 2: 11-12, **232**

2 TIMOTEO

- 2: 9, **313**
 4: 1-5, **315**
 3-4, **160, 236**
 10, **49**

HEBREOS

- 2: 14-15, **185**
 15, **199, 270**
 4: 12, **238, 317**
 5: 1, 11, 14, **23, 213, 284,**
 302
 2, **213, 239, 284**
 9: 22, **18, 27**
 10: 38, **75**
 13: 20, **233**

SANTIAGO

- 2: 5, **59**
 4: 2-3, **146**
 4, **60, 92, 209**
 5: 12, **56**

1 SAN PEDRO

- 5: 4, **214, 242**
 8, **234**

2 SAN PEDRO

- 3: 13, **75, 119**

1 SAN JUAN

- 2: 15, **209**
 22-23, **74**
 3: 1, **22**
 13, **234**
 14, **278**
 16, **184**
 4: 2, **74**
 5, **29, 46, 162**
 8, **78, 258, 270, 274,**
 278
 16, **144, 258**
 5: 10, **74**

APOCALIPSIS

2: 7, **44**

11, **44**

17, **44**

21: 6, **82**

22: 17, **104**

17-20, **196**

20, **105**

Siglas
de los
Libros Bíblicos

Ab , Abdías	Ha , Habacuc	Mt , Mateo
Ag , Ageo	Heb , Hebreos	Na , Nahúm
Am , Amós	Hech , Hechos de los Apóstoles	Ne , Nehemías
Ap , Apocalipsis	Is , Isaías	Nú , Números
Ba , Baruc	Jb , Job	Os , Oseas
Ca , Cantar de los Cantares	Jds , Judas	1 Pe , 1 Pedro
Col , Colosenses	Jdt , Judit	2 Pe , 2 Pedro
1 Cor , 1 Corintios	Jer , Jeremías	Pr , Proverbios
2 Cor , 2 Corintios	Jl , Joel	1 Re , 1 Reyes
1 Cr , 1 Crónicas	Jn , Juan	2 Re , 2 Reyes
2 Cr , 2 Crónicas	1 Jn , 1 Juan	Ro , Romanos
Da , Daniel	2 Jn , 2 Juan	Rt , Rut
De , Deuteronomio	3 Jn , 3 Juan	Sab , Sabiduría
Ece , Eclesiastés	Jon , Jonás	Sal , Salmos
Eco , Eclesiástico	Jos , Josué	1 Sam , 1 Samuel
Ef , Efesios	Ju , Jueces	2 Sam , 2 Samuel
Esd , Esdras	La , Lamentaciones	San , Santiago
Est , Ester	Lc , Lucas	So , Sofonías
Ex , Éxodo	Le , Levítico	1 Te , 1 Tesalonicenses
Ez , Ezequiel	1 Mac , 1 Macabeos	2 Te , 2 Tesalonicenses
Flm , Filemón	2 Mac , 2 Macabeos	1 Tim , 1 Timoteo
Flp , Filipenses	Mal , Malaquías	2 Tim , 2 Timoteo
Ga , Gálatas	Mc , Marcos	Tit , Tito
Ge , Génesis	Mi , Miqueas	To , Tobías
		Za , Zacarías

Índice General

**SERMONES
PARA UN MUNDO
EN OCASO**

Introducción	5
Sacerdocio	7
La Gran Cena y los Invitados Descorteses	41
Pentecostés	77
Parábola del Buen Samaritano	123
La Oración de Petición y el Amor a Jesucristo	139
Sordomudos de Nacimiento y Sordomudos de Conveniencia	157
La Muerte como Final o como Principio	179
El Buen Pastor	205
Los Obreros Enviados a la Viña	247
La Cruz y el Misterio del Dolor	267
El Misterio del Sacerdocio	281
Epílogo	311

